

**Gregorio Gallego**

**EL FESTÍN  
DE LOS BUITRES**



**Gregorio gallego**

**EL FESTÍN DE LOS BUITRES**

Tres de cuatro soles

Libertarias/Prodhufi

Primera edición: Octubre 1992

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

Gregorio Gallego  
**EL FESTÍN DE  
LOS BUITRES**



*Tres de cuatro soles*



**Libertarias / Prodhufi**

Cubierta: J. Wanda

*«¿Adónde conducen las ruedas de la Historia? ¿Cómo puedes estar seguro de que las ruedas de la historia no quedarán de nuevo atascadas por la sangre y los huesos?».*

Isaac Bashevis Singer

*«¿Quién es capaz de despertar las sombras de su propio crepúsculo secreto?  
¿Quién es capaz de hundir las manos hasta el corazón de su silencio?».*

Juan Mollá

## ÍNDICE

- I. RÓMULO TALAVERA
- II. ALICIA DE SANDOVAL
- III. OCTAVIO PACHECO DE GUZMÁN
- IV. DIARIO DE MARTA
- V. JUAN ANTONIO DE SANDOVAL
- VI. LA NORIA

Acerca del autor

## RÓMULO TALAVERA

Oyó pronunciar su nombre al ordenanza y sintió deseos de confundirse con la máquina en la que estaba escribiendo o mezclarse entre los personajes de los tapices con escenas de caza que cubrían los desgarrones y manchas del damasco anaranjado de las paredes. Instintivamente cambió de posición para protegerse de la mirada directa. Pero cuando la vio entrar vestida de riguroso luto, con una manteleta de gasa que realzaba su blancura rosada y endurecía el óvalo de su cara, las jaurías de los tapices se pusieron en movimiento y en su mente alucinada escuchó el ladrido de los perros, los relinchos de los caballos y el disparo de las escopetas. La caza, su más antigua pasión, se le hacía real en plena lucidez... Sabía que un día u otro el encuentro era inevitable y lo deseaba y lo temía con una fuerza oscura y contradictoria. Era consciente de que podía ser fatal para él, pero su ruda virilidad le instigaba al desafío. La deseaba más que había deseado a ninguna mujer y la temía como no había temido a nadie, pero no era de los que se arredran ante el peligro ni retroceden ante las dificultades. Sin verla sintió que se le espesaba la saliva en el paladar y observó que el áspero vello de las manos se le erizaba al mismo tiempo que su cuerpo era recorrido por una oleada de sensualidad y ardientes deseos.

El coronel Mijares salió de entre la montaña de expedientes que se apilaban en su mesa de trabajo y saludó efusivamente a la recién llegada. Galantemente se excusó de haberla hecho esperar, por estar redactando un informe urgente, y ella se mostró afectuosamente agradecida.

—Comprendo que debe tener usted mucho trabajo —tomó asiento en la silla que le ofreció el Coronel.

—No te puedes hacer una idea. Estoy de expedientes y embrollos hasta la coronilla. Todos los días surgen complicaciones. Y qué complicaciones... —mover la cabeza con aire aburrido.

—Debe ser abrumador hacer justicia —sonrió la mujer.

—Justicia, justicia... —manoteó desdeñoso el militar—. Me conformaría con no cometer injusticias.

—Casi es lo mismo.

—Casi, pero no es igual. En una revolución los delitos no tienen la misma significación que en la vida ordinaria. Más que la magnitud de los delitos, a veces monstruosos, me interesa conocer la participación moral de los inculpados y el grado de libertad en que los cometieron... ¿Quiere darme el expediente de Pacheco de Guzmán, Talavera?

El hombre que escribía en la máquina se levantó, buscó en la vitrina de cristales un legajo voluminoso y se lo entregó al Coronel. Por primera vez se encontraron sus miradas. La del hombre era esquiva, oblicua, pero pasmosamente serena, casi cínica. La mujer le escudriñó pegajosa y sus pupilas verdes adquirieron una dureza vidriosa.

El Coronel cogió el expediente y empezó a hojearlo. Su rostro muy curtido, de ojos vivos y bigote entrecano, parecía preocupado.

—Te dije que vinieras a mi despacho, porque no quiero que en casa se enteren de estas cosas ni tampoco que salgan de aquí. Toma, lee... —le tendió el legajo abierto—, y dime si no es para volverse loco y desconfiar de todo el mundo...

Ligeramente pálida y con un temblor en las comisuras de los labios, Alicia leyó los folios que le señaló el Coronel. La lectura de las declaraciones de conspicuos oficiales de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra, agentes del SIM y significados elementos de la «quinta columna», parecieron actuar de calmante sobre sus nervios. En general decían pocas cosas que ella ignorase. Unos y otros, «rojos» y «azules», coincidían en acusar a su marido de doblez y deslealtad, poniendo al descubierto su participación en la oleada represiva desencadenada cuando las fuerzas nacionalistas pugnaban por



romper la resistencia madrileña. Con las pupilas licuadas en un verde tormentoso y el gesto crispado, devolvió el expediente al Coronel.

—¿Qué dices a esto...? —la contempló el coronel Mijares con inquisitiva expectación.

—No digo nada. ¿Qué quiere usted que diga...? Sencillamente, me da asco.

—Pero, Santo Dios, ¿vas a decirme que no sabes lo que hizo tu marido?

—No lo sé, no... —se levantó con el gesto descompuesto y arrojó una mirada de odio sobre el hombre que escribía de espaldas al balcón—. Lo único que puedo decirle es que era un cobarde, y la cobardía casi resume lo malo del hombre... de todos los hombres.

—Parece mentira que un Pacheco de Guzmán haya podido caer tan bajo en la indignidad... —se levantó el Coronel con la menuda figura doblada y las manos en los riñones—. En mi larga vida de milicia he conocido a muchos cobardes que sacrificaron su vida en cumplimiento del deber.

—Alfonso desconocía lo que era el deber. Para él sólo contaban los privilegios, la vanidad. En todo tenía que ser el primero, el niño mimado que está en posesión de la verdad...

—Su madre, sin embargo, dice que todo lo que hizo Alfonso fue para salvarte a ti o por instigación tuya —la interrumpió fríamente el Coronel.

—¿Para salvarme a mí...? —la chirriante carcajada rebotó en Talavera como una sacudida y su mirada quedó prendida a la de la mujer con una fuerza inseparable.

—¿Se conocían ustedes? —los ojos del Coronel se movieron de uno a otro con creciente curiosidad.

—No recuerdo... aunque quizá nos hayamos visto alguna vez —dijo Talavera con voz insegura.

—Yo sí recuerdo —Alicia le desafió orgullosa mientras le veía arreglarse el nudo de la corbata y estirar el musculoso cuello con una sensación de asfixia.

—Me parece que en cierta ocasión me dijo usted que desconocía por completo las actividades de Alfonso Pacheco de Guzmán, ¿no? —el coronel Mijares le observaba con el ceño fruncido.

—Sí, claro... —la nuez le subía y le bajaba aceleradamente—. Cuando le detuvieron yo estaba en el frente. Luego, siendo ayudante del teniente coronel Matilla, le vi algunas veces, muy pocas.

—Tal para cual... —le contempló Alicia con infinito desprecio y se dirigió a la puerta—. Unos en el frente y otros en la retaguardia, cada cual hizo lo suyo.

—Oye, espera... —la siguió el Coronel—. ¿Qué es lo que quieres decir?

—No quiero decir nada. Estoy aburrida de tantas declaraciones. ¿Y para qué?

—Para esclarecer la verdad y hacer justicia... —el Coronel salió con ella y volvió a los pocos minutos pizcándose el bigote. Dio un paseo por el amplio despacho, encendió un cigarro y se asomó al balcón desde el que se veía la estatua de Castelar—. Me parece que va a tener razón la Duquesa cuando dice que está un poco desquiciada... Con las mujeres no hay lógica que valga. Todas son iguales. Y el caso es que Alicia antes era una chica razonable y discreta, aunque ambiciosilla y con aires de grandeza. No sé, no me explico... —volvió a la mesa, se caló las gafas y abrió uno de los expedientes que tenía sobre la mesa.

Talavera se levantó para ir al retrete. Qué ganas de orinar. Era como si le quemase la vejiga y la uretra... Desde que se enteró, hacía muy pocos días, que el coronel Mijares había sido amigo de su padre venía pensando en abandonar el empleo. «Tal para cual, tal para cual...», repitió entre dientes. En las paredes del retrete había escritas siglas políticas, dibujos obscenos y alusiones eróticas. Con las manos en la pared hizo esfuerzos por arrojar el quemante líquido, pero tardó antes de conseguirlo. Cuando terminó le quedó un fuerte escozor en el escroto y en la vejiga. Luego de lavarse las manos y refrescarse la cara y el cuello, regresó al despacho más tranquilo. El Coronel estaba hablando con un capitán del cuerpo jurídico al que no conocía.

—¿Sabes quién ha estado aquí hace un momento? La hija del teniente coronel Sandoval... Sí, hombre, sí, Alicia, una chica preciosa que se casó con uno de los

Pacheco de Guzmán que, por cierto, ha resultado mal. Un caso que no se puede tocar sin mancharse.

—Sí, sí, ya caigo... Me la presentó su hijo Enrique en una reunión del SEU aquí en Madrid antes de la guerra.

—Es probable, porque Enrique anduvo detrás de ella hasta que se casó.

—Pues las noticias que tengo del padre no pueden ser peores. Parece que se acojonó y lo encontraron escondido en la carbonera del cuartel.

—Lo del pobre Sandoval todavía no está claro. Verdaderamente él no era partidario del alzamiento, pero no por cobardía ni porque estuviera con los rojos, sino porque era muy legalista y escrupuloso. Yo estuve con él unos días antes y me dijo que aunque le parecía tan mal lo que estaba pasando como lo que nosotros pretendíamos, si el Ejército se lanzaba a la calle cumpliría con su deber de soldado. Y cumplió. Lo que pasa es que luego le faltó decisión para aplastar a la chusma.

—A mi padre le oí decir más de una vez que Sandoval era un liberal decadente.

—Bueno, liberales éramos la mayoría. Pero liberales como Dios manda...

En un momento de la conversación el coronel Mijares pidió a Talavera informes sobre un asunto que interesaba a su interlocutor y Talavera se acercó a la mesa.

—¿No conoce usted al capitán Ratín? —le miró el Coronel.

—No, no tengo el gusto —le tendió la mano Talavera.

—Pues yo sí tenía algunas referencias tuyas... —sonrió con tierna afectuosidad el oficial—. Durante las operaciones de Extremadura se habló mucho de usted en el Cuartel General de Sevilla. Trabajó bien, muy bien.

—Hice lo que pude... —apartó Talavera la mirada de los ojos escudriñadores del capitán.

La conversación se generalizó en los acontecimientos que pusieron fin a la resistencia republicana. Talavera habló largo y tendido de un asunto que

conocía al dedillo, ya que había vivido en el centro de las intrigas que desintegraron el Frente Popular al mismo tiempo que colaboraba con la «quinta columna» y los servicios de contraespionaje de Salamanca.

—Ha tenido suerte, mi coronel, en encontrar un colaborador tan bien informado —se levantó el capitán Ratín al ver al coronel Mijares mirar el reloj por segunda vez.

—Sí, es un archivo viviente... —en el gesto ofuscado del Coronel apareció una sonrisa ambigua—. Espero que me ayude a restablecer la paz y la justicia.

—La paz y la justicia son camelos democráticos. El Führer ha dicho en su último discurso que lo único importante en el Estado moderno es el orden y la disciplina —buscó la aquiescencia de Talavera con las pupilas brillantes y pegajosas.

—Bueno, bueno, el Führer que diga lo que quiera y arregle su casa como le dé la gana, que nosotros sabemos cómo arreglar la nuestra... ¿Vas a ir luego por casa?

—Sí, claro. He quedado en ir a cenar... —se mordió los labios pensativo como si olvidara algo y luego se dirigió a Talavera—. Estoy pensando que podríamos vemos antes de marcharme.

—Por mí no hay inconveniente —sonrió Talavera sin moverse del sitio.

—Si tienes tanto interés, que vaya esta noche a casa —dijo el Coronel.

—¿Le parece bien? —buscó Ratín la mirada de Talavera.

—Sí, sí, encantado...

El Coronel acompañó a su visitante hasta la antesala y cuando regresó se paró ante la mesa de Talavera.

—¿Qué le ha parecido el capitán Ratín?

—No sé... parece muy inteligente —se encogió Talavera de hombros.

—Muy inteligente y con muchas escamas. Se lo digo para que lo tenga en cuenta y no se expanda demasiado. Y en cuanto a lo nuestro, ni una

palabra. Si quiere saber algo que se dirija a mí... Su padre era muy amigo mío y él me resulta simpático, pero ya sabe usted: hoy no se puede fiar uno ni de la camisa que lleva puesta, y mucho menos de los que quieren atropellarlo todo como si en el mundo no existieran más que Hitler y Mussolini.

—Lo tendré en cuenta, mi coronel.

—Se lo digo por su bien y por el mío. No me gusta que metan las narices en mis asuntos —volvió a su mesa y se caló las gafas.

Talavera regresó a su casa algo bebido. A pesar de las precauciones que tomó para abrir la puerta y amortiguar los pasos, a los pocos minutos apareció doña Rosario envuelta en su vieja bata de franela y el ralo pelo grisáceo recogido en un moñete.

—¿Cómo has vuelto tan tarde? Ya me tenías impaciente... —sus párpados tiernos, casi despestañados, daban a su cara regordeta un hálito de estupor.

—Estuve en casa del coronel Mijares. No pensaba quedarme a cenar, pero doña Tilla y Mariblanca se empeñaron... —se rascó frenéticamente la cabeza y se despojó de la chaqueta y la camisa—. Bah, no se preocupe. Todo marcha bien.

—¿De verdad...? —le contempló con ansiedad—. No lo creo...

Todos los días me pregunto: ¿por qué Rómulo se empeña en hacer lo que no le gusta...? No digas que no porque lo estoy viendo con mis ojos. Fíjate, desde que terminó la guerra has envejecido y adelgazado, y ahora no será por falta de comida.

—Trabajo mucho... trabajo como un mulo.

—No me digas que es el trabajo, porque tampoco es verdad. Di mejor que no te gusta lo que haces.

—Bueno, quizá no me gusta pero como dice el coronel Mijares es un trabajo ingrato que alguien tiene que hacer.

—¿Y por qué has de ser tú? Que lo haga quien quiera... Mira que para mí los rojos son el demonio, porque me han quitado todo lo que tenía y nadie mejor

que tú lo sabe, pero si me dijeran que tenía que acabar con ellos no lo haría porque no quiero condenarme.

—Ahora no se trata de condenarse, sino de condenar... —vio la expresión horrorizada de doña Rosario y se echó a reír—. Hoy he conocido a un tipo muy curioso que dice que tenemos que vigorizar nuestro espíritu aniquilando al enemigo... ¿Ha oído usted hablar del capitán Ratín?

—Ratín, Ratín... —cerró los ojos y se cogió la barbilla—. Sí, claro, debe ser familia de un teniente coronel de la guardia civil que los rojos fusilaron en Málaga o Almería.

—Es su hijo. —puso sus grandes manos sobre los mullidos hombros de doña Rosario y percibió el temblor de su carne blanda—. Hale, váyase a dormir... El capitán Ratín me ha ofrecido un empleo al lado suyo porque teme que me reblandezca con las beaterías del Coronel... Estoy contento, de verdad... —la sacó de la habitación abrazada y la besó en las mejillas—. Váyase a la cama, que es muy tarde.

—¿No quieres tomar nada?

—Nada. Mariblanca me ha cebado.

—También, no creas que Mariblanca para ser monja... Y eso que dicen que está tísica.

—Yo la considero la mejor de la familia.

—Pero se fija mucho en los buenos mozos. El otro día me di cuenta que estaba pendiente de ti y te miraba con ojos golosones.

—Hale, a dormir... —la llevó abrazada hasta la puerta de su habitación.

—Ah, se me olvidaba decirte que estuvo a verte la chica del otro día... Hortensia, ¿no se llama Hortensia? Me dijo que no te olvidaras de lo de su padre.

—Los que no se olvidan de él son los que le acusan.

—Pues la chica es muy educadita y muy mona. No parece roja.

—Ya nadie es rojo. Todos empezamos a ser camaleónicos... —se inclinó sobre la vieja y volvió a besarla—. Hasta mañana...

Parsimoniosamente se desabrochó los zapatos y se quitó los pantalones. Con la cabeza entre las manos estuvo un rato sentado al borde de la cama. Su mente era un hervidero de imágenes. El pasado y el presente se mezclaban tumultuosos... Luego se levantó maquinalmente y entró en el comedor arrastrando los pies descalzos para no hacer ruido. Cautelosamente sacó una botella de coñac del aparador y echó un buen trago, hasta que le faltó la respiración... «Como sigas bebiendo así dentro de unos años no servirás para nada», le había dicho Luisa la Emperadora el día anterior. «Pero todavía sirvo, ¿no...?». Dentro de unos años puedo estar criando malvas, para que un Ratín cualquiera diga que es hermoso vivir mientras la yerba crece en las tumbas de los Héroes, volvió a empujar la botella y bebió desesperadamente. Al volver a la habitación se despojó de los calzoncillos y se metió en la cama. Apenas apagó la luz de la lámpara de noche y cerró los ojos, se le hizo presente Alicia con su desprecio y su odio contenido. «Si quisiera denunciarme, ya lo habría hecho», se dijo en voz alta... Cada minuto de aquel atardecer le había quedado grabado a fuego. Habían llegado a los altos de Carabanchel con el enemigo pegado a los talones y una sensación de derrota total. El jefe de la columna les había dicho: «Ya hemos corrido todo lo que teníamos que correr y ahora vamos a aguantar mecha y a plantarnos hasta que echemos raíces. No quiero que nuestras mujeres nos vuelvan a llamar maricas y cobardes, como nos lo llamaron hace un rato. Madrid será la tumba del fascismo, no lo olvidéis, y aquí tenemos que clavarnos. Los que crean que van a ganar batallas corriendo como liebres y dando espantadas cuando vean aparecer a los moros, pueden salir pitando ahora antes de que me arrepienta y les meta un tiro en el cuerpo. Pero los que se queden ya saben que no pueden dar un paso atrás si no es con los pies p'álante. Y ahora cada cual a su puesto, a luchar como hombres y a morir como revolucionarios. El enemigo parece que ya empieza a moverse y mañana y pasado mañana y hasta el fin del mundo, ni un paso atrás. Se lo he prometido a nuestros compañeros del sindicato y al mando militar. En caso de que yo muera, Luis Revilla me sustituirá, y si él también cayese, Rómulo Talavera, a quien acabo de nombrar jefe del estado mayor, se alzaría con el mando». Y fue después de morir el jefe de la columna y caer herido

gravemente Luis Revilla cuando dos milicianos llevaron al puesto de mando a una mujer joven que habían sorprendido escondida en una casucha. Los muchachos le dijeron que suponían que estaba esperando la ocasión de pasarse al enemigo.

—Diga usted que es mentira... —trató ella de sonreír—. Sólo vine a buscar ropa y algunas cosas que nos habíamos olvidado.

—Ese cuento está muy currado. Tendrás que inventarte otro... Encerrarla en ese cuarto, que ahora no tengo tiempo para zorrerías. Y vosotros, a las posiciones.

—Donde estaba escondida hemos encontrado estos papeles... —puso uno de los milicianos sobre la mesa una agenda y una guía de Madrid con su plano.

Ella protestó, dijo que no era suyo y se echó a llorar. Con todo fue encerrada por los mismos milicianos en la habitación que él se había reservado para dormitorio. Era una habitación estrecha, con el cielo raso agrietado y las desconchadas paredes rezumando humedad. Los únicos muebles visibles eran una mesa camilla, dos sillas de anea y un jergón de hojas de panocha. Sobre la mesa, un cabo de vela en el gollete de una botella de cerveza... La detenida se llamaba Alicia de Sandoval.

En días sucesivos Talavera observó cierta frialdad en la ya de por sí rala confianza del coronel Mijares. Sin decirle nada ni molestarle, le notaba más arisco, con una especie de reconcomio cada vez que hablaba de las rarezas de aquella muchacha que «siempre había sido tan normal». Luego se enteró por Mariblanca que Alicia había dicho de él que era un miserable y un aprovechado.

—¿Se lo ha dicho a tu padre? —inquirió Talavera.

—Nos lo dijo a mamá y a mí... Yo no lo quise creer. Me parece imposible.

—Gracias —buscó Talavera sus pupilas huidizas y sonrió con cínica seguridad.

—Me parece que te odia... te odia mucho.

—Lo siento. No creo que haya hecho nada para merecer su odio.



Lo peor de todo era el interés del coronel Mijares en desentrañar la actuación del marido de Alicia en la zona republicana. El asunto era muy complicado. Probablemente se trataba de una de las más importantes batallas subrepticias libradas por el espionaje y contraespionaje de los dos bandos. Alfonso Pacheco de Guzmán fue detenido cuando salía de una embajada. Parece que estaba comprometido en un plan de actividades tendente a sembrar el desconcierto en Madrid y facilitar la entrada de las tropas del general Varela en la capital. Con su detención no sólo quedó desarticulada la operación que tenía encomendada la «quinta columna», sino que el contraespionaje republicano lo empleó en su provecho.

Talavera hubiera podido escribir un informe de las actividades del marido de Alicia de Sandoval hasta la «semana del duro» en que apareció muerto en un solar cercano a su domicilio. Pero de su muerte no hubiera podido escribir ni una palabra. Por otra parte, no tenía ningún interés en remover aquel asunto. Sabía que había muchas personas por encima del coronel Mijares que estaban interesadas en silenciar todo lo que menoscabase el prestigio de los Pacheco de Guzmán. Se interponían muchos intereses familiares y políticos. Sin contar con que algunos miembros de la linajuda familia desempeñaban cargos preeminentes, la misma personalidad política del muerto invitaba más al silencio que a la publicidad de las responsabilidades póstumas.

Cuando más preocupado se sentía por aquella situación recelosa que le quitaba el sueño y hasta le hizo pensar en la huida al extranjero, la casualidad le puso en relación con Juan Antonio de Sandoval. Cortejaba éste por entonces a Maruja, la hija menor del Coronel, y no tuvo que esforzarse para ganarse la simpatía del muchacho, pues de por sí era espontáneo, abierto y dado al bureo y a la chufra. El Coronel, su padrino, le llamaba cabeza de chorlito y todo su afán era encarrilarle por los caminos seguros de la administración civil.

En cierta ocasión que el Coronel trataba de convencerle para que aceptase un empleo de auxiliar administrativo, Juan Antonio le dijo con un desparpajo que sorprendió a Talavera.

—De chupatintas, ni hablar. Conmigo no cuente para atornillarme a una mesa y romper los pantalones por el culo.

—¿Y de policía? —insistió el Coronel paciente y afectuoso.

—Menos todavía. Se gana muy poco y la gente tiene tirria a los husmeones.

—Todo el que cumple con su deber resulta antipático. ¿Tú crees que a mí no me odian muchas personas?

—Claro que sí, pero usted es coronel.

—Mira las tonterías que dice este cabezarrota. ¿Acaso he sido yo coronel toda mi vida?

—Antes había más mandanga, padrino. Ustedes podían aguardar y tener paciencia porque no les faltaba dinero para divertirse.

—Calla y no desbarres. Si tu padre levantara la cabeza te daría unos cuantos coscorrónes por decir niñerías estúpidas...

Por estas conversaciones y las confidencias que le hizo Juan Antonio, Talavera se enteró de que la posición económica de la familia Sandoval estaba muy por debajo de lo que él suponía. La guerra les había arruinado de tal manera que incluso tropezaban con dificultades para cubrir las necesidades más perentorias. Juan Antonio andaba siempre despertado, como él decía, pero magníficamente dispuesto para aceptar convites y dinero a cuenta de su optimismo en el futuro.

—El día que nos devuelvan lo que nos han robado los rojos, me daré la gran vida —le dijo un día después de pedirle veinte duros.

—Yo no confiaría en devoluciones.

—A mi hermana le han asegurado que nos devolverán hasta la última alhaja y los valores que papá guardaba en el banco o nos indemnizarán.

—Yo no lo veo posible. Al gobierno no le interesan los problemas particulares. Quizá en algunos casos conceda pequeñas indemnizaciones a título de reparación. Pero no debéis haceros ilusiones ni confiar demasiado... Las destrucciones tenemos que pagarlas todos los españoles, unos con su riqueza y otros con su miseria. Pero si me quieres hacer caso, este es el mejor momento para ganar dinero.

—No digas tonterías. ¿Cómo se va a ganar dinero si nadie tiene un céntimo? De las personas que conozco, tú eres de los pocos que siempre lleva pasta en cantidad.

Talavera se echó a reír, aunque no le hizo ninguna gracia la observación y manifestó que se consideraba «más pobre que las ratas». Sonsacando a Juan Antonio supo que su hermana había dicho que «no le extrañaría nada que se hubiera puesto las botas en la revolución, porque era desaprensivo y audaz como pocos».

Dos o tres días después, Juan Antonio se empeñó en que le acompañase a su casa a ver un cuadro que estaba pintando. Talavera dudó mucho antes de aceptar la invitación.

Los Sandoval tenían un gran piso en una calle afluyente al paseo de la Castellana. Durante la guerra había sido concienzudamente saqueado primero y ocupado después por los evacuados. Los muebles más valiosos, los cuadros, la ropa y todos los objetos de valor desaparecieron en los dos meses que estuvieron viviendo en casa de unos amigos por temor a las represalias de los primeros momentos.

Doña Genoveva, la madre de Juan Antonio, le acogió con mucha afabilidad. Era una mujer de trato exquisito y muy desenvuelta, aunque daba la impresión de enfermiza y achacosa. Alicia no se encontraba en casa. Según les dijo la madre, había salido con su cuñado Octavio a ver a un Ministro.

Juan Antonio llevó a Talavera a lo que él llamaba su estudio, una habitación grande y destartada con dos ventanas a un jardín asilvestrado de un palacete semirruinoso. Allí había un caballete, lienzos embadurnados, un piano de cola, un violín, una guitarra y otros cachibaches que sólo Juan Antonio sabía para lo que servían. Entre los libros tirados por todas partes, algunos de ellos deslomados y con las hojas sueltas, vio algunos volúmenes de García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández y el Romancero de Antonio Agraz, uno de los poetas que más había contribuido a enardecer a los defensores de Madrid.

—No haga usted caso de las aficiones de mi hijo —dijo doña Genoveva al observar en Talavera una expresión burlona—. Es una veleta que no sabe lo que quiere... Primero le dio por la poesía, luego se aficionó con la música y ahora disfruta pintando mamarrachadas.

—Para mamá todo lo que no sea pintar vírgenes bobas y retratos con bigotes y moños son mamarrachadas.

—Yo tampoco entiendo de pintura, pero si llamas pintar a eso... —señaló el lienzo que estaba en el caballete—, me parece que tu madre tiene razón.

—No digas chuminadas. Mira... —le cogió del brazo y le puso de manera que pudiera contemplar el cuadro en una posición oblicua—. No vayas a creer que me considero un Picasso, pero esto es pintura y lo demás una mierda.

De momento Talavera pensó que Juan Antonio se estaba burlando de él. El lienzo que le obligaba a contemplar era un chafarrinón de colores aparentemente mezclados sin orden ni concierto. Pero tras unos segundos de contemplación el caos de líneas y colores se fundió en sus pupilas.

—Ahora sí lo veo. Es una cara... una cara de mujer. ¿No es tu hermana?

—¿Lo ves, mamá?

—No me digas que ese esperpento es tu hermana, porque no me lo creo.

—A mí sí me lo parece. Lo que no me gusta son los ojos, uno triangular y otro cuadrado —dijo Talavera.

Juan Antonio se echó a reír y besuqueó a su madre.

—Tú riéte, pero a tu hermana bien poca gracia que le hace, y a mí... cualquier día lo meto en el homo para quitarme pesadillas.

En la habitación entró un niño corriendo llamando a su abuelita. Le seguía una mujer pesada de carnes. El pequeño se agarró a las faldas de doña Genoveva y ocultó la cabeza entre sus piernas. La mujer se quedó parada al ver a Talavera.

—¿Qué pasa, Cristina? —inquirió doña Genoveva.

—Nada, que se ha subido un perro tiñoso de la calle y le ha dado los filetes que teníamos para la cena... —gimió la mujer como si fuera a echarse a llorar.

—Tenía mucha hambre, abuelita, y estaba tiritando... —sacó el pequeño la cabeza que escondía—. Mira, tiritaba así...

La parodia del pequeño hizo sonreír a doña Genoveva, desató la carcajada de Juan Antonio y despertó la curiosidad de Talavera. Mientras la criada refunfuñaba, aportando argumentos de la presencia del perro en un cuarto de baño inutilizado, el pequeño se acercó a su tío y le dijo con cierto misterio.

—Águila Verde, la Sebosa ha descubierto la guarida de Manchú.

—Chitón, Toro Negro, que el enemigo escucha —bisbiseó Juan Antonio en el mismo tono conspirativo.

—Vamos a ver, Gabrielín, ¿cuándo has traído el perro a casa? —preguntó doña Genoveva.

—Chitón —dijo el pequeño muy serio y erguido.

La abuela le zarandó mientras el pequeño miraba a su tío y repetía la palabra chitón, por lo cual doña Genoveva dedujo que el instigador o cómplice de la travesura era su hijo, a quien recriminó severamente y le conminó a sacar inmediatamente al perro de la casa antes de que llegara su hermana. A los gritos y pataleos del pequeño el chucho se hizo presente. Era un animal joven con los costillares a flor de piel. Con perruna fidelidad se acercó al niño gruñendo y cuando Cristina intentó separarlos le enseñó los dientes con malas intenciones. Ante la rabiosa obstinación de Gabrielín en no separarse del perro, Talavera se ofreció a llevárselo a su casa.

—¿Y tú le vas a dar de comer? —le miró el pequeño con repentina curiosidad.

—Naturalmente. A mí me gustan mucho los perros.

El niño se quedó un momento pensativo, miró a su tío y a su abuela como si le hubieran defraudado en algo importante y se acercó a Talavera.

—Bueno, te lo doy, pero tienes que dejarme que vaya a tu casa a verlo.

Mientras Talavera daba toda clase de garantías a Gabrielín, sonó el timbre, doña Genoveva dijo a su hijo algo en voz baja y salieron de la habitación. Rómulo se quedó con el niño y el perro jugando en el estudio. La vivaz fantasía del pequeño se había adueñado de su espíritu. Absorto en el apasionante juego no se dio cuenta de la entrada de Alicia. Cuando advirtió su presencia se hallaba en el suelo luchando con el pequeño, que le conminaba con una espada de madera a que se rindiera.

—Muy bonito... —se le quedó Alicia mirando con la ira reprimida—. ¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve... —se levantó Talavera sonriente.

—Es mi amigo, mamá. Se llama Toro Rojo.

—El nombre es muy apropiado... —se formó en los labios de Alicia un pliegue sarcástico—. ¿Cómo se ha atrevido a venir a esta casa?

—Me invitó su hermano.

—Juan Antonio siempre está en el limbo.

—Quería enseñarme ese retrato suyo.

—Muy bonito, ¿verdad...? La violencia y el caos empiezan a dar sus frutos.

—Lo siento, yo no los he inventado.

—Pero sabe sacar partido de ellos.

—No quiero que le riñas, mamá —se agarró Gabrielín a su largo vestido negro.

—Tú te callas —le vapuleó con brusquedad.

El perro gruñó hosco mostrando a Alicia sus afilados colmillos.

—¿Qué hace aquí este perro?

—Es mío —dijo Talavera.

—Muy digno de su compañía... Haga el favor de llevárselo inmediatamente. Y no vuelva más por aquí. De lo contrario le diré a mi hermano y a todo el que quiera enterarse la clase de hombre que es usted.

Talavera no se lo hizo repetir dos veces. Pero la resistencia del perro a separarse del niño y los lloriqueos de éste dieron tiempo a que volviesen doña Genoveva y Juan Antonio acompañados de un hombre alto y rubio con gafas de miope. Gabrielín llorando, Alicia nerviosa y Rómulo Talavera acucillado, sujetando al perro entre las piernas y tratando de atarle con un cordón que había encontrado a mano, llamaron la atención de doña Genoveva.

—¿Qué pasa? —miró a su hija.

—Ese chucho... ¿Cómo le has dejado que entre en casa con un bicho tan repugnante? —los ojos de Alicia centelleaban y las aletas de su nariz resoplaban furiosas.

—El perro lo trajeron ayer tarde tu hijo y tu hermano y lo han tenido escondido en el cuarto de baño estropeado.

—Tú tenías que ser... —arrojó Alicia sobre su hermano una mirada condenatoria.

Juan Antonio rechazó la mirada de su hermana con un gesto displicente y doña Genoveva, dominando la situación un tanto tensa, presentó a los dos hombres que se observaban con disimulada curiosidad:

—Octavio Pacheco de Guzmán, el cuñado de mi hija... El señor Talavera.

—Talavera, Talavera. Su apellido me suena —sonrió el cuñado de Alicia al tiempo que estrechaba la mano de Rómulo.

—Es el secretario de mi padrino —dijo Juan Antonio.

—Ajajá... —sus pupilas de un azul frío y desvaído se caldearon—. Hace tiempo que tenía interés en conocerle.

—Yo, en cambio, le conozco a usted muy bien. Soy un admirador suyo. Me gusta lo que escribe y he seguido con interés sus crónicas de Alemania.

—Se lo agradezco porque no a todas las personas les gustan. Dicen que soy demasiado germanófilo, aunque la verdad es que Alemania es un país admirable y, lo que es más importante, está forjando los pilares del Imperio de Occidente.

—Sí, yo creo que Hitler es un tipo genial.

—No lo sabe usted bien...

Siguieron hablando de las realizaciones de la revolución nacional socialista mientras Alicia desaparecía sofocada de ira. Tras un buen rato de charla, Talavera se despidió llevándose al perro.

La guerra le sorprendió en Madrid recién licenciado de la Legión, con muy pocos amigos y sin trabajo. Cuando pensaba en aquellos meses de desocupado se crispaba de odio y las blasfemias se le espesaban en la boca. Fueron meses de desaliento en los que se mascaba la explosión... Aquel 19 de julio le agarró desesperado, debiendo a la patrona dos meses de pensión y con su pujante juventud inflamada de rebeldía.

Los cuatro primeros días de marea revolucionaria le dieron la medida de sus posibilidades. Limpio de prejuicios y con las facultades bien despiertas, no le costó ningún esfuerzo destacarse entre aquellas masas que se entregaban ciegameamente a la pelea por vagos señuelos de justicia y libertad. Los años de férrea disciplina militar le fueron de gran utilidad. Su chulismo legionario, el desprecio al peligro, le daban prestancia en el tumulto. Podía mantener la cabeza bien erguida mientras los demás la agachaban instintivamente al oír silbar una bala; y contar un chiste hilarante al tiempo que los proyectiles de artillería estallaban en tomo suyo y la metralla segaba vidas humanas.

En el asalto al Cuartel de la Montaña conoció a Julio Fernández, que acaudillaba un numeroso grupo de obreros anarcosindicalistas, y ya no se separó de él. Desde el primer momento hicieron buenas migas. Fernández era recto y valiente, aunque tenía ciertas manías contra los militares y el militarismo. Confiaba demasiado en la responsabilidad personal y en la autodisciplina. Sabía manejar a los trabajadores, pero complicaba demasiado las cosas con tantas asambleas y discusiones. Los primeros días todo fue bien:



Alcalá de Henares y Guadalajara se rindieron arrolladas por aludes humanos enfervorizados. Sin embargo, Talavera intuía que aquello no era suficiente para enfrentarse con un ejército regular. Más de una vez se lo dijo a Fernández mientras organizaba la columna, pero éste se burlaba amistosamente de él. Su fe era tan ciega que afirmaba que todos los ejércitos del mundo no podrían derrotar a un pueblo en armas. «Lo que te pasa es que no eres un verdadero revolucionario ni tienes conciencia de clase», le fustigaba acremente.

Como ayudante de Fernández, Talavera conoció por entonces a infinidad de personas que en circunstancias normales le hubiera resultado poco menos que imposible tratar. La revolución había desfondado todas las jerarquías y cada cual había quedado al desnudo con sus propios méritos. «Tenemos que hacer un mundo nuevo en el que el hombre sea hombre y la justicia sea igual para todos», decía Fernández. Talavera no sabía cómo se podía hacer el mundo nuevo que profetizaba su jefe, pues ni siquiera tenía confianza en que pudieran contener el empuje de sus antiguos compañeros del ejército de África que les venía comiendo el terreno, pero los reveses los sentía como latigazos. En Talavera de la Reina estuvo a punto de que le mataran los que huían por tratar de contener la desbandada, y mereció que el general Asensio le felicitara por su audaz intervención en el rescate de las baterías y fuerzas que mandaba el comandante Matilla. Luego, en Toledo, volvió a encontrarse con él cuando la plaza estaba a punto de ser estrangulada y Fernández seguía combatiendo en el interior sin darse cuenta que estaban casi copados. La salida de Toledo no resultó fácil... Lo más importante fue el encuentro con el comandante Matilla en aquellas circunstancias. De momento no se le ocurrió pensar que pudiera haber deseado ser hecho prisionero por el enemigo, y cuando se lo insinuó Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, lo rechazó no sólo porque le parecía absurdo que un hombre que ocupaba un importante cargo pudiera desear pasarse al enemigo, sino más bien por el recelo que Fernández le había contagiado hacia el periodista ruso.

A finales de noviembre del 36 Talavera fue herido de cierta gravedad durante un contraataque. Pasado el peligro, pero con algunos miembros escayolados, le visitó Matilla en compañía de una muchacha anodina.

—Así como la ves, Carmiña es la embajadora de los gallegos en el Cuartel General. Tenía ganas de conocerte por lo que la prensa ha dicho de ti estos días. Además, yo también quería darte las gracias por lo de Talavera de la Reina y Toledo... ¿Te han dicho que he preguntado todos los días por tu estado?

—No, no me han dicho nada. Se lo agradezco, aunque no por lo de Talavera y Toledo, que para mí no tiene importancia. Lo único que hice fue cumplir con mi deber.

—Pero tu deber no te obligaba a defenderme ante Koltsov y Bejarano, y lo hiciste.

—El periodista ruso es muy desconfiado. Ve enemigos por todas partes.

—El sectarismo siempre es parcial, y más en una situación como la nuestra en que no se puede ser amigo de todos, porque si te haces amigo de los anarquistas, los comunistas te toman entre ojos, y si lo eres de los socialistas o de los republicanos, los otros son los que te vigilan... Desgraciadamente esto es un pandemio. La guerra no se puede ganar así. Por más que nos esforcemos los militares, siempre estaremos en desventaja con los políticos.

—A pesar de todo yo creo que la ganaremos, porque el pueblo está con nosotros —dijo Talavera.

—Bueno, lo que hace falta es que te pongas bien. He hablado con el director del hospital para que te atienda lo mejor posible. Me ha dicho que la cosa no tiene importancia y antes de un mes te encontrarás nuevo.

Mientras hablaban Talavera y Matilla, Carmiña no había dejado de sonreír y mirarle afectuosamente con miserad va. Luego, en un momento en que su jefe se dirigió a saludar a un oficial que estaba en el extremo de la sala, le preguntó de dónde era. Talavera le dijo que había nacido en una aldea de pescadores de las Rías Bajas, pero que se había criado en Vigo. Ella también era de por allá y conocía muy bien los lugares por los que había correteado de chico. Cuando se despidió le dejó un regusto de intimidad y un revuelo de paisajes cargados de nostalgia.

La capital seguía siendo el objetivo del enemigo cuando le dieron de alta. Del hospital salió para hacerse cargo de una brigada en la carretera de la Coruña, donde se estaba librando una tremenda batalla entre el barro y la niebla. Cuando terminó aquel combate en el que las fuerzas atacantes volvieron a estrellarse contra el tesón de los defensores de Madrid, recibió una llamada del comandante Matilla para que se presentase en el Estado Mayor de la Defensa. En los sótanos del Ministerio de Hacienda reinaba una gran euforia. Todo el mundo hablaba de los consejeros rusos y del material de guerra que estaba llegando en grandes cantidades.

—Los días difíciles han pasado —le dijo Matilla, que ya lucía en la bocamanga las dos gordas barras doradas de teniente coronel—. Madrid va a convertirse en la tumba que quería la camarada Pasionaria... Estaba esperando que te dieran de alta para traerte conmigo, pero cuando me enteré ya estabas en el fregao. ¿Quieres que te reclame?

—Prefiero el frente. Me encuentro más a gusto.

—Te advierto que conmigo vas a estar más tiempo en primera línea que en el despacho... —Matilla se retrepó en el sillón y le habló de las dificultades con que tropezaba para conseguir oficiales veraces y objetivos capaces de interpretar los informes de los observatorios y comprobarlos sobre el terreno—. Si te interesa podría hablar con los anarquistas y resolver la papeleta antes de que se enteren los comunistas y te pongan el veto.

Talavera dio su asentimiento a regañadientes, más influido por las miradas envolventes de Carmiña que por los argumentos del teniente coronel Matilla. Empezaba a interesarle la paisana. Su dulzura y su manera especial de insinuarse le atraían.

Tres o cuatro días después recibía la orden de incorporarse al Estado Mayor de la Defensa, y unas horas más tarde Matilla le llamó a su despacho para decirle que tenía que acompañar al comisario Bejarano.

—¿Nada más? —sonrió Talavera un tanto perplejo.

—Nada más... Se trata de una misión delicada y de la máxima confianza.

Al salir del despacho de Matilla intentó sondear a Carmiña, pero la muchacha le dijo que no sabía nada, que era cosa de los rusos.

—¿Y qué tengo yo que ver con los rusos?

—Creo que ha sido Bejarano quien te ha reclamado... —Carmiña parpadeó y le hizo una seña para que se callase.

El comisario Bejarano acababa de entrar.

—Qué, ¿ya estás listo? —le tendió la mano con sequedad autoritaria.

—Según para lo que sea...

—En la guerra no se pregunta, camarada. Vamos a combatir al enemigo. Eso es todo.

Por fortuna el gesto adusto y engreído de Bejarano no duraba mucho. Sólo era una máscara de jefe, de dirigente. Luego resultaba cordial y amistoso en el trato. Por el camino le dijo que le había elegido porque entre los oficiales de enlace puestos a su disposición por el teniente coronel Matilla era el que le inspiraba más confianza... «Te vi combatir en Toledo y en la carretera de la Coruña y estoy al tanto de lo que hiciste en Carabanchel cuando te hirieron. Fue una hazaña estupenda que hubiera merecido una recompensa, pero como los anarquistas sois tan antimilitaristas...». Talavera observó que Bejarano le daba una de cal y otra de arena. Al mismo tiempo que le adulaba en lo militar, porque Koltsov le había dicho que poseía madera de jefe y sentido táctico, en lo político le consideraba confuso y despistado por ser anarquista. Pero cuando Talavera le dijo que no pertenecía a ninguna organización y que si admiraba a los anarquistas era por la honradez y el tesón con que defendían los intereses de los trabajadores, Bejarano cambió de conversación.

Mientras el poderoso Rolls corría por una carretera de segundo orden en pésimas condiciones, Bejarano le informó de la tirantez que existía entre el general Miaja y Largo Caballero con respecto a la ofensiva que proyectaba el general Pozas en el sector del Jarama. Pero al llegar a Aranjuez la situación que se encontraron era muy distinta a la que le había expuesto Bejarano. Mientras éste consumía su tiempo en interminables reuniones políticas,

Talavera se dedicó a explorar la situación en el frente. Un antiguo compañero de la columna de Fernández, que mandaba un batallón en aquel sector, le habló de las grandes concentraciones en la retaguardia enemiga. Eran informes de primera mano obtenidos de un evadido aquella misma noche. Cuando se lo dijo a Bejarano, el comisario calificó a su informante de derrotista y le amonestó por no haberle pegado un tiro. Sin embargo, a la mañana siguiente fue despertado bruscamente por el mismo Bejarano.

—El enemigo ha desencadenado la ofensiva y ha roto el frente —le dijo asustado.

—¿No decías que era un bulo? —se tiró de la cama y empezó a vestirse precipitadamente.

—Los informes que yo tenía eran otros...

—Tenemos que comunicárselo inmediatamente a Matilla, aunque anoche ya se lo anticipé.

—¿Hablaste con él y no me dijiste nada?

—¿Sabía acaso dónde estabas...? —siguió Talavera vistiéndose—. Me jode tanta política y tanta reunión. ¿Por qué no dejáis la política y las reuniones para cuando hayamos ganado la guerra?

—Porque sin una dirección política realista y la educación de las masas no la ganaremos nunca...

Por el camino siguieron discutiendo amistosamente. Pero al llegar a la comandancia las noticias que recibieron eran tan graves que parecían el anuncio de una catástrofe. Incluso se hablaba de la evacuación de Aranjuez. El enemigo había cruzado el Jarama y amenazaba con el cerco a la capital. Las unidades del sector mal organizadas y peor armadas estaban siendo arrolladas. Talavera habló por teléfono con el teniente coronel Matilla y éste le dio instrucciones para que se incorporase a la jefatura del sector y esperase su llegada.

¿Tú qué vas a hacer? —miró Talavera a Bejarano con el ceño fruncido.

—¿Te ha dicho Matilla algo para mí?

—No, no me ha dicho nada... Al parecer están discutiendo con Wencia. Miaja quiere que Largo Caballero le entregue la defensa del sector.

—Es lo correcto.

—Bueno, yo me voy al puesto de mando... —se despidió Talavera—. Las reservas de Madrid están en camino y vamos a romper la cuña enemiga.

Con la llegada de la primavera disminuyó la tensión militar de Madrid. En el Pingarrón había quedado embotada la capacidad maniobrera de los atacantes. Pero fue el revés sufrido en Brihuega por las insolentes columnas motorizadas italianas lo que hizo a los nacionalistas desistir del asedio a la capital, con lo cual Madrid recobró cierto aire de normalidad... una normalidad con bombardeos de artillería y aviación, humor negro, hambre y una formidable sensación de fortaleza.

La actuación de Talavera en el Jarama y en Guadalajara habían consolidado su posición en el Cuartel General. Sus informes objetivos, su celo y dinamismo, ratificados siempre por la audacia y el valor personal, le habían valido frecuentes felicitaciones. El «glorioso defensor de Madrid» le distinguía con verdadera cordialidad y sus chistes de garabatillo le arrancaban flatulentas carcajadas.

En cierta ocasión un alto jefe militar le preguntó de sopetón:

—¿A qué partido pertenece usted, Talavera?

—Antes de contestar, ¿me permite que le haga otra pregunta, mi general? —se rascó el occipucio fingiendo honda meditación.

—Suéltela ya.

—¿Pertenece usted a algún partido?

—Quite usted, por Dios... —se echó a reír—. A mí ya me han dejado por imposible.

—Pues como yo no puedo vivir pensando que todos los que no opinan como yo son mis enemigos, a determinadas horas, y según con la persona que hable, me siento comunista, socialista, anarquista, republicano y si me apura un poco hasta una pizca monárquico.

—Así no me extraña que todos le hagan cucamonas.

—Lo que pasa es que no soy maniático, mi general.

—Yo más bien diría que es usted un gran zorro.

—Esa es la consecuencia de que a uno no le dejen escoger su propio papel en la comedia. Ser zorro o ser borrego, he ahí la cuestión...

—Nuestro papel es ser militares por encima de todo —le despidió el general con unas palmaditas afectuosas.

Carmiña, Carmiña... No sabía con certeza cuándo empezó a sentir su presencia huroneándole por dentro. La galleguita pazguata, como él la llamaba, no poseía ningún atractivo irresistible ni hacía nada por llamar la atención. Pero en el roce diario su rica sensibilidad se hacía sentir de muchas maneras, incluso con una fuerza voluptuosa remansada en versos de Calderón, de Santa Teresa, de Curros Enríquez, de Rosalía de Castro... Poco a poco se fue imponiendo hasta hacerle preferir su conversación y sus escapadas líricas a la compañía de Luisa la Emperadora, la dueña del chalé «Villa Felicidad» de la calle Cartagena.

Frecuentemente la acompañaba hasta su casa por las calles oscurecidas y algunas veces se quedaba a cenar con ella y doña Rosario. Aunque las dos eran muy discretas y eludían hacer comentarios políticos, cuando se les trataba tan de cerca se percibía su sorda hostilidad contra el régimen republicano.

Por entonces en el Cuartel General se hablaba mucho de las tendencias pacifistas de Prieto y de los proyectos del Dr. Negrín para restablecer la República burguesa y ganarse la confianza de Inglaterra y Francia. Los anarquistas, los trotskistas y los socialistas de izquierda que acaudillaba Largo Caballero estaban siendo barridos de los cargos de dirección cuando no perseguidos y encarcelados. Los comunistas se habían hecho los amos con su programa de «República democrática de nuevo tipo» y «primero ganar la

guerra», que en el fondo no era otra cosa que un programa para eliminar a sus adversarios de izquierda, los cuales afirmaban «que no se podía ganar la guerra sin hacer la revolución».

El mismo Talavera estuvo a punto de ser alcanzado por la purga. Un día el teniente coronel Matilla le dijo que el Comisario le estaba presionando para que le enviase al frente. «Me parece muy bien.

Lo único que no me gusta es que sea el Comisario quien lo imponga...». Al parecer, la acusación que le hacía Bejarano es que había dicho en algún lugar «que entre la dictadura roja y la negra no sabría cuál elegir».

—No me extraña que lo haya dicho, porque las dictaduras no me gustan ni un pelo —afirmó Talavera con gesto ofuscado.

—Me parece muy bien, pero te aconsejo que seas más reservado y prudente... No creas que eres tú el único que no quiere dictaduras. En las alturas hay muchos personajes que opinan lo mismo, con la diferencia de que consideran a los anarquistas más peligrosos que a los comunistas por su manía de trastocar todo con socializaciones y colectividades... —el Teniente Coronel miró cauteloso hacia la puerta y bajó la voz—, ¿Sabes lo que me dijo Prieto hace unos días? Que si le ayudábamos a meter en cintura a los anarquistas, de los comunistas se encargaba él. Por eso te aconsejo que seas prudente y no tires las patas por alto. Dejemos a los fanáticos que se devoren entre ellos. Ya llegará nuestra hora, no te preocupes...

Las palabras de Matilla le hicieron reflexionar, llegando a la conclusión de que tal y como se estaban poniendo las cosas, incluso con respecto a Carmiña, que era quien le había retenido en su empleo, prefería la primera línea a las mezquinas intrigas de la retaguardia. Pero unos días después se encontró con Bejarano en compañía del coronel ruso en el puesto de mando de un cuerpo de ejército.

—¿Qué te ha pasado con Matilla? —le cogió del brazo y se apartó del grupo de militares que discutían un supuesto táctico.

—Que yo sepa, nada... ¿Es que te ha dicho algo?



—Bueno, ayer o anteayer Carmiña le dijo algo a Marta en el centro de Mujeres Antifascistas y yo he tratado de averiguarlo, pero en el Comisariado no hay nada contra ti... Sí, algunos opinan que eres muy joven y que darías mejor juego en el frente; también dicen que eres bastante putero y que en la bebida tampoco te quedas corto. Bah, *peccatas minutas*. Parece que la guerra nos ha despertado a todos las ganas de chingar y beber.

—¿Y ha sido Carmiña quien se lo ha dicho a Marta?

—Sí. Ya sabes que Marta te aprecia y me ha dado la tabarra para que te eche una mano.

—El caso es que no recuerdo haberle dicho nada a Carmiña.

—Se lo habrá olido. Las mujeres son muy astutas cuando están enamoradas. A mí me sucede lo mismo con Marta; cuando no quiero que se entere de algo resulta que es la primera en saberlo... Pero lo que yo quería decirte es que Matilla es mucho Matilla. Y no sé cómo se las arregla para parecer siempre inocente.

—Matilla es camarada tuyo —observó Talavera.

—Sí, sí, es camarada y reconozco que es un buen militar, pero tampoco olvido que tiene antecedentes monárquicos... —el coronel ruso volvió la cabeza y le hizo una seña—. Tú no te preocupes, que los comunistas no tenemos nada contra ti.

La guerra y la revolución empezaron a convertirse en un complicado galimatías para Talavera. Envuelto en aquella atmósfera de intrigas y partidismos se dejó arrastrar por la corriente acomodaticia. Sin duda todavía quedaban personas que pensaban en la guerra y en la revolución con seriedad, pero los más se preocupaban del poder, de los ascensos, de arrinconar a sus rivales. Incluso los anarquistas estaban dando marcha atrás. Después de los sucesos de Mayo en Barcelona empezaron a replegarse sin presentar batalla al bloque oportunista del Dr. Negrín. Talavera se sentía desconcertado. Su mismo cargo en el Estado Mayor más que contribuir a esclarecer sus dudas contribuía a aumentarlas. Hablando con Carmiña del pesimismo que le estaba entrando, le dijo:

—Estoy pensando que esto es una merienda de negros. Como alguien no lo remedie nos vamos al carajo.

—De todas las maneras, y por mucho que tú hagas, será lo que Dios quiera...  
—se levantó para poner sobre la mesa la botella de coñac. Ella se sirvió un culito y a Talavera le llenó la copa—. Lo que hace falta es que termine la guerra pronto y nos libremos de esta pesadilla.

—Menos mal que todavía tenemos coñac —cogió la copa, la contempló amorosamente sombrío al trasluz y se la bebió de un trago.

—¿Es verdad que has pedido a Cipriano Mera que te reclame para el frente?  
—le apartó Carmiña el pelo de la cara.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—No sé... —se arrellanó en el sofá y se desabrochó la camisa, dejando el peludo tórax al descubierto—. Estoy aburrido y no quiero que me aplaste el derrotismo. Prefiero cien veces el frente a ver cómo los políticos se destrozan entre ellos y nos destrozan a todos. Por lo menos en el frente se sabe donde está el enemigo... —sintió la mano de Carmiña en el muslo y se le deshizo el gesto obstinado del mentón—. Si no me he marchado antes ha sido por ti. Yo pensaba... pero no, a ti también te interesa más la política que cualquier otra cosa.

—No es verdad, no es verdad... —se apretujó contra él y restregó su cara en la barba hiriente. Pero en aquel momento sonó el teléfono en el pasillo y se puso a la expectativa—. Debe ser mi tía.

—No contestes.

—Espera un momento... —se le escurrió la muchacha de entre los brazos.

Mientras ella hablaba por teléfono se bebió dos copas seguidas. Luego alargó la mano y cogió de la repisa de la rinconera un libro gordo de sobrecubierta roja. Era «La Commune de París» de Rosa de Luxemburgo y tenía una cordial dedicatoria de Marta, la mujer de Bejarano. Al hojearlo con cierta desgana se

cayeron unos superponibles hechos a la escala de la cartografía militar. Se trataba de un trabajo minucioso que reflejaba con exactitud las fortificaciones, armas y fuerzas que guarnecían el sector de Brunete, por el que el mando republicano proyectaba una ofensiva que debía desencadenarse de un momento a otro... Carmiña le sorprendió con el documento extendido sobre la mesita. Poseída de un frenesí desconocido, se le abrazó y le tapó la boca con un beso largo y profundo... «No me regañes, meu filliño, te quiero, te quiero...». Abrazados rodaron sobre los baldosines frescos. «Te quiero, meu filliño, te quiero...», murmuraba Carmiña masticando las palabras y tragando saliva... Fue un momento de éxtasis ciego. Los dos bregaron ardorosamente para conseguir la plenitud del deseo. Cuando ella se levantó, Talavera siguió tumbado cuan largo era sobre los baldosines. En algún lugar del frente había comenzado un intenso tiroteo. Con los ojos cerrados trató de localizar el tableteo de las ametralladoras y las explosiones de mortero, seguido poco después del fuego de contrabatería. Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada de Carmiña. Se había cambiado de ropa y en su rostro campeaba una expresión dolorida. Talavera extendió los brazos para recibirla de nuevo, pero ella le dijo que su tía podía llegar de un momento a otro. Parsimoniosamente se levantó y empezó a vestirse.

—¿Te vas a quedar a cenar? —le preguntó la muchacha.

—No.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no estás contento?

—No estoy contento, no... —se volvió hacia ella con los músculos faciales tensos y retorcidos—. Me gustaría saber por qué has hecho todo esto.

—Mejor es que no me preguntes nada, porque no podrías comprenderme... —se retorció las manos y sus pupilas se iluminaron—. Todo lo que hago es por mi Dios, por mi patria y por mi rey.

—No me refiero al superponible —observó que ya había desaparecido de la mesita—. Me refiero a lo otro... ¿Por qué te ha entrado esa furia? Luego dirás que he sido yo quien te ha estropeado, como decís todas las mujeres.

—¿No era eso lo que tú querías?

—Claro que lo quería, pero no así... como un pacto o algo peor.

—Ay, meu filliño, me parece que te voy comprendiendo... —se acercó a él y le secó con un pañuelo el sudor de la cara y el cuello—. ¿Sientes remordimientos? No sabes lo feliz que me haces... —se le humedecieron los ojos y le besó en el pecho—. Yo también te quiero, te quiero con toda el alma y confío en ti... — le cogió la cabeza entre las manos—. ¿No ves que al lado de mi Dios, de mi patria y de mi rey estás tú...? No, no, suéltame, por favor. Ahora no podría. Además, mi tía tenía que haber llegado ya.

—Tú tía no sale a la calle con el bombardeo.

—No importa. Estoy nerviosa y me siento casi enferma. Mejor es que te vayas y mañana hablaremos con más tranquilidad... Te lo pido por favor. No quiero que mi tía se dé cuenta.

—¿Por qué se va a dar cuenta...? Tú tía tiene bastante con rezar el rosario y dar gracias a Dios por las victorias de Franco... Por cierto, ¿sabes que esta madrugada empieza la ofensiva de Brunete?

—No, no lo sabía... —pareció alarmada.

—Te lo digo porque es casi seguro que mañana no podamos vemos.

—Tienes que hacer todo lo posible para que nos veamos... ¿Me lo prometes?

—No te prometo nada. En caso de que no pueda te llamaré por teléfono —se despidió de ella en la puerta.

Iban a pasar más de quince días antes de que volvieran a encontrarse. El fracaso de aquella operación en la que el coronel Rojo había puesto toda su confianza y en la que las mejores unidades del Ejército Popular quedaron enredadas en una batalla de consunción, sin conseguir ninguno de sus objetivos estratégicos, le produjo un rabioso malestar contra sí mismo. «Merecería que me fusilasen por traidor», se dijo más de una vez en el transcurso de aquellos días de polvo y sed en la parrilla del campo de batalla de Brunete, bajo los efectos terroríficos de la aviación enemiga. Mientras le duró la borrachera del combate en el que había visto morir a miles de hombres, la maldijo cien veces y se propuso no volver a verla más en su vida.

Pero todos sus propósitos se disiparon al verla entrar en la habitación del hospital... «Meu filliño, meu filliño». Su hechizo, su tierna conmiseración le desarmaron.

—¿Cómo fue? —le cogió la mano, se la acercó a sus mejillas y la besó repetidamente.

—Todavía no lo sé. Si quieres que te diga la verdad, cuando me di cuenta estaba a treinta o cuarenta metros del observatorio con los huesos molidos, algunas heridas en los brazos y en las piernas y casi desnudo... Fue una explosión horrible. Dicen que son bombas alemanas de aire comprimido.

—Casi un milagro —le buscó en el cuerpo las partes heridas y se las besó amorosamente.

—Pues sí... Aquello ha sido un infierno, el mayor infierno que he conocido en mi vida. Yo no sé de dónde han sacado tanta aviación y tanta artillería. Los alemanes y los italianos se están volcando.

—Los rusos creo que también han mandado lo suyo, ¿no?

—Mejor es no acordarse. Entre unos y otros nos están jodiendo bien...

Mientras estuvo en el hospital no le faltó ni un solo día su visita. Ella se preocupaba de su alimentación, de su ropa limpia y hasta que no le faltase el tabaco rubio. Pero cuando le dieron de alta sus atenciones y delicadezas se hicieron más patentes. En su casa le preparó una habitación para cuando quisiera quedarse a dormir, lo cual hacía con frecuencia y raro era el día que no comía o cenaba allí. De esta manera Talavera se vio comprometido en el movimiento clandestino y en los servicios de espionaje, pues Carmiña no se recataba de hablar con sus amigos delante de él.

—¿No te parece que nos estamos comprometiendo demasiado? —le dijo un día.

—Mi compromiso es hasta la muerte —le miró ella a las pupilas con dulce vehemencia—. Pero tú no, tú no tienes compromiso con nadie... Bueno, lo tienes conmigo, porque cada día te quiero más y tu vida me importa más que la mía.

—Si me quisieras de verdad mandarías la política al infierno.

—No es la política lo que me interesa. Si supieras que la política me interesa menos que a ti... Ya ves, por la política no daría ni un pelo de mi cabello. Es otra cosa lo que yo quiero... el triunfo de Dios sobre una España unida por el cetro y los diez mandamientos.

—Y los terratenientes haciendo su agosto y los obispos metiéndose en todo lo que no les importa, ¿no?

—No, no, la justicia de Cristo por encima de todo.

—Lo que tú quieres es más utópico que lo que pretenden los anarquistas y los comunistas.

—Para Dios no existen utopías.

—Pero sí para los cristianos. Además, a mí me parece que a Dios le importan un carajo nuestras cosas.

—No seas blasfemo —le tapó la boca con un beso.

—Bueno, bueno, no quiero llevarte la contraria, pero no me convences... — cambió de conversación para no dejarse embotar por el exaltado idealismo de Carmiña.

Fue el mismo curso adverso de la guerra y las intrigas políticas que minaban la retaguardia republicana las que le hicieron vencer el recelo y desconfianza que sentía por los amigos de Carmiña. Hasta la reconquista de Teruel por los nacionalistas, Talavera había rehuido el compromiso directo derrochando diplomacia ladina. De una manera solapada, incluso había entorpecido el espionaje de Carmiña falseando datos y situaciones a sabiendas de que ella los iba a transmitir a sus amigos. Pero en el momento que se convenció que el bando republicano no tenía nada que hacer, le planteó su deseo de ingresar en el movimiento clandestino.

—Yo preferiría que siguieras como hasta ahora —le dijo ella.

—¿Por qué? —las pupilas de Talavera giraron desconcertadas.

—Porque todavía no estás convencido. Lo haces por mí o lo haces por egoísmo y eso es lo que no me gusta.

—Lo hago porque te quiero y porque deseo estar contigo en todo.

—De todas las maneras, no depende de mí... —se quedó ella pensativa—. Yo sólo soy un soldado de Cristo que trabaja en las tinieblas.

—¿Me vas a decir que no conoces a los mandamases de la «quinta columna»?

—Conozco a personas que piensan como yo, pero no conozco a los jefes ni quiero conocerlos... —y como viese en Talavera un gesto de incredulidad, añadió:— Si te empeñas puedo hacer llegar tu deseo, aunque preferiría que siguieras como hasta ahora y sólo tuvieras relación conmigo... — parsimoniosamente le fue despojando de las prendas con deleite contemplativo hasta que su timidez y sus escrúpulos se fundieron en ardiente sensualidad. Talavera siempre la dejaba hacer. Se entregaba pasivo a su iniciativa. Gozaba viéndola superar sus prejuicios morales en el descubrimiento de los más refinados placeres.

Pocos días más tarde Carmiña era detenida. Talavera se enteró en el frente de la Alcarria, donde estaban realizando operaciones de entretenimiento para aliviar la presión de los frentes en Levante. Su primera intención fue regresar inmediatamente a Madrid con cualquier pretexto. Pero el mismo oficial que le dio la noticia, le aconsejó que se «comportase de una manera normal».

—El jefe del SIM ha estado husmeando en tus papeles —le dijo su informante—. El teniente coronel Matilla cree que no tiene ninguna prueba contra ti, aunque nadie mejor que tú debe saberlo.

—¿Qué pruebas va a tener...? —se quedó Talavera pensativo—. Lo siento por Carmiña. Para mí es una buena chica y estoy seguro que podrá demostrar que es leal. ¿No ha hecho nada por ella la mujer de Bejarano?

—Me parece que Bejarano está en Valencia. También se habla de que a Matilla se lo lleva el general Miaja con él... A lo mejor tira de ti.

—¿No sabes por qué han detenido a Carmiña?

—En principio se dijo que había aparecido su nombre en una organización clandestina de los Requetés, pero yo más bien creo que es cuestión de espionaje...

En los diez o doce días que duraron las operaciones de la Alcarria, Talavera no volvió a saber nada más de Carmiña. Pero a los pocos minutos de llegar al hotel donde se hospedaba en Madrid, le entregaron una nota escrita a máquina y sin firma en la que le daban instrucciones concretas sobre la manera de comportarse. Entre otras cosas le decían que debía desentenderse por completo de Carmiña y negar todo lo que fuera preciso para evitar sospechas.

En el Cuartel General se sintió observado de una manera que sólo conocen los que saben que pueden ser derribados y pataleados en cualquier momento. Sus compañeros le trataban con mucha reserva. El mejor indicio de que resultaba sospechoso es que nadie le habló de Carmiña, a pesar de que todos sospechaban entre ellos relaciones de intimidación. Pero él tampoco se dio por afectado. Cuando más dueño se sentía de su voluntad era cuando el peligro le circuía. Entonces su carácter taimado adoptaba formas alegres y festivas.

Poco después de llegar a la «Posición Jaca», el jefe del SIM en persona se hacía el encontradizo con él. Más ceremonioso que cordial le estrechó la mano y se interesó por el resultado de las operaciones de la Alcarria.

—Supongo que ya lo sabes... Se ha conseguido algo y se han hecho algunos prisioneros, pero mucho menos de lo que se pensaba.

—Como siempre... —hizo un gesto displicente su interlocutor—. Mera quería llegar a Sigüenza y todo lo que ha conseguido son unos cuantos cerros que maldita la falta que nos hacen.

—Sin aviación no se puede hacer nada. Antes de iniciar la operación ya teníamos sobre nosotros una legión de «pavas» machacando las carreteras y los puntos de concentración —dijo Talavera.

—Lo que no se puede hacer nada es sin voluntad de triunfar... Parece que estamos jugando a los soldaditos en vez de considerar que nos estamos jugando la vida.



—Eso no va conmigo —sostuvo Talavera su mirada recriminatoria.

—Va con todos... ¿Por qué no te pasas esta tarde por mi despacho y tomamos una copa? —hizo intención de marcharse.

—Me parece muy bien. Precisamente quería hablar contigo sobre Carmiña.

—Menuda lagarta nos ha salido «el terroncito de azúcar»... —se dirigió al coche aparcado en la frondosa alameda de Osuna—. Te espero a eso de las siete, ¿eh?

—De acuerdo...

Minutos antes de la siete Talavera entraba en el suntuoso despacho del jefe del SIM en el Ministerio de Marina. Si abrigaba algún temor no lo reflejaba. Más bien parecía exageradamente jovial y chistoso. El jefe del SIM estaba hablando con Alfonso Pacheco de Guzmán, pero al entrar Talavera éste se esfumó.

—¿Conoces a Pacheco? —se levantó y sacó de un armario una botella de coñac y una caja de cigarros puros.

—Le vi algunas veces en Servicios Especiales y me contaron sus «glorias». Debe ser un tipo repulsivo, ¿no?

—Ya quisieran muchos que presumen de antifascistas valer la mitad que él.

—En lo suyo quizá sea un as, pero reconocerás que todos no valemos para chivatos ni creo que sea una virtud antifascista.

—Pues yo tengo más confianza en él que en muchos de los nuestros, porque sé que es el último que desea el triunfo de Franco.

—Es natural... aunque lo mismo que ha vendido a los suyos puede venderte a ti o al lucero del alba.

El jefe del SIM arrugó el entrecejo, echó coñac en las copas y cambió de conversación. Corrientemente los temas que más le apasionaban eran los chismorreos del Cuartel General, el movimiento de personal y las actividades comunistas. Pero aquel día le dio por hablar del teatro de masas y de los

ensayos de teatro soviético que realizaban en el Teatro de la Zarzuela Rafael Alberti y María Teresa León, y que según él no interesaban a nadie. Talavera le escuchaba impaciente, dando pequeños sorbitos a la copa que tenía en la mano, sin saber adónde quería llevarle... hasta que se abrió una puerta lateral y entró Carmiña acompañada de dos oficiales.

—Le ruego que me perdone, comandante Talavera... —la muchacha se dirigió a él sin que los oficiales la dejaran acercarse.

—¿De qué te voy a perdonar? —la contemplaba él emocionado.

—¿Es que todavía no te has enterado de lo que ha hecho?

—Él no sabía nada, no sabía nada... —jadeaba la muchacha con la voz estrangulada.

Talavera sintió unas ganas irresistibles de abrazarla, pero siguió clavado, firme, sin moverse. La mirada del jefe del SIM no se apartaba de él.

—Me gustaría saber lo que pretendes... —las pupilas de Talavera centellearon desafiantes.

—Yo no pretendo nada. Sólo quería darte una sorpresa... ¿Me vas a decir que no te agrada verla?

—Verla así es lo último que podía desear... —le chirriaron los dientes.

—Ah, ¿entonces es verdad que estabais liados? —se echó a reír el jefe del SIM.

—Es verdad que la quiero con toda mi alma.

—Y yo a ti —dijo Carmiña.

—Vaya, vaya con los tórtolos... Si tanto os queréis os voy a dar una oportunidad para que seáis felices y comáis perdices. La cosa es muy sencilla. Bastará con que esta lagarta me diga los nombres de sus cómplices en el Cuartel General.

—Ya le he dicho que no tengo cómplices.

—Vamos, anda. Vete a otro perro con ese hueso... ¿Me tienes por tonto o gilipollas?

—¿Por qué no has de creerlo si ella lo dice? —sostuvo Talavera su mirada colérica.

—Porque no, porque a mí no me la pega esta imbécil. Y si no, juzga por ti mismo... —tiró de uno de los cajones de la mesa y sacó unos superponibles que Talavera reconoció inmediatamente porque había visto los originales en manos del teniente coronel Matilla—. ¿Crees que esto es obra de una meona...? Habla, dime lo que opinas...

—No sé... quizá tengas razón —fijó la mirada en las pupilas de Carmiña—. ¿Por qué no le dices quién lo ha hecho?

—Lo he hecho yo sola, sola. No me ha ayudado nadie...

—Llévalosla de aquí antes de que me arrepienta y la patalee... fuera, pronto... —la arrojó del despacho a empellones sin permitir que Talavera se acercase a ella—. Y tú puedes marcharte también... —le señaló la puerta con gesto destemplado—. No creas que esto está muy claro ni me gusta tu comportamiento. Puede que no seas cómplice, pero sí culpable de desidia y negligencia...

Talavera salió del despacho sin escuchar las últimas palabras.

Rómulo Talavera se había hecho muchas ilusiones a la terminación de la guerra. Su participación activa en el movimiento clandestino después de la muerte de Carmiña y la intervención preeminente que tuvo en los últimos momentos del derrumbamiento republicano, le hicieron creer ilusoriamente que pasaría a formar parte del ejército vencedor con la misma graduación. Tanto es así que el 28 de marzo de 1939 no hizo más que cambiarse los emblemas y distintivos en el uniforme. Envuelto en una aureola de heroísmo y muy apreciado por destacados personajes que habían librado su batalla desde las embajadas, nadie se atrevió a poner en duda su indumentaria de comandante. Pero un día el coronel Mijares le preguntó la graduación que tenía antes de la guerra y Talavera le respondió que había sido cabo en la Legión.

—Cabo... —le contempló el Coronel perplejo—. Si yo creía que era militar profesional. ¿Y cómo viste usted de uniforme?

Talavera le explicó la situación y las promesas que le hicieron de confirmarle en la misma graduación que terna en el ejército republicano.

—Eso no puede ser. De ninguna manera. Nuestras leyes no lo consienten... ¿Cómo le van a hacer a usted comandante de un plumazo cuando nuestros mejores oficiales provisionales no han alcanzado esa graduación y todavía siguen siendo provisionales?

—Probablemente yo he arriesgado más que ellos —dijo Talavera.

—Eso no importa. En nuestro régimen cada cual debe situarse en el lugar que le corresponde y respetar la jerarquía. Es la única manera de destruir el rojismo y aniquilar en la chusma las pretensiones de poder.

Como al día siguiente volviese uniformado, el coronel Mijares le amonestó más severamente, recordándole que estaba cometiendo un delito penado por el Código de Justicia Militar. Esta primera humillación hirió a Talavera en lo más sensible de su vanidad; pues si tenía alguna era la música de espuelas y los brillantes entorchados.

El nombramiento de oficial de milicias que le concedieron sus amigos políticos y el modestísimo sueldo que cobraba como secretario particular del coronel Mijares, no le compensaron. De haber dejado que se manifestaran sus impulsos, lo hubiera mandado todo a paseo. Pero siempre cauto y precavido, pensó que si aquellos cargos no le daban beneficios, le ponían a resguardo para obtenerlos por otros medios.

Muchas personas, incluida doña Rosario, con la que vivía desde que terminó la guerra, le consideraban rico. Su flamante «Studebaker», que nadie sabía cómo había conseguido matricular a su nombre, le daba categoría de potentado en un Madrid empobrecido por el largo asedio, en el que los pocos coches particulares que se veían renqueaban de viejos.

Talavera se reprochaba con frecuencia no haber aprovechado los primeros meses de la guerra, cuando los revolucionarios consideraban el oro y las joyas

elementos de corrupción y símbolos despreciables del capitalismo y la burguesía. Entonces sí que hubiera podido prepararse un buen «calcetín». Pero cuando se decidió a crearse un fondo de reserva para vivir en el régimen capitalista, ya era tarde. Los astutos campesinos habían enterrado las monedas de plata antes de que el gobierno las retirase de la circulación, y las series de los billetes de anteguerra que el gobierno de Burgos consideraba válidos, no se veían ni con lupa. Con todo, pudo salvar una buena colección de trajes, algunas joyas y objetos de valor y unos cuantos miles de duros en billetes franquistas obtenidos durante las operaciones de Teruel... «No soy rico, pero lo seré», se decía obsesivamente. Y como era largo de vista y los escrúpulos no le estorbaban, en cuanto se convenció que tenía que renunciar a sus ambiciones militares, empleó su dinero en un negocio de compra y venta de coches usados en sociedad con un paisano que había combatido con él en la columna de Fernández.

Para doña Rosario hacer el bien era una necesidad. Daba y repartía como si poseyera medios ilimitados. Sin embargo, su fortuna se reducía a la modestísima pensión de viuda de un capitán muerto en acto de servicio y a las míseras rentas de algunas propiedades que poseía en una aldea de Pontevedra.

—Yo no sé dónde vamos a parar. ¿Quieres creer que ya no tengo dinero y estamos a mediados de mes? —se lamentaba quejumbrosa.

—Lo que pasa es que es usted una derrochona —bromeaba Tala vera.

—No me digas. Es que está la vida imposible y todo sube menos mi paga. Parece que el gobierno no se acuerda de las clases pasivas.

—Ni de las activas. Figúrese si yo tuviera que vivir con lo que gano.

—Pero eso no puede ser. ¿Cómo vamos a arreglamos entonces...? —giraban asustados los ojos de doña Rosario.

—Bah, no se preocupe... —sacaba la cartera con parsimonia y le daba algunos billetes pequeños—. Nosotros viviremos de todas las maneras... aunque tengamos que disputar la carroña a los buitres.

—Jesús, María y José... —se persignaba escandalizada la tía de Carmiña—. Hablas como si nos estuviéramos acercando al apocalipsis.

—Tanto como el apocalipsis es demasiada solía, pero el hambre y la miseria están haciendo su agosto.

—Nuestro Caudillo no consentirá que pasemos hambre y haya miseria. Verás como no lo consiente...

Talavera sonreía enigmático y se agazapaba en su socarronería para no llevarla la contraría. Pero su visión del porvenir distaba mucho de ser optimista. Por otra parte, su situación se tomaba cada día más inestable y peligrosa. Para los vencedores empezaba a ser un advenedizo sospechoso y para los vencidos un traidor al que algunas veces recurrían desesperadamente para que salvase la vida de tal o cual conocido. Frecuentemente le visitaban familiares de perlonas que él había visto boyantes y ahora se hacinaban en las prisiones y campos de concentración. Doña Rosario acogía a todos los que llegaban con el mismo espíritu de caridad y su difuso repertorio de esperanzas en Dios, en la Santísima Virgen y en todos los santos de su devoción.

—No quiero recibir a nadie, tía... —protestaba Talavera—. Me está usted comprometiendo... ¿Por qué no les dice que no estoy o que estoy en el infierno?

—Porque soy cristiana y no quiero que digan que somos como ellos, que no tenían piedad de nadie.

—Es una pena que los que tienen piedad no tengan poder y los que tienen poder carezcan de piedad... Debían hacerla a usted juez o ministro a ver lo que hacía con la piedad, porque yo no la encuentro por ninguna parte, a pesar de que oigo a muchos hablar de ella para salir del paso o encubrir lo contrario.

Un día, al entrar en casa, la criada le dijo que en la cocina le esperaba una señora que no se había querido marchar.

—¿Te ha dicho cómo se llama? —inquirió Talavera receloso.

—Me ha dicho que era muy amiga de la señorita Carmiña y de usted...

En la penumbra de la cocina vio a una mujer andrajosa. Se arropaba con un mantón negro y llevaba una criatura en los brazos. Al acercarse a ella se levantó. Sus ojos tenían un brillo cambiante de fiera acorralada. La conocía, pero de momento no pudo identificarla... «Soy Marta, la mujer de Rodrigo Bejarano», dijo ella en voz casi inaudible. Talavera se quedó atónito. Hacía casi dos años que no la veía, pero resultaba imposible identificar aquel esperpento con la bella esposa del talentado dirigente comunista.

—He venido a verte, porque ya no sé qué hacer ni adónde ir... —habló carraspeando—. Estoy cansada de vivir en los refugios de las trincheras y entre escombros... siempre escondida, siempre huyendo. La niña está enferma y yo ya no puedo más.

Talavera se la llevó al cuarto de estar para hablar con más libertad. Marta y Carmiña habían sido muy amigas hasta que ésta fue detenida y se puso al descubierto que había distribuido carnés del Socorro Rojo y de Mujeres Antifascistas entre los conspiradores de la «quinta columna». Después Marta dejó de hablar a Talavera...

Mientras le rogaba apremiantemente para que le diese un aval o un documento que la protegiera de la persecución de que era objeto, llegó doña Rosario, que la conocía como amiga de su sobrina, y al enterarse de su situación resolvió las vacilaciones de Talavera, invitando a Marta a que se quedara en la casa hasta que encontrase un acomodo para ella y la niña.

—¿No te parece que es lo mejor? —miró a Talavera dubitativa.

—Lo mejor sería encontrar una solución para que Marta se reuniera con su marido.

—Si supiera dónde está Rodrigo...

—Debe estar en Francia o en la Unión Soviética, ¿no?

—Quién sabe. No tengo la menor idea... El día 28 de marzo estábamos en Valencia escondidos y cuando se enteró que Casado lo estaba entregando todo salió a ver a los camaradas y ya no volvió más.

—No te preocupes, hija, ya verás como todo se arregla. Dios aprieta, pero no ahoga... Todo se arreglará, todo se arreglará. Hay que tener confianza en Dios y en la Santísima Virgen...

Unas horas más tarde, Rómulo le decía a Luisa la Emperadora: Soy el tío más imbécil y sentimental que ha parido una gallega. No tengo donde caerme muerto y estoy poniendo un asilo... Hoy he recogido a una mujer enferma y perseguida con una niña que es un montoncito de huesos y pellejo. Tengo a mi cargo a una anciana que no sabe lo que se dice ni lo que se hace, aunque practica el amor y la caridad a mis expensas. Un perro con el que un día se encariñó el hijo de una mujer que me odia. Y una docena de amigos que me bailan el agua porque creen que tengo alguna olla escondida con lingotes del Banco de España... Una calamidad, un cretino es lo que soy.

—¿Y yo no significo nada?

—Gracias a ti no me mata la mala leche ni me muero de asco.

—Si me hicieras caso mandabas a la porra todo eso... —terminó de desnudarse y se metió en la cama—. A la tía postiza, a la política, al Coronel, al perro, a esa nueva renta que te ha salido y a los amigotes chupones. Porque, no me digas, el provecho que te dan y ná... Quebraderos de cabeza y ná más que quebraderos de cabeza. Tan ricamente como podías vivir conmigo, sin más preocupaciones que lucir el tipo, fardar como un príncipe y de vez en cuando hacer algún viaje a La Línea o a Tánger... No dirás que es mucho lo que te pido.

—Digo que no me interesan esos negocios. Me falta estómago para vivir del tipo.

—Lo que te pasa es que eres muy egoísta y tienes muchos pájaros en la cabeza... Claro, sabes que siempre que vienes me encuentras dispuesta. Pero si yo te pusiera las peras a cuarto, ya veríamos... Oye, ¿y la nueva renta no será otra prójima?

—La nueva renta, como tú dices, es la mujer de Rodrigo Bejarano, el comisario que quiso fusilarme durante la «semana del duro».



—Pues sí que eres imbécil, no me digas... Si no fuera por lo que es te juro que te mandaba a la porra, porque a mí solamente me tienes para las ocasiones, cuando no tienes otra...

—Vamos a dejarlo, ¿quieres?

—Lo digo por ti, porque me duele verte como un perro apaleado. Y luego, ¿qué sacas con la política y con el Coronel...?

Talavera no respondió. La embriaguez dulzona de la carne de Luisa aceleraba su respiración. Ella le correspondía mimosa y besucona con el deleite táctil de la pasión creciente y los cinco sentidos ávidos de goce. Con Luisa lo mismo parecía siempre distinto. Su profesionalismo no desvirtuaba el ritmo intenso de la entrega... Talavera la conoció en un prostíbulo de Algeciras. Después volvió a tropezársela en Villa Sanjurjo arrimada aun oficial legionario y se encelaron rabiosamente hasta quebrantar la disciplina y humillar la jerarquía. Por ella conoció el pelotón de castigo con el saco de arena a cuestras y el calabozo. De aquello le salvó el coronel Millán Astray bajo promesa de no volver a «enzurriagarse». Pero a mediados de 1937 la encontró de nuevo en «Villa Felicidad», en un chalé de la calle Cartagena donde comerciaba con unas cuantas chicas... «No te hagas ilusiones, que yo ya no soy la calentona tirá que tú conociste», le dijo ella. «Me alegro, porque yo tampoco quiero líos. Bastantes me buscaste en Tauima...». Discutieron sin acrimonia, pero cuando Talavera eligió una rubia platino, Luisa se puso furiosa y dijo que a ella no le hacía de menos ni la humillaba con una cualquiera en su casa. «Entonces tendrás que implorarme para que me acueste contigo», se echó a reír él. Desde entonces esta escena se había repetido muchas veces con ligeras variantes. Ni ella cesaba en su juego de engancharle, ni él mostraba menos recursos para defender su independencia.

La amistad de Talavera con Octavio Pacheco de Guzmán nació casi el mismo día que se conocieron en casa de Alicia. Aunque sus mundos eran distintos, el fermento revolucionario y el encanto personal de aquel intelectual brillante y agresivo que firmaba sus artículos con el seudónimo de César Bueno, ejercieron una influencia decisiva en el esponjoso espíritu de Talavera.

Amigo personal de José Antonio y radicalmente falangista, Octavio Pacheco seguía fiel a la consigna del Fundador: «Amamos a España porque no nos gusta». Duro, crítico y tenaz en su pensamiento revisionista, se había enfrentado con su propia familia, una familia histórica aferrada a sus feudos y privilegios. Cuando oía a su madre, la famosa duquesa de Castellares, hablar de restauración, la increpaba mordaz:

—¿Acaso pensáis restaurar la miseria?

—Nosotros sabemos lo que queremos, pero ¿quién sabe lo que queréis vosotros? —le retrucaba su madre soberbiosa y altanera.

—Pregúntaselo al más humilde de los braceros de tus feudos y te dirá lo que queremos... el pan, la patria y la justicia para todos los españoles.

En los medios conservadores, influidos por su madre, se le hacía una obstrucción sistemática. Se decía de él lo mismo que de José Antonio: que era un ensayista peligroso. Sin embargo, los estudiantes y los trabajadores incorporados a las tareas sindicales, le idolatraban. Veían en él al teórico de la «revolución vertical». Sobre los escombros de la guerra civil, Octavio Pacheco levantaba una antorcha de esperanza. «Si la paz ha de ser fructífera y la revolución nacionalsindicalista un hecho irreversible, no puede haber vencidos», decía. Pero sus palabras apenas si traspasaban los círculos minoritarios del falangismo primitivo.

Para acallar su voz, a los pocos días de terminada la guerra, le encomendaron una misión en Alemania que se prolongaría indefinidamente. A su regreso, sus enemigos dijeron que expelía virus nazis por todos los poros de su cuerpo. Hitler era su mesías y el *Mein Kampf* su biblia. Al mismo Talavera le había regalado un lujoso ejemplar del libro del Führer y siempre que se encontraban suscitaba comentarios en torno a la obra del dictador alemán y su revolucionario proyecto de unificar Europa bajo la égida del m Reich.

Un día, al final de un acto político en el que Octavio había hablado de la fulminante victoria de los «panzer» alemanes sobre la legendaria caballería polaca y profetizado la inmediata destrucción de las «podridas democracias occidentales», Talavera se acercó a felicitarle.

—Hoy no te escapabas... —le cogió Octavio del brazo mientras estrechaba manos y recibía felicitaciones de sus admiradores—. ¿Tienes mucha prisa?

—Mucha —sonrió Talavera.

—¿Es que Mijares no puede pasarse sin ti?

—Tenemos mucho trabajo.

—Mucho trabajo, mucho trabajo... —salmodió burlón y añadió en tono alto y enfático para que le escuchasen los que estaban pendientes de sus palabras—: Mientras vosotros trabajáis tanto para abarrotar las prisiones, la industria y el comercio se hallan paralizados por falta de brazos. Tenemos miles de hogares destruidos sin pan, sin lumbre y sin patria... —movió la cabeza energicamente—. Esto no puede ser. La insuficiencia nos muestra a cada paso su cara hosca y hambrienta. Y eso cuando Europa necesita más que nunca de nuestra vocación imperial y misionera.

—Yo no tengo la culpa de que la justicia sea así.

—Mejor es no hablar de justicia... —el azul cobarde de sus ojos brillaba licuado—. Ojo por ojo y diente por diente. Conozco esa teoría. Es tan antigua como la humanidad y se llama venganza. Lo peor es que nos decimos cristianos y portadores de valores eternos. ¿Cómo se conjuga semejante antinomia? Reconocerás que estamos cayendo en el absurdo... —se llevó a Talavera cogido del brazo a un lugar apartado—. Quería hablar contigo sobre Matilla. Me han dicho que tú eres quien mejor puede informarme.

—Depende de lo que sea —parpadeó Talavera—. Yo sólo le conocí en la guerra.

—Se trata de la guerra precisamente... Me figuro que no ignoras que Matilla es pariente lejano mío... más que pariente, amigo. Su mujer no deja de darme la tabarra para que haga algo por él, pero yo no sé... Alicia por una parte y mi madre por otra me quitan las ganas. ¿Qué hizo Matilla en el ejército rojo?

—Yo creo que todo lo que hizo fue en provecho de los nacionales.

—Sin embargo, también dicen que era muy amigo de Miaja y de Rojo y hasta que se hizo comunista... —sacó una pitillera de oro y ofreció a Talavera un cigarrillo egipcio.

—Efectivamente, ¿pero qué otra cosa podía hacer para no levantar sospechas?

—Pudo sublevarse, como era su obligación, o pasarse a nuestras filas. Pero, además, Alicia asegura que no hizo nada por mi hermano, y a mi madre le han contado que fue él quien convenció a Alfonso para que se pusiera al servicio de los rojos.

—De eso no sé nada. Lo único que yo puedo decirte es que el espionaje en el Cuartel General republicano se hizo casi siempre a través de Matilla. El no intervenía directamente, pero dejaba hacer y protegía a sus colaboradores.

—Entonces, ¿crees que debo hacer algo para que le pongan en libertad?

—Yo estoy haciendo todo lo que puedo... aunque puedo poco, porque el Coronel hasta me ha prohibido que le hable de Matilla.

—Bien, bien, me alegro de que coincidamos...

Talavera vio acercarse a un conocido político y aprovechó el momento para despedirse de Octavio, aceptando la invitación que le hizo de ir al día siguiente a comer a su casa.

Sin saber por qué, Talavera se había encariñado con el hijo de Alicia de tal manera que su minúscula y vivaz figurilla le acompañaba hasta en sueños. Sediento de afectos verdaderos, encontraba en el pequeño un manantial inagotable que le compensaba de los orgullosos desplantes de la madre. Juan Antonio le llevaba algunas veces a su casa para que viese a Manchú y de paso sacarle algún dinero, y otras era el propio Talavera el que le buscaba por la Castellana cuando doña Genoveva o Cristina le sacaban a corretear.

Una tarde que estaban sentados en una terraza mientras Gabrielín jugaba con Manchú, Juan Antonio le dijo:

—Oye, ¿por qué te tiene mi hermana tantos gatos?

—No lo sé... —se envolvió Talavera en el humo del habano que tenía en la boca—. Supongo que es por haber servido en el ejército rojo.

—Si fuera por eso, yo también he servido. Qué remedio nos quedaba.

—Entonces no me explico.

—¿Fuiste amigo de Alfonso?

—No... Le vi algunas veces y nunca cambié con él más de media docena de palabras. Siempre me pareció un tipo raro y engreído.

—Un canalla es lo que fue. Con Alicia se llevaba a matar, porque no quería a Gabrielín y le llamaba negro bastardo.

—¿Y eso? —se incorporó Talavera ávido de curiosidad.

—Vete a saber... —apuró Juan Antonio la cerveza que quedaba en la caña—. Yo creo que estaba loco. Cuando le daba la venada no sabía lo que hacía. Un día si no es por Manuela, una evacuada que vivía en mi casa, le mete a Alicia un cargador en el cuerpo. Y en otra ocasión creo que la persiguió con un cuchillo.

—¿Y tú lo consentías?

—Yo estaba entonces en un pueblo de Cuenca con mamá.

Desde aquel día el afecto que sentía por Gabrielín se hizo más intenso y la sospecha que le punzó cuando le vio por primera vez se convirtió en una preocupación inquietante. El pequeño le hizo recordar más de una vez la pocilga de Carabanchel, las furiosas embestidas del enemigo, el bombardeo artillero... Cada vez estaba más seguro que fue ella quien se le abrazó, aunque luego le llamó rufián y miserable. Y lo que no le cabía duda es que le recibió en sus honduras con plena aquiescencia.

Por entonces Talavera empezó a visitar asiduamente a los Pacheco de Guzmán. Vivían éstos en un bonito palacete de la Colonia del Metropolitano. Claudia, la esposa de Octavio, era una rubia pajiza de piel mantecosa. Cuando hablaba de Hitler, y hablaba obsesivamente con fervor mesiánico, ponía los ojos en blanco y su rostro se transfiguraba. El matrimonio tenía dos hijos, un

varoncito que se llamaba Carlos Ibero y una hembra con el nombre de María Germana.

El cuñado de Alicia desempeñaba varios cargos oficiales y oficiosos más representativos que ejecutivos. Pero lo que le daba prestigio y realzaba su personalidad era la revista «Europa», de la que era director propietario. La revista pretendía ser una síntesis de los ideales occidentalistas, en la que su director trataba de fundir su ardiente españolismo y su germanofilia intelectual. Sin embargo, los alemanes le reprochaban su cesarismo católico y los católicos españoles su paganismo cesáreo. Y a todo esto, la revista y la editorial le costaban un dineral que iba desnivelando su fortuna.

Magnánimo y pródigo como un gran señor medieval, el palacete de Octavio era un centro de reunión para toda clase de intelectuales, políticos y aventureros internacionales de las nuevas corrientes verticales que estaban dinamitando las estructuras liberales de Europa en su intento de crear un frente homogéneo al peligro comunista.

La entrada de Talavera en este círculo le puso en contacto con un mundo de intrigantes, especuladores y petardistas, a los que Claudia mimaba y Octavio definiría más tarde como «fuerzas oscuras que crean y destruyen estimuladas por la emoción y la codicia».

Para Talavera no era nueva la incongruencia del hombre de ideales elevados y conducta ejemplar que se vale de procedimientos torcidos y personalidades deformadas para satisfacer sus ambiciones.

Uno de los días que encontró allí a Gabrielín, Claudia le dijo:

—Me da una pena atroz esta criatura. A pesar de lo osado e inteligente que es, va a encontrar en la vida muchas dificultades.

—¿Por qué? —se encandilaron las pupilas de Talavera.

—Porque mi suegra no le quiere ni a él ni a su madre.

—Probablemente sea una manía pasajera.

—No lo creas. Es una mujer voluntariosa que no se cansa de fastidiar... Mi suegra se niega a admitir la deslealtad de Alfonso y para justificar a su hijo atribuye a la pobre Alicia los mayores disparates... Conste que yo tampoco creo que Alfonso fuera lo que dicen. Le faltaba temperamento para ser malo.

—¿Y por qué tenía que ser malo...? Yo no creo que un hombre tenga que ser forzosamente malo para hacer cosas que no están bien.

—Te ruego que no hables de esto con mi marido... —dijo precipitadamente al ver a Octavio despedirse de sus amigos—. Probablemente tratará de sonsacarte, porque su madre no hace más que darle la tabarra y tiene gran interés en reconstruir la vida de su hermano en la zona roja. Y sobre todo no le hables de su muerte. Cualquiera que haya sido es preferible a una vida... — Octavio se acercaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión sonriente—. Le estaba diciendo a Talavera que no me explico cómo puede soportar a un jefe tan árido y seco como el coronel Mijares.

—Ni yo tampoco. Un hombre inteligente y resuelto no debe perder el tiempo en funciones estériles.

—La verdad es que si tengo algún talento no sé en qué puedo emplearlo — bromeó Talavera.

—¿No te dicen nada las ruinas de la patria?

—Me dicen que tenemos que trabajar mucho para reconstruirla.

—Pues en la reconstrucción están la gloria y la fortuna...

Brillantemente, con su estilo recortado e incisivo que hacía pensar en Ortega y Gasset y Spengler, Octavio desplegó ante los ojos de Talavera un cuadro que se parecía más al imperio de Carlos V, con su fantástico cortejo de naciones vencidas y tierras conquistadas, que a la pobre y desmantelada España de la posguerra... «Hísipanla y Germania serán las dos columnas maestras de la nueva Europa», resumió su discurso con enfático triunfalismo.

—Uno no comprende cómo pueden salir tantas maravillas de la miseria actual —dijo Talavera.

—Inglaterra y Francia son ricas —sonrió Claudia.

—Nuestra meta es el imperio hacia Dios —añadió Octavio poseído de misticismo.

—Pero antes tenemos que conquistar la tierra —volvió a decir Claudia.

—Naturalmente, querida. Pero eso ya lo doy por hecho. Las podridas democracias no podrán resistir el asalto de los bárbaros verticales y las falanges católicas...

Después de la comida, Octavio se llevó a Rómulo a tomar café a la biblioteca. Y, como había supuesto Claudia, la conversación derivó a la vida y muerte del hermano en la zona republicana... «Por los informes que he recogido, estoy casi convencido que lo mataron los comunistas, pero mi madre se empeña en que acabaron con él los nuestros para que no hablara...». Talavera le escuchó atentamente y para justificar la hipótesis de su madre le contó los diversos casos de venganza y ajuste de cuentas que se dieron en la semana en que «negrinistas» y «casadistas» se enfrentaron en las calles de Madrid.

Se decía de él que era un hombre blindado, impersonal, objetivo y fríamente ordenancista. Consideraba que la vida era milicia incluso en el hogar y con sus hijos. Era tan riguroso que no se permitía dudar de la superior inteligencia de un superior jerárquico ni admitía que ningún inferior dudase de su superioridad. En su casa, como en cualquier lugar donde se encontrase, no conocía más ley que la del cuartel y el ordeno y mando. Maruja, su hija, le llamaba afectuosamente el Furriel.

Para Talavera resultaba cada día más difícil el trato con aquel hombre desconfiado y puntilloso hasta la exageración. A pesar del tiempo que llevaba con él no podía permitirse ninguna confianza. Ni siquiera fumar en su presencia porque lo consideraba una felfa de respeto. Entre sus allegados se contaba una anécdota que le retrataba de cuerpo entero. Parece que durante la guerra era tan meticuloso, exigente y desconfiado que a sus oficiales los llevaba por la calle de la amargura. A cualquier hora podían encontrárselo donde menos lo esperaban y siempre de malas pulgas y regañón. En cierta ocasión comentando los afectados lo intolerable que resultaba la convivencia



con un hombre que no dejaba descansar el mal humor, uno de los oficiales dijo en broma que lo que aquel hombre necesitaba era una querida. Entre bromas y veras a los demás no les pareció mal la idea y todos ellos se conjuraron para ponerle delante de las narices una prójima llamativa y calentona. La treta produjo el efecto deseado. Pero la cosa llegó tan lejos que los mismos que se concertaron para buscarle la querida y que los dejase en paz, tuvieron que volver a reunirse para quitársela y evitar que fuera a parar con sus lujuriosos huesos a un castillo.

Alentado por Octavio, Talavera se decidió por fin a plantear con cierta cautela su deseo de abandonar aquella «bicoca» que no le daba ni para cubrir sus gastos personales y le impedía dedicarse por entero a los negocios. Como de costumbre, el Coronel no contestó inmediatamente. Pero cuando más despreocupado estaba le interpeló con cierta brusquedad:

—¿Por qué quiere marcharse? ¿Es que no está a gusto conmigo?

—De ninguna manera... —adoptó un tono de sumisa cordialidad—. Es que tengo algunos negocios en proyecto.

—¿Le parece pequeño el negocio que tenemos entre manos?

—No es que me parezca pequeño, sino que lo considero improductivo... al menos para mí.

—Pero no para la patria. Lo que estamos haciendo es muy importante. Todas nuestras posibilidades futuras de paz y orden dependen de la ingrata tarea que estamos realizando.

—Seguramente tiene usted razón, pero a mí no me gusta el papeleo.

—Ni a mí tampoco y me jodo y obedezco.

—Usted es distinto, mi coronel. Lo que usted hace tiene mérito, pero lo mío puede hacerlo mejor cualquier mecanógrafa espabilada.

—No me conteste y continúe su trabajo. Me parece saber mejor que usted lo que conviene al servicio y estará aquí hasta que yo lo mande.

Talavera apretó las mandíbulas y siguió aporreando la máquina. Pero cuando llegó emberrenchinado a casa, Marta le dijo que le estaba esperando Hortensia. «Sólo me faltaba esa cabra loca», arrugó el ceño.

—Está muy preocupada. Según me ha dicho, lo más probable es que la semana que viene lleven a su padre y a su hermano a un consejo de guerra.

—¿Y qué quiere que haga yo...? —vio aparecer a Hortensia en la puerta del gabinete y se dirigió a ella—. No puedo hacer nada, nada... En el «saco» se han creído que yo tengo un poder omnímodo, pero la verdad es que apenas si puedo moverme. Me siento cogido y entrampillado en una máquina que funciona con despiadada monotonía.

—¿Quién puede hacerlo entonces? —sacudió la muchacha su hermosa melena.

—Naturalmente, el Coronel. Pero ya te he dicho más de una vez que es poco accesible a las recomendaciones.

La muchacha insistió tenaz con todos sus encantos desplegados y una especie de ingenuidad que le desarmaba. Talavera le dijo que si intervenía él lo más probable es que el Coronel no tomase en cuenta su petición, pero que si le abordaba ella fuera de la oficina o en la iglesia donde oía misa todas las mañanas, tenía muchas posibilidades de que la escuchase.

Durante algún tiempo Talavera no volvió a saber de la muchacha, pero le constaba que el Coronel había empezado a interesarse por su padre y por su hermano. La primera vez que volvió a encontrarse con ella en la calle, la muchacha hizo intención de escabullirse, pero Talavera se plantó delante. «Ya he visto que te salió bien el “santo” que te di», bromeó después de saludarla. «¿Qué tal el ogro...?». «Es muy amable, amabilísimo... como todos los hombres», en sus ojos desolados centelleó el sarcasmo y se despegó de Talavera con paso enérgico. «Oye, espera un momento. Ya que tienes tanta mano con él, ¿por qué no haces algo para que prescindan de mí...?». Ella no le prometió nada, pero tres o cuatro días después el Coronel se acercó a su mesa con una especie de sonrisa.

—¿Sigue usted con la idea de dedicarse a los negocios, Talavera?

—Pues sí, mi coronel —se levantó en actitud de firmes.

—Es que verá, he vuelto a considerar su petición y creo que podría prescindir de sus servicios... Lo que no me explico es a qué negocios piensa dedicarse.

—Quizá empiece con la construcción, que es lo que me parece más claro de momento.

—En fin, haga usted lo que quiera... —le volvió la espalda con un encogimiento de hombros—. Termine lo que lleva entre manos y ponga en antecedentes de la rutina al capitán Ramírez... A lo mejor me traigo de secretaria a Maruja.

Pero no fue a su hija a quien se llevó, sino a Hortensia. Talavera se enteró después de dejar el servicio.

Marta conocía mejor que nadie las dificultades de doña Rosario para equilibrar el presupuesto, ya que prácticamente era ella la que corría con la administración. Por otra parte había observado en Talavera un cambio que no sabía cómo juzgar. Paraba poco en casa, se ocupaba menos de su atuendo personal y parecía siempre preocupado. Incluso había observado que algunas veces se hacía el remolón cuando doña Rosario hablaba de dinero. Pensando que las cosas no le iban bien, una tarde que los dos se hallaban solos en el gabinete, él leyendo el periódico y ella repasando la ropa, le planteó el problema de marcharse.

—¿A dónde vas a ir? —siguió leyendo sin levantar la vista.

—De momento no lo sé.

—Entonces, mejor es que no te vayas.

—Es que llevo mucho tiempo con vosotros y alguna vez tengo que salir a la calle. No voy a estar siempre escondida.

—¿Te ha dicho algo la tía? —dejó el periódico y encendió un cigarro.

—No, al contrario. Ella es la que más insiste en que nos quedemos. Pero yo tampoco quiero abusar... ¿Por qué no me buscas un empleo? Soy mecanógrafa y conozco bien el francés y el alemán.

—Si conoces el alemán a lo mejor te necesito yo... si no te importa trabajar con un traidor.

—Dejemos la política. ¿Para qué...? Si hemos de ser esclavos mejor es que no nos miremos las cadenas.

Talavera se concentró de nuevo en la lectura y ella siguió cosiendo. Poco después regresaban del paseo doña Rosario, Conchi y Manchú, que fue a refugiarse friolento y zalamero entre las piernas de Talavera.

—¿Cómo está Gabrielín? —acarició Talavera a la niña.

—Tiene un ojo hinchao y un chichón en la frente.

—¿Cómo es eso? —se dirigió Talavera a doña Rosario.

—No me preguntes porque en esa casa todo anda desquiciado y ese crío es un demonio. Y para que lo sepas: yo no vuelvo más a ver a las de Sandoval ni con Manchú ni con el emperador de China... ¿Pues no se atreve a decirme la muy... casquivana que cuántos rojos han sido fusilados con menos motivos que tú? — la faz suave y mansa de doña Rosario estaba congestionada de ira.

—Bah, no hay que dar importancia a las tonterías de una mujer amargada.

—Pues yo sí se las doy, porque vamos a ver: ¿qué hicieron ella y su marido durante la guerra? ¿Qué hizo su padre...?

—Dejemos eso, tía —le interrumpió Talavera.

—Dejemos eso, dejemos eso... Vamos a dejarlo, pero que no se las dé de mártir porque no se lo consiento... —se marchó doña Rosario rezongando.

A la mañana siguiente, Talavera preguntó a Marta mientras desayunaba: ¿De verdad quieres trabajar...? La mujer le contempló estupefacta, como si no creyera lo que oía, y asintió emocionada. «Pues a la hora que mejor te venga te presentas en esta dirección», puso una tarjeta encima de la mesa. «Con decir que vas de mi parte es suficiente». Marta hubiera querido saber algo más del lugar en que iba a trabajar, pero no encontró a Talavera propicio. Sólo le dijo que se trataba de una empresa de comercio exterior.

En las oficinas de «Importaciones-Exportaciones, S.A.», un botones la pasó al despacho de un hombre bajito y rechoncho de mirada inquieta y gelatinosa. La atendió con mucha amabilidad sin dejar de frotarse las manos pálidas, muy cuidadas, ni abandonar la sonrisa. Después de hacerla algunas preguntas sobre sus conocimientos de francés y alemán, le dio una carpeta con cartas y circulares escritas en los dos idiomas y le dijo que podía ponerse a trabajar en la mesa de la antesala.

—Si necesita usted diccionarios o algún material, pídaselo al botones...— la acompañó hasta la puerta y dijo al chico uniformado que se pusiera a su disposición.

Cuando Marta le entregó el trabajo terminado, don Alberto lo repasó por encima y pareció complacido.

—¿Qué tal andamos de taquigrafía? —sonrió con las manos entrecruzadas.

—Hace tiempo que no la practico.

—Bien, bien, ahora tendrá usted que practicarla con frecuencia... —se acarició el buido mentón—. El señor Talavera tiene un elevado concepto de usted y me la ha recomendado como persona seria y discreta. No obstante, quiero hacerle algunas observaciones independientes del trabajo... Aquí todos somos germanófilos. Y otra cosa: no me gusta la familiaridad entre los empleados. Mi opinión es que cuanto menos se hable de política menos daño se hace. ¿Me comprende?

—Creo que sí —sonrió Marta con su tristeza habitual.

—Entonces ya está todo dicho y a trabajar como Dios manda... —se levantó y salió con ella—. Le voy a presentar a los demás empleados y usted ya sabe: cada cual a lo suyo y cada uno con su alma en su almarío.

Luego, por la noche, Talavera le dijo que don Alberto parecía muy contento con su trabajo, pero que no debía fiarse de él «porque era un camaleón de sacristía».

—Pues no lo parece —sonrió Marta dubitativa.

—Más o menos eso nos ocurre a todos —se echó a reír Talavera.

Marta no tardó en darse cuenta que la empresa «Importaciones Exportaciones, S.A.» era una magnífica tapadera para encubrir toda clase de negocios sucios. Don Alberto sólo era el hombre de paja que cubría las apariencias legales de las manipulaciones de Talavera con su mojigatería piadosa, sus alardes de patriotismo y sus ideas y gestos de burgués ordenado y meticuloso. En torno suyo se movía una veintena de empleados que apenas si sabían en qué consistía el negocio. La clave estaba en los diferentes almacenes que tenía la empresa en provincias, donde se acumulaban los artículos para la exportación y la venta en el mercado negro español. Lo único que sabían los empleados es que se operaba con cifras astronómicas.

Por entonces Talavera viajaba mucho. Cada dos por tres tenía que salir y cuando estaba en Madrid apenas si paraba en casa, con el consiguiente disgusto de doña Rosario, que había descubierto la presencia de Luisa la Emperadora y no hacía más que rezongar y murmurar de las pecadoras.

El día que Talavera advirtió la falta del retrato de Carmiña que tenía en su habitación, Marta le dijo:

—Te lo ha quitado doña Rosario. Dice que no quiere que ensucies la memoria de su sobrina... Si vieras los berrinches que se da cada vez que te llama por teléfono esa mujer.

—¿Quién? ¿Luisa? —Se echó a reír Talavera al ver el pubidundo gesto de asentimiento de Marta—. Menudas juergas de virtuosismo debéis correr las dos a mis expensas... Valiente par de gazmoñas os habéis juntado.

—Tú confundes la honradez con la gazmoñería.

—No me digas que es honrado vivir de fantasmas.

—Si te parece sería mejor cambiar de pareja y de chaqueta con cada golpe de ventolera.

—Yo no cambio, los que cambian son los demás. A mí con tal de que me dejen vivir me da lo mismo una bandera que otra. Y no digamos de las mujeres, que

ahí sí que no tengo manías... Reconocerás que lo único importante es la libertad.

—Libertad para ganar dinero y para gozarlo, ¿no? —Cómo lo sabes... —sonrió cínico y jovial—. En el régimen capitalista la libertad nos la proporciona la riqueza y en el comunista la libertad es el poder. Poder y riqueza, he ahí las dos únicas posibilidades de conseguir la libertad real... la libertad de poder vomitar cuando uno no puede aguantar las náuseas.

—No digamos que nos ha tocado vivir en una buena época —mover la cabeza con desaliento.

—Pero todo llegará, no te amilanes... —siguió Talavera bromeando—. Si nos atenemos a las profecías de Lenin, el imperialismo será la última etapa del capitalismo.

—Lo peor es que nosotros no lo veamos.

—Yo no soy tan escéptico como tú, pero quiero llegar ileso.

—Eres un caso... La verdad es que yo no te comprendo ni creo que te comprenda nadie.

—Esa es mi fuerza... —se levantó Talavera con una sonrisa enigmática.

Conversaciones como ésta eran frecuentes entre ellos. Mutuamente se fustigaban en una zona de amistosa confianza en la que ni Talavera veía en Marta a la mujer atractiva ni ella se dejaba ganar por el hombre fuerte y dominante. Para Talavera, Marta sólo era una mujer amargada y paciente que esperaba resignada la vuelta del marido.

Don Alberto le entregó un sobre al llegar a la oficina. Dentro había una cuartilla con la letra inconfundible de Talavera en la que le decía que se había visto obligado a salir precipitadamente de viaje. «Estaré unos días fuera, pero no debéis alarmaros aunque no recibáis noticias. Dile a la tía lo que te parezca para que no pase cuidado. Volveré lo antes posible...».

El viaje duró cerca de dos meses. Para doña Rosario se hallaba en Galicia. Marta, que estaba más o menos al tanto de sus andanzas por los bisbiseos y

llamadas telefónicas de don Alberto, sabía que en la zona del wolframio se había producido una colisión entre el espionaje inglés y el alemán. Ambos trataban de desplazar a los compradores de uno u otro bando. Los jefes de compras alemanes se sintieron alarmados y mandaron a Talavera a Portugal para contrarrestar las maniobras de sus adversarios en el país vecino.

Cuando regresó su aspecto no era «muy católico», según comentó doña Rosario compungida. Realmente daba la impresión de que había sido descamado concienzudamente. Su fuerte estructura ósea aparecía al desnudo. Pero Marta leyó en sus pequeños ojos acuevados y en la férrea tensión de sus mandíbulas una expresión victoriosa.

—¿Qué tal los negocios? —le preguntó en un momento en que se quedaron solos.

—Los negocios bien, aunque si me descuido la palmo. Los ingleses son duros de pelar.

—¿Crees que resistirán la avalancha?

—No sé... —hizo un gesto vago—. Churchill no quiere oír hablar de rendición. Hace poco dijo que lucharán de isla en isla y de continente en continente. De todas las maneras, cuando regrese de Alemania te lo diré.

—¿Es que vas a ir a Alemania? —el estupor desencajaba el rostro de Marta.

—Pasado mañana salgo en un avión especial.

—¿No crees que te estás comprometiendo demasiado con los nazis?

—Más se ha comprometido Stalin.

—Pero Stalin sabe lo que se hace —se mordió Marta los labios.

—Y yo también... —agarró el palo de la hermosa chuleta que tenía en el plato y empezó a descamarla a bocado limpio—. ¿No te he dicho que a lo mejor también voy a Moscú?

—¿Tú...? ¿A qué vas allí? —por sus pupilas pasó un revuelo de vagos temores.



—No te alarmes que voy de turista. Me ha invitado un jefe alemán y no quiero desaprovechar la oportunidad de dar un vistazo a la patria del proletariado... —matizó las palabras con su habitual acento burlón—. Ya que no pude ir cuando me invitó tu marido, aprovecharemos ahora la ocasión.

—Si supiera dónde está Rodrigo... —se perdió su mirada en un infinito de melancolía.

—Ya había pensado yo en ello. ¿Quieres que te lo traiga? —los ojos de Talavera reían de una manera que nadie hubiera podido decir si hablaba en serio o en broma.

—No podrías —movió Marta la cabeza con desaliento.

—¿Por qué no? —las pupilas de Talavera fosforescían desafiantes.

—No, mejor es no pensarlo siquiera... —suspiró entrecortadamente—. Aquí no puede venir.

—Podíais juntaros en Francia o en cualquier país de Sudamérica.

Marta se quedó pensativa. La tensión agitaba su rostro. Pero cuando habló lo hizo fríamente:

—Su misión está en la Unión Soviética.

Talavera no insistió. Sólo a última hora, con el equipaje ya dispuesto, le dijo que escribiera una nota por si veía a Rodrigo.

Su ausencia duró casi un mes. Visitó Moscú formando parte de una misión comercial saturada de agentes secretos. Intentó localizar a Rodrigo Bejarano, pero sus tentativas resultaron inútiles. Por algunos españoles supo que el marido de Marta había desaparecido hacía unos meses, pero nadie pudo aclararle si había sido «purgado» o se hallaba en alguna «misión» del Partido.

A su regreso, Marta le abordó con una mirada anhelante.

—No, no he podido ver a tu dulcineo... —movió la cabeza con un gesto sombrío—. Nadie sabe dónde encontrarle. Pero he dejado tu encargo a varios amigos por si quiere escribirte antes de que se desate la tempestad.

—¿Qué tempestad?

—El ataque a la Unión Soviética.

—¿Pero van a romper los alemanes el pacto de amistad? —en las facciones de Marta había incredulidad y miedo.

—El fracaso contra Inglaterra les ha sacado de quicio. Y lo peor es que yo no creo que la Unión Soviética esté preparada para resistir el alud alemán... En Moscú reina una atmósfera de terror y la mayoría de los españoles con los que he hablado se muestran asustados. Por otra parte, los jefes alemanes dicen que Stalin se ha cargado a los mejores cuadros del ejército. Una pena, te lo aseguro... —y al ver que Marta se arañaba las manos y luchaba por contener las lágrimas, añadió—: No hagas caso de lo que te he dicho, porque mi impresión es superficial y los alemanes pueden equivocarse. A lo mejor resulta que Stalin está en palanca...

Marta se llevó las manos a la cara y ocultó la cabeza. Talavera la contempló con pena y salió del gabinete. Ya no volverían a verse hasta una semana después de que las divisiones hitlerianas invadieran el territorio soviético en la llamada «Operación Barbarroja». Talavera la mandó llamar a su despacho de la constructora para decirle que se despidiera del empleo.

—¿Es que pasa algo? —preguntó alarmada.

—Uno de los jefes alemanes ha hecho alguna insinuación sobre ti y cinco empleados más a don Alberto y éste teme una investigación a fondo.

—Comprendo... Me he dado cuenta que desde hace unos días don Alberto me mira de una manera rara y me trata con mucha sequedad. ¿Tú crees que sabe algo de mí... quiero decir algo que pueda perjudicarme?

—Me parece que lo sabe todo y algo más. Pero no debes preocuparte, porque él también tiene lo suyo. No hace mucho me enteré que había estado camuflado de comisario en una división de Madrid y conoce a tu marido mejor que yo.

—Soy una tonta, una despistada... El caso es que he estado muchas veces con ganas de preguntarte...

—La cosa ya no tiene remedio ni creo que tenga importancia... —la interrumpió Talavera impaciente—. Si quieres trabajar, puedo mandarte a la distribuidora, aunque yo preferiría que te quedaras en casa con la tía y escribieras mis cartas particulares... ¿Qué dices?

—Que prefiero trabajar, porque tenemos muchos gastos y la niña necesita cada día más.

—Por trabajo no lo hagas. Ya verás como yo te doy más del que necesitas. Y en cuanto a los gastos, tampoco. Me conformo con que refrenes los impulsos altruistas de doña Rosario —miró el reloj de pulsera y en su rostro volvió a reflejarse la impaciencia.

—Bueno, ya veremos... —se levantó Marta acuciada por aquel gesto que casi la expulsaba—. ¿Vas a ir por casa?

—No lo sé —la acompañó hasta la antesala—. Ha salido Matilla y voy a cenar con él.

—Estará contento, ¿no?

—Está contento por haber recobrado la libertad y no lo está por otras cosas... Le veo hundido, moralmente derrotado. Seguramente vendrá a trabajar conmigo. Dice que en chirona le hicieron el vacío y la mayoría de los conocidos le volvieron la espalda.

—A lo mejor pensaba que le iban a dar las gracias... —vio en la antesala una docena de personas que esperaban ser recibidas por Talavera y se despidió.

Rómulo Talavera se hallaba en el cuarto de baño cuando doña Rosario le anunció la visita de doña Genoveva. No sin pensar en lo insólita que resultaba la presencia de la madre de Alicia antes de las nueve de la mañana, siguió frotándose con la esponja el velludo pecho. En el pasillo oyó a Gabrielín que preguntaba dónde estaba. Talavera le llamó y el pequeño asomó la cabeza.

—Hola, ¿qué haces por aquí?

—He venido con la abuelita, sabes... —se coló con Manchú.

Doña Rosario volvió para llevarse al niño y al perro, pero Talavera le dijo que no le molestaban y se fue rezongando.

—Acércate, hombre... ¿No quieres bañarte?

Gabrielín arrugó la cara y movió la cabeza.

—Mamá dice que hago fu como el gato.

—Entonces bañaremos a Manchú.

—Tampoco le gusta, porque la Sebosa dice que de los cuarenta pa arriba no te mojes la barriga...

Con la encantadora cháchara del crío Talavera se olvidó de todo, incluso de que doña Genoveva le estaba esperando.

—Oye, ¿por qué tienes tantos pelos?

—Porque me cogieron en la selva.

—Anda, ¿a ti también...? —los ojos del pequeño le contemplaban desorbitados.

—Sí, me cazaron con cepo —apretó Talavera las mandíbulas para que no le estallase la risa.

—A mí me engancharon a lazo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Águila Verde... y la Sebosa dice que yo estaba en la selva con los monos... Ahí va, fijate, yo también tengo eso... —Gabrielín señalaba un lunar negro del tamaño de dos céntimos que Talavera tenía en el brazo derecho—. La Sebosa dice que es la marca del demonio, pero la abuelita dice que es mentira, que el demonio sólo tiene cuernos y rabo.

—Enséñamelo a ver si pertenecemos a la misma tribu... —fue a cogerlo, pero el niño retrocedió.

—No quiero, que me ensucias y mamá luego me pega.

—Enséñamelo tó...

El niño se remangó la blusita y a distancia le mostró una mancha amoratada similar a la suya y casi en el mismo sitio.

—¿Pertenece a la misma tribu?

—Sí... —la emoción centelleó en las pupilas de Talavera—. La marca es inconfundible. Pero tienes que prometerme que no se lo vas a decir a nadie... ni a mamá, ni a la abuelita, ni al tío, ni a la Sebosa. A nadie, me oyes. Sólo lo sabremos tú y yo y seremos siempre amigos.

—Sólo lo sabremos tú y yo y seremos siempre amigos —repitió el niño fascinado por la mirada fija de Talavera.

—Ahora vete, que voy a vestirme. Di a la abuelita que voy enseguida.

Gabrielín se agarró al pescuezo del perro y salieron juntos. Cinco minutos después Talavera entraba en el gabinete donde se encontraban doña Rosario y la madre de Alicia. Gabrielín y Conchi jugaban con el perro en el balcón.

Doña Genoveva le contemplaba temblona y desolada. Según le dijo, Juan Antonio llevaba tres días sin aparecer por casa y la madre quería saber si Talavera tenía alguna noticia de aquel hijo «que la estaba matando a disgustos...». La pobre musitaba temblorosa: «Ya sabe usted cómo es... un niño sin sentido, un atolondrado con mucha fantasía. No se da cuenta, es incapaz de valorar la responsabilidad moral», apretaba el pañuelo con el que se limpiaba las lágrimas y lo mordía para contener los gemidos. «Yo no me enteré hasta anoche. Mi hija no quería decírmelo por no darme un disgusto... Lleva tres días sin ir a la oficina y parece que falta algún dinero en la caja. El jefe le ha dicho a mi hija que si no lo repone inmediatamente, tendrá que dar parte. Figúrese, dar parte...», se le estranguló la vocecilla.

—Vamos, la cosa no tiene tanta importancia. Creí que se trataba de algo más grave... Ya verá como lo arreglamos. Ahora mismo iré a ver a su jefe, a quien por cierto se lo recomendé yo, y después voy a intentar localizar a Juan Antonio por todos los medios.

—Dios se lo pague... —le cogió la anciana la mano, conmovida—. No sabe el bien que nos hace...

Marta entró con la bandeja del desayuno, pero Talavera dijo que no iba a tomar nada y salió de la habitación para terminar de vestirse. Poco después se lanzaba a la calle despistado, sin un punto de referencia que pudiera orientarle en la búsqueda del muchacho. En el coche ya, recordó que Luisa le había dicho que un día se presentó allí con una chica que parecía gitana y tuvo que echarle. Sin dudarlo se encaminó hacia Villa Felicidad. Luisa no se había levantado y recibió a Talavera bostezando de sueño.

—Qué sorpresa, querido... —se restregó los ojos y le echó los brazos al cuello—. Me acuesto pensando en ti y me despierto contigo a mi lado.

—Eso estaría mejor con música.

—A ver si te vas a quedar conmigo...

—No, porque tengo mucha prisa —se echó a reír Talavera.

—Tú siempre corriendo, hale, llevándote a la gente por delante. No me digas que no eres imbécil. Qué asco de negocios. Daría cualquier cosa porque te arruinases.

—Déjate de sentimentalismos, que es muy temprano para empezar la representación. Y si dejases al muñeco en paz tampoco estaría mal... Te repito que no tengo tiempo que perder.

—Mira que eres antipático y desagradecido... ¿Por qué has venido entonces?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste de Juan Antonio y una muchacha que estuvo con él?

—¿Sabes que empiezas a mosquearme? ¿Por qué te preocupas tanto de ese chorbo...? Ni que fuera tu capricho.

—Es que ha hecho un «uñicabo» en la oficina donde yo le coloqué y hace un momento estuvo la madre a verme.

—Pobre mamá... —parodió compungida—. No te digo con la que me sale el gachó. Sólo falta que también te conviertas en protector de niños.

—Cuando quieras dejarte de cachondeos hablamos seriamente —arrugó Talavera el entrecejo.

—No me digas que lo vas a tomar en serio.

—Tan en serio que hasta que lo encuentre no voy a parar. Así que ve diciendo todo lo que sepas que el tiempo apremia.

—Mira, rico, a mí no me pongas condiciones porque no se las aguanto ni al lucero del alba. Tú te has creído que yo soy de tropa y de eso nada, monada. Recuerda que me llaman la Emperaora.

—Bueno, si no quieres decírmelo, ya lo averiguaré yo... —se levantó Talavera de la cama y empezó a abrocharse todos los botones que ella le había desabrochado.

—Yo no he dicho que no quiera decírtelo... —se tiró Luisa de la cama y se aculó contra la puerta de salida—. Qué mal ángel y qué mala leche tienes—. Te marchas así, sin más ni más... La chica que vino aquí con el chorbo es pupila de la Faroles... una arrastrá que le canta las cuarenta al más pintao.

—Luego vendré —trató Talavera de desasirse de los brazos de la mujer.

—De luego, nada; ahorita mismo, que luego se dice a los pobres y yo todavía no estoy pal arrastre, chico. Mira, ¿te has fijao bien...? —se despojó del camión de gasa y paseó de puntillas por la habitación.

Media hora después, Talavera proseguía la búsqueda en casa de la Faroles, otra celestina larga y sinuosa. Con soborno y amenazas consiguió averiguar que Juan Antonio frecuentaba la casa con una «trotera» a quien llamaban la Malagueña, la cual vivía en una aglomeración de chabolas del barrio de la Elipa.

Con estas referencias inició la exploración en una zona habitada por gentes solidarizadas en la desconfianza. Dos o tres personas mayores a las que preguntó por la Malagueña, le respondieron a su vez si no sería «por un

casual» de la policía, para terminar despistándole con sus informes. Un chiquillo, sin embargo, le encaminó hacia una guarida de latas que se ocultaba en una depresión del terreno. El lugar estaba rodeado por todas partes de basureros en los que abundaban los gatos y los perros.

Por diferentes caminos, Alicia había logrado tomar la delantera a Talavera. Un amigo de su hermano le había dicho casi con exactitud dónde podía encontrarle, y allí estaba discutiendo con él cuando Talavera se presentó.

—Sólo faltabas tú... —exclamó Juan Antonio rabioso—. ¿Por qué has venido?

—Porque me ha dado la gana. ¿Te parece una buena razón? —buscó la mirada de Alicia sin ser correspondido.

—Pues no te necesito para nada. Ya le he dicho a mi hermana que no pienso volver a casa —echó el brazo por encima de los hombros de la Malagueña, que asistía a la escena con gesto enfurruñado.

—Tú te vas a marchar con tu hermana sin rechistar y una vez que hayas arreglado lo de la oficina y tranquilices a tu madre, haces lo que te dé la gana.

—¿Y a ti qué leches te importa?

—Fíjate si me importa que estoy dispuesto a romperte los huesos.

—Osú qué flamenco... —se guaseó la Malagueña.

—Zi, este zeñorito debe tener un zementerio pa él solo —mordisqueó la colilla un bigardo achulado que se recostaba contra la chabola.

—Un cementerio, no. Pero una cama en el hospital o una celda en la cárcel para los atorrantes como tú, puede ser.

—No te lo vayas a comer, rebaná —se insufló la Malagueña.

—Lo que tenéis que hacer es marcharos y dejarme en paz —dijo Juan Antonio con gesto mohíno.

—Ajajá, azi ze habla... —salió de la chabola una mujerona sucia de edad indefinida—. ¿Ha oído usté, cabayero, lo que ha dicho...? Que ze marche, que zalga pitando.



—Hazlo por mamá —le suplicó Alicia—. No sabes lo mala que está, la vas a matar...

—Qué curzilería... —se echó a reír la Malagueña—. Hazlo por mamá...

—¿No te da vergüenza que una mujerzuela se burle de tu hermana? —zarandeó Talavera a Juan Antonio.

—Oiga ustedé, que mi hija es mu honrá —bizqueó la mujerona con los brazos en jarras.

—Su hija y yo nos conocemos, ¿verdad que sí, muñeca?

—Digo, como que ahora caigo que tú eres el chulo de Luisa la Emperaora...

La mano de Talavera crujió como el restallido de un látigo en la cara de la Malagueña. El bigardo se abalanzó sobre él gritando que a su hermana «no la sopapeaba ningún hijoputa». Talavera desvió el cabezazo y alcanzó a su rival con un puñetazo en la boca del estómago y otro en el mentón. El bigardo cayó arrugado al suelo. En la turbamulta que formaron la madre y los hermanos, Talavera cogió a Juan Antonio tan fuerte del brazo que le hizo gritar de dolor.

—Tú te vas ahora mismo con tu hermana.

—No quiero, no me da la gana... —manoteaba y se resistía Juan Antonio.

—O te vas con tu hermana o te llevo al cuartel de la Guardia Civil para que te detengan por ladrón.

Juan Antonio se echó a llorar y la situación cambió imprevistamente. De otra manera, las cosas podían haber tomado mal cariz para Talavera. Pues, aunque se había impuesto por su rapidez, no se le ocultaba lo difícil que hubiera resultado hacer frente a dos mujeres gritonas que le enseñaban las uñas, el bigardo, que ya empezaba a dar señales de vida, y la media docena de críos, algunos de los cuales se habían provisto de piedras.

—¿De mo que ahora resulta un ladrón er marqué de las bragas pringás...? —se encrespó la madre—. ¿No te dije, zo pellejo, que ezte niñato de caramelo no me daba güena espina?

—No le haga cazo, madre... ez un embuztero, un chulo, un fezista azquerozo...

Talavera hizo ademán de volver a pegarla, pero la madre se interpuso conciliadora.

—No la haga usté cazo, cabayero. La gente de bien se entiende hablando, que pa ezo son las palabras. Y zi eze niño es un ladrón, no le quiero en mi casa, porque nozotros zomos pobres pero mu honraos.

—Entonces, ustedes deben saber dónde están las diez mil pesetas que ese imbécil se ha llevado de la oficina.

—¿Nozotros...? Jezú el Rico nos libre... Zi ze las ha gastao con ezta renegá yo no pueo dar razón, yo me lavo las manos.

—Vamos a dejar las cosas como están... —Talavera vio como Alicia y su hermano remontaban la hondonada—. Pero la primera vez que vea a su hija con Juan Antonio, le prometo que tendrá que sacar cartilla y pasarse una temporada a la sombra.

—Tú eres er que tenía que estar bien trincao, mala zombra...

—Cállate, zo pécora... —la obligó la madre a entrar en la chabola—. No ez naide, zabe. Too zon palabras... Desde que zalimos de Málaga por mor de la guerra, nos acompaña una suerte negra...

Talavera escuchó con interés las desgracias que la guerra y el éxodo habían volcado sobre ellos y al despedirse sacó la cartera y le dio dos billetes de cien pesetas. Incluso tendió la mano al bigardo con gesto amistoso, pero éste le miró con desprecio y echó a andar con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Sin perderlos de vista empezó a trepar por el vertedero. Al llegar donde había dejado el coche, volvió la cabeza y vio a la Malagueña con su madre en la puerta de la chabola. La muchacha le gritó: Ojalá te parta un rayo, ciezo manió, facha, macarra...

## II

### ALICIA DE SANDOVAL

Llegó a casa tan revuelta y desesperada que doña Genoveva se quedó sin palabras al verla. Le había dicho al salir que todo dependía de aquella visita, y ahora la veía descompuesta y lacia, como si la hubieran golpeado o hecho objeto de las peores torturas... Hija mía, pobre hija, murmuró con cadencia de rezo o de imploración, y salió de la habitación con el escozor de las lágrimas y un rumor de congoja. No puede ser que Dios nos abandone, que todos nos abandonen... ¿Por qué, Dios mío, por qué...? Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Hincada de rodillas, con la cabeza humillada y las palmas de las manos juntas, estuvo ensartando oraciones con fervorosa piedad hasta que los gritos rabiosos de Gabrielín y las palabras descompuestas de su hija rompieron el ensimismamiento de la plegaria. Premiosamente se levantó del reclinatorio y volvió a la habitación donde estaba Alicia.

—¿Por qué le has pegado?

—Porque no me deja en paz. Cree que todos tenemos las mismas ganas de jugar que él y un día lo mato.

—¿Qué has hecho a mamá, mi cielo? —sacó al pequeño de debajo de la cama, donde lloriqueaba rabioso.

—No hice nada, abuelita, sólo quería darle un beso.

—Un beso, un beso, pobre hijito... ¿no ves que mamá está disgustada?

—¿Y por qué está disgustada, abuelita?

—Quién sabe, cariño. Sólo Dios lo sabe... Hale, vámonos, no la molestes más...

—doña Genoveva tiró del pequeño, pero antes de salir de la habitación se

volvió para llamar a su madre mala—. Eso no se dice, tu madre no es mala...—  
le zarandó la abuela—. Pídela perdón.

—No quiero —se enfurruñó el pequeño.

—Llévatelo, mamá, por favor... Me irrita, me pone nerviosa. A veces me parece que él tiene la culpa de todo lo que nos pasa.

—Jesús, María y José... —se alejó doña Genoveva santiguándose.

Alicia se tiró sobre la cama. Le escocían los ojos y sentía la saliva áspera y amarga. En su cuerpo podía percibir por lo menos media docena de nudos que le agarrotaban los músculos, los nervios y las vísceras. Y luego la carátula de don Gervasio, el amigo íntimo de su padre... «No debe extrañarte nada de lo que te pasa, porque las noticias que tengo es que lo pasaste muy bien con los rojos, mientras los otros pagaban con la vida la traición de Alfonso y la tuya, porque tú también eres moralmente responsable...». Lo había pasado muy bien, muy bien. No era la primera vez que se lo decían o se lo insinuaban medio en broma medio en serio. La acusación descansaba en murmuraciones, en chismes sin fundamento. Era verdad que había pasado menos necesidad que otras personas, que de vez en cuando podía entregar algunos botes de leche y latas de carne al Socorro Azul para ayuda de los encarcelados y perseguidos. De aquí había surgido la leyenda de abundancia, de bienestar. Y todo ello se lo atribuían a su marido. Nadie quería creer que los alimentos se los facilitaba Manuela, una evacuada de los suburbios que vivía en su casa. Ella se enteró de la traición de Alfonso muchos meses después, aunque la raíz se encontraba en aquel 7 de noviembre. Cada minuto poseía una intensidad de dolor y asco... Por Madrid corría la noticia de que el Gobierno había abandonado la capital. Los proyectiles de la artillería nacionalista llegaban a todas partes y los aviones rasgaban el cielo anubarrado sin contrincante alguno. Todo hacía suponer que aquel día sería el último de la angustiada espera, de la noche sin sueño de los «paseos» y registros domiciliarios. Alfonso hacía más de un mes que no dormía en casa, temiendo siempre el último amanecer. Aunque se hallaba protegido por la embajada inglesa y usaba documentación de súbdito de este país, su seguridad era muy relativa. Bastaría que cualquiera le identificase con su nombre y apellidos para que

desapareciera la impunidad en que venía desarrollando sus actividades clandestinas. En ningún otro momento estuvieron tan unidos como en aquél. Para ella no existía nada más que Alfonso: respiraba con él y se sentía totalmente comprometida en la conjura falangista para promover desde el interior el colapso de la capital y asegurarse el dominio político contra los otros grupos del conglomerado patriótico. Alfonso era joseantoniano y rechazaba cualquier área de compromiso que abriese intersticios a la heterogeneidad derechista... Como siempre, llamó por teléfono en el lenguaje convenido antes de ir a casa. Pocos minutos después le veía aparecer disfrazado de miliciano. Manuela asomó la cabeza y rezongó. «Esta casa huele a fecha por los cuatro costados...». Alfonso se revolvió colérico con ganas de responder, pero ella le hizo una seña para que se callara y se lo llevó a su habitación.

—Te recuerdo tu consigna, querido: hay que resistir a la provocación...— le acarició la cara lampiña y le besó apasionadamente.

—Es basura, gentuza... No debieras haber consentido que te metieran esta canalla en casa. Menos mal que van a durar poco. Esta noche o mañana los tiraremos por los balcones.

—¿Esta noche o mañana...? —se dilataron de júbilo las pupilas de Alicia—. ¿No serás demasiado optimista?

—Si me hacen caso no pasa de esta noche... —se quedó unos segundos pensativo y concentrado—. Lo malo es que entre los nuestros también hay muchos indecisos y cobardes. Los refugiados en las embajadas opinan que no debemos correr ningún riesgo, que debemos aguardar tranquilamente a Varela escondidos como ratas.

—Yo tampoco soy partidaria de que corras demasiados riesgos... —volvió a acariciarle—. No merece la pena si sólo se trata de que sean unas horas antes o después... ¿Has hablado con Matilla?

—Estuve con él hace un momento en el Ministerio de la Guerra para comprobar si era cierto lo de la huida del Gobierno, y parece que es verdad, aunque todo se lleva con mucho sigilo... De Matilla no nos podemos fiar. Ya

sabes como es... irresoluto y vacilante. Me ha hablado de una reunión que se celebró hace unos días con representantes del Frente Popular y algunos generales rojos para tratar de la defensa de Madrid. La mayoría de los militares coincidieron en que la capital era militarmente indefendible. Los políticos en cambio son partidarios de convertir Madrid en un segundo Verdún.

—Pero eso no es posible. Los nuestros son mucho más fuertes —dijo Alicia.

—La teoría de los anarquistas y los comunistas es que Madrid se puede convertir en una segunda Commune y dar tiempo a que lleguen las reservas que se están organizando en Levante y Cataluña.

—Hace un momento Manuela estaba hablando a gritos por el patio con los evacuados que se han metido en casa de los Menéndez y les decía que los sindicatos anarquistas y socialistas van a movilizar hasta los gatos. Me hubiera gustado que la hubieras oído gritar como una tarasca: «Ahora van a saber los fachistas quiénes somos los rojos y cómo las gastamos...» —un ruido de pasos arrastrados la hizo contener hasta el aliento y aguzar el oído—. Alfonso se levantó tenso con la mano derecha en la sobaquera—. No estamos seguros ni en nuestra propia casa... —se dirigió cautelosa hacia la puerta. Al abrirla se encontró con Sultán, el gato de angola. Los dos se miraron y se echaron a reír.

Tras la injustificada alarma siguieron hablando de lo que Alfonso consideraba su «proyecto», un proyecto que él mismo calificó de audaz y temerario. Ella le escuchaba presa de ansiedad. Se trataba de apoderarse por sorpresa del Ministerio de la Gobernación y de una emisora de radio para sembrar la confusión entre los partidarios de la resistencia y facilitar la entrada de los nacionalistas. Según le dijo, contaba con varias escuadras de incondicionales civiles, algunos grupos de la antigua Guardia Civil, de Asalto, policía secreta y la complicidad de una amplia red en casi todos los departamentos oficiales.

—El plan me parece estupendo, pero no sé, lo encuentro demasiado fácil... —dijo Alicia aprovechando una pausa de su marido—. ¿Crees de verdad que los rojos están desmoralizados?

—Estoy completamente convencido. Según nuestros informes, en los frentes queda muy poca gente. Algunos camaradas me han contado que ayer tarde las carreteras de Toledo y Extremadura estaban sembradas de fusiles abandonados. Los que huían se contaban por millares... Una verdadera catástrofe, te lo aseguro. Matilla dice que Madrid no puede defenderse militarmente y parece que el traidor Pozas opina lo mismo, por lo que está planeando el repliegue hacia la cuenca del Henares y el sur del Tajo. Lo peor son los demagogos políticos, que no cesan de machacar con lo de la «tumba del fascismo», el «no pasarán» y la «quinta columna...». Y, además, Matilla me ha dicho que si los nuestros no entran inmediatamente, se producirá una formidable matanza. Por eso no tenemos más remedio que adelantamos cueste lo que cueste...

—Sí, sí... —se le abrazó temblorosa y restregó su cara con la de él—. El plan es muy hermoso, pero tengo miedo, no lo puedo remediar.

—¿Tienes miedo por mí?

—Por ti, sí, por ti. Si te ocurriera algo... no sé, creo que no podría vivir.

—Triunfaremos, ya lo verás... —revolotearon cambiantes sus pupilas azules—. Quiero demostrar a mi madre que el ser falangista es una cosa muy seria, la única cosa seria que se puede ser, y que nosotros somos los únicos que podemos salvar a España.

—¿Lo haces sólo por tu madre? —apareció en los labios de ella un amago de ironía.

—Lo hago por mi madre, pero pensando en ti, porque quiero que te reconozca, que sepa que por ti soy capaz de todo.

Ella no respondió. Cualquier alusión a la duquesa de Castillares la dejaba iría. No era antipatía ni odio y mucho menos celos como alguna vez le había dicho Alfonso, sino el convencimiento de que hiciera lo que hiciera nunca sería del agrado de su suegra.

—¿Te vas a quedar a comer? —se levantó Alicia.

—Si tienes algo...

—Que si tengo. Nos podemos dar un banquetazo... —le vio desperezarse en el espejo de la coqueta, donde ella se atusaba el pelo—. Mamá me ha mandado de Cuenca una gallina, huevos y tocino, y a Manuela le he cambiado un abrigo por dos botes de carne rusa y un bloque de mantequilla.

—Como se enteren te van a llevar a la cárcel por acaparadora — bromeó él.

—Me parece que ya no les va a dar tiempo. Además, yo veo que todo el que puede acapara. Si vieras lo que tiene Manuela con ser roja y hablar tanto de igualdad...

Mientras Alicia preparaba la comida en la cocina, oyó a su marido hacer varias llamadas telefónicas. Manuela y otra evacuada arisca y desconfiada que se llamaba Consuelo, comentaban en voz alta la murmuración callejera, las noticias de radio y los discursos de los agitadores políticos. Discutían con rabia, observando los gestos de Alicia y tratando de complicarla en la conversación que se traían sobre si era mejor la Pasionaria que la Montseny, si Largo Caballero era o no un chaquetero y si era verdad que el general Mola contaba con una «quinta columna» en Madrid. Consuelo decía que ella tenía mucha confianza en que el camarada Stalin no les abandonase. «Ya verás como lo mismo que nos ha mandado carne y mantequilla nos envía aviones y cañones». Y Manuela replicaba: «Pues yo, si te digo la verdad, no me fío de los extranjeros y mucho menos de los camaradas dictadores. Los trabajadores españoles nos bastamos y nos sobramos para acabar con los señoritos fechas... Que venga Durruti y ya verás cómo endereza a los chaqueteros y mete en vereda a los traidores...». No se ponían de acuerdo. Los nombres de sus líderes les encrespaban los ánimos.

—Me ponen enferma. No lo puedo remediar... —entró Alicia en la habitación—. ¿Quieres que ponga la mesa en el comedor?

Alfonso tenía la cabeza entre las manos y parecía absorto.

—¿Qué te pasa?



—Nada, no me pasa nada... que uno no puede confiar en nadie. Valdesoto me ha fallado. Tenía que ponerse en contacto con nuestras vanguardias para combinar el levantamiento interior con un ataque desde fuera y resulta que se ha tenido que meter en la cama con un cólico nefrítico... Mieditis, no es otra cosa que mieditis... —le temblaban las pupilas y no hacía más que alisarse el pelo—. Sin eso no podemos hacer nada. Sería suicida lanzarse a la calle sin más ni más.

—Supongo que lo que le has encomendado a Valdesoto bien puede hacerlo otro, ¿no?

—Claro que sí... aunque no creas... —miró el reloj de pulsera y apretó el ceño—. Elegí a Valdesoto porque su primo va con Varela y le hubiera resultado más fácil identificarse inmediatamente... Bueno, ¿quieres que comamos? Son las dos y media y no puedo perder un minuto más... —se levantó impaciente para volverse a sentar a los pocos segundos.

Alicia salió de la habitación y regresó con una bandeja que depositó sobre una mesita de centro. Mientras comían la carne rusa preparada con cebolla, pusieron la radio... «Arriba los pobres del mundo / En pie famélica legión...»

—Haz el puñetero favor de quitar eso —gruñó Alfonso.

Alicia manipuló en el receptor y surgió una voz ruda y tronitona que impartía consignas y amenazas. El orador hablaba de la movilización de los trabajadores, de los sindicatos en pie de guerra...

—¿Tú crees que podría realizar yo la misión de Valdesoto?

—La misión es fácil... —levantó Alfonso la cabeza—. Sólo se necesita un poco de serenidad y mucha sangre fría... Maúlla me ha dicho que por la zona de Carabanchel se puede pasar fácilmente.

—Consuelo, que vive por allí, fue esta mañana a recoger algunas cosas a su casa y dice que si se descuida la agarran los moros.

—Mejor que mejor... —pareció cambiar el talante.

Mientras Alfonso le explicaba detalladamente la misión que tenía que llevar a cabo y la daba algunos consejos para camuflarse y pasar desapercibida, el de la radio seguía lanzando anatemas contra la «quinta columna», los politicastros burgueses que huían hacia el «levante feliz» y los irresponsables que hacían el caldo gordo al enemigo propalando bulos. Las últimas palabras del orador se confundieron con las voces del himno: «Hijos del pueblo te oprimen cadenas / Tanta injusticia no puede seguir...». Alfonso se levantó y cerró el chorro de notas vibrantes.

—Estos energúmenos se han creído que las batallas se ganan con charangas...  
—recogió de la mesa el paquete de tabaco y el mechero.

—¿Te marchas ya?

—No tengo más remedio... Piensa en lo que te he dicho. Apréndete de memoria las notas o procura que no caigan en poder del enemigo.

—Descuida, querido... —se le colgó del cuello con apasionada vehemencia.

—Mañana a las doce en la Puerta del Sol...

Alicia le acompañó temblorosa hacia la puerta y le siguió los pasos por el balcón hasta que dobló el esquinazo en el Paseo de la Castellana.

A las doce, a las doce... Debió ser a esa hora poco más o menos de aquel mismo día. No tenía conciencia del tiempo transcurrido desde que fue detenida. Lo mismo podía ser un minuto que un siglo. El terror carece de tiempo. Es como la eternidad o el odio o el amor... En aquella noche todo se confundía. Recordó que por lo menos dos veces tuvo la tentación de huir. En la otra habitación había quedado un miliciano que atendía el teléfono de campaña. Por las conversaciones telefónicas pudo deducir que las cosas iban mal para ellos. No hacían más que pedir refuerzos y armas... Podía haber huido fácilmente por el corral sin que el miliciano se diera cuenta, pero las dos veces que lo intentó se sintió agarrotada de terror: chasquidos de balas, fognazos que desgarraban las espesas tinieblas, silbidos de obuses, el bumbún de los morteros, y sobre todo aquel sordo temblor de la tierra en el que se percibían clamores mezclados con el movimiento de los escombros... Debió ser alrededor de las doce cuando él volvió. Le reconoció por su acento gallego y

sus blasfemias. Y cuando abrió la puerta y se encontró con ella engurruñida en el jergón: «¿Todavía estás aquí? ¿Por qué no te has marchado a la mierda...?», empezó a quitarse la ropa embarrada parsimoniosamente. «Me vas a obligar a entregarte... ¿Por qué no te marchas? Haz el puñetero favor de quitarte de mi vista...». Fuera seguía el combate, aunque parecía más lejano. El ritmo de las ametralladoras había disminuido, pero la tierra seguía retemblando y las explosiones se sucedían intermitentemente. Entreabrió la puerta del corral y se puso a orinar en calzoncillos. Ella aprovechó aquel momento para asomarse a la otra habitación. El miliciano del teléfono se había echado una manta por la cabeza y parecía amodorrado. El pábilo de la vela chirriaba. Apenas abrió la puerta de la calle, se sintió agarrotada sin poder dar un paso. Y de pronto: bumbún, crac, crac... «La luz, esa luz», gritaron. «So imbécil, ¿quieres que nos machaquen...?». De pronto se encontró en sus brazos, envuelta en aquel olor que la penetraba por todos los poros del cuerpo. El recuerdo se hizo tan vivo que pareció que le faltaba el aliento. «No quiero, no quiero», gruñó mientras se desabrochaba la blusa y se aflojaba el sostén.

—Mamá, mamaíta... —Gabrielín trepó a la cama y se abrazó a ella. Alicia contuvo la respiración y se hizo la dormida—. ¿Estás malita?

—No, no me pasa nada, mi cielo... ¿Por qué no estás con la abuelita?

—Me ha encerrado, sabes, porque dice que soy muy malo y que Dios me va a castigar... ¿Verdad que no soy malo?

—Claro que no. Soy yo quien tiene toda la culpa, sólo yo y nadie más.

—No quiero que tú tengas culpa, no quiero...

—¿Está aquí el niño? —se proyectó en el dintel la menuda silueta de doña Genoveva.

—Sí, está conmigo.

—Este crío me mata, me mata... —jadeaba la anciana—. Qué susto, Dios mío, ¿sabes lo que ha hecho...? Le encerré en el cuarto trastero para que no te molestara y ha roto el cristal de la puerta y se ha escapado. Fíjate, para matarse...

—No es posible, mamá.

—Te digo que sí. Es un demonio.

—¿Es verdad que has roto el cristal de la puerta?

Gabrielín se aferró a su madre gruñendo y pataleando con explosiva vitalidad.

—Que me haces daño, déjame... —le agarró de los pelos y le descubrió la cara. Al contemplar aquellos ojuelos avivados como ascuas, con los pómulos agresivos, casi puntiagudos, y las mandíbulas encajadas, se sintió de nuevo poseída por la cólera. Era lo mismo que el otro, se parecía hasta en aquel olor sofocante que antes de descubrirlo en su hijo vivió asociado a la pocilga de Carabanchel y a Rómulo Talavera—. Fuera de aquí, que ya no te quiero. Llévatelo y enciérrale hasta que pida perdón... —se lo entregó a su madre rabiando y pataleando.

Acababa de despedirse de Claudia cuando vio a Alicia abrir la cancela del jardín. Pensó volverse con cualquier pretexto para evitar el encuentro, pero al observar en ella la misma intención siguió impasible por el sendero de grava. Estaba dispuesto a no darse por enterado, a no perturbar su orgullo. Sin embargo, fue ella quien se detuvo. Jugaba nerviosamente con los guantes.

—Quería darle las gracias... —habló sofocada mordiéndose los labios—. Mamá ha estado varias veces en su casa, pero no le ha encontrado nunca.

—Me lo ha dicho doña Rosario. De todas las maneras, no tiene importancia... —fijó la mirada en la agitación de sus senos y sonrió—. ¿Qué hace Juan Antonio?

—Nada, no hace nada... Por cierto, tenemos que arreglar lo del dinero.

—Bah, eso ya está arreglado. Supongo que no les habrán vuelto a molestar.

—No, no, de ninguna manera... Ha sido por su parte un gesto muy caballeresco, tan caballeresco que no me explico.

—Ni yo tampoco.

—A lo mejor se ha creído que puede hacerme olvidar...

—Más bien quiero hacerla recordar —las pupilas de Talavera la envolvieron pegajosas.

—Por lo que veo sigue usted siendo el mismo —se estiró sofocada y casi echó a correr.

Claudia la esperaba en la escalinata de mármol.

—¿Qué te pasa, querida? —se besaron efusivamente.

—Nada, que ese hombre me enferma.

—La verdad es que no comprendo tu antipatía... —se la llevó cogida del brazo al sofá del mirador encristalado—. A mí me resulta simpatiquísimo... ¿Sabes que el Führer le ha concedido una condecoración?

—A él. ¿Por qué...? —parpadeó Alicia.

—El decreto dice que por los grandes servicios prestados al Reich alemán.

—Habrá que ver los servicios que ha prestado... Yo le tengo por un aprovechado.

—Eres injusta, tremendamente injusta. Si supieras lo que ha hecho ahora en Marruecos... —el brillo de sus pupilas y las manos trenzadas hablaban un lenguaje de admiración—. Es magnífico. Ha ganado otra batalla a los ingleses y franceses luchando incluso contra algunos españoles que presumen de germanófilos... Te digo que no le conoces bien. Me gustaría que le trataras más de cerca para que te convenzas de lo que vale.

—Le conozco bastante por lo que hizo en nuestra guerra.

—¿Lo crees...? Los informes que nosotros tenemos son muy diferentes. Sin ir más lejos, hace unos días estuvo cenando con nosotros Matilla, a quien por cierto tampoco se le ha hecho justicia, y nos dijo que sin la colaboración de Talavera él no hubiera podido hacer ni la mitad de lo que hizo.

—Matilla es otro que tal baila... ¿A que no le ha dicho a Octavio que fue él quien aconsejó a su hermano colaborar con los rojos?

—Sí, sí, parece que no había otra manera de salvarle.

—Salvarle, salvarle, yo no sé cómo se puede salvar a las personas encanallándolas, convirtiéndolas en guiñapos.

—Qué española eres, querida. Siempre poniendo por delante la dignidad, el honor....—vio al cartero por el mirador y se levantó impaciente—. Voy a recoger los periódicos...

Mientras Claudia repasaba la correspondencia, los recuerdos se le agolparon obsesivos, galopantes. Ya no tenía duda de que el golpe de la Puerta del Sol y la emisora de radio habían fracasado. Desde su casa llamó por teléfono a varios amigos y camaradas para ponerse en contacto con su marido, pero todo fue inútil. Nadie sabía nada. Los más allegados ocultaban su emoción con evasivas. Sólo un alto funcionario de la embajada inglesa le indicó la probabilidad de que Alfonso hubiera sido detenido. Según le dijo, se estaba llevando a cabo una enorme «razzia» contra la «quinta columna» y se temía que de un momento a otro estallase una reacción contra los refugiados en las embajadas. El Cuerpo Diplomático no sólo estaba dispuesto a impedirlo, sino que en aquel momento estaba reunido con el general Miaja para pedirle que rindiese la capital y evitase la hecatombe que se avecinaba para los madrileños... Fue un momento de respiro en el agobio. El prestigio del Cuerpo diplomático la devolvió el optimismo. Por lo menos pudo descansar algunas horas, librarse de aquella quemazón irritante que le hacía sentirse envilecida. Por la tarde se lanzó a la búsqueda de Alfonso. Tenía que encontrarle fuera como fuera. Madrid era un infierno, un grito de angustia. La ciudad trepidaba bajo los efectos de los bombardeos. Las explosiones se sucedían ininterrumpidamente y por la parte de Argüelles y la Moncloa se levantaban formidables columnas de polvo y de humo. Las sirenas la obligaron a meterse en un refugio. Cuando volvió a la calle vio algunos edificios que unos minutos antes se encontraban intactos, convertidos en humeantes escombros... Nadie sabía nada de Alfonso. Sus más íntimos amigos y colaboradores se hallaban desconcertados. Uno de ellos le confesó que el plan hubiera fracasado de todas las maneras, ya que los rojos habían tomado excepcionales medidas de seguridad para proteger el Ministerio de la Gobernación y las emisoras de radio. Este mismo amigo le sugirió la idea de que Alfonso hubiera sido detenido por alguna patrulla de vigilancia, pues en la Dirección General de

Seguridad no tenían constancia de él. Temiendo que su marido hubiera caído en poder de los grupos incontrolados, venció la repugnancia que le inspiraba el comandante Matilla con su doble juego y le visitó en su despacho del Ministerio de la Guerra. Ni siquiera se inmutó al ver la. Frío y sutil como era, no la dejó ni abrir la boca. «No debieras haber venido. Alfonso está bien y no tardarás en tener noticias tuyas. Perdona que no pueda atenderte...», la empujó hacia la puerta y en voz apenas audible, le dijo: «No se te ocurra volver por aquí».

Claudia puso ante sus ojos un periódico alemán desplegado. Sus pupilas grisáceas brillaban febriles y su piel lechosa aparecía coloreada por la emoción.

—La Wehrmacht no encuentra enemigo... El gran «bluff» judeo bolchevique ha sido triturado. Moscú y Leningrado pueden caer de un momento a otro. ¿No es maravilloso?

—Sí, claro, es estupendo —dijo Alicia.

—El Dr. Rosemberg ha dicho en un discurso que con la conquista del espacio oriental se inicia la revolución más trascendental de la historia: el triunfo ario sobre la degenerada raza eslava... —siguió leyendo con avidez.

—De todas formas, Rusia es muy grande. Y todavía queda Inglaterra en pie.

—Bah... —hizo un gesto despectivo—. Inglaterra es el último baluarte de la plutocracia capitalista, pero también caerá, ya lo verás... —siguió leyendo y comentando alguna noticia o lo que decían los capitostes nazis de sus enemigos.

Pasado un buen rato, y viendo que Claudia se ensimismaba en la lectura, hizo ademán de levantarse y dijo que se iba a marchar.

—Espera un momento, mujer, no tengas tanta prisa. Octavio no tardará en llegar... Por cierto, el otro día Matilla nos dijo que tenía ganas de verte y a lo mejor viene con Octavio.

—¿Dice que tiene ganas de verme a mí...? ¿Todavía tiene valor?

—Quiere tener una explicación contigo. Piensa que estás muy ofuscada... Lo que yo no me explico es cómo tú no te diste cuenta antes de lo de Alfonso.

—No me di cuenta porque jamás podía imaginármelo. ¿Cómo iba a pensar...? Es absurdo. Si Matilla me hubiera dicho que le tenían detenido los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra... Y luego, cuando se presentó como si nada hubiera ocurrido, tan fresco. Ahora, atando cabos, todo parece evidente. Cualquiera puede creer que fui una tonta, pero todos olvidáis que era mi marido, que le quería y tenía plena confianza en él.

—Si yo lo comprendo, mujer.

—No, no lo comprendéis ninguno, ni siquiera Octavio... —le estallaron las lágrimas.

—Vamos, no seas niña, las lágrimas no arreglan nada.

—Demasiado lo sé. Si valieran para algo el mundo sería distinto...

—¿Te vas ya?

—No puedo esperar más tiempo. Mamá no se encuentra bien, sabes... Con las tonterías de Juan Antonio la pobre no levanta cabeza.

—También, no me digas que no es un caso. Maruja me dijo el otro día que tiene más de rojo que de otra cosa.

—De rojo, no. Tal vez de ingenuo o extravagante. Admira las mamarrachadas de Picasso y se derrite con las poesías de Alberti y Machado... Tonterías de la zona roja. Ya sabes que allí los intelectuales y los artistas tenían manga ancha.

—Con lo guapo y simpático que es nadie podría suponer que fuera tan absurdo... —Claudia se quedó un momento pensativa—. Oye, ¿por qué no le dices que si quiere ir a estudiar a Alemania?

—Se lo diré, aunque no sé... —se mordió los labios—. Quería pedirte un préstamo...

—¿Otro?

—Necesito urgentemente cinco mil pesetas.



—¿No crees que te estás empeñando demasiado?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? No creas que para mí es un plato de gusto. Pero cuando todo se pone negro... —volvió la cabeza para ocultar las lágrimas—. Es horrible con tanto papeleo. Expedientes por aquí, declaración por allá, que si venga usted luego, que si no es nuestra competencia. Y otra vez volver a empezar con el papeleo y las declaraciones hasta que te llenas de desesperación y amargura... ¿No fue papá fusilado por los rojos? ¿Por qué no han de pagar a mamá la pensión que le corresponde? Y luego no aparece nada de lo que nos robaron y a mí me miran como si estuviera apestada...

—Por Dios, Ali... —le cogió Claudia afectuosamente del brazo y salieron al vestíbulo—. Sé que te sobra razón... ¿Por qué no te armas de valor y vas a ver a la Tigresa? A lo mejor consigues ablandarla.

—Eso sería lo último que haría. No quiero darle la oportunidad de que me humille.

—¿No te he dicho que el otro día estuvo husmeando a Gabrielín como si fuera un bicho raro?

—Nunca me ha querido —se mordió los labios Alicia.

—¿Es que ha querido alguna vez a alguien...? Ya ves, a mí, que hasta hace poco me tuvo en palmitas, desde que se le ha desatado la vena anglófila no puede ni verme... ¿Pues no me dijo el otro día que Hitler es un pintamonas que no sirve ni para descalzar a Churchill? Me aguanté por no darle un disgusto a Octavio, pero me quedé con las ganas de decirle que si no hubiera sido por Hitler ya veríamos dónde estaban sus posesiones y su grandeza de España.

—Bueno, querida, no te olvides de lo que te he dicho... —acercó Alicia sus mejillas a las de su cuñada.

—¿Para cuando lo necesitas?

—Para el jueves de la semana que viene a más tardar.

—Descuida, se lo diré a Octavio cuando venga... Hale, da recuerdos a tu madre y no olvides lo que te he dicho de Juan Antonio...

Después del traspies de Juan Antonio, doña Genoveva consultó con el coronel Mijares sobre lo que convenía hacer con el muchacho. Su inestabilidad y rarezas la tenían preocupada, pues se pasaba los días ensimismado, tecleando en el piano, rascando las cuerdas del violín o emborronando papel con poesías que ella no entendía. La receta del Coronel fue conminatoria: debía obligarle a alistarse en la Legión o a sentar plaza en el ejército.

—Es demasiado duro para él —mover la cabeza doña Genoveva—. No lo soportaría.

—Pues entonces déjale que siga haciendo el libertino y cultivando las musarañas que tiene en la cabeza y ya verás lo que tarda en acabar con vosotras...

Doña Genoveva se marchó desconsolada, encomendándose a Dios, que era su único refugio. Luego lo comentó con su hija y aunque ésta hizo algunas objeciones a la sugerencia del Coronel, no pareció rechazar el remedio. Coincidió con su madre en que Juan Antonio no tenía inclinaciones militares, pero tampoco estaba segura de la consistencia de sus genialidades artísticas, a pesar de que durante la guerra había publicado dibujos y poesías en algunas revistas.

Lo peor fue que Juan Antonio no quiso ni oír hablar de la idea de su padrino, por más que su madre y su hermana se la endulzaron con todos los halagos.

—Don Jacinto dice que si eres listo y disciplinado en el ejército puedes hacer carrera —insistió doña Genoveva.

—Carrera de camero. Ni hablar... Conmigo que no cuenten para levantar el imperio. Yo soy demócrata. Para mí lo único que cuenta es la libertad.

—La libertad lalalá... —tarareó Alicia—. Si te parece que no hemos quedado bastante hartos de libertad. Lo que puede ocurrirte por hablar así es que cualquier día te echen el guante y ya veremos lo que pasa luego. No creas que la gente no se da cuenta, que Maruja anda diciendo por ahí que eres rojo.

—A mí Maruja me la suspende.

Doña Genoveva y Alicia se miraron escandalizadas.

—Debiera darte vergüenza hablar así —le reprochó la madre.

—Me parece que no he dicho ninguna herejía.

—Las herejías las estás haciendo y diciendo a todas horas... —se levantó Alicia de la mesa—. ¿Por qué no piensas que tenemos necesidad de todos nuestros amigos?

—Para lo que hacen por nosotros... Si te digo la verdad, cada día estoy más asqueado. Ya ni siquiera se puede hablar. En cuanto criticas algo, se te echan encima como fieras y te llaman rojo.

—La culpa la tienes tú por hablar demasiado.

—Es que no puedo callarme, mamá. ¿Por qué voy a decir que el pan es blanco, si es negro?

—No querrás convencemos de que con los rojos hacías lo que querías —le increpó la hermana.

—No, claro que no, pero eran de otra manera. Si no fuera porque mataron a papá... ¿Y por qué lo mataron? Tú debes saberlo.

—Yo sé lo mismo que tú.

—No es verdad. Tú lo sabes todo... Recuerdo un día que discutías con Alfonso y le dijiste que él tenía la culpa por haberle llevado a una reunión. No digas que no, porque yo lo oí. Fue una de las veces que vine de Cuenca a traerte comida.

El mentón de doña Genoveva temblaba de ansiedad.

—No le hagas caso, mamá. Está loco.

—La que está loca eres tú, loca de remate, más loca que una cabra... con tu Alfonsito, el príncipe azul, el caballero sin tacha. Una mierda con todos los honores...

Después de aquella discusión en la que los dos hermanos se atacaron con agresiva malevolencia, no volvieron a cruzar palabra hasta que Juan Antonio se alistó en la División Azul. Según le dijo a su madre mientras cenaban, en la

manifestación que había recorrido las calles de Madrid gritando «Rusia es culpable» había visto a Octavio y a Rómulo Talavera.

—¿También se han alistado ellos? —dijo Alicia sin levantar la cabeza.

—Nos hemos alistado todos.

—¿Verdad que no debe ir? —parpadeó indecisa doña Genoveva.

—Claro que no... ¿Qué se le ha perdido en Rusia? Para eso es mejor que se vaya a estudiar a Alemania con la beca que le ha prometido Claudia —Alicia hablaba de una manera impersonal, sin mirar a su hermano y tratando de contener su emoción.

—Si los rusos son tan malos que no respetan ninguna ley y a los prisioneros se los llevan a Siberia para que se mueran de frío...

—Bah, eso es un cuento... —interrumpió Juan Antonio a su madre—. Los rusos son mejores que los alemanes... tengo ganas

de conocer Rusia. Por lo menos es algo diferente... otro mundo, otra vida...

Por primera vez los dos hermanos se miraron con abierta franqueza. Las pupilas de Juan Antonio brillaban con ardorosa jovialidad.

—Lo malo es que la guerra no es un juego —apartó Alicia la mirada.

—No opinan lo mismo tus amigos, que afirman que es un deporte, el único deporte digno del hombre, una especie de juega mística de la cultura occidental. Te habría gustado oír a tu cuñado perorar de lo hermosa que es el guerra...

—Pero ya verás como él no va.

—Me lo figuro. Lo mismo que Talavera... ¿Tú crees que va a ir con la cantidad de millones que tiene y los negocios que está haciendo con el hambre?

—Si va será para hacer más dinero...

Cuando doña Genoveva se levantó, Alicia trató de convencer a su hermano para que desistiera de lo que ella calificó de «insensata aventura», pero todo

fue inútil. Juan Antonio estaba poseído de una extraña pasión que no era precisamente la victoria alemana, porque le dijo que «si ganaran los nazis el mundo se llenaría de ratas y de inquisidores».

El día fue todo lo agitado que puede ser un día en el que se acumulan problemas. A primeras horas de la mañana se presentó Manuela con los ojos hinchados de llorar y cargada de patetismo. Tan fuerte y entera como era para soportar la desgracia, apenas se encontró a solas con Alicia se le soltaron los nervios y le entró una tiritona en la que se percibía el crujir de los huesos. El defensor de su marido le había dicho que si no le entregaba inmediatamente el dinero prometido no respondía de su vida... «Se los están llevando a puñaos, a montones. Si los vieras en la madrugada dando gritos y vivas en los camiones...».

—Cállate, por favor... —se estremeció Alicia sacudida por un repeluzno—. Fíjate, me estás poniendo carne de gallina.

—Es que no es pa menos. A mí se me pone de pava cada vez que voy a ver a mi marido y pienso que pueden haberlo sacao ya.

—Yo estoy casi segura que a tu marido no le va a pasar nada. Se lo pido a Dios con toda mi alma.

—Yo también se lo pido a Dios y a San Nicolás y hasta al Cristo de Medinaceli, pero no me fío de nadie, porque con las cosas que se ven todos los días no es para fiarse... Lo que no falla es el dinero. El defensor me lo ha dicho muy clarito que sin cuartos no hay na que hacer. Así que ya sabes...

—Sí, sí, descuida... Te prometo que mañana lo tendrás... Tengo que ir a buscarlo dentro de un rato.

—Entonces, si quieres, vengo a la tarde y así me quedo más tranquila.

—Mejor es que vengas mañana... —la empujó hacia la escalera de servicio—. Te espero mañana a eso de las once...

Al volverse con un suspiro de alivio se encontró con la mirada fija de su madre.

—Yo no sé qué misterios te traes con esa mujer.

—Es lo del marido. La pobre está que no puede con su alma temiendo que lo fusilen.

—De todas las maneras, reconocerás que es de muy mal gusto tanto secreteo. Antes no la podías ni ver y ahora...

—No tengo más remedio que ayudarla, mamá. A pesar de los malos ratos que me hizo pasar con tanto llamarme compañera por aquí y compañera por acá, y meterse en lo que no la importaba, también me hizo muchos favores.

—Bueno, lo que yo quiero decirte es que no olvides que tu hermano se marcha esta noche... Habrá que comprarle ropa interior de abrigo y proporcionarle algún dinero. Además, es probable que vengan algunos amigos a despedirle y tendremos que preparar algo.

—Sí, sí, es lo que estaba pensando. Lo peor es lo del dinero. Ya no sé a qué puerta voy a llamar...

—¿Por qué no vas a ver a tía Ana?

—Ya veremos... —se alejó con un vago gesto de impotencia por el pasillo.

Lo que más la preocupaba era lo de Manuela. La conocía muy bien y sabía que era capaz de darle un escándalo si no le proporcionaba el dinero que le había prometido. Bueno, se lo había prometido a la pura fuerza. La palabra «chantaje» acudió a su mente, pero la apartó con repugnancia... Manuela no se lo había exigido a cambio de algo, pero se lo dejó entrever... «Piensa que si tú me has hecho muchos favores, yo también te los he hecho a ti», le dijo ella. «Lo que yo pienso es que si me quitan a mi marido ya no tengo nada que perder y me voy a liar la manta a la cabeza y más de cuatro lo van a sentir...».

Salió a la calle deprimida y friolenta. La noche anterior había cenado unas patatas viudas y aquella mañana ni siquiera había desayunado... «Si no tuviéramos que comer por obligación seríamos felices. La peor condena de Dios es habernos dado estómago...». El ardoroso sol le devolvió el optimismo. Andando por la calle se sentía más segura, más dueña de sí misma. El pulso dinámico de la ciudad martirizada por la guerra, el ajetreo ruidoso de los

tranvías y vehículos de gasógeno, la muchedumbre que lo invadía todo, galvanizó su espíritu agrietado por la incertidumbre... «Qué huesines más ricos», se le quedó mirando un mocetón despechugado que apaleaba escombros. Ella sonrió agradecida, pero al ver en su cabeza el gorro redondo con la «P», apretó el paso. Los grupos de prisioneros se volvían para mirarla y decirle piropos... «No debían sacarlos a la calle. Son unos desvergonzados. Se han creído que todavía son alguien. Y luego dicen que no los dan de comer, que los matan de hambre...».

Sorteando los grupos de prisioneros que embravecían en su espíritu el odio almacenado durante la guerra, llegó a la glorieta de Cuatro Caminos y bajó por la avenida de Reina Victoria. El palacete de los Pacheco de Guzmán había quedado intacto en una zona de grandes destrucciones desde la que se veían los muñones del Hospital Clínico y las ruinas de la Ciudad Universitaria. El paisaje se abría espléndido. Grandes manchones de bosque verde respunteaban los rastros amarillentos hasta perderse en los riscales verdinegros de la serranía.

Luisa, el ama de llaves de su cuñada, la sorprendió ensimismada.

—Buenos días, señorita.

—Hola, Luisa, ¿me has visto venir?

—Sí, estaba esperando que llamase la señorita... —el gesto severamente afectado del ama de llaves parecía cargado de reproches.

—Es que hace un día tan hermoso. Y luego todo eso... Es horrible. Cada vez que lo veo me recuerda las noches que he pasado en vela oyendo los combates y pidiéndole a Dios que dejase entrar a los nuestros. Tú no sabes lo que es vivir casi tres años día a día y minuto a minuto con el alma pendiente de los que podían matarte involuntariamente... Por mucho que se hable de horror es imposible describirlo.

—Me hago caigo, señorita... ¿No quiere pasar?

Alicia agachó la cabeza ante el gesto conminatorio del ama de llaves. Todo en ella era rígido y solemne.

—Los señoritos están en la biblioteca, llenen visita.

—¿Con quién están? —se paró Alicia alarmada.

—Es persona de confianza... La señorita Claudia me ha dicho que la pasara en el momento que llegase...

Al encontrarse con Matilla se quedó indecisa, dudando en estrechar la mano que él le tendía, pero la mirada cálidamente suplicante de Octavio y la insinuante sonrisa de Claudia vencieron sus escrúpulos. Pensó que era una mala pasada de su cuñada, sabiendo cómo le había dicho repetidas veces que no quería volver a ver a aquel hombre. Al estrechar su mano pegajosa y blanda, recordó el día que le llamó traidor y sus mejillas se colorearon.

—Sentaros, por Dios —dijo Octavio.

—Hacía mucho que no nos veíamos —trató de sonreír Matilla.

—Mucho, sí. Me parece que la última vez fue cuando estuvo usted en casa a ofrecerme el pasaporte para salir al extranjero.

—Sí, sí, ahora recuerdo... Con los jaleos de aquellos días se pierde hasta la memoria.

—¿Por qué querías marcharte al extranjero?

—Si yo no quería... —sostuvo la mirada inquisitiva de su cuñada—. ¿Por qué me iba a marchar?

Las miradas de Octavio y su mujer convergieron hacia Matilla. Este parecía confuso. Las pupilas se le agrandaron y la pellejosa papada se le llenó de arrugas.

—No sé. Ya no me acuerdo... —agachó la cabeza con un gesto concentrado—. Debí sugerírmelo alguien... Todos estábamos preocupados con la muerte de Alfonso. Aunque la prensa dijo que era obra de los comunistas, ninguno de nosotros estaba convencido. Más bien parecía un acto de venganza... quizá de la propia «Brigada Z» o de las organizaciones clandestinas. Cuando algo se derrumba nunca se sabe a quién pueden alcanzar los cascotes. Por otra parte,



Alfonso me había insistido mucho en lo de los pasaportes. Su deseo era marcharse cuanto antes y llevarte con él.

—Es cierto... —asintió Alicia—. Estaba muy nervioso por lo que pudiera pasar y tenía miedo de todo el mundo.

—Qué tontería... —dijo Octavio una larga chupada al cigarrillo egipcio—. No comprendo el porqué de tanto miedo... Hizo alguna cosa mal, es verdad. Nunca debió prestarse al juego de los rojos, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? ¡Í mismo me has dicho que no tenía otra alternativa que el «paseo» o... No todos tenemos madera de héroes, qué caray.

—Pero él se lo creía —dijo Alicia.

—A mí me sigue pareciendo bueno el proyecto de Alfonso —dijo Claudia.

—Entonces a mí también me lo pareció, pero ahora lo considero descabellado. No podía triunfar de ninguna manera. Usted lo sabe mejor que nadie... —se dirigió a Matilla con tal encono que le hizo cambiar de color.

—Mujer, tanto como eso... La audacia en la guerra es normal. Cada combatiente debe proponerse reducir la capacidad combativa del enemigo y aprovechar sus folios para asestarle golpes decisivos. El caballo de Troya sigue siendo un principio táctico de primer orden... ¿Te imaginas lo que hubiera ocurrido aquella noche en que Madrid estaba sin fuerzas ni poder organizado si consigue apoderarse del Ministerio de la Gobernación y de una emisora? La guerra se hubiera acortado en dos años por lo menos... Naturalmente estábamos hablando en hipótesis, suponiendo que Alfonso hubiera podido llevar a efecto su proyecto.

—¿A qué hora detuvieron a mi hermano? —miró Octavio a su cuñada.

—No lo sé... Nunca lo he sabido.

—Debió ser entre las cinco y las nueve de la noche —dijo Matilla—. Los de Servicios Especiales le tenían vigilado como enlace de los refugiados en las embajadas con las organizaciones clandestinas. La detención no tuvo nada que ver con el golpe proyectado. Andaban buscando otra cosa, ramificaciones con Antonio Portillo, que había sido detenido la noche anterior por la Brigada X...

Recuerdo que cuando le dije al jefe de Servicios Especiales que Alfonso era pariente mío, me respondió: «No merece la pena que te preocupes por él. Es un señorito, un pobre infatuado que habla del honor como si no supiéramos las miserias que esconden las palabras huecas». Estaba despechado porque no había conseguido sacarle nada de lo que pretendía saber, por lo cual cuando yo le pedí que me dejase hablar con él no sólo accedió de buena gana, sino que añadió: «Dile de mi parte que si me da los nombres de los componentes del estado mayor de la embajada se marchará a la calle. De lo contrario irá de «paseo»... —Matilla se humedeció los labios y encendió un cigarrillo. Todas las miradas se habían concentrado ávidamente en sus manos temblonas. Alicia le contemplaba tensa, rozando apenas el borde del butacón—. A todo esto, yo ya sabía que habían sido detenidos algunos guardias de Asalto del Cuartel de Pon tejos que proyectaban dar un golpe por sorpresa en colaboración con individuos de la «quinta columna». Si se descubría la relación de Alfonso con ellos sería trasladado a Gobernación y allí sí que no podría salvarle ni el presidente de la República. La única posibilidad que tenía de no caer en poder de la policía era comprometerse con los Servicios Especiales, y así se lo aconsejé. Yo no veía otra solución de momento... —se encogió de hombros Matilla. Estaba enormemente fatigado y por las sienes le corría el sudor—. Con todo, la operación hubiera fracasado por falta de coordinación, ya que la persona encargada de poner en conocimiento de los mandos nacionales el proyecto, falló... Parece que no pudo cumplir su cometido.

—No, no pudo cumplirlo... —se levantó Alicia crispada—, ¿Pero sabe usted por qué no pudo cumplirlo?

—No, creo que Alfonso no me dijo nada.

—Pues se lo voy a decir yo, porque fui la que falló... Usted le había dicho a mi marido que los milicianos estaban abandonando los frentes y que se podía establecer contacto fácilmente con las vanguardias nacionales. Pero esto no era verdad. Los milicianos combatían como demonios... A mí también me detuvieron. Pasé toda la noche encerrada en una zahúrda, muerta de miedo y sin saber lo que iba a ser de mí... Fue una noche horrible, oyendo los bombazos y las ametralladoras. Y luego aquel olor, un olor que no podré olvidar mientras viva... —le estallaron las lágrimas.

—Por Dios... —se levantó Octavio y la obligó a sentarse.

—No debiéramos haber hablado de esto —dijo Matilla—. Es demasiado penoso para ella. Yo no sabía. De haberlo supuesto...

Claudia siguió sentada enigmática y fría, mientras su marido consolaba a Alicia y el ex coronel republicano movía la cabeza con pesadumbre.

Aunque Alicia se rehízo enseguida ya no volvió a intervenir en la conversación. Más o menos cohibida por lo sucedido y ajena a los temas políticos que a ellos les interesaban, les oyó hablar de los «tocineros» yanquis, de los «pérfidos» ingleses, los «degenerados» franceses y los «salvajes» bolcheviques que serían aniquilados por el nuevo mesías que encarnaba la voluntad imperial de Occidente. Para Octavio, Hitler reencarnaba el espíritu de Carlos V y la vocación universalista de España. En lo único que no estaba de acuerdo con él era en el vasallaje que imponía a las religiones y especialmente a la Iglesia Católica. Su mujer, sin embargo, veía en esto un signo de superioridad del Führer sobre el Emperador, a quien por otra parte no consideraba suficientemente alemán. Al parecer, Octavio estaba escribiendo un ensayo en el que trataba de establecer cierto paralelismo entre Hitler y Carlos V que no complacía a Claudia. De esta manera se enzarzaron en una prolija discusión sobre la expulsión de los moriscos y judíos, para terminar polemizando acremente sobre los Comuneros de Castilla y la batalla de Villalar en la que, según dijo Octavio, los españoles libraron el primer combate contra el comunismo.

—Para mí los Comuneros fueron burgueses y nada más que burgueses —dijo Claudia con altanería, buscando la aquiescencia de Matilla.

—Te equivocas por completo como se han equivocado hasta ahora la mayoría de los historiadores... —se ajustó Octavio las gafas sobre la nariz atufada—. Tengo pruebas irrefutables de que en la batalla de Villalar combatió el populacho comunistizado por los frailes. Fíjate lo que dice Sandoval en la Historia del Emperador Carlos V —sacó un librito de notas del bolsillo y buscó afanosamente—. «Si los caballeros siguieran a la Comunidad por quererla, no fueran capitanes de ella sogueros, cerrajeros, pellejeros, ni otros tales oficios mecánicos; quienes vinieron a estimar en tan poco a los caballeros, que tenían

por buena ventura que los dejaran vivir...». Me parece que está claro el significado clasista. Los seguidores de Padilla y Maldonado son los antecesores del Frente Popular en la misma medida que los bolcheviques son los continuadores de los husitas.

—No me convences... —volvió Claudia la cabeza hacia su cuñada y al verla tan abstraída su gesto displicente se tomó jocoso—. ¿Qué te pasa? ¿No te sientes bien?

—Sí, claro, ¿por qué no me voy a sentir bien...? Todo lo que decís es muy interesante, aunque la verdad tanto hablar de guerras y revoluciones...

—Para crear el Nuevo Orden es preciso revisar todos los antecedentes históricos —dijo Octavio.

—Bueno, me voy a marchar... —se levantó Alicia—. Quería decirles que esta noche se marcha Juan Antonio.

—Ah, es verdad —se levantó Claudia—. Perdona, querida. Ya me había olvidado... Anda, vamos.

—Espero que no me guardes rencor —dijo Matilla al estrecharle la mano—. Todos hemos sido un poco víctimas de nuestro miedo. ¿Se nos puede reprochar que hayamos querido sobrevivir?

—No, claro que no.

—Dile a tu hermano que cualquier día nos encontraremos en los campos de Rusia —la abrazó Octavio.

Claudia desapareció para volver a reunirse con Alicia en el vestíbulo.

—No creas que me ha resultado fácil encontrar las cinco mil pesetas —le dijo al entregarle el dinero—. Se las he tenido que pedir a Talavera.

—Mujer, no debieras haberlo hecho... —se quedó Alicia indecisa con el dinero en la mano—. ¿Le has dicho que era para mí?

—No, no le he dicho nada.

—Te lo agradezco, querida —acercó su mejilla a la de su cuñada.

—fe sabes que mientras nosotros podamos... Lo que pasa es que podemos menos de lo que tú imaginas, porque la editorial nos está costando un dineral y Octavio no quiere aceptar ningún cargo retribuido.

La velada no pudo estar más en su punto. Todos los reunidos rivalizaron en homenajear a Juan Antonio como símbolo de la vocación heroica de la nueva España. El único que no parecía estar muy convencido de los ideales imperiales y misioneros era precisamente el homenajeado. Con todo, se mantuvo discretamente a la altura enfática de su padrino sin poner en tela de juicio la misión providencialista que les tocaba cumplir en los campos de Rusia, donde la cizaña crecía tan vigorosamente que los poderosos teutones y su clientela de naciones vencidas y asociadas, se las veían y se las deseaban para librarse del vacío y de las tretas guerrilleras del «barbarismo ateo».

Para Juan Antonio parecía más importante apartar a Maruja de la vigilante mirada de doña Cátula para llevarla a su estudio. La muchacha se le resistía, pero puso tanto ardor y tan fino ingenio en apasionarla que terminó por seguirle aprovechando un descuido de la madre.

La conversación se centró en tomo a Talavera. Fue el Coronel quien hizo algunos elogios de él, ponderando su agudeza y sagacidad en descubrir segundas intenciones en las personas. Mientras hablaba sus ojos apagados se posaron en Alicia y la muchacha se sintió penetrada por una corriente de recelo.

—A mí no me digas que un hombre sin principios morales puede hacer algo meritorio —protestó doña Cátula—. Sería tanto como decir que Dios hizo el mundo sin pensar en la salvación de nuestra alma.

—Yo no quiero defenderle, Dios me libre de ello, pero lo que sí digo es que ya quisieran muchas personas que presumen de buenos principios tener el corazón que tiene él —dijo doña Genoveva.

—¿Verdad que sí...? Yo le digo a mamá que un hombre tan simpático y tan generoso no puede ser malo —dijo Mariblanca.

—Te prohíbo que hables así de los hombres —se atiesó doña Cátula en el asiento—. Qué horror, si te oyera la madre Asunción...

—Yo no sé qué tiene Talavera que la mayoría de las mujeres se hacen cómplices tuyas —se echó a reír el Coronel—. Hasta mi secretaria, que lo conoce bastante de la guerra, cuando trato de sonsacarla se queda sin palabras... Parece como si mease horchata.

—Jacinto...

—Papá...

—Hijo, te deleitas en los exabruptos.

—Reconoceréis que es la pura verdad.

—Para mí, por lo menos, no —dijo Alicia—. Yo le considero un oportunista y un aventurero sin escrúpulos.

—Sin embargo, lo que ha hecho por tu hermano no lo hace cualquiera —dijo doña Genoveva.

—Y de ti habla muy bien —añadió Mariblanca—. Si vieras lo que dijo el otro día en casa... Hija, te tiene por un modelo de virtud. Claro que en la zona roja se vivía casi en amor libre.

—No tanto —respondió Alicia—. Aquí como allí hubo lo suyo. Las guerras son todas iguales para los frescos y sinvergüenzas. Y si hablamos de la propaganda, lo que se decía por aquí de los italianos y de los alemanes se parece como una gota de agua a otra.

—Pues, hija, de los italianos no se puede decir nada porque son un encanto. Si te digo la verdad, yo los prefiero a los españoles. Son más finos y más galantes.

—Jesús, María y José... —se persignó aguadamente doña Cátula—. ¿Has oído lo que ha dicho tu hija?

—Vamos, vamos, Tulita, no hay que exagerar... Mariblanca sólo ha querido decir que los italianos son más conquistadores en la retaguardia que en el frente, y tiene razón porque en el frente no sirven ni para hacer puñetas.

—Justifícala, justifícala. Es lo que ella necesita... Decir que prefiere los italianos a los españoles, no me digas que no es descoco y falta de patriotismo.

—Lo que yo digo, mamá, es que son muy amables y cantan canciones preciosas.

—Sí, sí, ya sé lo que quieres decir. No creas que estoy en el limbo. Cuando hablas de italianos yo sé que estás pensando en el teniente Niño... Menudo. Con eso de que era hijo de un caballero del Santo Sepulcro y cantaba como los ángeles, bien que nos engañó. Porque no me vas a negar que sólo él tuvo la culpa de aquellos soponcios y de tus ganas de convento...

—Mujer, no creo que sea este el mejor momento... —la amonestó severamente el coronel Mijares.

—Genoveva y Alicia son de absoluta confianza. Para mí como si fueran de la familia... Fijaros que estuvo entrando y saliendo más de dos meses de casa y luego nos enteramos que estaba casado.

—Separado de su mujer —dijo el Coronel.

—Peor, mucho peor. ¿Os imagináis lo que es un hombre separado de su mujer?

—Pero yo no lo sabía, mamá.

—Bueno estaría que sabiéndolo... Es que si yo lo llevo a sospechar no pone los pies en mi casa. Un hombre separado, qué horror... Pero la culpa no creas que te la echo a ti, se la echo a tu padre. Tanto informarse de todo el mundo y luego...

—¿No se le hará tarde a tu hermano? —miró doña Genoveva a su hija.

—Esa es otra... —los ojos saltones de doña Cátula buscaron por el salón—. ¿Dónde se han metido?

—Deben estar en el estudio. Voy a buscarlos...

Alicia procuró hacer ruido por el pasillo, pero ellos no se enteraron y siguieron abrazados. Las palabras estranguladas en sofocos la hicieron apartarse del ángulo de la puerta. Desde fuera llamó a su hermano. Maruja fue la primera en aparecer. Al ver a Alicia se echó a reír.

—Qué susto. Creía que era mamá... ¿Se ha dado cuenta?

—Sí, me parece que sí.

La avispada muchacha desapareció por el pasillo arreglándose la ropa y murmurando una especie de rezo.

—Tenías que ser tú... —la recibió Juan Antonio enfurruñado, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Mejor es que haya sido yo que doña Cátula, porque, hijo, tal y como estás...

—Mejor hubiera estado si tardas cinco minutos.

—Maruja también se las trae. Tanto hablar de moral y luego...

—A ver si te has creído que es de palo como tu... ¿Cuánto dinero me vas a dar?

—No he podido reunir más que doscientas pesetas, y para ello he tenido que empeñar el crucifijo de oro de mamá.

—Vaya una mierda. No me digas que es dinero para cruzar toda Europa.

—Tú lo has querido, ¿no? ¿Quién te ha mandado alistarte?

—Para vivir como vivimos y ver siempre malas caras y reproches... —salió ladeado sin mirar a su hermana.

Pero cuando apareció un momento después en el salón con Gabrielín, su humor había cambiado. Bromeó con todo el mundo y especialmente con Maruja, a la que prometió muy donosamente ganar una laureada y robar al cielo tres estrellas de capitán, que era lo menos que exigía doña Cátula para entregarle la mano de su hija.

—Lo que tienes que hacer es ser obediente y respetuoso con tus superiores y dejarte de niñerías y bobadas —le aconsejó su padrino.

—Para que mis superiores se lleven los honores, ¿verdad? Que no cuenten conmigo. Los honores los quiero para mí.

—No le hagas caso, Jacinto, está bromeando —dijo doña Genoveva.



A la hora de la despedida todas las mujeres estaban llorando y Gabrielín rabiaba y pataleaba porque se quería marchar con «Águila Verde» a matar a los «pieles rojas». Pero el Coronel puso fin a la escena de patetismo con estas palabras: Guardaros las lágrimas para mejor ocasión porque no estamos enterrando a un muerto, sino despidiendo a un héroe que va a vengar la afrenta que el bolchevismo ruso hizo a España ayudando a los rojos a destruir los altares de Dios y minar los cimientos de la propiedad, la jerarquía y el orden.

El pequeño círculo luminoso del pábilo se fue ensanchando en un resplandor violento que lengüeteaba por las paredes y el cielo raso ahuyentando las monstruosas figuras... Era él. Su olor la penetró por todos los poros y le sintió aferrarse ávido, seguro, hasta hacerla crujir los huesos y rechinar los dientes en una prolongada quemazón... «Siempre lo mismo», se despertó con una sensación de intolerable asfixia abrazada a la almohada. Cambió de postura, aligeró la ropa de la cama y trató de reanudar el sueño en una nebulosa de impresiones y recuerdos fugitivos... «Muy simpático y generoso», musitó las palabras de Mariblanca. La pobre tiene tan poco que no me extraña que se haya enamorado de él. Es lo mismo que su madre, un escuercito. Mucho convento y mucho amor a Dios y luego... un italiano o un Talavera, da lo mismo. Y Maruja otra fresca. Así tiene tanto partido entre los hombres. Si no llego a tiempo ya hubiéramos visto, porque Juan Antonio no es de los que se paran en barras... El recuerdo de su hermano la embargó de ternura. Don Jacinto había dicho que lo de Rusia no tenía más riesgos que una cacería. «Nuestros muchachos les van a enseñar a los alemanes cómo se acaba con los rojos... La disciplina le hará bien. Lo que él necesita es autoridad, que le metan en vereda...». Lo peor es que no le gusta la guerra y tiene más simpatías por los rusos que por los alemanes... ¿Por qué dicen que la guerra no le gusta a nadie? A Alfonso sí le gustaba. Más de una vez me dijo que era el deporte natural de los hombres, lo mismo que el parto era el deporte de las mujeres... La imagen de su marido la desveló por completo. Recordó el día que se presentó en casa después de su detención. Parecía tan seguro como siempre y mucho más elegante que en los últimos meses. La guayabera de piel y el pantalón de pana nuevos le devolvían el aspecto aristocrático. A juzgar por lo que le contó, todo le salió a pedir de boca. Con su habilidad e inteligencia

había confundido a los patanes del contraespionaje rojo, haciéndoles ver lo blanco negro. Aunque la explicación no era muy convincente y lo más importante quedaba soslayado, la alegría del momento y el verlo sano y entero, le hizo pasar por alto muchos puntos oscuros y contradictorios. Ella, sin embargo, le contó su fracaso con dolo rosa sinceridad sin que Alfonso se conmoviera ni hiciera el menor comentario. Las dudas empezaron a surgir meses después, cuando Juan Antonio la preguntó: «¿Es verdad lo que dicen por ahí, que Alfonso se ha vendido a los rojos?». «¿Quién dice semejante tontería?», increpó a su hermano. «Lo dice todo el mundo. Hoy me han asegurado que nunca ha estado detenido y que los rojos lo están empleando de cebo para atraer a personas de derechas...». «No, no es posible», se revolvió ella. «Aunque la conducta de Alfonso me inspira muchas dudas, no le creo capaz de eso. El me ha dicho que los servicios secretos nacionales le han encomendado un trabajo de doble juego muy peligroso...». Dialogando con su hermano se fue quedando amodorrada en un duermevela fantástico. Por la ventanilla del tren en el que viajaba con Juan Antonio vio desfilar campos y ciudades desconocidos, pueblos y montañas que no había visto nunca, paisajes de ensueño o de pesadilla en los que alternaban desiertos espejeantes de nieve y bosques umbríos. Al paso de aquel tren fantasmal se iban levantando brotes de fuego que se propagaban a ambos lados de las vías. Todo lo que veía, y la pasmosa visión formaba un espléndido calidoscopio de formas y colores, se lo iban tragando las espesas columnas de humo, mientras el tren corría a una velocidad de vértigo. Por fin llegaron a una ciudad enorme, un Madrid extraño y absurdo en el que se injertaban tarjetas postales del Empire State, las torres doradas del Kremlin, la cúpula de San Pedro, la Torre Eiffel... Una monstruosidad babélica en la que reinaban el caos y el horror. Por las calles, surgiendo de entre los escombros o de grandes bocas abiertas en el pavimento, pululaban soldados mutilados, mujeres sin rostro, niños decapitados. Luchando contra aquella marea fantasmal y silenciosa que le cerraba el paso, consiguió llegar por mil vericuetos a la casucha que buscaba. La descubrió por el olor, un olor tan singular que la hacía temblar de deseo. En la pequeña habitación de paredes agrietadas y cañizo desflecado, vio al mismo miliciano dormitando, envuelto en una manta y con la cabeza pegada al cajón del teléfono de campaña. El miliciano abrió un ojo irónico, burlón, que se fue

agrandando hasta convertirse en una enorme pupila en la que podía ver su propio rostro anhelante. «No busques al comandante porque se ha suicidado. Se ha pegado un tiro», dijo el miliciano. «Es mentira, estás mintiendo. No puede haberse matado, no quiero...», estalló en sollozos... La habitación estaba lo mismo, con su mesa camilla y la vela chisporroteante en el gollete de la botella. Tímidamente se acercó al jergón y levantó las mantas, pero en vez de encontrarse con el cadáver de Talavera, vio a Juan Antonio y Maruja cabalgando desnudos... En esto abrió los ojos. Su madre la contemplaba estática con una expresión de tristeza.

—¿Estabas llorando?

—¿Llorando? No, no creo... —se incorporó en la cama.

—Mira, todavía tienes los ojos húmedos... Yo también he llorado mucho. No he podido dormir pensando en ese pobre hijo, en lo que va a ser de él... porque en el fondo es un niño.

—Mamá, por favor, no volvamos de nuevo... ¿Qué hora es?

—Cerca de las diez —se pasó doña Genoveva el pañuelo por los ojos.

—¿Por qué no me has despertado? —se tiró Alicia de la cama y se echó por encima una bata de seda azul—. Yo tampoco he podido dormir. Qué sueño. Ha sido una continua pesadilla. Y ahora vendrá Manuela...

—¿Otra vez? ¿Es que no te va a dejar en paz nunca?

—Tengo que ayudarla a salvar a su marido, mamá. No tengo más remedio. Ella también me ayudó a mí cuando lo necesité.

—¿Pero qué puedes hacer tú, hija mía?

—No lo sé, pero se lo he prometido y tengo que hacerlo... —empezó a moverse de un lado para otro con creciente nerviosismo—. Ahora mismo vas a coger al niño y te lo llevas de paseo.

—¿Y si te digo que no quiero dejarte a solas con esa mujer, porque cada día me parece más insolente?

—Te lo pido por favor, mamá, te lo ruego... —la empujó hacia la puerta.

Cuando Alicia terminó de vestirse y arreglarse, su madre ya había salido con Gabrielín y la criada se estaba preparando para ir a la compra.

—Me ha dicho la señora que espera usted la visita de la rabanera —ahuchó Cristina las mandíbulas con expresión testaruda.

—¿Por qué la rabanera? Sabes que se llama Manuela.

—Ya ve qué nombre... Manuela, como la burra de mi tío... No es que yo tenga nada contra esa señora o lo que sea, pero estaría muy en su punto que la señorita le dijese que tengo contadas y requetecontadas las cosas que hay en la despensa.

—Mujer, si tiene hambre y hay algo...

—Si tiene hambre que se la aguante como nos la aguantamos los demás. Y luego que no crea que porque ha estado evacuada en esta casa tiene más derecho que las que llevamos veinte años sirviendo aquí.

—Por favor, Cristina. Parece que no quieres darte cuenta de nada.

—Que no me doy cuenta. Claro que me doy cuenta... Como si una no tuviera ojos para ver que todo anda mal en esta casa.

Alicia se mordió los labios y salió de la cocina por no prolongar más la cháchara de la criada, a pesar de lo cual Cristina siguió rezongando de los «misterios y tapujos» hasta que se marchó. Alicia volvió a la cocina y empezó a prepararse el desayuno. Poco después sonó el timbre de la puerta de servicio y apareció Manuela. Era una mujer grandota con la cara picada de viruelas y los ojos vivos y achinados.

—¿No está la princesa del pampringao? —preguntó en tono de reserva.

—Pobre Cristina —soltó Alicia un hilo de risa desganada—. No está. Ha salido a la compra hace un momento.

—Menos mal, porque es tan perruna y oliscona... Pues no me dijo el otro día la muy... que estaba explotando tus nobles sentimientos y que me iba a denunciar por roja.

—Bah, no le hagas caso... ¿Quieres tomar un poco de café?

—Buena falta me hace, que esta mañana salí de casa a las seis con un sorbo de agua de castañas y las tripas me están sonando más que la banda municipal.

—¿Cómo está tu marido?

—Figúrate el pobre. Aunque tiene buen ánimo, con la «pepa» encima no es pa estar tranquilo.

—¿La Pepa?

—Así llaman a la pena de muerte.

—Qué humorismo más negro. Es terrible. No sé cuándo vamos a terminar de comemos los unos a los otros... —puso sobre la mesa un tazón de café con leche—. Quería decirte que sólo he podido encontrar cuatro mil pesetas.

—Pues eso no es lo convenido.

—Mi situación es casi tan difícil como la tuya, Manuela.

—No digas cosas raras. Igualito vives tú que yo... Me gustaría que vieras mi chabola. Tiene más agujeros que un queso de gruyere. Para hacer caso de las palabras y promesas... ¿Te acuerdas de lo que me decías durante la guerra? Pues todo se ha quedado en aguas de borrajas. Pan blanco y justicia y buena lumbre, ja, ja, ja... Me río por no llorar. El pan cada día es más pequeño y más negro, este invierno nos hemos tenido que calentar a guantás y de la justicia mejor es no hablar. Porque dime, ¿qué ha hecho mi marido para que lo quieran apiolar? Tú sabes mejor que nadie que es un pedazo de pan, un cacho de carne con ojos...

—Lo sé, lo sé, Manuela. Todos hemos sufrido una desilusión. Yo tampoco esperaba esto.

—Bueno, a lo que he venido, que no estoy tranquila hasta que tenga el dinero en la mano...

Alicia se levantó y desapareció en el pasillo. Mientras tanto Manuela se dedicó a husmear en la despensa. «Me parece que éstos también andan a la cuarta pregunta... Mucho postín y mucho señorita y la despensa más rebañá que mis tripas...». Alicia regresó con las facciones desencajadas y una especie de ahogo que le impedía hablar.

—¿A que ahora no tienes el dinero...? —la increpó con dureza.

—Me lo han quitado... —balbuceó Alicia—. Lo puse debajo de la peana de la Virgen y no está allí.

—Me parece que tienes más teatro que la Guerrero.

—Te juro que es verdad. Lo tenía guardado debajo de la peana.

—Pues yo necesito el dinero sea como sea... Bueno estaría que por tu culpa se llevasen p'álante a mi marido. Ni hablar... Y no es que a mí me guste darle a la lengua y sacar los trapitos sucios a relucir, que cada cual tiene los suyos y bien hace con taparlos, pero lo que sí te digo es que como no me busques el dinero más de cuatro se van a enterar de lo de marras...

—Yo te prometo que si no encuentro el dinero, mañana mismo voy a pedir el indulto de tu marido.

—No prometas tanto, que ya son muchas promesas sin cumplir. El dinero, el dinero, que ahí sí que no hay cuento.

—Me parece que no tienes derecho a dudar de mi buena fe.

—¿Que no tengo derecho? Lo que estoy es harta de pamplinas y de engaños... Con las que me sale ahora. Cualquiera se fía de la buena fe... —se dirigió a la puerta con gestos foscos y cerró de un portazo.

Acodada sobre la mesa, con las manos tapándose la cara, dio rienda suelta a las lágrimas que el orgullo y la ira habían acumulado en sus ojos. Así estuvo un buen rato. Luego volvió a la habitación

y empezó a revolver todos los escondrijos y cajones de los armarios. La minuciosa búsqueda fue inútil. El dinero no apareció. Con los nervios estallantes se encaró con la estatuilla de la Virgen colocada en una capillita de madera tallada y una pileta de alabastro que contenía agua bendita. «¿Quién ha sido, quién ha sido...?», extendió la mano y la imagen cayó al suelo... El miedo se apoderó de ella. Alucinada por visiones terroríficas, se puso de rodillas y besó cada uno de los fragmentos con vehemencia. Cada trocito de alabastro recogido iba acompañado de una retahíla de jaculatorias y oraciones incoherentes.

El tiempo inmovilizado en los recuerdos, la devolvió la imagen de su marido... Alfonso entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama sin quitarse la gabardina. Ella cosía al lado del balcón mientras Gabrielín jugaba en la alfombra con un oso de trapo. Ni siquiera levantó la cabeza para verle hasta que empezó a decir que la guerra podía terminar de un momento a otro con la entrada de los nacionalistas en Madrid. Alfonso la inspiraba poca confianza. Últimamente se había aficionado mucho a las mentiras y los bulos.

—¿No me engañas...? —rebrincaron la incredulidad y la alegría en sus pupilas.

—Todo depende de lo que tardemos en acabar con los comunistas. No obstante, ya han salido para Burgos los delegados de Casado para negociar una paz honrosa.

—No creo que el Generalísimo acepte a estas alturas más paz que la suya.

—¿Por qué no? La Junta todavía cuenta con algunos medios para presionar fuertemente... Es lo que dicen los anarquistas: tenemos cien mil prisioneros y rehenes, la zona más rica de viñedos y frutales, las minas de Almadén y toda la industria de Madrid y Levante, que podemos entregar intacta o destruirla a medida que se repliegue el ejército.

—Parece que te regocija el proyecto...

—Mi suerte, por ahora, va unida a los rojos. Además, las peticiones de Casado son bastante razonables. Sólo se trata de ganar tiempo para permitir la evacuación de los más responsabilizados.

—No me digas que no has llegado al último grado.

—He llegado a donde tenía que llegar, a pensar que mi vida vale más que la de todos los demás... No querrás que me deje coger y picar como un camero, ¿verdad?

—Quiero que te comportes como un hombre, que hagas honor a tu apellido y seas consecuente con tus ideales.

—Mi único ideal en este momento es salvar la pellica.

—Pues márchate... No creo que nadie te impida que lo hagas.

—Nos tenemos que marchar los dos. Pasaremos unos años en el extranjero hasta que descargue la tormenta y mi madre y mis hermanos puedan arreglar mi situación.

—Yo no quiero marcharme. Por nada del mundo me perdería el momento de la entrada de nuestras tropas en Madrid. Durante estos tres años no he pensado en otra cosa. Es mi mayor ilusión.

—Tú te vendrás conmigo... —se levantó crispado y empezó a dar grandes zancadas por la habitación. Gabrielín se puso a llorar rabiosamente—. No creas que te voy a dejar aquí para que me hagas propaganda con ese redrojo repugnante.

—Tú sí que eres repugnante. Cada vez que te miro me das asco...

Las dos bofetadas que recibió la hicieron tambalearse en la silla. El pequeño redobló sus berridos al ver llorar a su madre.

—Te quieres callar, hijo de puta... —le cogió y le sopapeó fuera de sí—. Tú tienes la culpa de todo. Debía estrangularte...

En aquel momento sólo vio a su hijo mudo de terror mientras su marido le zarandeaba furioso. Alocada, cogió la botella de agua de la mesilla de noche, una botella de cristal tallado con adornos de plata y le golpeó con ella en la cabeza. Su marido se desplomó como un pelele. Sin pararse en más levantó al pequeño del suelo y salió corriendo dispuesta a marcharse de casa. Pero al



abrir la puerta se encontró en el descansillo con Manuela, que volvía de la calle con un trozo de viga de madera.

—Ya tenemos lumbre pa unos días... —dejó la presa en el suelo para secarse con el delantal el sudor que le brotaba en los hoyuelos de las viruelas—. Pero, ¿qué te pasa?

—Que me voy, Manuela.

—Que te vas... ¿Ahora que tenemos para calentamos? Ni hablar del peluquín. Y con el frío que hace llevar al niño así y tu también... a cuerpo torero.

—Es que he reñido con mi marido. Quiere matar al niño, sabes.

—¿Que ese aguachirle quiere matar a Gabrielín? Eso se le habrá escapao. Que lo intente si quiere y ya verá lo que es un repaso de mis uñas... Hala pa dentro, que ahora mismito voy a preparar una fogata como pa derretimos de gusto...

—No puedo, de verdad, me da mucho miedo.

—Venga pa dentro... —le quitó el niño de los brazos—. Ricura, precioso, no creas que no es castigo tener un padre chalo con más humos que don Rodrigo en la horca... A ver si puedes con ese tarugo, que no creas que es moco de pavo...

Alicia arrastró el madero a la cocina y se puso a cortar astillas con una azuela mientras Manuela jugaba con el pequeño, haciéndole reír y gritar alborozado. Con todo, y a pesar de que la presencia de Manuela la infundía valor, no quitaba la vista de la puerta del pasillo. Esperaba ver entrar a Alfonso de un momento a otro. Pero como terminase de cortar las astillas y encender el fuego sin que su marido diera señales de vida, empezó a sentirse intranquila.

—¿Crees que se habrá marchado? —miró a Manuela, que parecía embebida en las gracias de su hijo.

—Yo no le he oído salir.

—¿Qué estará haciendo?

—Déjale que se descuerne. Y por aquí que no se le ocurra venir si no quiere oír unas cuantas frescas... Mira que querer matar a este cachito de cielo que es lo único bueno que ha hecho en su vida.

—Estaba muy excitado con la marcha de la guerra.

—Anda, ¿y quién no? Yo ni siquiera quiero pensarlo, porque cada vez que me acuerdo se me abren las carnes... ¿No es una vergüenza la marimorena que se ha armao? Mira que yo a los «chinos» no los puedo ni ver, porque son muy egoístas y sólo piensan en su dictadura, pero tampoco hay derecho a que ahora se les persiga. Y además, tampoco me fío del coronel Casado y de los militares, porque son muy capaces de metemos gato por liebre con eso de la paz honrosa.

—¿No pensáis marcharos vosotros?

—Ni hablar. ¿Por qué nos vamos a marchar...? Mi marido sí que lo ha pensado, pero yo le engatuso con lo que dices tú: que los nacionales no son tan fieras como los pintan, que son cristianos y saben respetar a las personas y tomar informes antes de atropellarlas.

—El generalísimo Franco ha dicho que sólo serán condenados los que tengan las manos manchadas de sangre.

—Eso es lo que yo le digo a mi hombre, que nosotros las tenemos más limpias que los chorros del oro. Y luego con lo que se dice de los campos de concentración de Francia y de los brutos senegaleses... ¿Pero qué te pasa? Parece que te están pinchando.

—Es que no puedo. Voy un momento a ver lo que hace...

Arrastrando los pies para no hacer ruido, volvió a la habitación. La puerta estaba abierta, tal y como ella la había dejado, y Alfonso seguía en el mismo sitio... «Dios mío», se quedó agarrotada sin saber qué hacer y de pronto se puso a gritar: Manuela, Manuela... La mujerona la apartó de la puerta y entró resuelta en la habitación. Al remover el cuerpo de Alfonso apareció una mancha de sangre en el sitio donde había tenido la cabeza.

—Huy, me parece que te lo has cargao... claro que te lo has cargao. Está fiambre y tiene la cabeza hecha papilla...

—Lo hice sin querer —estalló Alicia en sollozos.

—Ya me lo figuro, pero la verdad es que lo has dejado frito.

—Yo no quería matarlo, te lo juro... Era él quien quería matar a mi hijo. Le estaba pegando y dijo que lo iba a estrangular.

—Vamos, mujer, tampoco es para tanto... —la cogió del brazo y se la llevó a la cocina, donde estaba Gabrielín—. Cuando una se sale de sus casillas y le pica la pajarraca no sabe lo que se hace... Más de una vez, al veros discutir, me he dicho: éstos acaban tarifando cualquier día. Y no es que yo no discuta con mi marido, que más de una vez nos hemos enganchado bien y hasta nos hemos zurrado la badana, pero lo vuestro es distinto. Yo no sé... parece que siempre os estáis odiando y así no se puede vivir.

—Yo tenía pensado separarme de él cuando terminase la guerra.

—Pues entonces ya lo has conseguido.

—Lo malo es que ahora me fusilarán.

—Si das parte a la justicia, claro que te fusilan y más siendo tu marido de los de las «checas», como es. Pero si fuera cuenta mía yo no daba parte a nadie. Ni hablar. Uno más... ¿No aparecen todos los días fiambres en la calle que nadie sabe quién los ha apiolado? Ayer mismo vi yo dos en el solar de más abajo.

—¿Tu crees que no se darán cuenta?

—Qué se van a dar cuenta con los líos y jaleos que hay. Por uno más... Si quieres llamo a mi marido para que venga con el coche y en cuanto anochezca lo dejamos al fresco para que se lo pongan a la cuenta de los de la Junta o de los otros...

Alicia opuso muchos escrúpulos y remilgos a la idea de Manuela. En principio la consideró un sacrilegio, un pecado mortal. En su espíritu batallaban duramente los prejuicios y el egoísmo. Más de una vez estuvo tentada de

llamar a la policía o presentarse ella en la comisaría, pero cuando al anochecer llegó el marido de Manuela con el coche de Intendencia y le dijo que los nacionalistas podían entrar en cualquier momento, fue ella la más resuelta en sacar el cadáver de su marido clandestinamente y arrojarlo a un solar cercano.

Al volver Cristina de la compra se encontró a la señorita sin conocimiento, tirada en el suelo al lado de los fragmentos de la estatuilla de la Virgen. En la mano tenía, fuertemente agarrado, el cuerpo mutilado del Niño Jesús. La criada la metió en el inmediato lecho con grandes esfuerzos y trató de hacerla recuperar el conocimiento con compresas de agua fría e inhalaciones de vinagre.

Llamado urgentemente el médico de cabecera, se mostró tan desconcertado ante los síntomas de la enferma que aconsejó la consulta de un especialista en enfermedades nerviosas. Pero éste no se mostró más explícito. Habló de un shock nervioso difícil de diagnosticar por falta de datos y la puso un tratamiento de inyectables y grajeas en espera de que la crisis se manifestara más abiertamente. Mientras tanto la enferma se pasaba los días y las noches inmóvil, en estado cataléptico. Algunas veces quería volver en sí y decía algunas palabras incoherentes, pero inmediatamente regresaba a su quieto hermetismo.

Un día Talavera se enteró de la enfermedad de Alicia por Gabrielín. El pequeño le pidió que fuera a ver a su mamá y Talavera le acompañó a regañadientes. Pero al ver el aspecto cadavérico de la enferma sufrió una profunda conmoción. Luego habló con Cristina y por la criada supo que en la casa faltaba de todo: carbón para la cocina, comida y hasta medicamentos para la enferma. Incluso los médicos se hacían los remolones en visitarla porque no se les pagaba.

Al salir de allí se dirigió al palacete de los Pacheco de Guzmán para tratar con Octavio de la situación de Alicia. Pero Octavio se hallaba en Barcelona y cuando intentó hablar con Claudia del asunto, ésta se excusó diciendo que hacían por su cuñada todo lo que podían y que ya les debía muchos miles de pesetas.

—Sin embargo, la duquesa de Castillares es inmensamente rica —dijo Talavera.

—Pero mi suegra nunca ha querido a Alicia. No sé si sabrás que Alfonso estaba comprometido con una aristócrata de mucha alcurnia y de la noche a la mañana se casó con Alicia. Mi suegra tomó tan a pecho el desaire, porque Alfonso era su hijo predilecto y en el que ella cifraba todas sus ambiciones, que cuando fueron a visitarla a Roma en viaje de novios no quiso verlos.

—De todas las maneras no creo que eso la excuse de cumplir con su deber.

—Es muy difícil convencerla. Octavio y yo lo hemos intentado por todos los medios, pero se niega en absoluto a reconocer la existencia de Alicia.

—Por lo menos podía preocuparse de su nieto.

—Mira, Rómulo, mejor es que no hablemos de eso. Hay ciertas cosas que pertenecen a la más estricta intimidad de las familias y no se deben comentar con extraños —le cortó Claudia.

A partir de entonces, Talavera se encargó de que a la enferma no le faltara lo necesario ni lo superfluo. Médicos y una enfermera, alimentos y medicinas, los pagó él por medio de Cristina. Raro era el día que no iba a verla y pasaba un rato con Gabrielín y doña Genoveva, hasta que uno de ellos se la encontró recostada entre almohadones.

—¿Qué hace usted aquí...? —cerró los ojos hundidos y su rostro ahuesado se tensó en una mueca de sufrimiento.

Talavera dio media vuelta sin que los tirones de Gabrielín y los ruegos de doña Genoveva le hicieran desistir de su resolución de no volver más.

La convalecencia de Alicia fue muy larga. Se pasaba horas y días en un estado de abúlica insensibilidad. Sufría mucho de la cabeza y de los nervios. El insomnio la agotaba y las pocas horas en que el sueño la vencía era para sufrir pesadillas y visiones de las que despertaba asustada.

Por aquellos días la visitaba con mucha frecuencia el Padre Medina, un primo hermano de su madre que normalmente residía en Bélgica. En cierta ocasión

que Alicia le estaba contando cómo se celebraban las misas clandestinas durante la guerra, el Padre Medina la interrumpió:

—¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

—Casi no me acuerdo —dijo ella con expresión de reserva.

—¿Tan poco te preocupa Dios?

—Yo creo que me preocupa demasiado... aunque a veces tengo la sensación de que es Él quien no se preocupa de nosotros.

—Volveremos a hablar de este asunto cuando te encuentres mejor... —sonrió el jesuita—. Dios es paciente. Pero no olvides que los enfermos de Dios solamente pueden sanar entregándose a él sin reservas.

Al final de su convalecencia, recibió una citación oficial de la comisión depuradora que llevaba el expediente de su padre. Doña Genoveva quiso hacer la gestión por sí misma, pero Alicia se opuso.

—No seas testaruda. ¿Por qué no puedo ir yo? —protestó la madre.

—Porque tú no estás enterada de nada, mamá.

—No estoy enterada porque con tus marimandoneos nunca me has dejado...

Siempre que hablaban de este aspecto doña Genoveva no se cansaba de reprochar a su hija la ignorancia en que la había tenido con respecto al proceso del padre, pero se olvidaba decir que el mismo 21 de julio, al oír por la radio que el comandante Sandoval había sido hecho prisionero en la carbonera del cuartel sublevado, sufrió un infarto del que tardó en recuperarse más de seis meses a pesar de haber sido trasladada poco después a Cuenca, donde tenía un hermano médico.

—Pues ya que no quieres que vaya yo, que te acompañe Cristina por si te pasa algo —insistió doña Genoveva.

—No necesito compañía, mamá. Te aseguro que estoy bien... Hasta me encuentro guapa, ¿no es verdad? —hizo una graciosa pirueta delante del espejo.

—Guapa sí, pero en los huesos también.

—Mejor. Así no dirán que nos estamos poniendo las botas como dicen tantos... Recuerdo que una de las últimas veces que salí, un prisionero de los que trabajan en la calle, un chico muy guapo por cierto, me dijo: «Qué huesines más ricos tienes».

—Jesús, María y José de lo que se acuerda... —se persignó doña Genoveva.

—Reconozco que es una tontería, pero lo recuerdo por la simpatía con que me lo dijo.

—Pues yo preferiría que te dijeren piropos por estar más llenita.

—A ti te gustaría que me dijeran: «Eso es carne y no lo que echa mi madre al cocido» como dicen a las hijas de los estraperlistas y aprovechados.

—Calla, por Dios... —se echó a reír doña Genoveva.

Hablando de trivialidades, Alicia terminó de arreglarse como si fuera a asistir a una recepción. Doña Genoveva y Cristina la vieron salir optimista y jovial como hacía mucho que no lo estaba. Pero dos horas más tarde regresó encogida y mustia, con la moral deshecha y un atisbo de ironía en las brillantes pupilas.

—¿Qué te han dicho? —inquirió doña Genoveva apenas traspuso la puerta.

—Nada de particular... que esperan que muy en breve se resuelva favorablemente el expediente de papá.

—No parece que lo dices con mucha alegría.

—Lo digo cansada y aburrida, mamá. La conversación me ha fatigado mucho. Tú no sabes bien lo que es sortear las marrullerías y subterfugios de los que se consideran por encima del bien y del mal...

Alicia se debatía en el remolino de bajas pasiones que sucede a los grandes conflictos épicos. Luchando por rehabilitar la memoria de su padre y justificarse ella misma de las dobleces de su marido, vio cómo se le cerraban las puertas de los amigos, familiares y conocidos. Nadie quería saber nada de

los vencidos o de los frustrados, y mucho menos de los que se hallaban en entredicho.

Después de aquella experiencia los ideales se esfumaron y percibió la realidad en toda su crudeza. El sentimiento de soledad la devolvió su fuerza, la voluntad de seguir luchando sin confiar en nadie. «Les demostraré a todos que puedo valerme sin ellos», se dijo. Y para que su convicción no desmayase, se puso inmediatamente a buscar trabajo. Carente de orientación profesional, se lanzó a la lectura de los anuncios de los periódicos. El primero que atrajo su atención le produjo un fascinante interés: «Se necesitan señoritas jóvenes bien presentadas, con don de gentes y elevada educación, para un negocio de grandes posibilidades económicas y magnífico porvenir...». Leerlo y presentarse en el domicilio del anunciante todo fue uno. Lo malo fue cuando se encontró con aquel pirracas de cejas depiladas, párpados caídos y acento italiano. Vivía rodeado de un lujo barroco por lo singular y aberrante. El arte y la pornografía se confundían en las reproducciones de esculturas y cuadros que adornaban el salón en que la recibió. Rubens, Cellini y Mirón habían sido reducidos a expresión erótica... El homúnculo la sonsacó ampliamente sobre su estado, situación familiar, gustos artísticos y posibilidades de viajar por el extranjero. Todo parecía bien hasta que su interlocutor le habló de una red de establecimientos de gran lujo en los que se cultivaba la moda, el goce de los sentidos en sus aspectos más refinados y el juego.

—Me parece que no me interesa —se levantó Alicia azorada, sin dejarle terminar.

El hombrecillo la persiguió hasta la puerta tratando de convencerla para que le escuchase. Según le dijo, era la oferta más sensacional que podía hacerse en una Europa que estaba a punto de ser bañada de azufre... «Me interesan tus ojos verdes y tu cara de vampira...». Alicia bajó las escaleras sofocada de vergüenza.

En la segunda tentativa no fue más afortunada. Examinada de auxiliar administrativo, no dio las mínimas pulsaciones dactilográficas, se mostró torpe en una traducción de francés y tuvo que confesar su horror a las matemáticas.



Por último, aceptó el empleo de dependienta en la sección de perfumería de unos grandes almacenes. Cuando Claudia se enteró de ello se enfadó mucho y reprochó a su marido la despreocupación que tenía para su cuñada.

—Si a ella le gusta no sé por qué nos vamos a meter nosotros en sus asuntos —se encogió de hombros malhumorado.

—¿Cómo le va a gustar estar detrás de un mostrador aguantando las impertinencias del público? Yo creo que podías buscarla una colocación en cualquier oficina del Partido o de los Sindicatos.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Alicia no pide nada. Se siente tan humillada que haría cualquier cosa antes de pedir un favor.

—Lo comprendo... —agachó la cabeza meditativo—. Ya veremos lo que se puede hacer...

Pero Claudia sabía que su marido no volvería a pensar en las dificultades de Alicia como ella no se lo recordase. Para Octavio todos los problemas se transformaban en teorías y literatura. La cuestión personal no existía para él si no encajaba dentro de sus esquemas metafísicos o sociales.

Un día comentó con Talavera la situación de su cuñada con vistas a interesarle en buscar una solución más satisfactoria.

—Creo que no le vendrá mal saber cómo se gana el dinero —dijo Talavera en tono displicente.

—A mí tampoco me parece mal. Pero quizá tú podrías colocarla en alguna de tus empresas en mejores condiciones.

—No, no me gustan los privilegios... Mejor es que se las arregle ella sola y descubra por sí misma las raíces de su mal.

—¿Las raíces de su mal? —le contempló Claudia con punzante curiosidad.

—Bueno, el orgullo y todas esas tonterías que tiene.

—El orgullo no es tan malo. Por lo menos nos preserva de caer en bajezas y nos da carácter.

—A mí me parece una estupidez. Después de todo, ¿qué mérito tiene el ser guapa y el haberse casado con un marido distinguido?.

—¿Lo dices por Alicia?

—Lo digo por todas las mujeres... menos por las alemanas, que son distintas. Cualquiera día me caso con una alemana, porque son las mujeres más libres que conozco.

—Gracias por lo que me concierne, pero a lo que íbamos: ¿No puedes hacer nada por ella?

—Digamos que no quiero... —se echó a reír—. ¿Tiene algo de malo el trabajo...? Octavio dijo el otro día en una conferencia que al condenamos Dios a tener que ganamos el pan con el sudor de la frente, nos abrió de par en par las puertas de la civilización y la cultura.

—Con lo bien que seguiríamos en el paraíso, ¿verdad?

—Y tan bien... —soltó la risa—. Yo no tengo nada que decir contra la civilización y la cultura. Incluso soy un defensor acérrimo del trabajo, pero confieso que me atraen más los prados verdes y los frutitos del árbol de la vida.

—Anda, anda, que bastantes prados verdes y frutitos tienes en Madrid y hasta en Berlín... —le acompañó Claudia bromeando al jardín, donde se hallaban sus hijos con Gabrielín.

Doña Ana de Sandoval llevaba un año muriéndose sin decidirse a tomar en serio el diagnóstico de «incurable» a que le habían condenado los médicos. Alicia iba casi todos los domingos a verla y pasaba con ella la tarde. Empezó a visitarla teniendo en cuenta su estado y la posibilidad de que la prestara algún dinero para arreglar la casa y transformarla en pensión. Pero poco a poco se fue encariñando con aquella vieja charlatana que hablaba del mundo con el desparpajo de los que nada temen de él.

Esta prima de su padre se parecía muy poco a la mayor parte de las personas que conocía. A pesar de sus setenta y tantos años y de las múltiples enfermedades que la retenían en la cama casi paralítica, se podía hablar con ella de todo, porque no tenía empacho de nada ni pelos en la lengua. Su mayor atractivo, sin embargo, era su enorme optimismo y una confianza rabiosa en la humanidad para salir de lo que definía como «atascos históricos». El porvenir para ella no ofrecía duda y de lo único que se lamentaba era de no tener cuarenta años menos para empezar a vivir de nuevo.

Aunque era poco aficionada a hablar de sí misma, quizá porque sabía que tanto su familia como sus amistades la ponían como ejemplo de poca cordura, en cierta ocasión confesó a su sobrina que la vida había empezado para ella cuando se separó de su marido completamente arruinada.

—Muchas personas dan las gracias a Dios por los bienes heredados de sus mayores y yo se las doy por habérmelos quitado. Dejándome sin nada, me dio valor para hacer uso de la libertad, que también es un don suyo.

—¿Pero se quedó usted verdaderamente sin nada?

—Lo poco que salvé fue a expensas de los acreedores...

Cuando doña Ana hablaba de su primer marido siempre le llamaba el Conde y su lengua se afilaba en sarcasmos. Al otro, que se llamaba Juan, apenas si lo mencionaba, pero estaba tan presente y vivo en sus palabras que se le adivinaba mezclado torrencialmente en sus recuerdos, especialmente cuando hablaba de la fábrica de cerámica que tenía en Carabanchel y que soñaba con volver a poner en marcha.

Alicia había oído hablar en su casa de aquella fábrica como de algo que era preciso ocultar o tapar, porque su sola referencia ponía en entredicho la honra de la familia. Cuando su padre hablaba de su prima decía «la loca de Ana» y su madre, más discreta, pero más severa en el juicio, siempre que se refería a ella invocaba a las tres personas de la Trinidad para exorcizar la pecaminosidad de recordarla.

Tanto oír a doña Ana hablar de aquella fábrica, despertó en Alicia un acuciante interés.

—¿Tenía usted algunas nociones de la' industria? —preguntó un día a su tía con cierta timidez.

—Quita por Dios... ¿Qué nociones podía tener una persona que en su vida había hecho nada de utilidad? Estaba lo mismo que tú estás ahora, comida de vergüenza y de tontería, pensando más en el qué dirán que en mí.

—Claro que usted sola no hubiera podido hacer nada.

—Lo hubiera podido hacer perfectamente de habérmelo propuesto, como lo hice después cuando Juan cayó enfermo. Pero entonces quizá no me hubiera atrevido por falta de resolución.

Aquella noche soñó Alicia que ponía en movimiento la fábrica de su tía y se despertó con una rara sensación de optimismo. Cuando al domingo siguiente comentó con doña Ana el sueño que había tenido, la anciana le dijo entusiasmada:

—Yo también lo he pensado más de una vez. ¿Por qué no lo intentas...? Te aseguro que es muy fácil.

—Pero si yo no entiendo nada de esas cosas, tía —se echó a reír.

—Prueba... Por probar nada pierdes. Y si lo consigues, como estoy segura que lo conseguirás, ganarás dinero y te sentirás independiente para mandar a paseo a todos esos comilones del presupuesto que te han vuelto la espalda.

Tanto insistió doña Ana que aquella misma semana, aprovechando un día de fiesta, se fue con su hijo a dar una vuelta por la fábrica. Era una tarde espléndida de primavera en que las acacias se pavoneaban con sus fragantes ramos de «pan y quesillo». Gabrielín saltaba en tomo suyo como un potrillo. Cada dos por tres tenía que agarrarle de la mano para que no se entretuviera con los enjambres de chiquillos que brotaban de aquellos tugurios de miseria. Alicia conocía poco aquella parte de Madrid, pero la impresionaron vivamente los destrozos causados por la guerra y las condiciones infrahumanas en que vivía la gente.

La cerámica de doña Ana antes de la guerra era una de las más modernas instalaciones de su clase, pero había sufrido muchos desperfectos. La alta

chimenea, sin embargo, se mantenía erguida como un obelisco. Alicia habló con el guarda, el tío Quico, un vejete patizambo y borrachín que le dio cumplidas explicaciones sobre cada una de las instalaciones y lo que se necesitaba para repararlas.

En los hornos vivían unas cuantas familias que habían perdido sus viviendas. Algunas de las mujeres eran antiguas operarias de la fábrica. Al saber que Alicia era sobrina de doña Ana y que su visita tenía por objeto estudiar las posibilidades de ponerla en movimiento, se acercaron y hablaron con ella.

—Esto se pone en marcha con cuatro perragordas —le dijo una mujer ya metida en años a quien llamaban la Loba.

—No tanto, que las perragordas hoy no valen pa na —dijo otra.

—Digamos cuatro pesetas...

—Vosotras to lo arregláis con la lengua. Pero habéis de saber que pa reparar las máquinas, cubrir los secaderos y poner los hornos en condiciones, hace falta mucho dinero —dijo el tío Quico con la colilla del cigarro entre los labios resecos y costrosos.

—Sólo falta que ahora venga usted a poner dificultades.

—Como que le va muy bien con el enchufe de mirón...

—¿Qué hablas tu de enchufe, zorra espatarré?

—No ve, el que se pica ajos come...

Por el diálogo que se entabló entre el guarda y las mujeres, Alicia dedujo que el tío Quico obtenía algunos beneficios por el refugio que proporcionaba a ladrones y vagabundos.

Cuando después habló con doña Ana, su tía le dijo que si ponía en movimiento la fábrica cuando ella muriese sería para ella y su hermano.

—El caso es que se necesita mucho dinero —dijo Alicia con el corazón saltándole en el pecho.

—Puedes obtener una hipoteca... en caso de que los Pacheco de Guzmán no te presten el dinero.

—Prefiero no contar con ellos.

—Yo, en tu lugar, iría a decírselo a ver si se morían de vergüenza.

—Si Octavio pudiera yo sé que me ayudaría de buena gana. Pero gasta mucho en la política y me parece que sus negocios tampoco marchan bien. En cuanto a Carlos, es inútil... Su dinero es para las tonadilleras y bailaoras.

—¿Y la intrigante de tu suegra?

—Por Dios, tía... Antes me moriría que pedirle un sorbo de agua.

A la semana siguiente Alicia no fue a trabajar a los almacenes. Con el primero que habló de sus proyectos fue con Octavio. Como esperaba encontró en él una gran comprensión, pero de dinero nada. Según le dijo, hacía unos días que había tenido que pedir a Tala vera un préstamo para no suspender la revista «Europa».

—¿Por qué no hablas tú con él? —la incitó afectuoso.

—No quiero nada con ese hombre.

—Me parece una tontería, porque es quien mejor podría orientarte. Tiene buen olfato para los negocios. Además, ahora está interesado en las construcciones.

—Pero es un oportunista y un logrero.

—Los buitres tienen hambre, querida... —sonrió mordaz—. Todos son de la misma naturaleza y procuran sacar el mayor provecho de su dinero. Y eso si encuentras alguno que te lo quiera prestar, que ahora se dan mucho a valer. Son los amos de la situación.

Efectivamente, los pronósticos de Octavio se cumplieron. Los establecimientos de crédito tenían excesiva demanda de dinero y solamente atendían las de corto plazo y muchas garantías. Y los capitalistas particulares exigían intereses usurarios que sólo podían satisfacer los especuladores y estraperlistas.

Alicia inspiraba poca confianza a los hombres de negocios. Solamente uno de los que le fueron recomendados, aceptó aportar el capital con la condición de quedarse con la industria a medias. Cuando Alicia se lo dijo a su tía, doña Ana rechazó la oferta. «Lo que quiere ese bribón es quedarse con todo», le dijo.

Cansada y aburrida ya, con el espíritu lleno de desesperación, pero sin resignarse al fracaso, el último día de la semana se armó de valor y se presentó en casa de Talavera. Al llegar a la puerta del piso y acercar el dedo para tocar el timbre, sintió que le flaqueaban las piernas. De pronto se encontró con Marta sin saber qué decir. «Es la mamá de Gabrielín», dijo Conchi... Marta la invitó a pasar y la llevó al gabinete.

Talavera estaba vistiéndose para salir cuando Marta le anunció que tenía una visita.

—Joder con las visitas... —siguió abrochándose la camisa.

—Es la madre de Gabrielín. Debe ocurrirle algo, porque está terriblemente excitada. No puede ni estar sentada.

—¿Alicia? —se quedó Talavera perplejo—. No puede ser.

—Pues sí es...

El hombre se sintió trastornado. Podía admitir cualquier cosa menos aquello. Lentamente se acercó a la puerta del gabinete... Evidentemente era Alicia. Sus ojos parecían desorbitados y los labios entreabiertos daban la impresión de que se estaba asfixiando. Marta y Conchi desaparecieron y los dos se quedaron embebidos en la mutua contemplación. Pasaron algunos segundos de infinita espera antes de que Alicia farfullase algo incoherente. A pesar de que Talavera tenía las entendederas bien abiertas, lo único que comprendió es que necesitaba dinero.

—¿Cuánto necesita usted...? —sacó el talonario de cheques y la estilográfica.

—No me ha entendido. Se trata de un negocio... —le miró Alicia más tranquilizada.

—¿Un negocio suyo? —Talavera parecía cada vez más perplejo.

Alicia volvió a explicarle el asunto con más claridad.

—¿Y piensa usted dedicarse personalmente a explotar esa industria? —la nuez le subía y le bajaba y sus ojillos codiciosos se afilaban en un brillo penetrante.

—¿Por qué no? Si mi tía lo hizo, creo que también puedo hacerlo yo.

—Tiene razón... No obstante, me gustaría ver la fábrica si no tiene inconveniente.

—Al contrario. Creo que usted podría orientarme... —intentó son reír.

—Entonces, si le parece, podríamos ir mañana a verla.

—Mañana es domingo.

—Mejor para mí, porque los domingos es cuando tengo más tiempo libre...

Quedaron en que Talavera pasaría a recogerla a las seis y se estrecharon por primera vez la mano. Alicia se sintió tan sofocada que agachó la cabeza mientras Talavera retenía su mano con cálida emoción.

Doña Genoveva se sorprendió al ver a su hija tan peripuesta. A la ligera hizo algunas observaciones sobre el vestido de seda estampada en blanco y rojo, demasiado alegre y juvenil, y la falda tirando a corta y exageradamente ceñida en las caderas.

—Tanto criticar a las mujeres de la zona nacional por sus vestidos cortos y ahora va a resultar...

—Es la moda, mamá.

—Reconocerás que es una moda bastante frívola, como todas las modas italianas. Además, a ti tampoco te sientan bien esos escotes... tan, tan poco discretos.

—Di mejor que te has acostumbrado a verme vestida de cualquier manera, sin ninguna pretensión.

—¿Y qué pretensión vas a tener? —se dilataron las pupilas de doña Genoveva.



—No tengo ninguna, pero tampoco quiero parecer la eterna viuda. Las compañeras de la tienda me llaman «la chica de alivio luto» y no me hace ni pizca de gracia.

—Pero no creo que para ir a ver a tía Ana necesites tanto colorido y tanto retoque.

—Es que primero voy a ir a la fábrica con un hombre de negocios... —por el espejo de la coqueta vio el gesto de contrariedad de su madre.

—Dichosa fábrica. ¿Cuándo vas a desechar semejante idea? Esas no son cosas para ti, hija mía... Cuando tu tía hizo lo que hizo tenía sus motivos y bien sabe Dios que no eran buenos, pero tu situación no es la misma ni tú tienes temperamento para los negocios... o para cualquier cosa.

—¿Quieres entonces que nos muramos de hambre o que nos pasemos la vida mendigando?

—Me parece que nuestra situación no es tan precaria. Gracias a Dios, vamos pasando con modestia y honradez.

—Mucho se gana con la modestia y honradez... —se levantó de la coqueta, giró sobre las puntas de los zapatos y se puso delante de su madre con los brazos extendidos y una sonrisa radiante—. ¿Qué te parece? ¿Estoy bien...?

—Muy llamativa, eso es lo que estás... —rechazó doña Genoveva sus caricias y zalemas—. Cualquiera que te vea dirá, y con mucha razón, que ya te has olvidado de todo... de tu padre, de tu marido y hasta del respeto que te debes a ti misma.

—Tía Ana dice que no se puede vivir de fantasmas o de ensueños sin caer en las pesadillas y en las aberraciones, que es lo contrario de la vida... —se asomó al balcón y al ver el coche gris descapotable de marca alemana, sintió que se le aflojaban las piernas y por la sangre le corría un picante hormigueo—. Me voy, mamá... —besó precipitadamente a doña Genoveva. Gabrielín salió corriendo detrás de ella, pero le dio un achuchón que le sentó de culo. El pequeño se quedó llorando.

Cuando el coche arrancó, doña Genoveva y el niño estaban en el balcón. Gabrielín reconoció a Talavera y empezó a llamarle por su nombre.

—¿Por qué no se trae usted al chavea?

—Porque es muy enredador y nos haría perder mucho tiempo.

El movió la cabeza con un gesto ambivalente y metió el pie en el acelerador. El tráfico humano invadía aceras y calzadas por las que apenas si se veían más que chepudos taxis de gasógeno y coches de los parques militares y civiles. La Castellana tenía un aspecto provinciano de día de fiesta. En un momento en que sorprendió la mirada de Alicia fija en sus manos, le dijo burlón:

—¿No le parece que conduzco bien?

—Sí, sí, muy bien, conduce usted con mucha seguridad... —desvió la mirada y en sus mejillas apareció un atisbo de rubor.

—Usted también sabe conducir, ¿no?

—Algo... muy poco, porque me da mucho miedo...

Una vez en la Cibeles, tomó por el paseo de Recoletos, Glorieta de Atocha, Ronda de Valencia, Glorieta de las Pirámides, cruzó el Puente de Toledo y subió por General Ricardos entre edificios calcinados y destruidos. Al llegar a las cercanías del Hospital Militar, paró el coche ante un bar.

—Vamos a tomar algo fresco —dijo mientras se quitaba la americana y daba un tirón a la corbata.

Su gesto era tan conminatorio y resuelto al abrir la portezuela para que saliera, que estuvo a punto de decirle que no tenía ganas de beber nada. Por lo menos lo pensó, pero no sólo no lo dijo, sino que le siguió por entre las mesas de la terraza, asintiendo a los comentarios un tanto chuscos y groseros que hizo sobre el insoportable «sol de justicia».

—¿Qué va a tomar usted?

—Un refresco cualquiera... Me da lo mismo —tomó asiento frente a él en una mesa protegida del sol.

—Camarero, ponga dos whiskys con soda y hielo... —la mirada de alarma que le dirigió ella le hizo sonreír—. Es una bebida muy refrescante y además tranquiliza los nervios y da confianza.

—¿Usted cree...?

—Estoy convencido. Los ingleses saben lo que se hacen y lo que beben.

—No, si no me disgusta... Lo que pasa es que no soy partidaria de las bebidas extranjeras. Me parece que en España tenemos muy buenos vinos sin tener que recurrir a los exóticos.

—Demasiados vinos peleones —acentuó la ironía.

—Por lo que veo no es usted muy patriota.

—Lo soy a mi manera... de los que no comulgan con ruedas de molino ni se dejan atrapar en el paraíso fabricado para contentar a los pobres de espíritu.

—¿Pero usted cree en algo?

—Cómo no. Creo en muchas cosas, por ejemplo en usted...

La risa de Alicia estalló hilarante hasta que se dio cuenta que era observada por algunas personas y se tapó la boca con la mano y empezó a toser.

—Beba usted... —le puso Talavera la copa en la mano.

Alicia apuró con ansiedad el líquido en tanto sus pupilas burbujeaban en tonos cambiantes. Durante unos segundos se quedaron prendidos con la mirada, una mirada que en Alicia era desafiante y en Talavera pegadiza y acariciadora. Al volver al coche, Alicia tropezó con una silla y al ser sostenida por Talavera volvió a sentir unas absurdas ganas de reír.

—No se ha hecho daño, ¿verdad?

—No, no. Casi me ha hecho más daño usted... —se miró el brazo en el que habían quedado marcados los dedos de Talavera—. Tiene los dedos muy duros.

—Debe ser de cuando trabajé de descargador en el muelle de Vigo.

—¿Ha sido usted descargador?

—Ya lo ve. Estas manos no creo que sean de señorito... Claro que también he sido otras muchas cosas.

—Hasta millonario.

—Yo no diría tanto, pero si la suerte me sigue soplando es posible que lo sea... ¿Por dónde quiere usted que vayamos?

Alicia le indicó una callejuela cenagosa y maloliente por la que salieron a una carretera llena de baches. A un lado y a otro se veían grandes extensiones de cardos borriqueros, ortigas y flores multicolores que aprisionaban las modestas factorías y las aglomeraciones de casuchas y chabolas que manchaban el paisaje.

—Mire, es allí... —indicó Alicia una chimenea.

—Me parece que conozco su fábrica.

—Mía no, de mi tía.

—Es lo mismo... La recuerdo muy bien porque el jefe se empeñó en que nos hiciéramos fuertes en ella y si nos descuidamos nos copan a todos.

—¿Tanto le importaba caer prisionero?

—Pues sí. Nunca me ha gustado perder.

—Es el estúpido amor propio —hizo ella un gesto despectivo.

—El amor propio y la libertad...

Mientras Talavera maniobraba con el coche, se hicieron presentes el tío Quico con su media cogorza habitual y tres mujeres capitaneadas por la Loba.

—Si necesita algo la señorita podemos ayudarla en lo que sea... —se ofreció la Loba.

—No las necesito, muchas gracias. Sólo voy a enseñar a este caballero la fábrica... Tampoco es necesario que usted me acompañe, tío Quico...

En las últimas semanas Alicia había asimilado todo lo que se refería a la industria cerámica y resultaba un excelente «cicerone». Conocía cada máquina y la función más o menos precisa que realizaba, las naves y secaderos, el taller de mosaico artístico, del que solamente quedaban las paredes convertidas en troneras, y algunas prensas demasiado pesadas para llevárselas. Talavera escuchaba con atención sus prolijas explicaciones, tratando muchas veces de disimular los accesos de risa que se le iban y se le venían por el apasionado empeño que ella ponía en convencerle.

Después de recorrer las instalaciones de superficie, le llevó a la entrada de la galería que conducía a los hornos, donde su tía había mandado esconder las piezas más valiosas de las máquinas al acercarse los nacionalistas a Madrid, y allí se encontraban todavía.

—Se entra por aquí... —le mostró una boca oscura en la que se veían algunos tramos de los raíles de las vagonetas—. Es lo que se encuentra mejor, porque estuvo cerrado hasta la terminación de la guerra.

—¿Cree que merece la pena bajar a esos antros?

—El homo de ladrillo cerámico es muy hermoso y está en buenas condiciones. Es muy grande, sabe... En cada hornada se pueden meter cincuenta mil ladrillos, y según me dijo hace unos días el encargado de la fábrica, que por cierto acaba de salir de la cárcel, se puede poner inmediatamente en producción.

—¿No le da miedo entrar ahí...? —la envolvió Talavera en una mirada total para detenerse en las pupilas licuadas y resbalar por el amplio escote.

—Qué tontería. ¿Por qué me va a dar miedo? —sacó una linterna del bolso e iluminó el interior.

—Tiene razón... —la siguió casi olfateándola.

—¿Verdad que está muy bien? —iluminó las paredes abovedadas de ladrillo rojo.

—Comparado con lo demás parece que se encuentra mejor, aunque tiene un aspecto siniestro.

—No diga eso. Los obreros que trabajaban antes dicen que necesita muy poco arreglo... —perdió el pie en los últimos escalones que bajaban al horno y fue dando trompicones en la oscuridad.

—¿Se ha hecho daño...? —La tenía en sus brazos. Su cuerpo vibraba y su aliento expelía sofoco. Murmuró protestas entre dientes, pero nada hizo por separarse ni rechazó las manos que buscaban entre su ropa ni la lengua que se enroscó en la suya. Parsimoniosamente penetró en su cuerpo sin encontrar la menor resistencia. Se le había entregado y sus jadeos y salivas se mezclaron gozosamente. Luego ella se desasíó gruñendo o llorando... Talavera la percibió buscando la salida en la oscuridad. «No seas tonta», le dijo sin moverse. Pero ella no le hizo caso.

Talavera se levantó sin prisa, encendió el mechero y recogió la linterna de Alicia. Una carcajada exultante rebotó en las paredes... En el montón de paja se movían verdaderos enjambres de cucarachas rubias, gusanos y cochinillas. Mientras orinaba encendió un cigarrillo. Luego recorrió el homo, más que nada por hacer tiempo y salió por otra galería que estaba más estropeada. El tío Quico dormitaba recostado sobre la pared con la cachaba entre las piernas.

—¿Qué tal? —se levantó haciendo pantalla con la mano para proteger sus ojos pitañosos del sol horizontal.

—Bueno, yo creo que se puede hacer algo, aunque es una verdadera mina.

—Y tan mina. Lo mismito le he dicho ya al ama, pero como ella es tan celosa de la fábrica... ¿No sale la señorita?

—Se ha marchado ya o quizá ande por ahí...

El guarda le acompañó hasta el coche. Sus continuas miradas al hombro despertaron la curiosidad de Talavera. Luego en el espejo del coche observó que tenía la camisa desgarrada y manchada de carmín.

—Paice que se ha mancao.

—No sé, como no haya sido alguna rata rabiosa —se echó a reír Talavera.

—Pues bien güeñas que las hay. Y se tiran al más pintao. Pero con ésta no pueden —le mostró la rugosa garrota.

Talavera sacó del bolsillo algunas monedas y se las dio al viejo

—Si quiere dejar algún recaó o mandar lo que sea, ya sabe que estoy pa servir.

—Gracias. Nos veremos pronto...

Alicia tomó toda clase de precauciones para no ser vista al salir de la galería y una vez fuera tiró por la parte de atrás para cruzar los terreros que daban al campo. Por nada del mundo hubiera querido volvérselo a encontrar en aquel momento y mucho menos tropezarse con el tío Quico o caer bajo la mirada husmeona de la Loba... Hasta que se metió en la vereda que pasaba por el sembrado de cebada, anduvo esquinada, huidiza, como si la empujase un viento furioso. Sólo al sentirse protegida por las altas espigas advirtió la molestia de la tierra que se le había metido en los zapatos y la paja que llevaba adherida a las medias y el vestido. Al agacharse sintió una serie de punzadas difusas y unas ganas insuperables de orinar. «El muy canalla...», miró a todos los lados a ver si había alguien y luego se acuclilló, comprobando que la prenda más íntima había sido desgarrada... «Es un bestiajo, un animal...». Se sintió casi mareada por aquel punzante escozor que le subía por los intestinos hasta ponerle carne de gallina. Después de orinar y arreglarse la ropa interior, le pareció que se encontraba mejor.

A la salida del sembrado se le ofrecían múltiples caminos en un prado salpicado de margaritas blancas y amarillas. A lo lejos se divisaban los hangares y cuarteles de Campamento. Este descubrimiento la tranquilizó. Su padre había estado destinado allí y conocía los alrededores... Sentada tranquilamente sobre la yerba abrió el bolso y sacó un espejito. Lo primero que observó es que había desaparecido el carmín y en la cara y en el cuello aparecían irregulares ronchones rojizos que le escocían. Por los lagrimales le corrían churretes de rimel. No recordaba haber llorado, pero era evidente que las lágrimas habían dejado su huella en el maquillaje. Lo que más la extrañó fue la sorprendente vivacidad de sus pupilas, aquel fulgor gozoso y juvenil que contrastaba con el rictus de las comisuras de los labios. Maquinalmente repitió el comienzo de un poema que Alfonso le hizo antes de casarse: «Fuego del aire

y del mar son tus ojos...». Pero inmediatamente sintió que se le cambiaba el humor y el rameado de sus pupilas casi líquidas se ensombrecía. Rabiosamente, con una creciente sensación de frustración y culpabilidad, se limpió los churretes con el pañuelo mojado en saliva y empezó a maquillarse de nuevo, cubriendo las rojeces con polvos.

El sol iba ya muy caído cuando emprendió la marcha con la vista puesta en los cuarteles de Campamento. Hasta la salida a la carretera sólo vio pandillas de críos jugando al balón y parejas de novios ocultas en las vaguadas y depresiones. Pero el resto del camino, hasta alcanzar la parada del tranvía, lo hizo escoltado por tres soldados que, a falta de otro entretenimiento, la persiguieron con bromas salaces y groseras carcajadas.

Al apearse del tranvía en la Plaza Mayor se hallaba tan perpleja e indecisa que optó por retrasar la vuelta a su domicilio por temor a las preguntas de su madre. Andando por el centro de la ciudad y parándose de vez en cuando a contemplar escaparates, rehízo cien veces las incidencias de aquella tarde. Todo lo sucedido tenía un significado previo en sus ensueños y deseos. Era consciente de que desde que subió al coche se sintió dominada por un instinto invencible de provocación... Se detuvo ante la cartelera de un cine en el que se proyectaba una película que tenía ganas de ver por los comentarios contradictorios que había oído a sus compañeras de trabajo. Lo dudó antes de sacar la entrada, porque la taquillera dijo que la película ya había empezado. Y una vez dentro se arrepintió, ya que fue colocada entre dos parejas susurrantes que comentaban las escenas entre besuqueos y murmullos de amor... «No me digas que no es un canalla». «A mí me parece normal. Si ella se deja...». «Entonces, ¿a ti te parece bien que abuse de la pobre?». «Joroba con la pobre. ¿No ves que ella quiere pescarle porque tiene pasta y es un señorito?». «Aunque así sea no hay derecho, que la honra de una mujer no se paga con nada...».

Tanta sensiblería y patetismo la produjeron una especie de regocijo. Las confusas emociones que la dominaban al entrar en el cine se habían esclarecido a la vista de las absurdas incongruencias que desfilaban por la pantalla. Con todo, al llegar al portal de su casa volvió a sentir que se ponía nerviosa y le temblaban las piernas y las manos. Antes de meter el llavín en la



cerradura, escuchó unos segundos con el oído pegado a la puerta y la respiración contenida. Andando de puntillas para no hacer ruido, recorrió el pasillo y se metió en su habitación. Pero apenas encendió la luz oyó la voz de su madre:

—¿Eres tú, Alicia?

—Sí, mamá.

—Qué susto, hija. No sé por qué andas así... —apareció en la puerta de la habitación.

—Pensé que a lo mejor estabas acostada.

—Cómo me iba a acostar sin haber venido tú. Dios me libre... Además, el niño está insoportable. Si vieras la tarde que me ha dado. Todavía no he conseguido meterlo en la cama.

—Si le hubieras dado unos cuantos azotes.

—Tu todo lo arreglas con azotes... Bueno, ¿y se puede saber dónde has estado?

—Ya te dije que iba a la fábrica.

—Pero no me dijiste que ibas con Rómulo Talavera.

—No te lo dije porque no estaba muy segura. Lo mismo que vino él pudo mandar a otra persona.

—¿Pero has estado todo el tiempo con él?

—Con él, ni hablar. Pues sí... Le enseñé la fábrica y luego cada uno por su lado.

—No me digas que has estado tú sola hasta estas horas.

—Pues sí, mamá... He estado yo solita y no me ha comido nadie.

—Estás loca, no me cabe duda que estás loca... —se marchó doña Genoveva rezongando.

Para la madre de Alicia no había pasado desapercibido el conflicto de su hija con Talavera, pero siempre lo atribuía a su manera de ejercitar la hostilidad contra las personas que por unas razones u otras la desagradaban. Sin embargo, hablando meses atrás con el Padre Medina de este conflicto incomprensible para ella, su primo le dijo:

—Yo tengo la impresión de que Talavera está enamorado de tu hija.

—Pues Alicia le odia con toda su alma —dijo doña Genoveva.

—Mal síntoma, porque el odio y el amor son fenómenos intercambiables.

—Alicia dice que es un mal hombre sin ideales ni principios. Pero la verdad es que con nosotros se porta excelentemente.

—Quizá Alicia tenga razón. En el fondo todas las razones del hombre de presa concurren a la satisfacción de su egoísmo.

—¿Cómo puedes decir eso cuando Talavera es la generosidad personificada?

—No te fíes de las apariencias. Los que más dan son los que más esperan recoger.

—Es natural.

—Sí, sí, natural y lógico, pero contrario a la humildad... —sonrió el jesuita—. En el reino del espíritu Dios y el demonio actúan igualmente sobre el alma, pero de manera distinta y con resultados opuestos. Dios proclama bienaventurados a los pobres de espíritu y a los mansos de corazón, mientras que el maligno coge a los audaces y ambiciosos, les muestra el mundo y les dice: he ahí mi reino. Podéis entrar a saco sin temor e imponer vuestra ley, que es la mía, como míos son el poder y la riqueza arrebatados al amor fraternal.

Gabrielín se había metido debajo de la cama para que doña Genoveva y Cristina no le acostasen. «Quiero ver a mamá, quiero ver a mamá...», lloriqueaba impenitente y monótono, sin hacer caso del «Coco» y de la «Bruja Pirulí» con que le amenazaban las dos mujeres. Alicia se echó a reír al ver a su madre y a Cristina arrodilladas a los dos lados de la cama esperando que Gabrielín saliera del escondite.

—No me digas que este crío no es un demonio —se levantó trabajosamente Cristina.

—Lo que pasa es que con tanto mimo os ha perdido el respeto a las dos... Venga, sal de ahí inmediatamente —le conminó su madre.

—¿Me vas a pegar?

—Pegarte no, mondarte.

—Pues si me mondas tampoco quiero salir.

—Sal, te digo. No me hagas que me meta debajo de la cama y te saque a rastras.

—Y si salgo, ¿no te enfadas?

—No, no me enfado...

El pequeño salió gateando y se echó en los brazos de su madre riendo alborozadamente y haciéndole fiestas. Pero pasado el primer momento, infló los carrillos y empezó a hacer muecas.

—¿Por qué no me has llevado contigo?

—Porque no he podido y ya está bien de preguntas, que es la hora de dormir.

—Pues entonces no quiero.

—Vamos que si quieres. Dame el pijama, Cristina... —le echó sobre la cama y empezó a desnudarle.

Gabrielín se resistía, se escapaba de las manos de su madre, sacaba la lengua a Cristina, buscaba la protección de su abuela cuando su madre le amenazaba o le daba alguna cachetina, se plantaba en la cama desnudo, triponcillo, con la colilla erecta, estallante de vitalidad... «Se corría la gran juerga», como decía Cristina, a la cual se le había metido en la cabeza que el niño no era normal. Continuamente estaba dando la tabarra a Alicia para que le llevase al médico a que «le viese sus cosas». Por último Alicia tuvo que darle una buena tanda de azotes para aplacar su alegre excitación, y sólo así, berreando y dando patadas, pudo meterle en la cama.

A la hora de levantarse para ir al trabajo Alicia dormía pesadamente. Su madre la llamó como de costumbre, pero en cuanto doña Genoveva salió cerró los ojos de nuevo y volvió a enganchar el sueño. Pasados diez minutos, su madre volvía a despertarla.

—Estoy muy cansada, mamá. Parece que me han molido los huesos.

—A ti te ha pasado algo, no me cabe duda...

Por toda respuesta, Alicia se volvió de espaldas y se tapó la cabeza con el embozo de la sábana.

Tres horas después doña Genoveva le puso la mano en la frente para comprobar la temperatura. Alicia la increpó de mal humor: Déjame, por favor, mamá...

—Por mí bien dejada estás. No creas que te molesto por gusto. Es que ha venido Pacheco de Almeida y dice que tiene urgente necesidad de verte.

—Pues dile que yo no tengo ganas de hablar con él.

—Ya le he dicho que viniese otro día, que estabas enferma, pero él dice que no se marchará sin haber hablado contigo.

Rezongando y de mala gana se tiró de la cama... Leopoldo Pacheco de Almeida era un personaje de muchas campanillas emparentado con los Pacheco de Guzmán. Cuidaba mucho su prestigio publicitario, tenía fama de ingenioso y raro era el día que no aparecía su nombre en los periódicos como asistente a todos los homenajes y fiestas que se celebraban. La mayor sorpresa de Alicia fue cuando se enteró que la visitaba en representación de Rómulo Talavera.

—Mejor es que no hablemos de ese hombre —le cortó Alicia de mal talante.

—Pues entonces, dejemos a «ese hombre» y hablemos de negocios... Al parecer tú tienes una fábrica de cerámica arruinada y quieres reconstruirla, ¿no?

—La fábrica es de mi tía Ana.

—Me lo figuraba, preciosa... —sonrió reverencial sin dejar de atusarse las puntas de los bigotes—. Conozco la historia de esa fábrica y la del guapo alfarero por el que Ana abandonó al pobre Arturito de Sagriñá. Pero el cuento no viene al caso. Hablemos de negocios... «Nuevas Construcciones, S.A.» te ofrece un amplio crédito para reconstruirla y un contrato bastante ventajoso para la exclusiva de la producción.

—¿Esa propuesta me la hace Rómulo Talavera? —se atiesó Alicia.

—Te ruego que no hablemos de Talavera si ese nombre te hace mal al hígado. La propuesta te la hace «Nuevas Construcciones, S.A.» —sonrió blandamente Pacheco de Almeida.

—Pero lo que yo quiero saber es si Talavera tiene algo que ver con esa empresa...

Pacheco de Almeida podía haber contestado que Talavera era su manipulador absoluto, pero viendo la actitud injustificadamente irritable de Alicia, dijo que era uno de sus accionistas.

—Pero la propuesta me la hacen por sugerencia suya, ¿no?

—Mira, preciosa, si quieres hacer caso de un buen amigo y un poquitín pariente te aconsejo que la aceptes sin rechistar... Te voy a dejar el contrato para que lo sometas a la consulta de tus asesores y si no reconocen que es puro maná... me corto la coleta.

—No pienso consultar con nadie —se levantó Alicia tensa, bizqueando ofuscada—. Si lo que ese hombre pretende es comprarme, se equivoca. Dígaselo de mi parte.

—No digas cosas raras, sobrina... ¿Por qué va a querer comprarte? ¿Qué tienes tú, además de ese montón de escombros de la pobre Ana, que pueda interesarle? ¿Un cuerpo gentil y una cara interesante...? Bah, Lina Alba, la mujer más bella de España, le lame los pies como un gozquecillo y él no le hace caso. ¿Tú prosapia? No estoy muy bien informado de tu árbol genealógico, pero cualquiera que sea eso no se cotiza hoy, hijita. En los consejos de administración de sus empresas figuran a título decorativo apellidos con seis

siglos de pátina... Sé práctica, querida. Un hombre que ha descubierto que los arenales de Madrid pueden producir millones y que los solares y barbechos que hoy compra a dos reales, mañana los vende a diez o a veinticinco pesetas, reconocerás que no es cualquier cosa. Tiene vista de águila para el dinero, puedes creerme. Donde él pone una peseta inmediatamente hay alguien que pone un millón... Bueno, no quiero darte más la tabarra. Ahí te dejo el contrato para que lo estudies... —se despidió haciendo elegantes reverencias.

Alicia le vio dirigirse a la puerta muy erguido y monorrítmico, atusándose las guías de los bigotes. Inmediatamente que salió se puso a leer el documento con verdadera avidez y a medida que avanzaba en la lectura sus nervios se fueron relajando. La oferta le pareció mejor que todas las demás que había recibido, pero sin considerarla excepcional. Sin embargo, cuando se la presentó a su tía, doña Ana exclamó:

—Esto es un momio, querida. Yo creía que la guerra había terminado con los filántropos, pero al parecer todavía quedan algunos... ¿Quién es el presidente de esta sociedad?

—Un tal Rómulo Talavera.

—¿Amigo tuyo?

—No. Le conozco, pero no tenemos ninguna amistad.

—¿Acaso está enamorado de ti?

—No le creo capaz de enamorarse de nadie.

—Esos son los hombres peligrosos, porque al final terminamos nosotras enamorándonos de ellos.

—Por mí ya podía vivir mil años y quedar como único representante de la especie sobre la tierra. Si le conocieras... es un cínico, un libertino sin patria y sin Dios que no tendría ningún inconveniente en vender su alma al diablo.

—Pues esta oferta no corresponde a un tipo así... a no ser que esconda otra cosa y trate de hacernos algún chanchullo.

—No, no, eso tampoco lo creo.

—Pues entonces no hay más que hablar. Ahora mismo vas a llamar a mi abogado para que se encargue de todas las gestiones y ultime el compromiso.

Aquella misma tarde doña Ana firmaba una serie de documentos por los cuales Alicia quedaba asociada a la explotación de la fábrica de cerámica y concedía plenos poderes a su abogado para formalizar la transacción con «Nuevas Construcciones, S.A.» en los términos previstos en la oferta.

Pero lo más sorprendente de todo fue cuando al día siguiente Alicia se personó en la fábrica y el tío Quico le comunicó que había estado un ingeniero con varios ayudantes «apuntado todo» para empezar inmediatamente las reparaciones.

—No debía usted habérselo consentido sin hablar antes conmigo.

—Yo se lo comuniqué al ama por teléfono y ella me dijo que los dejara hacer, que ya vendría usted por aquí.

Inquieta y rabiosa por lo que consideraba una intrusión, volvió a casa de su tía ofuscada y decidida a impedir la firma del contrato. «Si se ha creído que va a hacer lo que le dé la gana, se equivoca. No se lo consiento de ninguna manera...». Entró como un torbellino en la habitación de la anciana, pero al ver allí al abogado con el contrato en la mano, y a su tía tan alegre, se quedó sin saber qué decir... Por lo demás, el informe del abogado no pudo ser más optimista. «Nuevas Construcciones, S. A.» era una empresa solvente, con un fuerte respaldo financiero y un plan de trabajo de miles de viviendas.

De esta manera Alicia se vio envuelta en el dinamismo de Talavera. Sin tener ninguna relación personal con él se le hacía presente por medio de sus empleados y técnicos. Especialmente el encargado no se cansaba de repetirla que él no recibía más órdenes que las del «patrón» o «el doble», como llamaba a Talavera. Por esta causa se produjeron entre ellos algunos choques que fueron derivando en mutua antipatía. Alicia le acusaba de chapucero y él la llamaba metijona. Raro era el día que no tenían alguna polémica por algo que ella consideraba mal hecho o atropellado. Hasta que un día estallaron en presencia de los obreros.

—Lo que tenía usted que hacer es ponerse a zurcir calcetines en vez de meterse en lo que no entiende —le dijo el encargado.

—Me meto porque lo que está haciendo usted es para mí y quiero que lo haga bien.

—Pues la va a aguantar su padre, que mi menda no aguanta a señoritas histéricas. Hoy mismo le voy a decir al «doble» que usted o yo sobramos aquí... —la dejó con la palabra en la boca.

Al día siguiente se presentó un individuo con una carta dirigida a Alicia, según la cual había sido designado representante de la constructora para tratar directamente con ella todo lo relacionado con el cumplimiento del contrato.

—¿Puede decirme concretamente cuál es su cometido? —le contempló Alicia con desconfianza tras leer la carta.

—Digamos que vengo de diplomático... parachoques o algo así... —sonrió cordial con la pipa entre los dientes—. Parece que sólo se trata de evitar contratiempos y disgustos en la marcha de los trabajos. Cuando usted crea que las cosas están mal o pueden hacerse de otra manera, me lo dice a mí y yo trataré de complacerla en la medida de lo posible.

—Comprendo... —se mordió los labios—. Me figuro que el encargado habrá ido diciendo por ahí todo lo que le haya parecido.

—No se preocupe. El encargado vendrá hoy por última vez a poner al corriente al que se va a hacer cargo de la obra.

—Me alegro, no sabe usted lo que me alegro, porque me ha proporcionado muchos disgustos.

—Creo que en lo sucesivo podemos arreglar las cosas usted y yo sin crear tensiones entre los trabajadores... Me parece usted lo suficiente inteligente para darse cuenta que en España todavía no estamos preparados para aceptar la incorporación de la mujer a los cargos de dirección.

—Pues yo no estoy dispuesta a renunciar a mis derechos.



—Bueno, tratándose del derecho de propiedad espero que nadie se lo discuta. Y conste que yo soy contrario a la discriminación de sexos, por más que de vez en cuando también me ronde una sombra del moro Muza, como dice mi mujer.

—Ah, es usted casado...

—Casado y con dos hijos para mayor desgracia. Si no fuera por ellos lo más probable es que no estuviera aquí...

Mientras visitaban los trabajos, Alicia se enteró que Eduardo Martínez era médico y que se hallaba inhabilitado para ejercer su profesión a consecuencia de la condena que había sufrido por las responsabilidades contraídas durante la guerra. Según le dijo, los años de prisión le habían desquiciado los nervios.

—Yo no sé cómo un hombre como usted puede trabajar a las órdenes de Rómulo Talavera —le dijo Alicia en el transcurso de la conversación.

—Cuando uno no puede elegir debe conformarse con lo que le dan.

—No me diga que un hombre tan preparado no puede elegir.

—Puedo elegir entre morirme de hambre y morirme de asco... o agradecer la existencia de hombres como Rómulo Talavera que pueden nadar y guardar la ropa en todas las situaciones.

—¿Y eso lo considera usted un mérito?

—Si no un mérito, reconozcamos que los que se han propuesto sobrevivir por encima de todo poseen cierto valor.

—Por lo que veo es usted amigo de Talavera —se diluyó en sus labios la ironía.

—Tanto como amigo... —hizo un gesto ambiguo—. Durante la guerra convivimos amistosamente y ahora me ha ofrecido este empleo hasta que yo arregle mis asuntos o pueda ejercer la medicina.

—Lo comprendo... —sonrió ella viendo los esfuerzos de Eduardo para no ser más explícito—. Por lo menos no pertenece usted al rebaño de oportunistas que trabajan para ese hombre.

—Y eso que me gustaría ser oportunista, no vaya a creer, porque los tiempos que vivimos son ideales para los pescadores de río revuelto.

La presencia de Eduardo la libró en lo sucesivo de conflictos y choques con los equipos de especialistas que se sucedían en las obras. Por otra parte, sus relaciones personales discurrían por cauces de respetuosa simpatía. Bordeando las cuestiones más espinosas de la guerra y la política, podían hablar de todo lo demás con espíritu de comprensión y cooperar sin reservas en los problemas del trabajo.

A pesar de las dificultades que existían para la adquisición de materiales y la compra de utillaje, en poco más de dos meses la fábrica se hallaba en condiciones de empezar a producir. El día que encendieron el primer horno Alicia estaba tan emocionada que lloró de alegría.

—Ha sido un éxito suyo —le dijo a Eduardo conmovida—. Gracias a usted podemos decir que esto marcha.

—Sería más justo decir gracias a Talavera, porque con absoluta independencia del juicio que pueda merecer en otros aspectos, hay que reconocer que le ha faltado tiempo para atender todas las sugerencias y propuestas que le hemos hecho. Incluso me consta que para traer las dos máquinas de Alemania ha tenido que librar una verdadera batalla.

—Pero él lo ha hecho con su cuenta y razón. Sin duda le urge empezar a producir para empezar a cobrar.

—Es probable, pero la fábrica funciona gracias a su enorme voluntad...

Unos días después Alicia se desmayaba viendo sacar una hornada de ladrillos. Inmediatamente la llevaron a la oficina, donde fue atendida por Eduardo, quien la acompañó a su domicilio. Para todos, incluso para ella misma, el desmayo se había producido a consecuencia del polvo y el calor. Sin embargo, Eduardo no estaba tan seguro de que fuera ésta la causa. Comentando el accidente con Talavera, se mostró un tanto reticente, dejando traslucir sus sospechas de que estuviera embarazada.

—¿Le has dicho algo a ella? —se encandilaron los ojos de Talavera.

—He tratado de insinuárselo, pero no se ha dado por enterada.

—A lo mejor tiene algún lío —se echó a reír Talavera viendo la perplejidad en la cara del médico.

—Si lo tiene me llevaría un gran chasco, porque a juzgar por sus convicciones parece absolutamente contraria a ese tipo de irregularidades.

—Tú estás en babia. Solamente en ese país las mujeres no son de carne y hueso... —se levantó Talavera nervioso y empezó a pasear por su despacho—. Me parece absurdo juzgar a una mujer por el hecho de que esté embarazada, y mucho menos que lo hagas tú...

—Yo no la juzgo. Simplemente me ha sorprendido. La tenía en otro concepto. No sé, hay cosas inexplicables... Precisamente no hace muchos días discutimos con respecto a una chica que trabaja en la fábrica. La chica está embarazada de un zángano achulado que también trabaja allí. Parece que él no solamente no le hace caso, sino que granujea con toda la que se le presenta a mano. Alicia se enteró del caso por la Loba y quiso hacer el papel de rodrigona. Yo le aconsejé que respetase la libertad de sus operarios, y ella me respondió: «Cuando se trata de los hijos no hay libertad que valga. Solamente el matrimonio puede reparar la falta de los padres».

—¿Pero arregló el lío?

—Aparentemente por lo menos el zángano se avino a casarse... Por cierto, yo le hice observar la precaria solución de unir a dos personas que no se aman lo suficiente para tolerarse, a lo que ella me respondió: «Conoce usted muy poco a las mujeres cuando habla así. Me parece que no hay ninguna que sea indiferente al padre de sus hijos... y supongo que a los hombres debe ocurrirles lo mismo, aunque lo que ustedes ponen es bien poquito».

Talavera se quedó pensativo y tras encender un cigarrillo cambió de tema bruscamente. Pero cuando se despidió de Eduardo le aconsejó que no dijera a Alicia nada de su embarazo.

En su casa ya, recordó las insinuaciones de Eduardo sobre los mareos producidos por el estado de gestación. El lo dijo sin darle mayor importancia,

generalizando sobre los síntomas de las diferentes clases de mareos. Pero en su interior creció la sospecha, la sintió como una garra en sus entrañas. Es más, aquella noche soñó que vomitaba un cuajaron de sangre con formas humanas. Algo parecido le había ocurrido hacía un mes escaso cuando fue por primera vez al médico y se hizo reconocer sin comunicarle expresamente sus sospechas. Recordó que aquella noche había soñado que el vientre la explotaba y la cama se llenaba de infusorios, renacuajos y larvas horribles y vivaces... Su médico de cabecera se echó a reír cuando le contó su pesadilla y los vómitos y cólicos que se repetían frecuentemente. Como en otras ocasiones atribuyó sus irregularidades funcionales a los nervios. «Sin esos nervios tan receptivos gozaría usted de una salud perfecta», le dijo, bromeando luego sobre la conveniencia de probar fortuna en el matrimonio. Lo cierto es que hasta que se produjo el inesperado desmayo fue tirando sin ningún motivo especial de alarma con sus pastillas tranquilizantes, los polvos alcalinos con belladona y las grajeas para normalizar las irregularidades de la regla.

Desconfiando de su médico de cabecera tanto por amigo como por sus inocuos consejos morales, aquel día fue a visitar a un ginecólogo desconocido y éste confirmó que se hallaba embarazada. Como el médico la viese palidecer y cubrirse de gotitas de sudor, le dijo:

—Un niño siempre es una bendición de Dios.

—¿Una bendición de Dios..? —repitió con acentuado sarcasmo—. Por lo que veo no ha tenido usted muchos.

—Señora, por favor... —el médico pareció regocijado—. Naturalmente, yo no he tenido ninguno, pero mi mujer ha tenido tres y estamos encantados. Es lo que yo le digo: hay que reponer las bajas de la guerra.

—Para organizar otra, ¿no?

—No hay que ser tan pesimistas... Lo importante es tener niños, muchos miles que crezcan y se hagan hombres. Lo demás, Dios dirá.

Alicia ya no le escuchaba. Sin prestar la menor atención a su patriótico discurso, pagó la consulta a la enfermera y salió de la clínica.

Obsesivamente hurgó en sus recuerdos pensando en el proceso de gestación de Gabrielín y los choques y enfrentamientos que había tenido con Alfonso tras convencerse que el hijo no era suyo. «No volverá a repetirse, no quiero que se repita», se dijo voluntariosamente. En su espíritu empezó a germinar la destrucción como único remedio. «Nadie más volverá a llamarme zorra...».

Entre las obreras de la fábrica era un tema muy frecuente el aborto. Más de una vez las había sorprendido hablando de cómo los provocaban. Aunque siempre había escuchado las conversaciones que se referían a este tema con curiosidad, pero con cierto disgusto, desde que supo su estado se mostró exageradamente ávida, provocando las conversaciones y confidencias. La más experta era una mujer escuchimizada y renegrada a la que llamaban la Coneja, porque según su propia expresión «tenía seis gazapos y otros tantos que el perejil había cambiado en angelitos».

Por ciertas palabras que cazó al vuelo y la tensión nerviosa de Alicia, Eduardo dedujo lo que se traía entre manos y aprovechando un momento propicio, le dijo con cierta timidez:

—¿Cuántos años cree usted que tiene la Coneja?

—¿Por qué me lo pregunta? —se puso en guardia Alicia.

—Por curiosidad simplemente.

—No es sólo curiosidad. Algo más le ronda en la cabeza... ¿Ha oído la conversación de hace un rato?

—Involuntariamente... Tiene una voz chillona que transmite en todas las ondas.

—Los hombres no deben escuchar las conversaciones de las mujeres —le amenazó en broma.

—Realmente sólo me interesa su aspecto clínico. Por eso le he preguntado si sabía la edad que tiene... Me parece que no llega a los cuarenta y representa más de sesenta.

—Es una mujer muy sufrida.

—Mejor sería decir muy destruida... En el organismo humano todas las partes se corresponden. Por eso no se puede destruir nada sin que afecte a la totalidad.

—Y, sin embargo, hay ciertos casos en que no hay más remedio que destruir algo para salvar el todo —dijo Alicia pensativa.

—Pero ese principio carece de validez cuando se aplica a los hijos. La paternidad, como todo lo que concierne al ser humano, debe ser consciente y responsable.

—¿A usted le parece bien tener seis hijos muertos de hambre?

—Que no los hubiera concebido.

—Eso se dice muy fácilmente, pero no crea usted que todas las mujeres tienen hijos por su gusto.

—Me lo figuro. Corrientemente los hijos forman la segunda parte de lo que llamamos amor, y hay muchas personas que únicamente manifiestan aptitudes para la primera... la más fácil, la que no obliga ni responsabiliza, porque la pasión lo hace todo. Sin embargo, la segunda es más rica desde el punto de vista biológico y social, e incluso desde el metafísico, porque lo que empieza en la especie y se hace historia forma parte de eso que llamamos infinito o eternidad.

—Su teoría es interesante, pero no me convence... —mover la cabeza—. Hace poco recuerdo que usted me dijo que de no haber tenido dos hijos a estas fechas no estaría aquí ni hubiera pasado por todas las humillaciones que ha tenido que pasar.

—Eso le demuestra que he aceptado mi responsabilidad con todas las consecuencias.

—Sí, sí, pero no me convence... —se levantó y se acercó a la ventana—. Además, todos los hombres no son como usted. Ya ve, muchos republicanos se han marchado tan frescos sin preocuparse de sus mujeres y de sus hijos...

Eduardo comprendió que no tenía ningún deseo de que la convenciera y se entregó a su trabajo. Pero cuando por la noche vio a Talavera, le dijo:

—Me parece que vamos a tener aborto...

Mientras le contaba su conversación con Alicia, Talavera le escuchó con el mentón agarrado en una actitud de violencia y cuando terminó le dijo que al día siguiente no fuera por la fábrica. Eduardo le contempló alarmado.

—¿No irás a decirle lo que te he contado?

—Descuida. Alicia y yo tenemos nuestras cuentas particulares... Se trata de otra cosa. Ya te enterarás... —le despidió sin más comentario.

La oficina de la fábrica ocupaba una edificación independiente desde la que se dominaba el conjunto de las instalaciones y muy especialmente el movimiento de entradas y salidas de personas y vehículos. El pequeño edificio de ladrillo estaba aislado por una baranda pintada de verde y un pequeño jardín de plantas y arbustos polvorientos a pesar de los cuidados que Alicia le prestaba. Desde allí le vio apearse del coche con el ceño fruncido y un gesto resuelto en sus huesudas mandíbulas. El aire solano ceñía sus pantalones de seda cruda y alborotaba su pelo. Antes de entrar en la oficina le vio echarse los tufos para atrás y repasar los botones de la bragueta. Incluso le pareció que hablaba solo o masticaba algo.

—Buenos días —se quedó plantado delante de ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué desea usted? —habló sin mirarle.

—Vengo a echar un parrafito. ¿Permite que me siente...? —cogió la primera silla que vio a mano sin aguardar respuesta—. ¿Sabe que ha puesto esto con mucho gusto? Muy bonitos... sus paisajes bucólicos, su san Francisco mendicante y esa virgen consolando a los pecadores... —encendió un cigarro y habló mientras expelía el humo—. Precisamente vengo a hacerle una proposición que tal vez le resulte extravagante, pero yo soy así, cuando me da el arrechucho no lo pienso. Vengo a proponerla que nos casemos... —por primera vez se encontraron sus pupilas—. Considerando que para usted soy un

ser despreciable, un canalla, como me ha dicho algunas veces, le advierto que mi propuesta de matrimonio le confiere el derecho a seguir despreciándome.

Ella parpadeó, tragó saliva y afirmó los codos sobre la mesa. Las puntas de sus dedos entrecruzados temblaban.

—Sin duda es una propuesta extravagante, ¿pero se puede saber por qué me la hace?

—Digamos que lo considero un deber.

—No sabía que fuera usted tan escrupuloso.

—Mis escrúpulos como todo lo mío no pasa de ser egoísmo. Pero lo fundamental es que tenemos algunas cosas en común y quiero conservarlas.

—Por lo menos es usted sincero.

—Sólo cuando me conviene. Normalmente prefiero pagar en la moneda que me pagan y no creo que tenga motivos de arrepentimiento. Pero cuando se trata de mí mismo cualquier falsedad me resulta repugnante.

—Una faceta más en quien tiene tantas... —paladeó Alicia la ironía—. Sin embargo, tampoco me convence. Su forma de vivir y de interpretar la vida son opuestas a las mías.

—La única diferencia real en nuestras formas de vivir y de interpretar la vida es que usted fue educada para representar una comedia y yo me he metido en la comedia sin que nadie me llame. Pero esto no tiene ninguna importancia. La comedia burguesa está muy vista y tanto usted como yo tendremos que adaptarnos a nuevas formas si queremos subsistir.

—Usted ya se encuentra en su ambiente.

—Mejor es que no divaguemos... —se le endureció el mentón y frunció el entrecejo—. ¿Cuándo quiere usted que nos casemos?

—Sin ningún género de dudas se ha vuelto loco... —se levantó crispada—. ¿Por qué razón tengo que casarme con usted? ¿Porque me ha ayudado en la



fábrica...? Descuide, que le pagaré céntimo a céntimo hasta la última peseta y sus consiguientes réditos.

—Deje usted la fábrica y los negocios aparte. Se tiene que casar conmigo porque no puede casarse con nadie más... Gabrielín me pertenece y me pertenece lo que lleva usted dentro, y me pertenecen porque lo hemos querido los dos, a pesar de lo que usted pueda decir. Sí, sí, no ponga esa cara, lo sabe de sobra por más que trate de engañarse para seguir representando la comedia... No niego que la primera vez me porté mal. Estaba medio deshecho y llevaba dos días sin comer apenas, sosteniéndome a fuerza de coñac y aguardiente. Cuando la vi a usted... Bueno, lo único que pensé en aquel momento es que todo estaba acabado y que bien podía... Me porté como un animal, lo reconozco. La obligué a que se sacrificara por el cretino de su marido. Valiente imbécil. Quería apoderarse de Madrid y entregó a los suyos sin que le tocasen un pelo. En cuanto a usted, su conducta fue muy noble, muy digna desde su punto de vista. ¿Pero por qué no se marchó inmediatamente...? No dirá que nadie se lo impidió. Yo mismo le dije por dónde podía pasarse a las líneas nacionalistas sin correr ningún riesgo... Hable y no me mire embobada. ¿Por qué no lo hizo?

—Demasiado sabe que estaba enferma de miedo, tenía un miedo atroz, nunca he sentido tanto miedo como aquella noche...

—Ja, ja, ja... —se le dilató el tórax hasta parecer que la camisa le iba a estallar—. No sea hipócrita. Se quedó porque estaba muy a gusto conmigo. Mire su marca... —se volvió el labio inferior—. No irá a decir también que le pedí yo que me mordiese. ¿Y qué me dice de esta caricia que me hizo la última vez...? —se bajó la camisa y le mostró el hombro—. Para que lo sepa todo, el día que vinimos aquí me había propuesto no rozarla siquiera. Para que no me fallase la voluntad, antes de ir a buscarla, estuve dos horas con otra mujer... hasta hartarme y salir derrengado...

—Márchese, haga el favor de marcharse que no quiero ni verle —gritó furiosa, señalándole la puerta con la mano.

—Déjese de dramas calderonianos y vamos al asunto... ¿Cuándo nos casamos?

—Con usted nunca. Prefiero cien veces la muerte.

—Para un cuadro no está mal, pero a mí no me dicen nada los gestos... —se levantó parsimonioso y hasta hizo un intento de desperezarse—. Piense bien lo que le he dicho, porque no estoy dispuesto a consentir que entre los rapaces y yo se interponga un padre postizo. Le doy de plazo hasta el domingo y le vuelvo a recordar que nuestro matrimonio será lo que usted quiera... Si quiere seguir representando su comedia de víctima virtuosa, yo haré lo que me dé la gana.

Dio un portazo que hizo crujir la puerta y en vez de buscar la salida, saltó por el barandal de madera. Ella gruñó, pronunció palabras incoherentes y volvió a sentarse con la cabeza entre las manos... El magnetismo de Talavera se prolongó por mucho rato. Las palabras volvieron a ser rumiadas, los gestos fueron rehechos, cribando con lucidez cada una de las expresiones hasta quedarse con lo que le convenía: la idea del matrimonio.

Aquella misma noche, mientras cenaban, Alicia comunicó a su madre la proposición de Talavera y su intención de aceptarla.

—¿Has pensado bien lo que vas a hacer? —la contempló doña Genoveva alarmada.

—Si lo pienso no lo hago, mamá.

—¿Pero sientes algún afecto por ese hombre?

—Ninguno.

—¿Y te vas a casar así...?

—Con Alfonso me casé muy enamorada y al final su sola presencia se me hacía intolerable... He pensado que Talavera quiere mucho a Gabrielín y a ti también te tiene mucha estima.

—No es suficiente, no es suficiente... —mover la cabeza doña Genoveva—. Bien sabes que yo le aprecio por los favores que nos ha hecho. Sinceramente, me parece una buena persona y es muy apuesto, pero no es suficiente...

—No hay más que hablar, mamá. Me casaré con él de todas las maneras. A falta de otra cosa, seré rica.

—Me das un disgusto hablando así. Nunca lo hubiera creído en ti...

Más perspicaz y despreocupada de los convencionalismos, doña Ana en vez de plantear el tema en el terreno moral, inquirió detalles de la vida de Talavera. Alicia le contó todo lo malo que sabía de él, relatando sus fechorías en un lenguaje crudo y despiadado. Su tía había llegado a inspirarle tal confianza que no tuvo inconveniente en confesarla lo que no había dicho a nadie.

—Si no puedes perdonarle todo el mal que te ha hecho, mejor es que no te cases con él —le dijo la anciana seriamente preocupada.

—Ya le he dado mi palabra por teléfono esta mañana.

—La palabra se retira.

—No pienso hacerlo.

—Mi opinión es que debes pensarlo mejor y no dar un paso en firme hasta no hallarte segura de lo que haces.

—No tengo tiempo. Esta noche me ha invitado a cenar para concertar los detalles. Si le digo la verdad me da miedo encontrarme a solas con él, pero es necesario que vaya. Quiero demostrarle que no le temo.

—Y la fábrica, ¿qué vas a hacer una vez que te cases?

—La fábrica la seguiré llevando yo. Me gusta el trabajo.

—Pero si él es tan rico como dices no te lo va a consentir.

—Tendrá que consentírmelo o no me casaré.

Doña Ana de Sandoval vio muchas incógnitas dramáticas en el futuro de su sobrina, pero no quiso desanimarla. Conocía lo suficiente la vida para saber que nadie escarmienta en cabeza ajena ni la experiencia propia puede transferirse a los demás.

A las nueve en punto Talavera paraba el coche en la puerta de la casa. Poco después aparecía Alicia.

—¿He tardado mucho?

—Menos de lo que yo esperaba y además estás muy guapa.

—Puedes ahorrarte la galantería... No quiero desmerecer. Me parece que todavía puedo presumir de algo.

—Yo diría de mucho.

—Vaya... —hizo ella un mohín de disgusto—. ¿Adónde vamos?

—¿Tienes tu algún plan?

—Ninguno. Estoy a tu disposición.

—Entonces vamos a tomar un aperitivo por ahí y luego vamos a «Marraquex», ¿te parece? —su mirada se detuvo en las rodillas y Alicia se estiró el vestido.

—Como quieras... con tal que te portes como debes portarte.

—Espero que tú me contengas cuando me exceda, pero sin ponerte furiosa, porque a mí la furia me estimula.

—¿Te parece bien que te trate como a un buen amigo?

—De momento lo prefiero a que me trates como a un enemigo... —puso el coche en marcha—. Algo es algo, aunque ese algo no sea lo más deseable.

—¿Recuerdas lo que me has prometido?

—Sí, sí, claro que lo recuerdo... qué remedio —hablaba regocijadamente—. Uno debe ser fiel a su palabra, pero yo me he preguntado muchas veces cuál es la última palabra... La primera es la acción. Uno no debe quedarse parado si no quiere que le arrollen o lo tiren a la cuenta; la segunda es la pasión. ¿Cómo puede una persona vivir sin pasiones?

—Conteniéndose.

—¿Y tú sabes contenerte?

—Supongo que no me has invitado para tomarme el pelo, ¿verdad?

—No, no, de ninguna manera... aunque te has hecho un peinado precioso...

Hablando en broma y bromeando en serio, Talavera detuvo el coche ante un famoso establecimiento de la Gran Vía, bautizada recientemente con el nombre de José Antonio, donde entraron a tomar unos cócteles. Allí se encontraron con el coronel Mijares y Hortensia. Alicia quiso retroceder al verlos, pero Talavera la llevó del brazo hasta la barra. El Coronel les saludó con un leve movimiento de cabeza y luego se volvió de espaldas.

—¿Quién era la chica que estaba con don Jacinto? —le preguntó Alicia cuando volvieron al coche.

—Su secretaria.

—Sí, ya lo sé, pero no me refiero a eso. Con el nombre de «secretarias» los hombres tapáis muchas cosas.

—Hortensia es una muchacha encantadora y lista como ella sola.

—El caso es que parece muy ingenua para lo que se dice de ella.

—Es una de las chicas más honradas que conozco, a pesar de lo que se diga de ella. Por otra parte, tiene mucho que agradecer al Coronel. Si no hubiera sido por él, su padre y su hermano ya estarían criando malvas.

El coche se detuvo y un gigante marroquí vestido de rojo y oro les abrió la portezuela y dobló el espinazo. Cogida del brazo por Talavera entró en el suntuoso local de estilo moruno. El «mâître» les condujo con protocolo principesco al sitio que tenían reservado. Muchas de las personas que ocupaban las mesas convecinas eran conocidas de Alicia. Lo que ella ignoraba es que formaban parte del coro de su futuro marido, aunque en el transcurso de la cena lo dedujo más o menos por las gentilezas que tuvieron para con ella.

La cena resultó muy amena. Incluso Talavera se le presentó en un aspecto mundano y galante que le desconocía. Bailaba bien, comía y bebía con finura, tenía para las mujeres un repertorio de galanterías regocijantes y sostenía las conversaciones más variadas con ingenio y desenvoltura. Luego, de vuelta a

casa, recordó que no había puntualizado ningún detalle ni establecido las condiciones del matrimonio.

Por aquellos días Alicia y Talavera hablaron y discutieron de muchas cosas, menos de amor. Tácitamente los dos se habían propuesto no hacer alusiones al pasado ni abrir resquicios a la intimidad... Talavera quería celebrar el matrimonio con toda pompa. Aferrado a minúsculos detalles de vanidad y ostentación se había propuesto que los casara el arzobispo en la misma catedral.

—Comprenderás que no estoy en condiciones de lucirme mucho —le dijo Alicia, que era partidaria de casarse sin ninguna ceremonia.

—No te preocupes. La gente en esas ocasiones se fija más en los adornos que en el resto del cuerpo.

En la elección de padrinos tampoco estuvieron de acuerdo. Alicia quería que fueran Octavio y Claudia, que también lo habían sido de su primer matrimonio.

—¿Quieres prolongar el mal fario?

—Yo no creo en brujerías. Me gustaría que fueran ellos porque se han portado bien conmigo y a ti te aprecian. Además, son de las pocas personas que ven con agrado nuestro matrimonio.

—Pero Octavio se encuentra en mala situación política. Su radicalismo falangista y su germanofilia no están bien vistos.

—¿Y a nosotros qué nos importa la política?

—La política hoy lo es todo, querida. En otro tiempo uno podía desentenderse de ella y mandarla a paseo. Pero hoy no. Nos absorbe totalmente. Es como un pulpo del que no podemos desprendemos...

Alicia tuvo que rendirse a los argumentos de Talavera y aceptar el padrinazgo de un banquero emparentado con uno de los hombres más influyentes del momento.

En general se impuso el criterio de Talavera. Compró en Carabanchel una gran finca de recreo semidestruida y la reconstruyó a su gusto. El mobiliario y la

decoración interior se la dejó a la iniciativa de Alicia con carta blanca para gastar. Pero cuando ella le dijo que había encargado dos dormitorios iguales, pero separados, arrugó el entrecejo.

—¿No te daría igual un dormitorio con dos camas?

—Puesto que vamos a vivir independientes, sería una molestia para los dos, ¿no te parece?

—¿Tanto me odias?

—No es eso... Ya ves que podemos ser buenos amigos, aunque muy pocas veces estemos de acuerdo y tú siempre te salgas con la tuya de una manera o de otra. Pero yo creo que no podemos ser buenos esposos.

—¿Por qué te empeñas en aumentar las distancias?

—Yo no me empeño, eres tú... Sé que no puedo reprocharte nada, que no tengo derecho a inmiscuirme en tus asuntos, pero algunas veces... El otro día sin ir más lejos... conste que no tengo ninguna queja, que conmigo te portaste muy bien, pero cuando dijiste que ibas al servicio en realidad fuiste a ver a esa Lina Alba. Y si vieras los comentarios que hicieron tus amigos...

—Fue ella la que me siguió. Yo no terna ningún interés. Me parece que te diste cuenta.

—Sí, reconozco que no tenías ningún interés, pero comprenderás que das mucho que hablar... Lo mismo que el día que viniste a pedir mi mano. ¿Por qué tenías tanto interés en los apartes con Mari blanca...? Sí, sí, no me digas nada. Sé que ella no te quita la vista de encima, que con sus cositas de pazguata, de monja boba, se las trae. Pero, hijo, te reías como un descosido con ella. Hasta mamá se dio cuenta que estabas un poco achispado...

—Bien. Haz lo que quieras... —se levantó cabizbajo y ceñudo—. Sólo te pido que no hagas que me arrepienta y lo mande todo al carajo... Ah, se me olvidaba... —sacó un paquete del bolsillo y lo arrojó al sofá.

Cuando Alicia abrió el estuche se quedó pasmada al ver el hermoso collar de perlas rosadas que contenía.

La boda fue todo un espectáculo, casi un desafío a la miseria reinante. Talavera lucía el uniforme de alférez de milicias y llevaba tantas condecoraciones que no faltó quien dijese que la mayoría se las había concedido él mismo. Después del banquete nupcial, que se celebró en uno de los principales hoteles, la pareja emprendió el viaje a Roma en compañía de doña Genoveva, la cual había hecho el voto de ir a San Pedro a orar por la felicidad de su hija e impetrar la bendición del Santo Padre. Pero la casualidad, elemento de gran importancia en la vida de Talavera, modificó los piadosos planes. Ocurrió que en París se encontró con Lina Alba en el Cuartel General de las Fuerzas de Ocupación Alemanas. La «vedette» regresaba de una gira por los campamentos de los divisionarios españoles en el frente del Este. Según le dijo, entre los militares germanos tenía mucho partido y pensaba quedarse una temporada en París actuando en un cabaret. «Hasta es posible que me case con el coronel Flick», le dijo. «Si vieras, está chaladito por mí...». El coronel Flick era muy amigo de Talavera. Le había conocido en España durante la «batalla del wolframio», en la que habían colaborado juntos para desplazar a los ingleses del mercado, y luego le había tratado mucho en Berlín.

—¿Está aquí Flick?

—Ya te digo que le llevo pegado a los talones como a un perrito. No me deja ni a sol ni a sombra.

—El caso es que me gustaría verlo... —se quedó Talavera pensativo.

—Si quieres esta noche podemos cenar juntos. Estoy segura que él también se alegrará, porque me habla mucho de ti.

—Sabes que me he casado, ¿no?

—¿Por fin te ha cazado la viuda...? No me digas que no has hecho un bodorrio. A mí, plin... La verdad es que no me interesa un tipo como tú, pero no me vas a decir que tu viuda con niño vale más que yo.

—Tú vales para lo que vales... Ella es otra cosa.

—Yo valgo para todo. Lo mismo puedo ser una gran señora... mucho más que esa viuda, que parece que se lo deben y no se lo pagan.



—Vamos a dejarlo, ¿quieres...? Me interesa hablar con Flick.

—Me interesa, me interesa, siempre lo que te interesa a ti... —la estallaron las lágrimas.

Talavera se acercó y la besó en la nuca.

—Lo peor es que tengo aquí a mi mujer y a mi suegra, y mañana salimos para Roma a ver al Papa.

Lina cambió las lágrimas por una estrepitosa carcajada.

—Mira que eres ridículo... ir a ver al Papa con lo descreído que eres.

—A las mujeres os sientan bien los viajes a Roma. Allí os dan buenos consejos para que seáis resignadas y fieles, pero a los hombres nos sienta mejor París o Madrid.

Lo del coronel Flick resultó una treta de Lina, como Talavera había sospechado. Efectivamente, se hallaba en París en una misión especial y al enterarse de la presencia de Talavera le faltó tiempo para ir a verle y hasta accedió a cenar con ellos. Pero a las doce en punto se despidió para iniciar su trabajo de caza nocturno.

Talavera pasó el resto de la noche con Lina y a la mañana siguiente llamó a Alicia para decirle que le era imposible acompañarlas a consecuencia de cierto negocio que tenía entre manos.

—Como no tenemos ninguna prisa, nosotras también podemos aguardar —dijo ella.

—No merece la pena. Podéis seguir el viaje por tren y yo me reuniré con vosotras en Roma.

—Haz lo que quieras... —colgó Alicia el auricular.

Talavera se quedó con el aparato en la mano y un frunce en el entrecejo.

—Es una mala jugada... —murmuró, observando el caprichoso entretenimiento de Lina, que le estaba pintando cierta parte del cuerpo con la barra de carmín.

—¿Verdad que está bonito?

—Tú sabrás... Me da pena Alicia. Si no fuera tan orgullosa...

—Chico, ¿es que vas a llorar...? Pobrecito. Déjame que te seque las lágrimas... Si no fuera por lo que es te mandaba a la porra en menos que canta un gallo... Anda una detrás de ti como una perra salida, me das la zurra padre y luego te pones a llorar por la otra...

—A ver si quien se va a poner a llorar vas a ser tú.

—Pues sí... No creas, que cada vez que pienso en la jugarreta que me has hecho casándote, me dan ganas de llorar y hasta de sacarte los ojos. Y todavía si te hubieras casado con una mujer que valiera más que yo y sin estrenar...

—Vamos a dejar a mi mujer en paz, ¿quieres?

—No me da la gana...

Talavera fue a tirarse de la cama, pero Lina se le echó encima y lo envolvió en sus arrullos y lamentos.

### III

#### OCTAVIO PACHECO DE GUZMÁN

Doña María Mafalda de Guzmán y Castrofuerte, duquesa de Castillares, viuda del marqués de Pacheco y «grande de España por los cuatro costados», como ella solía decir en sus momentos de jocundia humorística, entró como un viento huracanado en la redacción de la revista «Europa».

—¿Está el director? —se echó los impertinentes a la cara para ojear a la primera persona que se encontró al paso, una muchacha que llevaba un paquete de pruebas tipográficas.

—Don Octavio está ocupado en este momento. Si tiene la bondad de decirme su nombre le pasaré recado.

—Soy su madre.

—Perdón, señora... —la muchacha soltó precipitadamente el paquete de pruebas y la contempló pasmada—. Se lo voy a decir enseguida, porque está con un alemán muy pesado.

—Entonces no se moleste. ¿Es ese su despacho?

—Sí...

Doña Mafalda abrió la puerta corredera y se metió sin más.

—Mamá... ¿Cómo se te ha ocurrido venir por aquí? —Octavio la contemplaba perplejo—. Mira, te presento al Dr. Straisser, agregado cultural de la embajada alemana, escritor y amigo personal... ¿Conocías tú a mi madre?

—¿Quién no conoce a la duquesa de Castillares? —sonrió lisonjero el publicista alemán.

La Duquesa le observó de reojo. Mientras le daba a besar la mano, hizo una mueca displicente y tomó asiento. Luego abrió su bolso de mano y sacó el último número de la revista «Europa».

—¿Me quieres decir quién ha escrito este artículo? —puso delante de su hijo la revista abierta.

—Con permiso de ustedes, yo me retiro... —se levantó el Dr. Straisser, olfateando la elevada tensión de la duquesa de Castillares—. Beso sus pies, señora... Ya volveré otro día —estrechó la mano de Octavio.

La página que doña Mafalda había puesto delante de los ojos de su hijo decía: «La restauración no es posible». Y como subtítulo añadía: «Historia de una dinastía decadente, extranjera y emponzoñada de liberalismo».

—¿Lo has escrito tu?

—Es un artículo crítico, mamá... —arrugó Octavio la nariz como si fuera a estornudar—. Demasiado sabes que somos muchos los que no estamos de acuerdo con las tentativas de restauración.

—¿Y eso os da derecho a infamar la sagrada memoria de nuestros reyes?

—El artículo no es infamante ni mucho menos. A mí me parece un análisis bastante correcto y hasta respetuoso con las personas, aunque naturalmente poniendo en tela de juicio la validez de las instituciones.

—El artículo es pura basura. No tiene desperdicios: bilis de Costa, exabruptos de Unamuno, venenosas sutilezas de Ortega y Gasset...

—Lo quieras o no, mamá, son nombres que cuentan en nuestra cultura. No podemos desecharlos sin más ni más.

—Para mí están bien desechados, y lo que me extraña es que todavía no hayan sido enterrados y guardaditos con las siete llaves que Costa quería poner al sepulcro del Cid.

—Contigo no se puede hablar, mamá.

—De tonterías claro que no se puede hablar. No faltaba más... Admito que hagas el payaso defendiendo a ese pintorzuelo odioso y estúpido (señaló el retrato de Hitler que colgaba de la pared); paso porque digas que el Buche (levantó los ojos hacia el retrato de Mussolini) es un genio; tolero tus extravagancias racistas y todas esas filosofías teutónicas que ponen en solfa lo humano y lo divino. Pero lo que no estoy dispuesta a consentir es que empañes el brillo de la Corona con toda esa bazofia intelectual.

—Me estás ofendiendo, mamá...

—No te estires porque me da lo mismo. Ese panfleto es indigno de ti... Cualquiera otro que lo hubiera escrito podría pasar, pero en ti no cabe ni es decente.

—No sé por qué no puedo decir yo lo que me parezca.

—Porque eres un Pacheco de Guzmán y toda la grandeza de nuestra casa va unida a la gloria de la Monarquía.

—Eso es lo malo, mamá, que mientras tú sólo piensas en la grandeza de nuestra casa y en la gloria de la Monarquía que nos colmó de honores y privilegios, yo pienso en la grandeza de España y en los millones de españoles que claman por la justicia social.

—¿Y para eso necesitas ir a buscar ideas a Italia y Alemania?

—Italia y Alemania son hoy la fuerza dinámica de Occidente, marcan el tiempo de las revoluciones nacionales y con su jerarquía vertical han devuelto a Europa su capacidad providencialista y cesárea.

—Déjate de simplezas. Italia y Alemania van a lo suyo, como cada cual... Siempre serás el eterno soñador. La filosofía te ha derretido los sesos y te ha enfriado la sangre. Hablando tanto de imperio y de grandeza no hacéis más que confesar vuestra impotencia. Los fuertes no pregonan sus apetitos, los satisfacen... Cuando tus antepasados querían hacer imperio, desenvainaban la espada, levantaban la cruz y en nombre del rey y para mayor gloria de Dios sojuzgaban tierras y domeñaban mares. Pero vosotros, ¿qué hacéis...? Gritar

como las mujeres y los eunucos, o algo peor: escupir tinta como los calamares...

Doña Mafalda siguió perorando con vehemencia sin que su hijo la contradijese. Mujer de pocas ideas, pero remachadas con clavos, era tan tenaz en la defensa de los valores tradicionales que antes se colmaba su ira que se diera por vencida. Mientras hablaba de la restauración, que ella consideraba no sólo inmediata, sino indispensable para distanciar la política española de las «aberraciones» del Eje, su hijo le dijo:

—¿No sabes que el Dr. Goebbels ha dicho que el Eje es un tren en marcha del que nadie puede apearse sin ser arrollado?

—¿Y a nosotros que nos importa lo que pueda decir ese doctorcillo enano?

—Ese doctorcillo enano es un hombre de gran talento.

—Si tuvieras un adarme de sentido común no dirías tantas majaderías.

—Pues tu tampoco eres muy discreta que digamos... —buscó en

el cajón de su mesa y sacó una hoja impresa a multcopista—. ¿Es verdad lo que dice este boletín confidencial?

Doña Mafalda se puso las gafas y leyó el papel que su hijo le dio: «En un aristocrático centro de Madrid el Conde de X dijo hace unos días que con media docena de hombres con las pelotas de «Doña María Ciclonés», ya estarían los Borbones en el Palacio de Oriente. Al enterarse del comentario nuestra encopetada y arriscada dama, lo sazonó de esta manera: «Lo que esa media docena de caballeros necesitan son ovarios, porque las pelotas en este país no sirven nada más que para jugar al fútbol...». Ja, ja, ja... tiene gracia.

—No me digas que es verdad que tú has dicho semejante grosería... —su hijo la contemplaba ligeramente arrebolado.

—Ya no me acuerdo exactamente de lo que dije, pero recuerdo que hice un comentario en ese sentido... —se levantó doña Mafalda—. Tengo una reunión a las doce... ¿Vas a rectificar?

—No puedo, mamá —se levantó también Octavio.

—No me digas que no puedes decir Digo donde decías Diego, porque eso lo hace todo el mundo.

—Lo pensaré, mamá... déjame que lo piense... —la acompañó hasta la puerta de la escalera.

—Te exijo una rectificación si no quieres que te ponga las peras a cuarto. Y ya me conoces para saber que cumplo lo que digo...

La duquesa de Castellares, conocida también por el seudónimo de «María del Amor Hermoso» que usaba en las campañas evangelizadoras y catequistas, o el de «Doña María Ciclones», como la llamaban en las altas esferas políticas, no sólo militaba en el partido de la restauración, sino que era el adalid más resuelto de la política neutralista. Cuando la pleamar totalitaria y la germanofilia parecían invadirlo todo, ella hizo del viejo palacio de Castellares una fortaleza contra el Eje, abrió sus salones a las reuniones mundanas y alimentó el espíritu de resistencia contra los partidarios de la guerra. «La España monárquica impedirá que los vándalos del norte nos arrastren en su política destructora», gritó a los cuatro vientos con osado desparpajo.

Cuando se lo dijeron a Octavio, éste se encogió de hombros desdeñoso.

—Afortunadamente la España monárquica solamente es mamá y sus feudales —replicó.

El desplante de la Duquesa mereció más escarnios y burlas que comprensión. Pero no tardando mucho las actividades de doña Mafalda empezaron a preocupar a los diplomáticos de las potencias del Eje.

—¿No habría alguna manera de neutralizar a su madre? —le dijo a Octavio un personaje alemán muy allegado a Hitler que se hallaba de paso por Madrid.

—Imposible. Cuando mamá declara la guerra a alguien no cesa hasta salirse con la suya. Ya ve lo que hizo con la República... Prefirió que la despojasen de todas las propiedades antes que hacer la menor concesión formal.

—En ese caso podíamos intentar que hiciera la guerra a nuestro lado —sonrió el diplomático—. El Führer se honraría recibéndola en el castillo de Berschtegaden con los máximos honores.

—No creo que mamá aceptase ni yo me atrevería a proponérselo. Su entrevista con el Führer sería una catástrofe. A poco que se irritase le llamaría advenedizo y usurpador.

—Hay que reconocer que es una mujer de mucho carácter... —se quedó pensativo el personaje—. Me gustaría tratarla.

La sugerencia era tan clara que Octavio no pudo por menos que comprometerse a abrirle la puerta del palacio de Castillares. Sin embargo, cuando se lo dijo a su madre, doña Mafalda objetó:

—Ese señor puede venir a verme cuando quiera, pero dile que en esta casa la «furesca» soy yo y no admito más política que la mía.

—¿Cómo le voy a decir eso, mamá? Comprenderás que es poco diplomático.

—Por eso mismito quiero que se lo digas, para que no crea que conmigo valen las argucias.

—Sería una indelicadeza por tu parte ponerle condiciones. Además, creo que piensa invitarte en nombre del Führer al castillo de Berschtegaden.

—¿Y crees que me voy a molestar en ir a ver los bigotes de payaso de ese pintamonas?

—La mayor parte de los españoles nos sentiríamos honrados con una invitación de esa clase, mamá.

—Se sentirían honrados los tontos como tú. ¿Pero qué necesidad tengo yo de ir a ver a ese tiorro enemigo de Dios y de los hombres?

—Podías ir aunque sólo fuera por ver al genio político de Europa y a uno de los hombres más grandes de todos los tiempos.

—Di al mayor farsante... Y hasta creo que tiene una querida el muy sinvergonzón. Ya ves qué manera de dar ejemplo.

—Contigo es imposible, mamá. Te aferras a las ideas caducas con una pasión absurda.



—¿Qué has dicho...? —Se levantó doña Mafalda con impetuosidad juvenil—. Repítelo y te abofeteo...

Octavio se alejó cautamente. Conocía de sobra a su madre para saber que era capaz de hacerlo y quedarse tan fresca. El anecdotario de sus ímpetus era tan rico como el de su ingenio. Entre las muchas cosas que se contaban de ella, se decía que haciendo una visita de catequesis a una prisión uno de los penados a muerte se negó a besar el crucifijo de oro que llevaba en estas ocasiones. La humilde sierva de Cristo que quería ser «María del Amor Hermoso» olvidó por un momento la mansedumbre cristiana y se lió a crucifijos con el rebelde ateo. Gracias a los funcionarios y personas que la acompañaban no hizo más que abrirle la cabeza. Pero vuelta a sus cabales, la entró tal arrepentimiento que no paró hasta conseguir del Caudillo el indulto de su víctima.

La negativa de Octavio a modificar la orientación de la revista y rectificar el artículo antidinástico iba a repercutir de diferentes maneras en su vida pública y privada. Por lo pronto doña Mafalda cerró el «limosnero», último recurso de Octavio para equilibrar el importante déficit que le producía la editorial.

—Ya han empezado las represalias económicas —dijo Octavio a su mujer—. Fui a verla esta mañana y me mandó decir por medio de su capellán que si quería dinero se lo pidiera al Führer.

—¿Ni siquiera te ha recibido? —le alisó Claudia el pelo.

—Nada... El Padre Urquiza me ha dicho que está muy enfadada conmigo.

—No te preocupes, querido... Tú madre no nos comprende. Vive fuera de la realidad. Entre su generación y la nuestra hay un mundo muerto que será enterrado definitivamente con el triunfo de la revolución nacionalsocialista.

—Lo peor es que no podemos seguir tirando la revista.

—¿Cómo que no? Hablaremos con el embajador de Alemania y le pediremos una subvención.

—Ya sabes que no soy partidario de las subvenciones... —parpadeó Octavio, costumbre habitual en él cuando tenía que contrariar a su esposa—. Si lo hiciera me parecería algo mercenario. Compréndelo, querida... La revista es

nuestra aportación a la revolución española y por mucha afinidad que exista entre las dos ideologías, no podemos mezclarlas. Una subvención alemana suscitaría recelos y me haría aparecer entre los españoles como un epígono.

Para Pacheco de Guzmán la revista era, más que una pasión intelectual, el instrumento de su vocación reformadora. Octavio creía que la revolución española, tantas veces iniciada por el liberalismo y siempre frustrada en sus grandes metas de acompasar el ritmo español al europeo, solamente podía ser promovida y llevada a feliz término por la generación falangista inspirada por José Antonio. Pero a Claudia le interesaban más los problemas políticos de Alemania y la propaganda de guerra.

—Podíamos hablar con Talavera —sugirió su mujer.

—Esa solución me parece mejor. Si nos facilitara un crédito... No creo que mamá tarde mucho en levantarme el «bloqueo económico».

—Si quieres, hablo con él...

Así quedó convenido y pocas horas después Claudia le comunicaba que Talavera le había prometido por teléfono contribuir con el dinero que fuera necesario para el sostenimiento de la revista.

—¿Contribuir...? —parpadeó Octavio.

—Qué mojigato eres, hijo. ¿Por qué no puede contribuir? ¿Crees que si Hitler hubiera sido tan escrupuloso como tu habría triunfado en Alemania?

—Es distinto. Talavera es un hombre de negocios que nada tiene que ver con la revista.

—Pero Alemania le está dando a ganar muchos millones.

—De todas las maneras yo prefiero que nos conceda un préstamo.

—Descuida, que lo haremos como tú quieras. Lo importante es que la revista no deje de salir... Tu madre se sentiría demasiado satisfecha si creyera que no tenemos más remedio que depender de ella.

—Se le pasará pronto, no te preocupes. Ya verás cómo es ella la que viene a ofrecerme dinero...

En el fondo Octavio tenía razón. Conocía lo suficiente a su madre para saber que su absorbente pasión no la dejaría tranquila hasta haberse reconciliado con él. Pero en esta ocasión doña Mafalda, en vez de buscar el camino directo, hizo venir de Sevilla a Carlos, su primogénito, para tratar con él de la rebeldía de Octavio. Aunque éste vivía un tanto despegado de la tutela matriarcal y la duquesa decía de él que era un personaje chabacano de folklore, en política se mantenía fiel a la línea más conservadora de la familia.

—Yo creo, mamá, que lo mejor es dejarle con sus cabezonadas. Ya sabes lo testarudo que se pone con sus ideas —dijo Carlos tras escuchar a su madre.

—No quiero. De ninguna manera... —se encolerizó doña Mafalda—. Me afrenta con su conducta. Anteayer sin ir más lejos estaba tomando el té en la embajada inglesa y se presentó tu hermano al frente de una manifestación de descamisados y señoritos de baja estofa dando mueras a Inglaterra y pidiendo el Peñón de Gibraltar.

—¿Qué de particular tiene eso? ¿No es la política de España?

—No, no es la política de España. Todos los españoles queremos Gibraltar porque es nuestro. Es una vergüenza que lo tengan los ingleses, ya lo sé. Pero esas manifestaciones están inspiradas por los que hacen el caldo gordo a los alemanes y quieren llevamos a la guerra.

—Entiendo poco de esos líos. Ya sabes que mi política es vivir.

—De tu política y de lo tuyo ya hablaremos con más detenimiento, no vayas a creer que no estoy enterada que María Cristina se ha retirado a su cortijo de Jerez por tus liviandades... Pero ahora me interesa más tu hermano. Quiero que hables con él y con Claudia y les digas que no estoy dispuesta a consentir por más tiempo sus locuras. Si ella es alemana antes que española que se vaya en buena hora y nos deje en paz, pero no consentiré que mi hijo se convierta en un lacayo de los «boches».

—Me parece, mamá, que Octavio ya es mayorcito para saber lo que se hace y de tonto no tiene nada.

—De tonto, no. Pero de ingenuo y ensimismado tiene más de lo que yo me imaginaba. Y así como tú tienes por mujer una santa a la que no haces el menor caso, Claudia es una retorcida que me lo tiene hechizado... Sí, sí, es ella la que lo trae y lo lleva. Estoy segura, segurísima...

Aquel mismo día Carlos se presentó en el palacete de su hermano vestido «con todas las luces de a bordo», como él solía decir cuando se ponía el uniforme de marino con todas sus condecoraciones. Claudia y Octavio le recibieron bromeando al verle tan entonado.

—Vosotros reiros y tomarme el pelo, pero os advierto que tengo la corbeta en el puerto del Manzanares con todos los cañones enfilados hacia aquí.

—¿Vienes en son de guerra? —se echó a reír Claudia.

—Vengo como parlamentario a exigir os la rendición incondicional.

—¿Te envía mamá?

—Bueno, mamá me ha hecho confidente de sus furiosas cuitas... —se acarició la fina línea del bigotillo rubio—. Ese artículo que has publicado contra la restauración va a traer cola. En el Círculo de Sevilla faltó poco para que pidieran tu cabeza. Pero todavía fue peor entre las damas de San Fernando. Según me dijo María Cristina, te acusaron de criptocomunista, masón y otras zarandajas. Fijaros cómo sería que mi mujer ha encargado misas cantadas por vuestra salvación.

—María Cristina es un encanto. Se pasa la vida encargando misas por tu salvación o por la nuestra —dijo Claudia.

—Y la Falange, ¿qué dice? —inquirió Octavio.

—Los falangistas son los causantes de todo el bochinche, porque han reproducido el artículo y se lo han mandado a quienes podía hacerles pupa.

—Me parece muy bien —asintió Octavio.

—Yo no me fiaría de la Falange. Es un gatuperio, un revoltijo con mucha bazofia roja. Como dice mamá, es un buen coro para respaldar al poder, pero nada más.

—El cuerpo de policía que temía José Antonio, ¿no? —la ironía chispeó en las pupilas de Claudia.

—Poco a poco nos vamos quedando en los «puros tópicos elementales» que él profetizó: orden, pacificación de espíritus... y que los ricos sigan siendo cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Pero yo no me resigno. Para mí sigue siendo válida su consigna: «España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo».

—La revolución la perdisteis en Salamanca —le hizo observar su hermano—. ¿Ya no te acuerdas de aquella noche...? Algunos de tus amigos todavía están pagando la tentativa de independencia.

—Las circunstancias han cambiado mucho desde entonces —dijo Claudia.

—Pero no en beneficio vuestro. Entonces también contabais con la colaboración de Alemania. Von Faupel, su embajador, os alentaba a la conquista del poder. ¿Pero qué hubiera sido de vosotros si mamá y yo no llegamos a tiempo...?

Claudia y Octavio se miraron y por la mente de los dos cruzó el recuerdo de aquella noche de mediados de mayo en que Carlos y doña Mafalda se presentaron en el hotel donde se hospedaban dispuestos a llevárselos a Sevilla «fuera como fuera». La escena no pudo ser más lamentable... Doña Mafalda les acusó de intrigantes y enredadores que estaban poniendo en peligro la marcha de la guerra. Octavio discutió con su madre casi violentamente. «Estoy dispuesto a todo, incluso a la muerte, por salvar el espíritu revolucionario de la Falange». «¿Qué revolución ni que ocho cuartos? ¿Quién os ha dicho que los españoles queremos la revolución...? Si la quisiéramos estaríamos en el otro bando, con los rojazos que han colectivizado nuestras fincas. Pero os equivocáis. Lo único que aquí queremos es orden, mano dura para los demagogos y rebeldes, que cada cual esté en el sitio que le corresponde y la gracia de Dios para todos...». Mientras Octavio y su madre polemizaban,

Claudia atendió una llamada telefónica muy breve. Octavio la vio palidecer y restregarse las manos. «¿Son ellos...?. Parece que acaban de detener a Hedilla y Von Faupel nos ruega que vayamos inmediatamente a la embajada». Pero no fue Octavio quien decidió, sino su madre: «Vosotros os venías a Sevilla ahora mismo. Nadie os molestará porque tengo un salvoconducto para salir de Salamanca...».

—Lo que hicimos aquella noche fue una cobardía —sostuvo Claudia con entereza la mirada de su cuñado.

—Tú dices eso porque estabas protegida por el embajador alemán.

—Te equivocas. Entonces me sentía tan española que lo hubiera arriesgado todo por la revolución nationalsindicalista. Si no lo hice fue por tu madre y por tu hermano. Y así nos encontramos ahora con la revolución traicionada en provecho de las plutocracias capitalistas aliadas de Inglaterra.

—Mejor es que no hablemos de eso... —dijo Octavio nervioso, tratando de evitar la discusión entre su mujer y su hermano—. Dile a mamá que siento contrariarla, pero que no estoy dispuesto a ceder. Me parece que tengo tanto derecho a que respete mis ideas como yo respeto las suyas.

—Se lo diré, descuida... —dio un chupito a la copa de Moriles y encendió otro habano—. Sin embargo, ya conoces a mamá... Si se lo digo tal y como tú me lo has dicho le vas a dar un disgusto.

—Bueno, díselo como a ti te parezca.

—De ninguna manera. Debe decírselo con toda claridad —afirmó Claudia con vehemencia—. Tú madre debe saber de una vez para siempre que ni somos anglófilos ni queremos ser cómplices de sus perfidias.

—Es una pena... —se llevó Carlos a su hermano cogido del brazo—. Todas las mujeres son iguales y las que tienen ideas son peores que las que sólo tienen ojos y carne.

—Claudia tiene razón. No podemos transigir con mamá sin traicionarnos.

—A mí, la verdad, Claudia me parece tan absurda con su revolucionarismo y su III Reich como María Cristina con su beatería y sus escrúpulos pecaminosos.

—Es diferente.

—La única diferencia es que tú te dejas dominar por Claudia y yo maldito el caso que hago de María Cristina...

El informe de Carlos puso a doña Mafalda sobre ascuas. Desconfiada como era, inmediatamente se lanzó a hacer averiguaciones para conocer el poder financiero que alimentaba la independencia de su hijo y la soberbia de su nuera. A poco que escarbó se encontró con el nombre de Rómulo Talavera, un nombre que no le decía nada por sí mismo. Sin embargo, los informes recogidos fueron tan contradictorios que estimularon su curiosidad.

—Me gustaría conocer a ese hombre —le dijo a su secretario, el Padre Urquiza.

—No creo que sea difícil. Parece que es muy sociable y tiene muchas ganas de auparse.

—Invítele con cualquier pretexto a venir aquí... Dígale que necesitamos su colaboración para el Patronato de los Suburbios.

—Es una buena idea. Hace tiempo que yo había pensado en ello, pero no me atreví a proponérselo por sus antecedentes turbios y sus relaciones con los alemanes.

—La caridad está por encima de las ideas...

Pero al día siguiente el Padre Urquiza le comunicó que había desistido de cursar la invitación, porque el señor Talavera se hallaba en vísperas de contraer nupcias.

—¿Con quién se casa?

—Si se lo digo no lo va a creer... —el sacerdote quedó indeciso—. Se casa con Alicia de Sandoval.

—¿Mi nuera? —Doña Mafalda soltó la pluma y le miró por encima de los lentes—. ¿Tantas pretensiones tiene ese hombre?

—Hay quien invierte la pregunta, señora.

—Por muy poco que valga Alicia, y bien sabe Dios que no vale nada, siempre valdrá más que un advenedizo tan poco recomendable como ese usurero. Pero lo que más me sorprende es tenerme que enterar así... de sopetón.

—Al parecer todo se ha hecho muy rápido y con mucho sigilo. Yo mismo no lo he sabido hasta anoche.

—Mira si es astuta. Los caza al vuelo. Lo mismo hizo con mi pobre Alfonsito que Dios tenga en su santa gloria.

—Pues el señor Talavera parece que no es ningún ingenuo. Ya conoce usted algunas de sus historias y correrías amorosas...

—Sí, sí, ahora lo comprendo. Tal para cual... Primero engatusó a mi hijo porque era un buen partido, y ahora... Bien sabe lo que se hace.

—Los informes que yo tengo son que Alicia se hallaba en la mayor necesidad. Últimamente había mejorado algo porque su tía le había cedido una fábrica de ladrillos arruinada que tenía en Carabanchel.

—El famoso tejar de Ana de Sagriñá... —se echó a reír la Duquesa con gran regocijo—. Pero si hasta salió en coplas. ¿No ve? Es lo que yo digo, el mal ejemplo hace cosecha.

—Pues según tengo entendido su nuera ha demostrado un gran espíritu de empresaria.

—Extravagancias y nada más que extravagancias... —le cortó doña Mafalda—. Lo que ella debió hacer fue profesar en un convento, como yo le dije al Padre Medina cuando me vino con la embajada de que estaba tan mal y tan dolorida y angustiada. Y, en último extremo, si no quería encerrarse en un convento y dejar al niño bajo mi custodia, con lo suyo bien administrado podían haber vivido muy dignamente sin darse pistos de tejera o casarse con el primer pelafustán con dinero que le sale al paso.



El Padre Urquiza trató de hacerla comprender la verdadera situación de su nuera, pero la duquesa no le dejó hablar. Para ella Alicia era la sombra negra de su pobre Alfonso. Ensoberbecida y ciega, nunca había intentado descifrar la conducta de su hijo. En la zona nacionalista le dieron una versión tendenciosa de los hechos y con ella se fabricó una teoría, según la cual todas las debilidades del hijo pasaron a la nuera y Alfonsito quedó santificado con la aureola del martirio. Tan poseída estaba de las virtudes heroicas de su vástago que en cierta ocasión dejó al coronel Mijares con la palabra

en la boca por permitirse poner en duda la integridad moral de su hijo.

La duquesa de Castillares recibió a Talavera en el salón biblioteca, bajo la égida de un gran retrato de Alfonso XIII, muebles ricamente tallados en el más puro estilo español, cuadros de Goya, de Velázquez, de Zurbarán, De Plantoja... Lo primero que observó el visitante fue el gran parecido de la mujer que se sentaba en el sillón frailuno de nogal tallado y cordobán con la dama del cuadro de Pan toja que tenía enfrente. Como la pintada, doña Mafalda vestía de negro con una especie de gola de encaje en el cuello que exageraba su altiva rigidez.

Mientras hablaron de los suburbios todo fue bien, aunque Talavera pensara para sus adentros que no era aquel el lugar más indicado para hablar de chabolas y miseria. Bastó una simple alusión de doña Mafalda para que suscribiera una importante cantidad a beneficio del Patronato. En cuanto a su colaboración personal, se mostró más renuente, excusándose en la falta de tiempo para ir a las barriadas obreras y moralizar con el ejemplo y predicar la palabra divina y las buenas costumbres. Pero lo que le puso en guardia fueron las veladas alusiones que hizo a sus relaciones financieras con Octavio, que calificó de usurarias.

—Por lo que veo tiene usted un deplorable concepto de mí... —se formó en los labios de Talavera una sonrisa áspera y mordaz.

—¿No es usted un hombre de negocios?

—Con su hijo soy amigo.

—¿Quiere decir que le presta el dinero sin intereses?

—La duda me ofende, señora.

—Caray, sí que es usted quisquilloso... De todas las formas es lo mismo. Si le presta dinero y no lo hace por interés será porque simpatiza con sus ideas y entonces es peor... ¿Acaso es germanófilo?

—Un poco.

—¿Y partidario de que entremos en la guerra a favor del Eje?

El tono airado de la Duquesa advirtió a Talavera que estaban llegando al punto crucial. Antes de responder se acarició el mentón y tragó saliva.

—Bueno, en eso no estoy muy de acuerdo con Octavio. Su hijo mantiene el criterio idealista de «todo o nada» y yo digo que un poco vale más que la promesa de mucho. Prefiero pájaro en mano a ciento volando... Nuestra participación en la guerra sería catastrófica. Hay mucho descontento soterrado; la economía no puede estar peor, con una media de producción ínfima. El hambre y la miseria saltan a la vista: colas en las tiendas, colas en los comedores de Auxilio Social, colas en las puertas de los cuarteles. En algunas comarcas no se puede vivir si no es pagando tributo al bandidaje. Y como consecuencia de todo esto, las cárceles, los campos de concentración, los batallones de prisioneros o de desafectos construyendo fortificaciones apresuradamente...

—¿No cree usted que exagera, que carga demasiado las tintas? —le interrumpió doña Mafalda.

—Quizá. Pero con tintas de más o de menos, si por desgracia nos viéramos arrastrados por el Eje, el rojismo brotaría con un espíritu de revancha arrollador. Y más si, como es de suponer, los aliados les facilitan armas como están haciendo en otros países.

—En eso estamos de acuerdo —asintió la Duquesa con un gesto de cabeza—. Lo que me extraña es que mi hijo no vea con la misma claridad que vemos nosotros.

—Los idealistas siempre tienden a deformar la realidad en favor de sus teorías. Por otra parte, su hijo piensa que la victoria del Eje remediará todos nuestros males.

—¿Y usted?

Talavera hizo un gesto compungido y se echó a reír.

—Yo creo que nuestros males no tienen remedio.

—Mira que avisado. Por eso usted procura enriquecerse y los que vengan detrás que arreen, ¿no?

—Su hijo dice que esta es la hora de los buitres.

—Y, naturalmente, usted quiere su parte en el banquete del burro muerto.

—Picoteo como los demás...

La conversación continuó en un tono de gran familiaridad. Doña Mafalda era así: o se remontaba y abrumaba con su soberbia o descendía a la mayor llaneza y entonces era sencilla y charlatana como cualquier mujer del pueblo. Con sus marrullerías y confianzas trató de ganarse la voluntad de Talavera para forzar a su hijo y obligarle a claudicar.

—No puedo... —dijo Talavera exagerando la amabilidad—. Además de que me parece una mala acción, su hijo es demasiado influyente para enfrentarme con él.

—¿Influyente en qué...? —doña Mafalda le hostigaba con la mirada.

—Goza de mucho prestigio en importantes círculos y hay mucha gente que tiene confianza en sus ideas.

—Como no sean los atrapamoscas que sueñan en paraísos terrenales.

—También en las altas esferas interesan sus opiniones. Incluso no faltan los que le consideran el hombre de la situación, de tal manera que si Alemania siguiera presionando Octavio podría convertirse en uno de los hombres de confianza.

—Eso es lo que yo trato de evitar precisamente. Los Pacheco de Guzmán sólo pueden servir a España y a su rey. Los meses próximos van a ser críticos. Alemania nos va a poner la pistola en el pecho y no debe encontrar ni un solo español dispuesto a sacrificar nuestra neutralidad a las vagas promesas del comedor de zanahorias que quiere mangonearlo todo.

—Yo creo que encontrará muchos.

—Españoles que se precien de serlo, ninguno. La Iglesia y el Ejército opondrán un dique inabordable a los germanófilos.

Talavera sondeó a la Duquesa hasta el máximo, llevándole la contraria en muchas cosas con astucia, aunque en el fondo estaba de acuerdo con ella. Los partidarios de la colaboración total con el Eje se encontraban entre dos fuegos: la inercia de la gran masa del pueblo, favorable a la causa de los aliados, y la activa oposición del conglomerado monárquico con su inmenso poder financiero y su complejo dominio de los resortes estatales.

—Yo no veo más que una solución honorable para lo que usted desea, y es alejar a su hijo de España.

—Eso es lo que yo quisiera, pero ¿cómo lo alejamos...? Que yo sepa hasta ahora le han ofrecido dos cargos diplomáticos en Iberoamérica y los dos los ha rechazado.

Talavera se pellizcó el mentón y su frente se pobló de arrugas.

—Quizá algo en Roma... —dijo tras unos segundos de vacilación—. La crisis del fascismo le preocupa intensamente. Anteayer precisamente hablamos de ello y está muy interesado en la intriga que se desarrolla entre el Vaticano y la Casa Real por una parte, y el Duce por otra. Recuerdo que me dijo: «Mussolini ha tenido demasiados miramientos con el Papa y con el Rey. Insidiosamente le están minando el terreno. Como no encierre al Papa, como hizo Carlos V, y haga una segunda marcha sobre la Casa Real, le harán saltar...».

Aquello era mucho más de lo que la duquesa de Castillares necesitaba oír para ponerse en actividad inmediata.

Como Talavera había previsto, Octavio accedió sin ninguna dificultad a dar una serie de conferencias en centros culturales y universitarios italianos. Claudia, en principio se mostró contraria, luego cambió de opinión por consejo del Dr. Straisser y fue la más interesada en apresurar el viaje.

A su paso por Francia y durante los días que permaneció en París, Octavio percibió algo en el «Nuevo Orden» asumido por los colaboracionistas franceses y las fuerzas de ocupación que le hizo sentirse molesto. Sin embargo, lo achacó a las ideologías disolventes que se empeñaban en rechazar la salvación que les ofrecía el totalitarismo. En este aspecto coincidía con los jefes de ocupación nazis, que consideraban a Francia un país en plena decadencia. «Lo malo de esta situación —anotó en su agenda— es que los soldados alemanes se han hecho absolutamente impopulares entre los franceses, incluso entre aquellos que les abrieron las puertas y los acogieron como salvadores».

En Roma fue recibido y lisonjeado como amigo. La prensa le dedicó entusiastas comentarios y sus declaraciones y discursos fueron difundidos por los organismos de propaganda. Sus manifestaciones a la prensa y sus intervenciones públicas transpiraban confianza y optimismo, pero en su fuero interno le crecían las dudas. No estaba seguro de nada... «Roma es un vertedero de chismes y bulos —escribió en su cuaderno de notas—. El Eje se está desgastando precipitadamente. Las graves derrotas sufridas en el imperio colonial han minado la base del fascismo. Mussolini se debate impotente en las corrientes derrotistas que alimentan sus más encumbrados partidarios. El mismo Ciano parece amargado por sus escrúpulos católicos... Pobre Italia si el enemigo llegase a sus puertas. ¿Tendrá razón Marx cuando dice que la historia se repite dos veces, la primera como tragedia y la segunda como parodia?».

En Roma le llovieron tantas invitaciones que le produjeron cierta alarma. Octavio era consciente de que su obra no era tan universal como para despertar curiosidad en los centros culturales más prestigiosos de Europa. Personalmente se consideraba más un poeta que un político o un ensayista, aunque estos dos aspectos, para él secundarios y accidentales, habían suplantado lo fundamental de tal manera que como poeta apenas si era conocido en su propio país.

Tras respirar el corrosivo ambiente derrotista italiano, no se hallaba dispuesto a continuar el viaje por otros países. Sin la presión que ejerció su mujer y el interés que puso en convencerle un cardenal amigo de su madre, no hubiera llegado a la Universidad de Viena, donde empezó a sentir acuciantes dudas sobre los «valores occidentales» tan manoseados por la propaganda nazi. El fantasma de los Austrias, mantenedores del equilibrio centroeuropeo, le salió al paso con preguntas desazonantes que no se atrevió a formular en voz alta por temor a ofender a su mujer. Pero en su cuaderno de notas escribió: «Tengo la impresión de que Austria se halla sometida a un tratamiento ortopédico demasiado doloroso para poder soportarlo. La Iglesia se lamenta, los intelectuales sufren y critican, el pueblo llora la humillación impuesta».

En Polonia la impresión fue más cruel. Un diplomático español le descubrió la trama del «orden nazi» con su secuela de prisioneros políticos, raciales y religiosos. Por primera vez, en su conciencia turbada se infiltró el nombre de Auschwitz como una recreación del infierno. Testigos presenciales le hablaron del ghetto de Varsovia y de los sádicos caprichos del gobernador Frank, un músico exquisito admirado por su mujer... «¿No será peor el remedio que la enfermedad? —anotó en su agenda—. Esto es peor que un vomitivo o una purga, es la destrucción del más genuino de los valores occidentales: la libertad de conciencia».

Ocurrió, además, un hecho que le revolvió la sangre. Hallándose en una residencia jesuita, donde había dado una conferencia sobre Iñigo de Loyola, se presentó un Padre con un niño que era un amasijo de huesos raquíuticos cubiertos por una piel anémica. Se trataba de un niño judío que había agredido a un jerarca de las S.S. cuando éste maltrataba a su madre. El niño le había saltado un ojo con una caña. Lo insólito de aquella criatura había irritado de tal manera a las autoridades de ocupación que toda la Gestapo se había lanzado a su captura... Y antes de que Octavio saliera de Polonia tuvo noticias de que la Residencia jesuita había sido asaltada por proteger a los «criminales polacos» y a los «cochinos semitas». Naturalmente, el niño judío desapareció.

En Alemania fueron homenajeados en gran escala como invitados especiales del ministro de propaganda, con el que Claudia tenía un lejano parentesco. Banquetes, ceremonias políticas, entrevistas con personajes endiosados,

recepciones y cacerías en suntuosos castillos... La biografía de Octavio Pacheco de Guzmán apareció en casi todos los periódicos con su genealogía de caudillos guerreros, de santos y de políticos. Un periódico sacó a relucir que un antepasado suyo había tratado de forzar la voluntad de Carlos V para que disolviera la Dieta de Worms, prendiese a Martín Lutero y le sometiera al juicio de la inquisición española. Claudia se enfadó, considerando aquella alusión impertinente. Pero al día siguiente el mismo periódico publicaba una apología de Fray Alonso de Pacheco que en la Granada recién conquistada y más tarde en el Reino de Valencia había encandilado las hogueras contra los judíos y los moriscos, para terminar ahorcado por multitudes furiosas en la revuelta de los agermanados. Octavio sospechó que aquel artículo estaba inspirado por Claudia y aunque le molestó ver a su lejano antepasado disfrazado de nazi, no le dijo nada.

Alicia les había encomendado averiguar la situación de su hermano, ya que hacía algunos meses que no temían noticias suyas. Octavio se puso en contacto con la jefatura de los divisionarios españoles y de allí le comunicaron que Juan Antonio de Sandoval había causado baja definitiva en la unidad. Pero en Berlín un oficial conocido que regresaba a España, le dejó entrever que Juan Antonio había desaparecido en las redes de las S.S. o de la Gestapo como sospechoso de connivencia con los guerrilleros comunistas.

—No es posible —protestó Octavio—. Sin duda debe tratarse de un error.

—A mí no me extrañaría, porque Juan Antonio tenía más de rojo que de otra cosa.

—No lo creo, pero de todas las formas tenemos que informamos... ¿Por qué no tratas de averiguarlo en el Ministerio del Interior?

Efectivamente, dos o tres días después les informaron que Juan Antonio figuraba como desaparecido en el servicio exterior de las S.S.

—Pobre Alicia. Cuando se lo digamos se va a llevar un disgusto —comentó Octavio.

—No creo que sea para tanto, sabiendo que se ha portado bien y que ha cumplido con su deber. Después de todo, siempre es mejor tener en la familia un héroe que un sinvergüenza.

—Me temo que su madre y su hermana no participen de tu criterio. Además, eso de que es un héroe... ¿Quién te ha dicho que es un héroe?

—No me lo ha dicho nadie. En la unidad a la que perteneció Juan Antonio no dan ninguna clase de informes, porque es un trabajo muy secreto. Pero me han asegurado que tenía una buena hoja de servicios.

—Entonces mejor será no hablar de ello a Alicia.

—Es lo mismo que yo he pensado. Con decirle que no hemos podido averiguar nada salimos del paso...

Claudia tenía gran interés en visitar al Dr. Rosenberg, por el cual sentía una ardiente admiración. Abrigada la esperanza de que una conversación de su marido con el demiurgo del racismo ario, cerraría la brecha que se había abierto en el espíritu de Octavio. Pero cuando se lo dijo a éste, sin negarse abiertamente, opuso ciertos reparos.

—Preferiría no verlo... Ya sabes que le admiro intelectualmente. «El mito del siglo XX» y «Derecho por el poder» me causaron una gran impresión. Pero ahora no sé... lo que han hecho en los territorios ocupados del Este no me convence.

—No sé qué otra cosa podían hacer con la degenerada raza eslava y los fanáticos comunistas.

—Quizá lo contrario de lo que han hecho: ganárselos en vez de destruirlos.

—Para mí Rosenberg está haciendo lo único que se puede hacer para redimir el espacio oriental de la peste eslava.

—Mejor es que no discutamos de este asunto, porque no nos vamos a poner de acuerdo... Rosenberg es un impostor que ha convertido la antropología en antropolatría...



De aquella conversación salieron los dos tan tullidos que estuvieron varios días sin hablarse. Es más, cuando recibieron la invitación para asistir a la comida de la cancillería, la primera intención de Octavio fue hacer las maletas y volverse a España, pero vio en Claudia tanta dicha, tanta alegría, que no se atrevió a negarle lo que ella consideraba la mayor satisfacción de su vida: estar cerca del Führer y oír su voz.

«La comida ha resultado mejor de lo que yo esperaba —escribió Octavio en su libro de notas—. Todos los que rodean al Führer se hallaban muy preocupados con su frágil salud y su humor quebradizo. Temen muchas cosas... temen que se les muera sin haberlos llevado a la victoria y temen que los entierre a todos en su ceguera de victoria total. El Dr. Goebbels dijo a Claudia que el Führer estaba muy irritado con los mariscales del imperio por no haber aniquilado a la Unión Soviética. Parece que siente envidia de Stalin por haberse librado a tiempo de sus testarudos generales. Los militares, por el contrario, consideran que el predominio político en la marcha de la guerra puede ser funesto.

Como siempre, Hitler habló abstrusamente de todo sin dejar intervenir a nadie. Sin embargo, debo confesar que conmigo se mostró especialmente amable y cordial. Al referirse a Marruecos, me dijo que había llegado el momento de arrojar a los franceses del espacio vital español. También se mostró muy interesado por Portugal, al que calificó de «purulento apéndice inglés» que debían sajar las bayonetas españolas. En cuanto a Gibraltar, no sólo lo consideró una vergüenza para España, sino una necesidad estratégica de Italia y una garantía para el Eje... Pero lo que más parece preocuparle son los que llamó «falsos aliados», sin especificar. En diferentes ocasiones se refirió a ellos con la vista extraviada y los bigotes erizados: «los aplastaré», «los aplastaré», repetía obsesivo.

La impresión de Claudia es mucho más optimista que la mía. Encontró al Führer mejor que nunca, pleno de vitalidad y genialmente inspirado. Cuando yo le dije lo que opinaban los militares y las preocupaciones de Eva Braun en relación con los trastornos nerviosos y los sufrimientos digestivos de Hitler, se escapó por la tangente acusando a Eva Braun de cursilona y maniática y a los militares de traidores.

¿Se equivocó mi maestro Spengler al profetizar la decadencia de Occidente? Todo hace suponer que su teoría del Imperium mundi regido por Alemania carece de sentido. El «realismo escéptico» derivado de la tecnología no podrá nunca suplantar los valores universales del humanismo cristiano. Gracias a Dios, la cultura alemana que sirvió de módulo a Spengler para establecer su teoría fría y aséptica de la dominación del mundo, apenas si tiene algunos puntos tangenciales con el ardiente misticismo español. Ganivet tenía razón: «importan más las obras de arte que el ferrocarril». El nacionalsindicalismo para subsistir tiene que asentarse en los «sillares de la tradición». Estoy de acuerdo contigo, admirado Ganivet: «habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres, y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores...».

A su regreso a España, Octavio no hizo ninguna declaración ni comentario con respecto al viaje de dos meses por la «fortaleza europea». Sus partidarios y amigos se sintieron defraudados. Los más allegados a su círculo atribuyeron su hermetismo a secretos designios inspirados por el Führer, ya que sabían por Claudia que Hitler había tenido especiales atenciones para ellos. En la tertulia de la duquesa de Castillares la opinión era diferente. Allí se decía que Octavio no había regresado de Alemania, sino que estaba de vuelta.

Hablando doña Mafalda con Talavera, le dijo:

—Este hijo mío es una calamidad. ¿Quiere usted creer que lo único que pude sacarle el día que vino a verme es que España sigue siendo la reserva espiritual de Europa?

—La experiencia parece que no ha sido muy agradable. Yo diría que se encuentra en crisis.

—¿Pero qué crisis?

—Crisis total... de ideas y sentimientos.

—¿Es que no se lleva bien con Claudia?

—Por lo visto durante el viaje han surgido ciertas discrepancias. No me haga usted caso, pero creo que su hijo no comparte el fanatismo antisemita de su mujer.

—¿Quién, que no sea un demente, puede compartir semejante barbaridad?

—Octavio opina que el nazismo está corroyendo los valores esenciales de la civilización occidental y destruyendo el espíritu cristiano.

—¿Y usted qué opina?

—Yo no opino nada, señora... Yo soy un proveedor del Gran Reich alemán y sólo entiendo de mercancías.

—Menudo galápago está usted hecho... —se echó a reír la Duquesa—. Le advierto que los ingleses están confeccionando la lista negra de los proveedores de Alemania.

—Lo siento porque tengo muchas simpatías por los ingleses, pero confío que Mr. Churchill comprenda que yo también tengo derecho a fumarme un purito...

La Duquesa y Talavera se entendían muy bien, pero en sus relaciones había mucho de conveniencia y egoísmo. Doña Mafalda veía en Talavera un elemento valioso para sus intrigas y un consejero inteligente y flexible en las especulaciones financieras. Para Talavera la Duquesa era un poder ilimitado que se extendía por todas las ramificaciones del Estado y podía detener las investigaciones, como había hecho recientemente en un asunto feo que pudo crearle una situación incómoda. En sus conversaciones raramente hablaban de Alicia. La Duquesa parecía ignorarla y Talavera, como buen diplomático, no se la recordaba. Pero aquel día, después de cambiar impresiones sobre la marcha de la guerra, discutir de política, tratar de algunos negocios que tenían entre manos y hurgar en los conflictos de Octavio con su mujer, cuando ya se despedía, doña Mafalda le dijo:

—No crea, pero usted tampoco da la impresión de ser muy feliz.

—¿Por qué? —la miró Talavera indeciso, tratando de adivinar el rumbo de su mente.

—Porque nunca le veo con su esposa. El otro día, sin ir más lejos, fue usted solo a la fiesta benéfica.

—Mi esposa es una mujer de negocios que no tiene mucho tiempo para las diversiones.

—Sí, eso he oído decir... que se ha convertido en tejera.

—Es verdad, se ha encariñado tanto con la cerámica de su tía que no hay manera de sacarla de allí.

—Me parece que no es un entretenimiento adecuado para una mujer de su clase.

—El caso es que Alicia no lo tiene como entretenimiento. Se le han metido en la cabeza yo no sé qué teorías sobre el trabajo y la independencia, y no hay manera de convencerla de que el trabajo más importante para la mujer es ponerse guapa para agradar al marido.

—Mire usted qué cosas... Quién iba a decir que una chica tan ligera de cascos, que sólo pensaba en trapos y coqueterías, se iba a volver tan prosaica e interesada... De todas las formas no debiera usted consentírselo. Yo he pensado que podía colaborar en las comisiones de damas visitadoras del Patronato.

—Se lo diré, aunque dudo que acepte... por las molestias del embarazo.

—Bah, yo también he sido madre. Dígame de mi parte que las damas del Patronato nos sentiríamos muy honradas con su colaboración, y que Dios y los pobres le agradecerían que en vez de perder el tiempo lo dedicara a la caridad.

—Se lo diré, descuide...

No tenía la menor intención de cumplir su promesa. Pero cuando llegó a casa encontró a Alicia tan humorística y jovial a cuenta de un buen negocio que había hecho aquella tarde, que no resistió la tentación... «¿Quién le ha dicho a esa mujer que pierdo el tiempo? Ella sí que lo pierde con sus politiquerías caritativas». «Quizá considera, como considero yo, que no tienes ninguna necesidad de convertir la fábrica en una esclavitud», dijo él. «Lo que opinéis tu

y esa intrigantona me trae sin cuidado. Ya dice el refrán que Dios los cría y ellos se juntan... Lo que sí quiero decirte es que a mí me dejéis en paz. Y te digo más, no te fíes porque es mucho más larga de lo que imaginas. ¿Sabes lo que le dijo el otro día a una amiga de tía Ana? Que yo me había casado en estado interesante. La muy... fíjate to que va a pensar cuando se entere que he dado a luz antes de tiempo». «Le diremos que es sietemesino», se echó a reír él... «Contigo no se pude. Todo lo tomas a chacota...», rechazó los escarceos eróticos de su marido.

Llegó a la redacción con ganas de trabajar y se encerró en su despacho con premura, dispuesto a estrujar su cerebro para dar forma a la idea que le rondaba. Una vez sentado pensó que había pasado por delante de don Ricardo sin saludarle y que a la secretaria y al chico de los recados los había despedido con sequedad huraña... Tenía prisa, quería demostrar a Claudia que su fervor seguía vivo, que no era frustración lo que sentía, sino más bien ciertos escrúpulos... No puedo. Tengo un alma de monja, como dice mamá. La guerra y la política tienen sus leyes propias... la astucia, la brutalidad, el crimen solapado o el genocidio. La victoria es lo único que importa, el fin justifica los medios... Deleznable, sencillamente repugnante... Puso la cuartilla inmaculada sobre la carpeta de tafilete corinto y sacó del bolsillo la estilográfica de oro... «Si el hombre no fuera portador de valores eternos...», escribió en letra menuda y apretada. Una gota de tinta se quedó trémula en la s y un ligero movimiento en el papel la extendió formando un manchón. Irritado cogió la cuartilla con cierta repugnancia y la hizo una pelota que tiró a la papelera. Luego puso otra cuartilla sobre la carpeta y ladeó la cabeza con un gesto murmurante y abstraído. El humo del cigarro que tenía en la mano izquierda, con la que sujetaba el papel, le hizo toser, pero la inspiración le llegó con el carraspeo y se puso a escribir: «No nos asusta la violencia ni el miedo nos achica lo que tenemos de españoles cuando el enemigo presenta cara. Quien podía decirlo con autoridad ejemplificadora nos dijo a su debido tiempo que la dialéctica de las pistolas y los puñetazos goza de pleno derecho en determinadas circunstancias. Pero quien nos adoctrinó en el amor a la Patria también nos dijo que el hombre es portador de valores eternos, envoltura de un alma que es capaz de perderse o salvarse. Y esto vale para todos los hombres, ya sean cristianos, judíos o ateos...». Al volver a releer lo escrito

pensó en Claudia y tachó la palabra «judíos» y puso encima «gentiles». Luego siguió escribiendo casi de corrido, envuelto en una nube de humo que le hacía guiñar los ojos y ladear la cabeza... «No cabe engañarnos. Para ser consecuentes con el pensamiento del Fundador tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida...». La frase estampada le recordó una observación irónica de Hortensia, la secretaria del coronel Mijares: «¿Por qué no se dedica usted a misionar a los empresarios y especuladores? Yo creo que no les vendría mal un poco de espíritu de servicio y otro poco de ascetismo. En fin de cuentas son ellos los que tienen que demostrarnos que estábamos en un error, que cabemos todos en el mismo redil...». El sol que entraba por el balcón arrancó al rico tafilete reverberaciones opalescentes. La cuartilla blanca sobre el corinto brillante y los destellos auríferos de la pluma embebieron su imaginación en la incitante figura de la secretaria de Mijares. Primero trazó una melena caída, lacia, con una línea evanescente que prefiguraba los hombros y las caderas, para detenerse en el diseño de los muslos y las piernas. Cuidadosamente pobló la pelvis de sombras y protuberancias, configuró el vientre y dio forma a los pequeños senos con su eréctil grano de frambuesa. Lo último que dibujó fue el óvalo de la cara. Su parecido era exacto... En la contemplación de la imagen diseñada se dio cuenta que la sangre le ardía y el pulso le trepidaba. Bruscamente se levantó y entreabrió el balcón, por el cual entró una bocanada de aire frío que le obligó a cerrar. Maquinalmente se puso a pasear por el despacho. Un pequeño retrato de José Antonio con una dedicatoria autógrafa, y los de Mussolini y Hitler, también dedicados, adornaban el testero principal. En las otras paredes se veían retratos de Isabel la Católica, el cardenal Cisneros y Felipe n, además de una reproducción del mapa de la Península, de Ortelio, surcado por un letrero que decía: «España limita al sur con una vergüenza».

Cansado de dar vueltas y de asomarse al balcón, volvió a sentarse detrás de la mesa. El dibujo lo guardó en la carpeta sin mirarlo y se puso a releer el artículo... Es una mierda, gruñó. Claudia va a decir que estoy reblandecido, que he perdido el tono... Rompió las cuartillas en trocitos minúsculos y los arrojó a la papelera. Luego puso otra cuartilla delante de los ojos y la estuvo

contemplando con la pluma en ristre y una especie de ansiedad, hasta que cansado de contemplar su blancura sin que le sugiriese ni una idea, cogió el último número de la revista impresa y se puso a hojearla distraídamente, deteniéndose en un artículo firmado por César Bueno titulado «Fascismo o comunismo. No hay otra alternativa». El ensayo había sido escrito unos días antes de salir de viaje y su estilo era enfático y triunfalista... la bazofia roja, el cretinismo liberal, la peste semita, la plutocracia capitalista judeomasónica...

—¿Se puede? —tocaron con los nudillos en la puerta.

—Pase, pase... —se quitó Octavio las gafas y se restregó los ojos.

Don Ricardo, el administrador, entró encorvado con unos papeles en la mano.

—Te traía el resumen administrativo que has pedido.

—¿Mucho déficit?

—Mucho... Cuando cerremos la cuenta del último año es probable que pase del millón.

—Es demasiado... —mover la cabeza y sus facciones afiladas se tensaron—. Aunque nunca he considerado la editorial como un negocio las pérdidas son demasiado elevadas.

—La revista es poco comercial y nuestras publicaciones excesivamente minoritarias.

—La cultura siempre ha sido minoritaria y poco comercial.

—Sí, sí, pero lo que yo quería decirte es que cada país tiene sus problemas y sus gustos. Entre el escritor y el lector debe existir una profunda relación temática y emocional. Y hay que reconocer que la revista está sobrecargada de firmas extranjeras... «de peligroso ensayismo teutónico», como dijo el otro día tu madre.

—No comprendo lo que quiere decir... —volvió Octavio a ponerse las gafas y en sus pupilas claras creció la zozobra.

Don Ricardo recordó que no hacía mucho se había oído calificar de anacronismo histórico y de liberal caduco por la mujer de Octavio, y se recogió en un gesto de desconfianza.

—Lo que yo quiero decir... sin quitar méritos a nadie ni establecer juicios de valor, es que nuestras publicaciones carecen de interés para el público culto de nuestra lengua. A lo sumo interesan a los que tienen alguna noticia de las nuevas corrientes alemanas, que no son muchos, no vayas a creer...

—Digamos que para usted y los de su generación no existe más filósofo alemán que Hegel... el padrastro del marxismo, del anarquismo y de todas las corrientes disolventes.

—También admiro a Goethe, a Schiller y Hölderlin.

—Sí, sí, y a Krause... —la ironía retozaba en sus labios exangües—. Hablemos de la revista...

—Lo único que puedo decirte es que del número que tienes en la mano se han vendido 500 ejemplares a pesar de la polémica que ha suscitado tu artículo, que es el que tiene más garra aunque yo no esté de acuerdo con lo que dices.

—Siéntese, por favor, vamos a charlar un rato... —se revolvió inquieto en el asiento—. Me interesa saber lo que opina de mi artículo. Hable sin cuidado... Yo creo que tenemos suficiente confianza para que me diga con absoluta claridad lo que opina.

—Pues si quieres que te diga la verdad, cuando lo leí me hice esta reflexión: Si en el mundo no existieran más que esas dos alternativas lo mejor que podría uno desear es que Dios le llamase pronto aunque fuera al infierno, porque por malo que sea el infierno no será peor que la solución que tú nos ofreces.

—Por lo que veo sitúa usted las dos teorías en el mismo plano —parpadeó Octavio.

—Yo, no. Quien lo hace eres tú, y a mi juicio con mucha lógica, teniendo en cuenta que el fascismo y el comunismo son dos incógnitas de la misma ecuación: el materialismo.



—Con la diferencia de que el fascismo es antimarxista y asume la defensa de los valores occidentales.

—¿Tú crees...? —las pupilas del vejete se acercaron—. El proceso dialéctico es mucho más complejo. Por fortuna no es la primera vez que nuestro mundo sufre crisis similares a la que padecemos hoy... El Renacimiento es la síntesis de siglos de lucha entre el escolasticismo teológico y las corrientes renovadoras que devolvieron al hombre la iniciativa en el análisis de los fenómenos de la naturaleza. La reforma y la contrarreforma se desangran hasta producir la gran síntesis del racionalismo que culmina en la Revolución francesa y los derechos del hombre... —observó la ironía en los labios de Octavio y cambió de tono—. En fin, no quiero cansarte. El proceso histórico sigue su curso irreplicable. Nada es igual, aunque lo parezca en la teoría cíclica de Spengler y la fábula del «eterno retorno» de Nietzsche. El absolutismo fue enterrado por el liberalismo con todas sus consecuencias políticas, económicas y culturales. Ahora se hallan en litigio el capitalismo y el parlamentarismo...

—Con la democracia, su alcahueta —le parodió Octavio.

—En eso es en lo que creo que te equivocas. Por más que el fascismo y el comunismo se empeñen en convertir la crisis estructural del capitalismo en crisis de la democracia, no lo van a conseguir por la sencilla razón de que la verdadera democracia todavía no ha entrado en funciones.

—No me haga usted reír, don Ricardo...

—Pues ríe, hijo, que no te vendrá mal una verdadera carcajada... La democracia os va a estallar en las manos y en la mente a los que habéis invocado la justicia social contra el particularismo oligárquico y habéis echado mano del sindicalismo y del socialismo para re cauchutar el sistema...

El teléfono empezó a sonar. Octavio lo cogió y sin decir palabra se lo entregó a don Ricardo haciéndole una seña para que no dijese que estaba él. Se trataba del Dr. Straisser. Don Ricardo se lo sacudió diciendo que Octavio no iba por la redacción ni sabía si se hallaba en Madrid.

—Es un pesado —comentó Octavio cuando don Ricardo colgó el teléfono—. ¿Qué dice?

—Lo de siempre, que tiene muchas ganas de hablar contigo para saber si vas a editar «Las raíces del superhombre».

—Claudia me está dando la tabarra todos los días con lo mismo... —tamborileó sobre la carpeta.

—Si te decides a editarlo habrá que anotar veinte mil duros más en el déficit.

—Eso sería lo de menos si el libro fuera un estudio serio de Nietzsche o un análisis crítico del superhombre, pero se trata de un panfleto, de un panegírico racista.

Don Ricardo asintió con la cabeza.

—Si no mandas otra cosa, me voy...

—Nada, gracias... Yo también me voy a marchar. Estoy en un mal momento para escribir. Todo me sale mal... —le siguió con la mirada hasta que cerró la puerta—. No está tan acabado como yo pensaba. Parece que no puede con su alma, pero le hierve la sangre y en algunas cosas tiene razón...

Conocía a don Ricardo desde que era niño. Casi podía decir que había sido su primer preceptor político cuando era secretario de su tío don Juan Manuel Pacheco, uno de los últimos políticos del liberalismo dinástico. Muerto su tío, completamente eclipsado por la Dictadura y opuesto a ella, don Ricardo había derivado al republicanismo. Hombre moderado y enemigo de toda violencia, se había visto envuelto en la mayor oleada de intolerancia celtíbera que registra la historia de un país donde cualquier intolerancia encuentra prosélitos. Sus agudas sátiras contra unos y otros le habían valido ser calificado de rojo por los azules y de azul por los rojos, conociendo todas las formas de la persecución y el ostracismo. Al salir de la cárcel se encontró un día con Octavio en una emisora y, al enterarse de la mala situación económica que padecía, por no poder trabajar en el periodismo, que era lo suyo, le ofreció el cargo de administrador de la editorial que acababa de fundar.

Maquinalmente sacó el dibujo de la carpeta. Al contemplarlo de nuevo sintió una especie de remordimiento... Brutalmente impúdica. Ella no es así, aunque tiene algo provocativo... la elasticidad felina, la boca grande con los labios

pulposos y húmedos como carne de sandía, y la picardía de los ojos... Le recordó el nacimiento de Venus de Botticelli y encerró sus pies menudos en una caracola flotando sobre el ritmo creciente de las olas, con una perspectiva de rocas al fondo. En primer plano dibujó la cabeza hocicuda de una morena, el pez que los antiguos romanos alimentaban con la carne de los condenados a muerte, buscando erecto el borde de la concha... El mar y las rocas se transformaron en una zarabanda de vulvas y falos asistiendo al nacimiento de Venus. Ella le había dicho: «No creas en la castidad. Los que presumen de castos me dan la impresión de tarados mentales. Mi padre dice que la tiranía y el infierno son una aportación de los inhibidos sexuales...». Luego preguntó a Mijares por el Dr. Ariza. «¿Te refieres al padre de Hortensia? Bah, un medicucho anarquista que no dejó ni una monja con hábito ni un crucifijo en los hospitales. Es un maniático de Freud y Bakunin. Llegó incluso a legalizar el aborto... Por lo demás, a mí no me parece un mal tipo. Incluso las monjas a las que quitó las tocas y vistió de enfermeras, no hablan mal de él como persona. Sin embargo, hay una superiora que no le perdona que le privase de la obediencia de cinco religiosas a las que casó o juntó con milicianos y heridos del hospital...». Las olas se fueron transformando en una costa accidentada e irregular en la que brotaban arbustos y matorros. En los bordes de la concha nacieron líneas rugosas que formaron el robusto tronco de una encima de frondoso ramaje, con una concavidad en forma de hornacina. Sobre los hombros de la muchacha se formaron los pliegues de un manto que le llegaba hasta los pies, y la cabeza hocicuda de la morena fue remodelada en forma triangular... «Sinceramente, no me parece serio el desnudismo. Personalmente lo considero inmoral y antiestético. No comprendo cómo su padre puede ser tan inteligente y recto, como usted dice, y llevar a su familia a un campamento desnudista...». La burlona carcajada de ella le hizo sentirse incómodo. «Algo por el estilo parece que le ocurrió al Papa Sixto con los frescos de Miguel Ángel y el escultor le dijo que la inmoralidad estaba en su pensamiento». «Bueno, yo no soy enemigo del desnudo artístico a condición que esté sublimizado». «Sí, sí, ya le comprendo... sublimizar para reprimir...».

Octavio empezó a concurrir a las reuniones de su madre. Siempre las había considerado reuniones de gentes caducas que desgranaban las horas añorando los buenos tiempos de la Monarquía. Pero ahora encontraba cierto

placer charlando con generales, obispos y políticos a los que su generación había anatematizado como reaccionarios. Algunas veces se encontraba con diplomáticos de las naciones aliadas y hablaba con ellos en un lenguaje circunspecto y frío. Aunque sus sentimientos tendían a neutralizarse, sus prejuicios le impedían considerarlos como amigos. Inglaterra seguía siendo para él Gibraltar, Drake y frustración de la escuadra Invencible; y los Estados Unidos, sus asociados en el reparto del rico botín colonial español y el «vampirismo financiero que retorció las tripas de los países Iberoamericanos».

En la tertulia de su madre se conspiraba discretamente sin perder el control de la realidad nacional y de la política internacional. «Los feudales de mamá están parcheando y remozando el arquetipo liberal con los dos únicos ingredientes idealistas que ella considera aceptables: la devoción incondicional a la Corona y el respeto a la tradición», escribió en su libro de notas.

Doña Mafalda era demasiado perspicaz para no darse cuenta del conflicto de su hijo, que ella calificaba de «peligroso escepticismo». Un día que le vio fumando solitario en un rincón del salón, se sentó junto a él impregnada de ternura.

—Me gustaría saber en qué estás pensando —le dijo.

—No pienso en nada, mamá. Simplemente observo y procuro distanciarme de la estulticia.

—La estulticia debes buscarla en los que tienen necesidad de engañarse para vivir, pero no en los que sabemos que el mundo es un valle de lágrimas habitado por pecadores.

—Pues nadie lo diría viendo tantas cruces y veneras y oyendo el agarbanzado triunfalismo que reina a tu alrededor.

—Las cosas que tiene una que oír de nuestros redentores de cuatro cuartos...  
—soltó la jocundia doña Mafalda—. Hijo, lo que nos pasa es que tenemos la conciencia tranquila.

—Yo también quisiera tenerla tranquila y satisfecha, pero no puedo. Me duele demasiado España para confiar en el remedio que nos brindan sus enemigos...

¿Qué pueden ofrecernos Inglaterra y los Estados Unidos que no sea chato y mezquino?

—Nos pueden ofrecer las seguridades que no van a tardar en hacernos falta.

—¿Para volver al redil neocolonial? —se formó en los labios de Octavio el sarcasmo.

—No seas tontolondrón. Por hacer una frase eres capaz de poner las cosas del revés... ¿Quién habla de volver al redil neocolonial? Se trata de restablecer el orden y la jerarquía sobre valores tradicionales.

—¿Arrumbar la revolución?

—Ja, ja, ja... la revolución. Una no más, Santo Tomás... Esta mañana leí en el «Arriba» ese artículo que titulas «La hora de la juventud» y me pareció un perfecto desatino, una baladronada... Los jóvenes están más cerca de los ideales no porque sean mejores, como tu dices, sino porque tienen menos experiencia. Quien ha vivido mucho no puede encerrarse en vaguedades ni quemar sus fuerzas en holocaustos y romerías de salga el sol por Antequera o aquí no ha pasado nada. Por eso los fervores de las personas maduras no se parecen en nada a las explosiones de la juventud. Mientras los jóvenes queréis hacer del mundo un espectáculo vistoso y lleno de colorido, los que más que canas peinamos nieve sabemos que una cosa sólo es buena cuando contribuye a estimular las fuerzas del espíritu y conservar lo creado.

—Los jóvenes no queremos un espectáculo vistoso y lleno de colorido, lo que queremos es un mundo lleno de justicia.

—Oh, lá, lá, esa es otra canción que tampoco es de este mundo ni para los jóvenes ni para los viejos. Si Dios nos lo hubiera querido dar todo, se hubiera jubilado en el séptimo día. Pero no, hijo, el reino de la justicia le pertenece a El, y lo demás es pedir peras al olmo.

Otro día que estaba a solas con su madre, se presentó Talavera muy rendido y ceremonioso.

—Me han dicho que quería usted verme —dijo Talavera apenas cambiaron los primeros saludos.

—Sí, le mandé recado porque me he enterado que está usted acaparando la lana que hay en el mercado.

—Tenemos que preparamos contra el frío ruso —sonrió Talavera zalamero.

—¿Y no le parece un crimen dejamos a nosotros en cueros...? El invierno pasado se murieron muchos desgraciados de hambre y de frío, y este próximo se morirán más, porque el hambre se ha multiplicado y el frío no será menos.

—La lana es un artículo de lujo para los pobres y de una manera o de otra desaparecerá del mercado.

—Porque se la llevará alguien, ¿no?

—El espionaje aliado trabaja al día —se echó a reír Talavera.

—Diga usted que no... —se irisaron coléricas las pupilas de doña Mafalda.

—Si le dijera que no, mentiría... Tengo lana, estoy acaparando lana para abastecer al ejército alemán.

—Qué pillo es usted —abuchó la Duquesa las mandíbulas con un gesto de satisfacción.

—Menudo pillo. Si supiera usted lo que me está costando la lana... Hoy mismo he recibido un cargamento de Marruecos que se puede contabilizar a precio de oro. Menos mal que los alemanes pagan bien.

—Mejor pagan los ingleses... pagan en libras esterlinas y en dólares.

—¿Quiere decir que a los ingleses les interesa la lana con todas las ovejas que tienen en Australia?

—Les interesa conservar el frío ruso en toda su pureza.

—Ya comprendo... —sonrió Talavera, mirando a Octavio de reojo—. No me gustan los cambalaches, pero tratándose de usted...

—¿Por qué te metes en esas cosas, mamá? —gruñó Octavio.

—Porque no puedo quedarme pensando en las musarañas, como tu.

—Lo siento... —movió Talavera la cabeza—. Estamos asustando a su hijo.

—No es que me asuste, pero esas cosas no me gustan porque además de feas y sucias son antipatrióticas. Y no debemos olvidar que en el frente ruso hay soldados españoles.

—Nadie los ha mandado. ¿No decís que son voluntarios?

—Tú sabes que no es verdad, mamá.

—Pues si no es verdad, vosotros tenéis la culpa. Ese juego de hacer la guerra sin dar la cara tampoco es limpio.

—Tenemos compromisos morales con Alemania e Italia. Ellos también nos ayudaron... —se levantó Octavio de mal humor y se dirigió a la puerta.

—Ve con Dios, hijo.

—Se va francamente escandalizado —murmuró Talavera.

—No se preocupe. Todavía no ha hecho más que empezar a conocer las desilusiones... A lo que íbamos, ¿tiene usted algún inconveniente en entenderse con los agentes de compras británicos?

—Me pone usted entre la espada y la pared... —se quedó Talavera dubitativo con el mentón en la mano—. Si los alemanes se enteran lo voy a pasar mal...

Doña Mafalda le dio toda clase de garantías y le prometió que se relacionaría con una persona de absoluta confianza que no tenía nada que ver con los servicios secretos ingleses.

Octavio era consciente de que la mágica intimidad con su mujer se estaba disolviendo en chinchorrerías y rutina. Habían vivido siempre tan unidos espiritualmente que cualquier forma de evasión mental sonaba a nota falsa. Y las evasiones eran frecuentísimas. A veces se quedaban cortados en la conversación sin saber qué decir, o por no decir algo que pudiera ser molesto. Quien más sufría de los dos era Octavio, ya que Claudia se movía en un círculo de amistades más o menos afines: diplomáticos de las naciones del Eje, personalidades de la colonia alemana y políticos e intelectuales españoles que

seguían considerando a Hitler el Goliat cristiano en la lucha contra el comunismo y a Alemania la meca de la cultura occidental.

Estas personas, a las que meses atrás Octavio consideraba como amigas, ahora solamente las reconocía amigas de su mujer. Repentinamente se habían roto los imperceptibles hilos que unen a las personas en círculos de atracción recíprocos. Casi todas habían perdido interés y algunas le producían verdadera antipatía.

Uno de los días que escuchaba displicentemente aburrido los bulos, chismes y rumores que los contertulios aportaban a la reunión, un diplomático rumano habló de la concentración de fuerzas alemanas en la frontera española.

—Se habla de un «blitzkrieg» para atacar a Gibraltar por sorpresa y cerrar el Estrecho a la sospechosa concentración de la flota anglonorteamericana —dijo el diplomático.

—Ya era hora, porque con manifestaciones y grititos no se conquista Gibraltar —se frotó las manos un periodista español.

Octavio le miró y dio una profunda chupada al pitillo.

—Pues la duquesa de Castillares creo que está hecha un basilisco —intervino una hermosa dama de la que Octavio decía que no sabía cómo se las arreglaba para estar enseñando siempre la «poitrine»—. Según me han dicho, anoche afirmó en su tertulia que los Pirineos no consentirían semejante ultraje.

—Menudos son los Pirineos... —retintineó la burla de un publicista español empleado en los servicios de propaganda alemanes.

—¿Quién no los conoce? Que se lo digan a los carlistas, que los han pasado y repasado cien veces —añadió otro aficionado al humorismo codomicesco.

Octavio carraspeó nervioso y todas las miradas se concentraron en él.

—Supongo que lo que mi madre ha querido decir —habló lentamente, con cierta timidez—, es que los Pirineos somos todos los españoles. Y en eso no se equivoca... Yo no sé la base que tiene ese rumor, pero de lo que sí estoy seguro es de que los Pirineos no serán allanados impunemente. Quien quiera



que sea el que lo intente que venga en son de guerra, porque será recibido como enemigo.

La perplejidad y el estupor se reflejaron en todos los rostros.

—No sé por qué te pones así —dijo Claudia con acento irritado—. Si la Wehrmacht cruzase los Pirineos sería como amiga de los españoles.

—Una vez hubo en España un hombre indigno que abrió nuestras fronteras a Napoleón con el pretexto de atacar a Portugal. Los resultados de aquella vileza los conocen todos ustedes... El pueblo rechazó la afrenta que habían tolerado el rey y su gobierno, y salvó nuestra dignidad.

El silencio era tan abrumador que se oía el soplo de las respiraciones. La tertulia se disolvió con un aire fúnebre.

Una hora después Octavio sorprendía a su mujer llorando. Al verle entrar trató de ocultar las lágrimas y parecer indiferente.

—¿Qué te pasa? —le echó el brazo por los hombros y la oprimió con ternura.

—¿Todavía me lo preguntas?

—No creo haberte hecho ningún mal.

—Pero me has ofendido... ¿Te parece oportuno lo que has dicho en la reunión?

—Pienso que sí. En primer lugar, se trataba de un bulo o un globo sonda. Pero además, ¿qué otra cosa podía decir a esos necios que parecen deseosos de complicarnos en la guerra?

—Hace poco tú también eras partidario.

—Efectivamente, veía las cosas de otra manera. Todo me parecía distinto. Pero el dolor que he visto por todas partes durante nuestro viaje me ha hecho recapacitar.

—Has visto la guerra, ¿no?

—He visto la guerra, el caos, la regresión y ciertas formas de sadismo y crueldad que me repugnan.

—¿No me vas a decir que la guerra española fue un torneo entre caballeros?

—No, no, lo nuestro también fue muy duro. Pero la brutalidad carecía de rigor técnico, de sistematización... Era algo que uno sabía que tenía que acabar.

—Y lo que tú has visto también acabará... acabará con el judaísmo y el comunismo.

—Yo no lo veo tan claro. Se está creando un sistema, una forma de ser que larva la conciencia cristiana.

—Lo que pasa es que has cogido antipatía a los alemanes. Y todo por tu madre...

—Calla, por favor... —le tapó Octavio la boca con la mano y la besó en la cabeza—. ¿Cómo puedo tener antipatía a los alemanes siendo tú mi esposa?

Estas breves escapadas al recuerdo no engañaban a ninguno de los dos, y menos a Claudia, que le había sentido pegajosamente adherido a ella, casi subyugado a su voluntad. Pero lo que más la preocupaba es que no paraba en casa ni sabía por dónde andaba. A sus oídos llegaron algunas referencias de una «chica muy mona», pero apenas si le hizo efecto. Sin embargo, no le ocurrió lo mismo cuando se enteró por el mismo Talavera que pasaba muchos ratos con Alicia en la cerámica.

—No me explico el interés que puede encontrar en una fábrica de ladrillos —le miró Claudia desconcertada.

—Ni yo tampoco. Pero vaya usted a saber lo que aquello puede inspirarle a un poeta...

Desde el matrimonio de Alicia con Talavera, Claudia había visto muy poco a su antigua amiga. La última vez que fue a visitarla a su finca de Carabanchel, con motivo de dar a luz, a su regreso le dijo a Octavio:

—La pobre Alicia me da la impresión de que se está muriendo de hastío.

—Yo más bien creo que se está creando una vida nueva.

—Tienes unas ideas más raras sobre la vida nueva... ¿Y la niña que ha tenido? A mí me parece mestiza, igual que Gabrielín...

—Talavera me contó el otro día que su abuela era gitana y su abuelo un marino inglés que naufragó en las costas de Galicia.

—Así es él de marrullero y astuto. Las mezcolanzas raciales sólo producen degeneración.

—¿No irás a decirme que Talavera es un tipo degenerado? Precisamente el Dr. Straisser le considera el prototipo perfecto de la raza aria.

—En el físico, quizá. Pero no me digas que en lo moral... tan enredador y poco serio...

Después Claudia trató de suscitar ciertas dudas con respecto a Gabrielín, pero Octavio las rechazó.

—Alicia es la muchacha mejor que he conocido —afirmó con vehemencia—. Inteligente, honrada y con un magnífico espíritu de trabajo... ¿Qué mujer de nuestra sociedad hubiera reaccionado con la energía que lo ha hecho ella, abriéndose camino entre la hostilidad y la murmuración?

—Para mí el único mérito que tiene es haberse casado con Talavera... —la soma chispeó en las pupilas de Claudia—. Tener por marido al hombre que llaman «el Sultán de Madrid» no creas que no tiene miga.

—Alicia presta poca atención a Talavera. Viven muy independientes. Cada uno lleva sus negocios por separado y parece que tampoco coinciden en el matrimonio.

Unos días después, Claudia volvía a la carga:

—¿Por qué vas tanto por la fábrica de Alicia?

—No sé, me gusta su trabajo y lo paso entretenido. Además, estamos haciendo experimentos para fabricar cerámica fina y loza.

—¿Tú también...? —le contempló su mujer con verdadero estupor.

—Yo he sido el instigador —rió Octavio con ingenuo infantilismo—. Lo empezamos en broma y puede que dé resultado.

—Y mientras tanto, la revista y la editorial abandonadas —murmuró con acrimonia.

—No tengo ganas de escribir. Lo he intentado varias veces y no me sale nada que merezca la pena. Tanto es así que he pensado suspender la revista.

—¿Suspender la revista? —se levantó ella descompuesta—. Tú estás loco.

—No creas que me considero muy cuerdo, aunque eso sería un acto de cordura económica. ¿Sabes lo que nos ha costado en dos años...?

El momento crucial había llegado. Octavio lo venía demorando por evitar a Claudia el disgusto. La revista «Europa» había surgido por iniciativa de ella. Tanto su formato como su contenido estaban inspirados en las publicaciones alemanas. Claudia se había encargado desde el principio de la selección de noticias, recesión de libros, algunos comentarios bibliográficos y la supervisión de las traducciones alemanas.

La discusión se hizo penosa. Claudia consideraba la suspensión de la revista como algo deshonroso que ofendía su dignidad. Como el principal argumento de su marido era el déficit, volvió a sugerirle la subvención de la embajada alemana. Pero Octavio la rechazó con el pretexto «de que no quería ponerse a la altura de cualquier desaprensivo». Igualmente rechazó la idea de poner la revista a su nombre.

—Ya veo lo que tú quieres... que sea otra Alicia, otra mujercita esclava y sumisa. Pero te equivocas. Soy alemana por encima de todo y lo seguiré siendo aunque tenga que separarme de ti... —cortó la discusión bruscamente y salió de la biblioteca.

Su talante intempestivo encrespó el orgullo de Octavio. Empezaba a ver claro... Durante un buen rato se sintió dominado por la cólera sorda, pero apenas se le pasó el sofoco, sacó la libreta de notas del bolsillo y escribió lo siguiente: «Durante años he vivido de prestado, arrastrado por su fanatismo y su avasalladora vehemencia. Delicada y suavemente me ha cercado en su mundo

de vaguedades y de ensueños hasta hacerme perder el sentido de mis deberes. Primero fue el hechizo de la ciencia alemana; luego la pasión ideológica por el nacionalsocialismo; y por último, el clima heroico de un pueblo que reivindicaba un espacio vital y la defensa de los valores occidentales, en trance de naufragio, terminaron por desdibujar mi problemática española... Todo ha sido un error, una fútil quimera. Hoy sólo quedan los gemidos de la brutal ortopedia nazi».

Fríamente, aquella misma tarde habló con don Ricardo para suspender definitivamente la revista y transformar la editorial en un negocio comercial.

Carlos Ibero era un muchachito espigado y fino que se parecía mucho a su abuela Mafalda, la cual se irritaba cada vez que le oía llamar Ibero porque lo consideraba nombre de «jerga pagana». El carácter impulsivo y dominante de los Guzmán se manifestaba en él con precoces arranques de hombría. La duquesa de Castillares le idolatraba porque veía en él el brote militar de su linaje, el conductor de hombres tan característico de su familia.

El chaval era muy reservado en los problemas familiares. Intuitivamente había percibido entre su madre y su abuela cierta hostilidad, pero su buen juicio le impedía comentar lo que él llamaba «cosas de mujeres». Por otra parte, le preocupaba intensamente el conflicto que advertía entre sus padres. Su juicio precoz le permitía discernir algunos elementos, pero otros se le escapaban. El cariño que sentía por su madre no le cegaba para ver que ésta trataba de imponerse a su padre.

Octavio sentía una antipatía irrefrenable por un coronel de los servicios secretos alemanes. Le consideraba un intrigante y un malvado. Siempre le había disgustado verle en su casa y en alguna ocasión había sugerido a su mujer la conveniencia de no recibirle. Las cosas siguieron así hasta que el coronel Riltker apareció mezclado en el atentado contra un militar portugués. Octavio le dijo entonces que no quería volverle a ver más por allí, pero Claudia le siguió recibiendo cuando su marido no estaba.

Conociendo Ibero los sentimientos de su padre y viendo que su madre hacía caso omiso, un día le dijo muy serio:

—¿Por qué dejas que venga el coronel Riltker?

—Porque es amigo mío.

—Pero no es amigo de papá y habla mal de la abuela.

—Vaya, ¿acaso no puedo yo tener amigos? —apartó la mirada de la revista que estaba leyendo para contemplar a su hijo con asombro.

—Si papá no quiere, no.

—Pues sí, sólo me faltaba que también tu... un mocoso, me diga lo que tengo que hacer... Y no se te ocurra decírselo a tu padre.

—No se lo diré, pero como venga otra vez sin estar papá en casa le voy a decir que estorba.

—No se te ocurra. Como lo hagas, ya verás... —le dio una cachetina que Ibero recibió sin inmutarse.

María Germana, dos años menor que su hermano, era de otra condición. En su temperamento se mezclaban por igual el idealismo de la madre y la sensibilidad del padre. Doña Mafalda decía que era un tarrito de confitura, y no lo decía en sentido admirativo. Realmente vivía flotando en cosas fantásticas o enamorada de chucherías minúsculas: un perrito, un gato, un cuento. Por ser el reverso de su hermano, la duquesa de Castillares le atribuía lo peor de los Pacheco, a los que de por sí acusaba de amujerados, blandengues y más dados a copleros y literatos que a guerreros. Sin embargo, la fantasía y el infantilismo la salvaban de ver las grietas que se estaban formando en su hogar. Cuando veía a su madre llorar, no le preocupaba por qué lloraba, sino que de antemano se formaba una idea. Para ella su mamá sufría mucho de las muelas, tenía las muelas más fastidiosas que había conocido... Hasta escribió un pequeño poema sobre las «fastidiosas muelas» por el que le concedieron un premio de redacción en el colegio.

Corrientemente, el coche de la Duquesa iba a recoger a sus nietos al colegio y después de merendar con ella los llevaba a su casa. La tarde que Germana mostró a su abuela el poema premiado, doña Mafalda lo leyó y se echó a reír.

—Hija, cualquiera diría que tu mamá es una Santa Mónica con tanto llorar por sus muelas. ¿Es que no puede ir al dentista?

—No puede —asintió Germana con una pena radiante—. Fíjate, dice que las aspirinas tampoco le calman el dolor.

—¿Es verdad? —levantó doña Mafalda la cabeza de su nieto.

—Yo no sé... Llorar sí que llora, pero a mí no me ha dicho nunca que le duelan las muelas.

—A ti no quiere decírtelo porque eres muy despegado y muy bruto, pero a mí me lo cuenta todo.

—No le hagas caso, que es una cotorra que se inventa las mentiras.

—Y tu un tonto y un vanidoso... ¿Sabes lo que dice, abuela? Que va a ser mariscal del ejército alemán.

—Eso lo dice mamá... Quiere que yo sea mariscal de la Luftwaffe, lo mismo que Goering.

—Me parece que vuestra madre más que ir al dentista a quien tiene que visitar es al psiquiatra.

—¿Quién es el psiquiatra? —preguntó Germana.

—No se lo digas, abuela, que luego se lo cuenta a mamá y se enfada.

—Por lo que veo vuestra madre está fuera de quicio.

—Fuera de quicio, no. Quiere marcharse a Alemania —dijo Germana.

—¿Que quiere marcharse a Alemania?

—Vas a ver la que te va a dar mamá cuando se entere que lo has dicho...

Entre los dos hermanos se estableció un pugilato de reproches que puso al descubierto ante su abuela lo que ninguno de ellos quería decir abiertamente: que Claudia se separaba de su marido y quería llevarse a sus hijos con ella.

—¿Y vosotros queréis marcharos a Alemania? —doña Mafalda adoptó un tono dulce y coloquial a pesar de que estaba tremando por dentro.

—Yo no, abuelita, porque me da mucho miedo la guerra y quiero ganar la cinta azul en el colegio —dijo Germana.

¿Y tu?

—A mí la guerra no me da miedo —agachó la cabeza el chaval.

—Pero eres español y no tienes por qué marcharte a Alemania.

—¿Y si a mamá le ocurre algo...? Papá dice que por ahí hay muchos hombres que pegan y pisotean a las mujeres.

—Pues que se quede en su casa.

—Fíjate, abuelita, dice que no puede vivir con papá —suspiró Germana.

—¿Y qué dice vuestro padre a todo esto?

—Papá dice que debemos elegir nosotros si nos quedamos con él o nos marchamos con mamá —dijo Ibero.

—Eso ya lo veremos... —se levantó doña Mafalda y entró en la habitación contigua, donde se hallaba el padre Urquiza. En voz baja le encomendó que entretuviese a sus nietos mientras ella salía un momento.

Un cuarto de hora después la duquesa de Castillares entraba en el palacete de los Pacheco de Guzmán. Claudia la recibió con fría circunspección. Por el talante fosco y aclucado de doña Mafalda al besarla, dedujo su estado de ánimo.

—¿No está mi hijo? —habló sofocada.

—No está.

—Es lo mismo... ¿Quieres decirme que es eso de que te marchas a Alemania?

—¿Quién se lo ha dicho?

—¿Te interesa mucho saberlo?



- Me interesa, porque Octavio y yo habíamos convenido en no dar publicidad.
- Supongo que no me consideras a mí «La Gaceta», ¿verdad?
- Se trata de un asunto privado que sólo nos concierne a su hijo y a mí, señora.
- ¿Tampoco soy ya mamá?
- Bueno... —agachó Claudia la cabeza con evidente nerviosismo—. Supongo que lo que usted quiere saber es si... si hemos decidido separarnos.
- Qué heroísmo. ¿Es esa vuestra religión y vuestro sentido del deber? ¿De esa manera cumplís la fe jurada y los sacramentos?
- Son cosas nuestras —agachó Claudia la cabeza intimidada por la mirada insistente de doña Mafalda.
- Por supuesto. Y muy vuestras... No todas las personas poseen el valor que vosotros demostráis para dar mal ejemplo. Y todo por politiquerías, porque te has empeñado en ser nazi antes que madre y esposa.
- Le mego que respete mis sentimientos, señora.
- Por mí bien respetados están. Solamente quería decirte una cosa: que Carlos no saldrá de España lo diga quien lo diga.
- Ibero es mi hijo.
- Tanto gusto. Y mi nieto.
- Octavio y yo hemos acordado que los niños decidan libremente con quien quieren quedarse.
- Pues ya está decidido. No creas que me lo vas a engatusar con mariscalatos y furerías... —dio media vuelta y salió rufiante de altivez.

La víspera de la marcha de Claudia, pasó unas horas con Alicia. Fue a despedirse de ella a la fábrica y estuvieron toda la tarde juntas picoteando en los recuerdos infantiles y evocando anécdotas de su adolescencia y juventud. Tenían muchos recuerdos comunes y algunas reservas ocultas: el colegio, la

amistad de sus padres, el liceo de señoritas, el fervor falangista y la irrupción en sus vidas de los hermanos Pacheco... En el apasionante juego de los hermanos Pacheco comenzaron las reservas de las que ya no pudieron librarse.

—¿De verdad, no sabías nada? —se quedó Claudia con la duda bailoteando en sus pupilas.

—Te aseguro que no... aunque me figuraba que vuestras cosas no iban bien.

—¿No te ha dicho nada Octavio?

—A Octavio hace más de un mes que no le veo. ¿Y cómo iba a decirme eso, mujer?

—Contigo siempre ha tenido mucha confianza.

—Sí, pero no para eso... Te aseguro que me dejás de piedra. Nunca creí que llegarás a separarte de Octavio.

—Nadie sabe las cosas que pueden ocurrir en la vida. Yo tampoco creí que tu llegarás a odiar a Alfonso.

—Alfonso era distinto. Se comportó como un malvado.

—¿Y tú sabes cómo se hubiera comportado Octavio en las mismas circunstancias...? Le conoces poco y veo que todavía sigues enamorada de él... —en los labios finos de Claudia se formó un rictus desilusionado—. Octavio es más inteligente y sencillo que su hermano, pero no más fuerte de espíritu. La duquesa de Castillares es tan egoísta que hasta eso les ha robado a sus hijos para seguir dominándoles.

—De todas las maneras, no apruebo vuestra decisión de separaros. ¿Qué importa que no penséis igual...? Yo creo que lo más importante en el matrimonio es el cariño.

—Pero el cariño a la española —matizó Claudia sus palabras de ironía—. Que la mujer calle y aguante, como tú con Rómulo, ¿no?

—Rómulo y yo somos diferentes. Entre nosotros existen ciertas conveniencias... El va a lo suyo y yo voy a lo mío.

—A pesar de lo cual tenéis hijos.

—No creo que tengamos más. Por lo menos yo no quiero tenerlos.

—Lo ves, yo no podría aguantar una situación así... —la insinuación maliciosa hizo vacilar a Claudia—. Me gustaría que velaras por Octavio.

—Te lo prometo... sabes que le quiero bien, lo mismo que a ti. Para mí sois como dos hermanos.

—Gracias —se mordió Claudia los labios—. Quería preguntarte una cosa... ¿Conoces a una chica que se llama Hortensia?

—Sí, algunas veces va por casa.

—Es que creo que Octavio anda detrás de ella. Me han dicho que es muy lagarta y muy roja.

—Me parece que te equivocas en lo que piensas... A Octavio le gusta discutir con ella de política, porque es anarquista.

—Qué horror. Era lo último que me faltaba saber... que le guste discutir con una chica anarquista que debía estar en la cárcel.

Alicia trató de quitar importancia a la maliciosa versión de Claudia. Según le dijo, no creía que hubiera entre ellos más que simpatía. Luego siguieron hablando de los proyectos y ambiciones de cada una.

—Si te digo la verdad, lo único que a mí me interesa es el dinero. Quiero protegerme y proteger a mis hijos del bochorno de la miseria —dijo Alicia.

—Pues mi destino va unido al triunfo del ni Reich —manifestó Claudia.

—Yo no sacrificaría a mi esposo y a mis hijos a una abstracción. Después de todo solamente eres alemana a medias. Y luego parece que la guerra no va bien.

—Mi destino está decidido —sonrió Claudia.

—¿Y qué vais a hacer con los niños?

—Ellos han preferido quedarse con su padre, pero no será por mucho tiempo. La victoria alemana lo decidirá. Entonces sabrá la duquesa de Castillares que no siempre va a hacer lo que quiera.

Alicia movió la cabeza con pesimismo. No quiso contradecir a su amiga, pero abrigaba la duda de que Claudia pudiera triunfar del espíritu de casta que alimentaba la férrea voluntad de doña Mafalda de Guzmán.

Alicia vio la carta de la duquesa de Castillares en el correo del día y sintió una inquietante curiosidad. Todo lo que se refería a aquella mujer la desazonaba. Pero la carta iba dirigida a su marido con la palabra «personal» subrayada y optó por dejarla hasta que él volviera. No podía tardar mucho. Le había dicho que estaría una semana fuera y ya pasaba de quince días... Sin saber por qué se hallaba inquieta. Tal vez contribuía a ello lo que Hortensia le había contado sobre un personaje muy importante que se había dejado decir que no cejaría hasta devolver a Talavera a su condición de paria.

Dos o tres días después de recibir la carta, el Padre Urquiza la llamó por teléfono para decirle que cuando llegase Talavera no dejase de verle antes de hablar con la Duquesa. «No olvide el encargo, porque es muy importante», le repitió dos o tres veces. Fue esto precisamente lo que la decidió a abrir la carta, y la lectura de ésta le produjo uno de los mayores disgustos de su vida... Con su letra gran dota y fea, la Duquesa le decía que era un bellaco que había abusado de su confianza y le urgía para que se personase inmediatamente en su palacio. Pero lo que más le ofendió fue la impertinente alusión a ella. Aquel «Dios los cría y ellos se juntan» la hizo llorar de rabia y maldecir mil veces el nombre de su ex suegra.

Inmediatamente se fue a ver a Marta, que era quien estaba más al tanto de los negocios de su marido y de sus idas y venidas.

—Sinceramente, no creo que Rómulo corra ningún peligro en este momento —le dijo sin mucha convicción—. Es verdad que ha crecido como la espuma y que puede desinflarse de la misma manera. Pero no, no es posible... Maneja una red de negocios fabulosa: construcciones, seguros, importaciones y

exportaciones, películas... Es muy difícil derribarle, te lo aseguro... Naturalmente, tiene muchos enemigos, pero también cuenta con muchas personas importantes implicadas en sus negocios.

—Todas esas personas le abandonarán en el momento que le vean en peligro. Conozco a la mayoría —dijo Alicia.

Marta pensaba lo mismo, pero se guardó muy bien de decirlo. Sabía mejor que nadie que las empresas de Talavera encubrían el fraude y la especulación en gran escala. Su mayor talento era su audacia para encontrar lo que necesitaba en un momento de apuro. Brujuleaba en el inmenso piélago de controles e intervenciones como el pez en el agua.

—Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de la carta de la duquesa de Castillares y de lo que te ha dicho Hortensia.

—No puedo. Si por lo menos supiera dónde está me quedaría tranquila... ¿A ti no te ha dicho dónde iba...?

No le había dicho nada, pero se lo imaginaba. Recordó su talante eufórico la víspera de la marcha, cuando fue a despedirse de doña Rosario... Voy a dar el golpe definitivo. Cuando te enteres te vas a quedar turulata. En lo sucesivo no podrás reprocharme que estoy depauperando al pueblo para alimentar a la bestia parda. Todos los cargamentos del mes pasado eran de sal... Pero eso es una barbaridad, le dijo ella. En el momento que reciban la mercancía se darán cuenta. La risa de Talavera estalló en ruidosas carcajadas... Más que comunista debieras haberte hecho hermana de la caridad. ¿Para qué sirven los «maquis» y las Reales Fuerzas Aéreas? Reconocerás que es una manera como otra cualquiera de contribuir a la victoria aliada. Espero que cuando vengan los tuyos me lo tengáis en cuenta. Su acento era ligeramente burlón, pero hablaba en serio. Tú serías un mal comunista, le dijo ella. Depende del cargo que me dierais. En vez de perfeccionar tu cinismo, lo que tenías que hacer es retirarte de los negocios sucios. Todavía no ha llegado la hora de hacer negocios limpios. Cuando la legalidad está en contra de la vida, si uno quiere subsistir no tiene más remedio que saltar por encima de la legalidad. Por más que digáis que el estraperlo está causando más víctimas que la guerra, la verdad es que gracias a él no nos morimos como chinches. ¿Qué harías tú si no tuvieras más

provisiones que las del racionamiento...? El otro día un ministro me hablaba de la inmoralidad del estraperlo, y yo le contesté que mientras no concordara el sistema de racionamiento con las necesidades reales, el estraperlo resultaba una saludable inmoralidad...

—No me hagas caso, pero yo sospecho que se encuentra en Inglaterra o Estados Unidos.

—Es imposible. No puede ser... Eso sí que sería su ruina.

—Yo más bien creo que sería su salvación. Los alemanes van a perder la guerra... ya la están perdiendo en Rusia y en África.

—No lo creo. Sería horrible.

—¿Por qué no te tranquilizas? Espera que venga Rómulo. Ya no puede tardar.

—¿Y si le hubiera pasado algo?

—Yo creo que entre los hombres de confianza de tu marido debe haber alguno que esté al tanto de sus movimientos. No sé, quizá Matilla o Pacheco de Almeida...

Con Matilla no quiso hablar. Por más que Talavera había intentado relacionarla con él, no lo había conseguido. Pero Pacheco de Almeida le dio buenas noticias, aunque en su estilo perifrástico: «Si todavía no lo has visto, puedo asegurarte que se encuentra bien y que su viento corre hacia ti...».

Efectivamente, a la mañana siguiente Talavera se presentó con un brazo en cabestrillo y un aire extraño de animal acorralado. Sin embargo, llegó con un cargamento de regalos para todos, y, cosa excepcional, un abrigo de visón y gran variedad de prendas de nylon para ella. El «made in England» de las etiquetas no la dejó lugar a dudas.

Ni su fingida alegría ni lo que le dijo del brazo, mientras hablaba con su madre, jugaba con Gabrielín y sostenía en el brazo sano a la niña, la convencieron. Sus ojillos porcinos se hundían febriles y la energía de las mandíbulas se relajaba cada vez que abría la boca.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente. ¿Por qué...?

—No sé, pero trae a la niña —se la quitó del brazo— y tú vete a jugar al jardín.

—No quiero, no quiero... —se aferró Gabrielín a las piernas de Talavera.

—Déjale, si no me molesta.

—Qué marimandona eres, hija mía —protestó doña Genoveva.

—¿Pero no ves, mamá, que no se tiene de pie? —casi gritó Alicia—. Llévate al niño, haz el favor...

Doña Genoveva y Gabrielín salieron del salón gruñendo.

—¿Cómo has adivinado que no me tengo de pie?

—No hace falta más que verte... —se miraron profundamente. El hizo un amago de desperezarse, pero sus facciones se contrajeron en un gesto de dolor.

—Me voy a acostar... Estoy cansado y creo que tengo algo de fiebre.

Alicia fue a dejar a la niña con su madre y luego volvió a la habitación. Desde la puerta le oyó blasfemar mientras intentaba quitarse la americana, una americana escocesa recién estrenada.

—Cada vez que te oigo esa palabrota se me pone carne de gallina... —le ayudó a sacarse la manga del brazo herido—. ¿Dónde te caíste?

El no respondió inmediatamente. Hasta que le quitó la camisa y vio el apósito del hombro con manchas de sangre, no le dijo que había sido un tiro. Lo de la muñeca era una dislocación que se hizo al tirarse al suelo... Habló con los ojos cerrados mientras ella le quitaba los zapatos y le sacaba los pantalones. El atentado había ocurrido dos días antes en Madrid. Dispararon sobre él cuando iba a subir al coche.

—Si no me llego a tirar al suelo rápidamente, me dejan frito... —se incorporó para que terminase de desvestirle—. ¿Estás temblando?

—Si te parece es para echarse a reír... ¿Y no sabes quién ha sido?

—Dos hijoputas. A uno de ellos, al que me hirió en el brazo, le reconocería si lo viera.

—Por favor, déjame que te ponga el pijama.

—Estoy muy a gusto así... Ven, tumbate conmigo...

—No me digas que no eres un caso... —le rechazó Alicia—. Todos preocupados por ti y tú tan fresco en Madrid sin acordarte de nadie.

—Joder, tan fresco. Si supieras... Cuando llegué me encontré con dos embolaos de aúpa, y todavía colean, no vayas a creer.

—Ahí tienes una carta de la duquesa de Castillares que es un pregón de rabanera.

—¿La has abierto?

Sí.

—Bueno, anda, ponme el pantalón del pijama... Ya sabes que no me gusta que me abras la correspondencia... —volvió a relajarse—. Ya hablaremos. Ahora no tengo ganas...

Cerró los ojos y se quedó amodorrado. Al cuarto de hora dormía tan profundamente que no se dio cuenta cuando Alicia le tomó el pulso y le puso la mano en la frente. Tenía mucha fiebre, pero su respiración era tranquila y en sus labios entreabiertos se diluía una especie de sonrisa.

Entre la incertidumbre de llamar a un médico o esperar a que se despertara, se presentó Eduardo, el cual ejercía ya su profesión y tenía consulta abierta. Alicia se extrañó, pero no tardó en comprenderlo todo cuando supo que su marido había recurrido a él al ser herido. Según le dijo, el atentado se produjo al salir de un chalé de la calle Cartagena, que ella identificó como el de Luisa la Emperadora, un nombre que flotaba en su mente como un fantasma inasible.

Talavera seguía durmiendo cuando entró en la habitación con Eduardo. Había tirado toda la ropa de la cama y roncaba boca arriba, espatarrado y con los brazos en cruz. Mientras Alicia secaba el sudor que le corría por la cara y el cuello, entreabrió los párpados.



—Hijo, duermes como un bendito... ¿No ves quién ha venido?

—¿Cómo te encuentras? —se acercó Eduardo.

—Bueno, me duele algo el brazo cuando lo muevo, pero no creo que tenga ninguna importancia.

—Vamos a ver... —levantó el médico el apósito. El orificio de entrada era casi imperceptible, pero en el de salida habían tenido que operar para extraerle la bala—. Por esta vez me parece que tus enemigos van a quedar defraudados. Lo peor es que llegue a oídos de la policía. ¿No lo has pensado?

—Prefiero no pensar... Ellos no van a decir nada por la cuenta que les tiene, ni yo tampoco, porque me fastidian las leyendas.

—Lo único que te pido es que no me saques a relucir a mí.

—Descuida. Eso queda para nosotros...

Luego bromeó, gastó chirigotas, pero no hubo manera de sacarle más sobre el atentado. Sin embargo, en los tres días que permaneció encerrado en casa sin ver a nadie ni atender las numerosas llamadas telefónicas, dejó traslucir tantas cosas que Alicia se sintió de nuevo llena de angustia. Por primera vez la puso al corriente de todos sus negocios, del capital que tenía invertido, de las probabilidades de subsistencia y de la conjura que se movía solapadamente para arruinarle... «Lo van a intentar todo, incluso meterme en la cárcel, pero si tu me ayudas vamos a luchar de firme», le dijo. Y ella le animó a luchar.

Lo que Talavera llamó su «invierno negro» fue algo más que un traspies. Para complacer a la duquesa de Castillares, se comprometió con agentes aliados a estorbar el suministro de los alemanes. La mayoría de las operaciones que hizo le salieron bien, pero todos sus cálculos y previsiones fallaron precisamente con la maldita lana. La había comprado y manufacturado por cuenta de Alemania, pero luego se la vendió a los aliados a doble precio con el propósito de no entregársela ni a unos ni a otros, pues su verdadera intención era venderla en el mercado español. Pero ocurrió que los bombardeos aliados y los «maquis» franceses fallaron y parte de la remesa alemana llegó a su destino, y los agentes de compra aliados rechazaron la fraudulenta mercancía.

Lo peor de todo fue la reacción de la duquesa de Castillares. En los primeros cinco minutos recibió más insultos que en toda su vida. El Padre Urquiza le había dicho: «Si puede usted aguantar el ciclón retórico, no debe preocuparse de lo demás, porque la señora le estima...». Impertérrito soportó el aluvión de palabras degradantes... Rufián, bellaco, golfo, enredador, aprovechado... Tras revolearle en insultos y decirle que la había puesto en ridículo con sus «infames chanchullos», se caló los impertinentes y le miró de arriba a abajo con toda la insolencia de que era capaz.

—Estoy esperando que diga usted algo, que se justifique...

—No tengo ninguna justificación. Tiene razón en todo lo que ha dicho, menos en considerar que he abusado de su confianza y traicionado a los aliados. Si así fuera, los alemanes no me hubieran premiado... —le mostró la muñeca vendada.

—Ya me he dado cuenta —se acercó a él y le observó atentamente—. ¿Es que le han hecho algo?

—La muñeca sólo la tengo rota o dislocada, pero en el hombro me metieron un tiro y cuatro más perforaron la carrocería del coche y rompieron el parabrisas... Iban a por mí.

—¿Ha dado usted cuenta a la policía?

—En estas cosas prefiero no dar cuenta a nadie. ¿Qué va a hacer la policía? —se encogió de hombros—. ¿Y ahora quiere que le diga dónde está la lana?

—Vaya usted a saber. Supongo que la habrá vendido de estraperlo.

—En eso es precisamente en lo que se equivoca.

—¿Que me equivoco? —se le dilató la nariz.

—Mire... —le mostró Talavera unas cartas que llevaba en el bolsillo de la americana.

Doña Mafalda las leyó con interés. Se trataba de documentos que acreditaban que Rómulo Talavera había hecho importantes donativos de prendas de abrigo a hospitales, asilos y orfanatos.

—¿Y cómo ha hecho usted eso? —le contemplaba perpleja.

—Porque me parece más humano abrigar a los pobres españoles que entregársela a los ingleses para que abriguen a los peces.

—Si hubiera usted hecho la caridad a sus expensas sería una obra muy hermosa, pero hacerla por cuenta de los demás...

El talante de doña Mafalda cambió de tal manera que Talavera pudo hablar tranquilamente con ella de su último viaje a Inglaterra. Su sincero entusiasmo por los aliados y lo que le contó del formidable alud militar que estaban concentrando para caer sobre el Continente, le devolvieron la confianza de la duquesa de Castillares.

A raíz de la marcha de Claudia, Octavio se escapó de Madrid para librarse de las críticas y murmuraciones que desató su desaparición. Primero estuvo en Sevilla con su hermano, pero como allí le persiguiera también la beatería conyugal, se marchó a una de las fincas que su madre poseía en la provincia de Málaga. Agarrado por la lírica primavera andaluza, su soledad y aburrimiento se llenaron de estrofas, hasta que una carta de Hortensia le sacó de su dulce sueño de nostalgias y recuerdos. La carta no decía nada importante. Simplemente le felicitaba por dos poemas suyos que habían aparecido en una revista literaria, uno dedicado a Antonio Machado, «cantor de la España rota», y otro a Rafael Alberti, «salmista de ángeles rojos».

De vuelta a Madrid, se encontró muy discutido y comentado en las tertulias literarias. No todas las lisonjas y comentarios eran de buena ley, pero en general se le atribuía un espíritu renovador y una gran audacia por su reencuentro con los «poetas arrinconados».

Aunque en su fuero interno doña Mafalda no aprobase la vena inconformista que soplaba en su hijo, tampoco se lo dio a entender. Es más, viendo crecer su popularidad, hizo todo lo posible por atraérselo a la causa de la restauración.

—Desengáñate. La única solución para conseguir todo eso que tú deseas, y que yo apruebo, paz, justicia, orden y hasta libertad, es la Monarquía —le repetía machaconamente.

—Mira, mamá, yo sé que la Monarquía mejoraría nuestro desajuste político y económico, pero no resolvería nuestra crisis espiritual. El problema de España no es un problema de instituciones, es un problema de valores. Cada español manifiesta su protesta llamándose rojo o azul, y con ello sólo queremos decir que España no nos gusta, que hay algo en la raíz del hispanismo que está enfermo y necesita ser extirpado.

—Un poder legítimo permitiría hacer muchas cosas que no se pueden hacer ahora.

—Todos los poderes son legítimos a condición de que sean populares. Son los pueblos los que hacen a los gobiernos y no los gobiernos a los pueblos. Invertir los términos es hacer política de clase, que es la más funesta y la peor de las políticas.

—Tú estás en babia, hijo, perdona que te lo diga pero no sabes lo que quieres...

Estando con su madre, anunciaron la visita de un hombre muy traído y llevado por aquellos días. Se trataba de un militar de alta graduación que estaba en entredicho por su afición a los pronunciamientos. Octavio le conocía de antiguo, pero nunca había simpatizado con él por sus fluctuaciones políticas, que casi siempre coincidían con su ambición personal. En cambio para su madre era en aquel momento como las niñas de sus ojos. Se esponjaba hablando de su probidad, de su liberalismo y de su devoción por la Corona. Pero si alguien le recordaba que el personaje también había tenido sus veleidades republicanas, populacheras y hasta masónicas, podía estar seguro de enemistarse con ella.

A ruegos de su madre se quedó y luego le pesó, porque se vio envuelto en una discusión legitimista carente de interés. Pero como el personaje en cuestión le pidiera su opinión sobre la intervención militar en el gobierno y la teoría golpista que acababa de exponer, le dijo:

—Personalmente estimo los pronunciamientos como una desgracia y la intervención militar en la vida civil como un vicio. El ejército me inspira demasiado respeto para implicarle en el juego político, que es contingente y

variable. En cuanto a los militares, no considero que tengan más derechos profesionales que el resto de los ciudadanos. Con la teoría que usted defiende, cabe que un día cualquiera los albañiles o los barrenderos quieran atribuirse los mismos fueros y nos impongan su dictadura. Y bien sabe Dios que tienen los mismos derechos.

—Usted también es militar... —le contempló el personaje un tanto perplejo.

—Lo fui durante la guerra, cuando toda la nación era ejército. Pero hoy vivimos en paz y creo que debemos resolver nuestros problemas por procedimientos civiles.

—Precisamente es lo que nosotros pretendemos... devolver al poder civil la soberanía en la persona de su rey legítimo —dijo doña Mafalda.

—¿Y quién es el rey legítimo, mamá?

—¿Quién va a serlo...? Cada vez que te pones tan quisquilloso me dan ganas de darte un par de cachetes.

—No estoy de acuerdo... —se levantó Octavio enfurruñado—. Armar otra escabechina, me parece una barbaridad...

Desde su regreso a Madrid había vivido con su madre en el palacio de Castellares. Pero terminó por aburrirle el tráfago mundano y el ambiente de perpetua intriga que allí se respiraba, por lo cual decidió trasladarse a un hotel para vivir más independiente y tranquilo.

Fue entonces cuando empezó a tratar a Hortensia con cierta asiduidad. La acechaba para encontrarse con ella al salir de la oficina, se valía de trucos para visitar al coronel Mijares y poder hablar con ella, o comprometía a Alicia para que la invitase a su casa.

Uno de los primeros en darse cuenta del hechizo que la personalidad juguetona y cambiante de Hortensia ejercía sobre Octavio, fue Talavera. Le bastó verlos un día juntos en su casa para comentar con Alicia:

—Me parece que a Octavio se le está incendiando la musa.

—Tú siempre pensando lo mejor del prójimo. No me digas que no eres un caso.

—Aunque Octavio hable a lo platónico, la cosa está bien clara. No me vas a decir que tanto suspiro, tanta poesía y tanta miradita de reojo no tienen su intrínquilis.

—Le ha hecho gracia su manera de pensar. Dice que es desintoxicante y tiene razón... Con eso de no dar importancia a nada y tomar la moral a chacota, a mí también me hace gracia.

—Pero, además, tiene otras muchas gracias que no son despreciables.

—Ya estamos... ¿Tú crees que Octavio se fija en esas cosas? Claudia tira mucho de él. Si vieras los poemas que escribe. Antes de venir tú me leyó dos que hacen llorar.

—Sí, sí, muchas lágrimas poéticas y un cuerpo como el de cada quisqui que pide su pitanza.

—No se puede contigo, hijo. Para ti todo es sensualidad y grosería —cortó Alicia la conversación.

Pero unos días después fue el mismo Octavio quien suscitó el tema. Tenía interés en conocer la opinión de Talavera sobre Hortensia.

—Yo la tengo por una chica muy difícil —dijo Rómulo.

—¿Difícil en qué sentido?

—Yo llamo difíciles a las mujeres que parecen fáciles y luego resultan inasequibles.

—Nunca me han gustado las mujeres fáciles —movió Octavio los hombros con desdén—. El amor es el don más importante de la vida. Si pudiéramos obtenerlo con sólo abrir la boca o sacar la cartera, sería tan despreciable que huiríamos de él...

Talavera se echó a reír por no llevarle la contraria.

Un domingo por la tarde Octavio se presentó inesperadamente en casa de Hortensia. Ella misma le abrió la puerta. Al verle hizo un amago de disgusto.

—¿Por qué has venido?

—Tenía necesidad de verte —sonrió él sin atreverse a cruzar el umbral.

—Nos vimos ayer...

—Pero estaba tan deseoso de tu compañía que pensé no te molestaría que viniese a verte.

—No es que me molestes... —le hizo pasar al minúsculo recibidor con un perchero cargado de ropa—. Ya te he dicho que los domingos me gusta pasarlos con mi familia. Por la mañana voy a ver a mi padre y a mi hermano a Santa Rita y la tarde la dedico a arreglar la ropa, y si vienen algunos amigos charlamos.

—¿No puedo ser yo uno de ellos?

—No sé. Tú eres distinto... Nosotros hablamos de cosas que a lo mejor a ti no te gustan. Como dice el abuelo, nos pasamos la vida rascándonos las llagas como el pobre Job.

—Casi todos los españoles hacemos lo mismo, con la única diferencia de que las llagas de unos son más dolorosas o más recientes que las de otros.

El cuarto era oscuro y mal ventilado. El pasillo por el que Hortensia le condujo olía a repollo, sardinas fritas y humedad. En el comedor se hallaba el abuelo Zacarías, un anciano amojamado y ciego, junto a una ventana abierta que daba a un patio interior con colgajos de ropa.

—Es Octavio Pacheco, abuelo, el que se ha preocupado de traer a papá y a Floreal a Madrid... Te conoce muy bien. Le he leído algunas cosas tuyas...

El anciano le estrechó la mano emocionado, dándole las gracias por lo que había hecho por su hijo y por su nieto. Luego, sin transición, le dijo que había conocido a su tío don Juan Manuel en la redacción de «El Imparcial», donde había trabajado de corrector de pruebas.

—Su tío era uno de los pocos liberales de verdad —le dijo.

—Lo malo es que los liberales nos han dejado con la revolución pendiente.

—Tiene usted razón. Si ellos hubieran hecho lo que tenían que hacer y lo que tantas veces prometieron, no hubiera venido lo que vino luego...

Mientras el anciano le contaba peripecias y anécdotas de su tío con el «zorro» de Sagasta y el «ladino» de Romanones, Alicia salió un momento y volvió con sus hermanos, los tres un poco violentos y forzados.

Liana, que seguía a Hortensia en edad, era una chica muy guapa, pero tan asustadiza y tímida que daba la impresión de hallarse al borde de un precipicio. No hizo más que saludarle y escabullirse sin que Octavio oyese el timbre de su voz.

Amor, con sus diecisiete años, era tan serio y formal que parecía tener más edad. El muchacho estudiaba de día y a partir de las seis trabajaba en la barra de un bar. Octavio trató de sonsacarle e incluso habló de buscarle un empleo mejor, pero su reserva y desconfianza no le dieron pie para insistir.

La menor de todos se llamaba Margarita y era una criatura tan exquisitamente delicada que hablaba quedamente, susurrando las palabras. Su fragilidad y endeblez preocupaban intensamente a sus hermanos y abuelo. Hortensia le dijo luego que cuando el padre y el hermano mayor fueron condenados a muerte había intentado suicidarse, y desde entonces tenían que tener mucho cuidado con ella.

—El día que entraron los moros en Madrid se llevó tal susto que no ha vuelto a reponerse —dijo el abuelo—. No hay quien le haga salir a la calle.

—¿Es que le hicieron algo? —miró Octavio a Hortensia.

—No, no, ¿qué le iban a hacer si tenía nueve años? Además, cuando nos echaron de la casa donde estábamos evacuados y nos vimos en la calle con los atadijos de ropa y los pocos objetos de uso personal que nos dejaron sacar, no se apartó de mamá un solo momento... Debió ser la impresión, aquel ambiente de histerismo, los insultos que recibimos por los que nos echaron de la casa poco menos que a patadas. Y luego sin saber dónde ir, a quién recurrir.



—¿No teníais ningún amigo que os pudiera ayudar?

—La mayoría de nuestros amigos y conocidos se encontraban en las mismas circunstancias o peor. El paroxismo nos alcanzaba a todas las víctimas del derrumbamiento... ¿Quién podía imaginar que el coronel Casado nos hubiera entregado maniatados sin ninguna garantía?

—Realmente no teníais posibilidades de defensa. Más o menos tarde hubierais sido aplastados.

—Pero no de aquella manera —dijo el abuelo.

—Papá lo tenía todo arreglado para marcharnos a México. Yo tenía gran ilusión... Adoraba al presidente Cárdenas... Si mamá no hubiera estado tan enferma...

Siguieron hablando hasta que empezó a llegar la gente. Primero fueron dos mujeres, las cuales soltaron su carga de bulos y noticias «de buena tinta». En la mezcolanza había de todo: fusilamientos en masa en varias prisiones, acuartelamiento de tropas, motines y sublevaciones en Bilbao y Barcelona, evasiones de presos... Una de las mujeres afirmó que en la embajada inglesa, donde iba todos los días a recoger boletines de información y propaganda aliada, le habían asegurado que tenían un millón de hombres listos para desembarcar en España. Otra aseguró que la duquesa de Castellares había dicho que antes de un mes don Juan entraba por «riles» en el Palacio de Oriente. Cada persona que llegaba era portadora de algún chisme tendencioso y aberrante. Dos muchachos jóvenes fueron a despedirse de Hortensia, porque habían decidido incorporarse a una partida de guerrilleros que estaba operando en los Montes de Toledo... Al final terminaron hablando del estraperlo y de las cartillas de racionamiento.

Cuando Octavio se levantó para marcharse, Hortensia le acompañó hasta la puerta.

—No sé cómo puedes aguantar tanta alucinación —dijo él.

—Qué quieres que haga. Yo sé que casi todo lo que se habla y se dice es mentira. No me gusta, te lo aseguro, pero no tengo valor para luchar contra la

esperanza, por más que sea ruin y miserable... ¿Te ha molestado lo que ha dicho esa compañera de tu madre?

—De ninguna manera. Quizá es lo más sensato que ha dicho... no porque mi madre no quisiera que fuera cierto, sino porque no puede, lo mismo que vosotros no podéis modificar el curso de la historia.

—Hale, márchate... —retiró la mano que Octavio retenía cariñosamente—. Mañana hablaremos más detenidamente, ¿quieres?

—Sí, tenemos que hablar en serio. No puedes continuar así...

Le preocupaba Hortensia como no le había preocupado ninguna otra mujer, ni siquiera Claudia. Se le enroscaba en el sueño, vibraba en sus sentidos, se introducía en su pensamiento y dislocaba sus reflexiones... No es que él fuese un fauno. Como buen doctrinario y moralista estaba acostumbrado a dominar sus pasiones. El mismo había escrito: «El amor es una extraña aleación de erotismo, sentimiento y afinidad. Cualquier desequilibrio en estos componentes destruye la armonía del ser».

Casado joven y enamorado había disfrutado plenamente del amor, encontrando en su mujer el complemento indispensable de la vida. Pero ahora las cosas eran distintas. Se encontraba solo con su pasión, con aquella pasión delirante que garrapateaba estrofas quemantes o dibujos que luego le hacían sentirse culpable.

Hortensia le tenía desconcertado. Educada en un sentido muy amplio, cuando se hablaba con ella no parecía ignorar nada que afectase a la naturaleza. Se mostraba partidaria del amor libre, hablaba de los problemas sexuales con una erudición que hacía ruborizarse a Marta y Alicia y aportaba clarividencia y lucidez en los conflictos íntimos. Por otra parte, existían sus relaciones con el coronel Mijares... La maledicencia la señalaba como su amante y ella no lo desmentía. Cuando se le hacía alguna alusión en este sentido, sonreía de una manera que desarmaba al más osado, pero sin dar ninguna explicación.

En cierta ocasión, Octavio preguntó a Alicia:

—¿Tú crees que Hortensia tiene algo que ver con el coronel Mijares?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No lo tomes a mal. Es simple curiosidad.

—Simple, pero morbosa... ¿Qué nos importa a nosotros si tiene o no tiene que ver? Hortensia es una buena muchacha y eso debiera bastarnos para no perderla el respeto.

—¿Y quién se lo pierde?

—Tú.

—No creo que haya hecho nada para merecer semejante reproche.

—Sí lo haces, Octavio. Quizá tú no te das cuenta que la estás cercando con tus asiduidades, pero yo sí... No me explico cómo has podido olvidar tan pronto a Claudia.

Octavio no respondió. Era demasiado pudoroso para exhibir su intimidad. Pero unas horas después le decía a Hortensia:

—¿Te molesta mi compañía?

—De ninguna manera. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé... —se encogió de hombros—. A veces pienso que te molesto.

—Pues te equivocas... —puso ella su mano sobre la de él y en sus labios se entreabrió una sonrisa—. Me gusta tu compañía. Cuando estoy contigo se me pasa el tiempo sin darme cuenta.

—¿Pero me quieres de verdad?

—Te quiero a mi manera.

—Que es algo así como sufrir, ¿no?

—El sufrimiento no podemos evitarlo. Nos rodea por todas partes. Fíjate cómo está el mundo. Y no hablemos de nosotros... Sería demasiado egoísmo aspirar a la felicidad mientras los demás sufren.

—Si te digo la verdad, en este momento el mundo me trae sin cuidado. Eres tú quien me preocupa... ¿Por qué no podemos ser nosotros felices con absoluta independencia del mundo? Yo he pensado que podía solicitar el reingreso en el cuerpo diplomático y pedir un empleo en cualquier país hispanoamericano...

—Y los demás... mi padre, mis hermanos, mi abuelo los echamos en el cubo de la basura, ¿no?

—No, claro que no. Haremos todo lo que podamos por ellos... Yo no soy tan rico que apalee millones, pero lo que tengo está a tu disposición.

—Te lo agradezco, pero no puede ser. Yo tengo que estar con los míos, a su lado... No podría vivir de otra manera...

Aquella tarde discutieron vivamente y cuando se despidió de ella se hizo la idea de no volver a verla. «Es una esfinge con secretos», escribió en su libro de notas. «Juega con el amor como cualquier ramera para obtener lo que desea, pero en el fondo el amor no le interesa. El pobre Mijares es un gozquecillo y yo podría ser otro... Bien sabe Dios que detesto todo lo grosero, pero el puro platonismo a mis años, con la sangre hirviendo y el delirio en la mente, es ridículo. No quiero quemarme en fuegos fatuos ni ser víctima de la irrealidad».

La «irrealidad», sin embargo, siguió filtrándose solapadamente en su espíritu. No iba a verla ni hacía nada por encontrarse con ella, pero vivía inmerso en la frustración del deseo. La mesa de trabajo la tenía siempre llena de dibujos y estrofas inspirados en ella... La fiebre de la inhibición, se decía. Tendré que buscarme una querida para librarme de Hortensia.

Mientras tanto, sus poemas más comedidos aparecieron en una revista que se anunciaba «abierta a todos los vientos y con el alma herida por todas las renunciaciones». Era una publicación que pretendía ser vanguardista en la medida que podía serlo. No faltaban en ella atisbos de rebeldía ni solapadas manifestaciones de inconformismo, por más que se encubriese con excesivo ropaje y oscuras metáforas.

Los versos de Octavio fueron acogidos por la nueva generación poética como una explosión de libertad. Pero sus antiguos amigos dieron la voz de alarma y en las tertulias y mentideros donde se cuecen los chistes y se alían las sátiras,

se caracterizó a Octavio en forma de querubín abriéndose camino en los etéreos campos celestiales con un enorme falo. Un famoso crítico llegó incluso a calificar sus poemas de «calambres lujuriosos que rondaban la pornografía».

Octavio vivía un tanto al margen del revuelo promovido, porque de suyo no era aficionado a las «charlas de café». Pero su madre, que tenía cien ojos y cien oídos para enterarse de todo lo que pasaba, le dijo un día:

—¿Es que piensas convertirte en un García Lorca cualquiera?

—¿Por qué lo dices? —se puso Octavio prudentemente a la defensiva.

—¿De modo que no te has enterado que andas en chistes y caricaturas que ofenden la moral?

—No sé por qué... —apartó la vista de la mirada escudriñadora de la madre y sus pálidas mejillas se colorearon—. ¿Has leído a García Lorca, mamá?

—¿Yo...? Dios me libre. Ya tengo bastante con oír hablar de casadas infieles y yermas puestas en romance por una imaginación morbosa.

—Pues no sé si sabrás que cada día es más actual y cuenta con más admiradores.

—¿Por eso quieres imitarle?

—Yo no le imito, mamá. Mis poemas son mi problema.

—Ya se ve, no es necesario que te esfuerces en demostrarlo. ¿Pero tú crees que esos desahogos rijosos pueden leerlos tus hijos?

—No veo por qué tienen que leer mis hijos lo que todavía no pueden comprender. Los escribo para los hombres.

—Los de la raza de Caín, ¿no?

—Y los de Abel... No hay hombres buenos y malos, mamá. Cada hombre vive su circunstancia, como dijo Ortega.

—Otro que tal baila... Hijo mío, estás perdidito. Pero lo que yo quería decirte es que un padre no debe escribir cosas que puedan hacer ruborizarse a sus

hijos o avergonzarse el día de mañana. Con esto del amor te digo lo mismo que cuando te dio por hablar del imperio, que esas cosas se hacen sin decirlas. ¿Por qué tienes que andar dando oídos al pregonero...? Yo no te pido que hagas voto de castidad ni mucho menos. Sólo te pido que no estragues a las almas puras...

Después de mucho discutir, Octavio prometió a su madre que suspendería la publicación de aquellos poemas por no dar que hablar a la chismorrería política, que más que juzgar su obra, especulaba con su nombre para defender los intereses opuestos.

Se la encontró casualmente el día del cumpleaños de Gabrielín en la finca de Talavera. Cuando él llegó estaba de cháchara con Alicia y Marta. La blancura de su liviano vestido realzaba el dorado de su carne y la melena de reflejos cobrizos le caía en cascada sobre los hombros desnudos. Alicia le dijo que estaban hablando de él y comentando los poemas que Hortensia les había recitado.

—Te lo agradezco... —retuvo la mano de Hortensia con un temblor de emoción.

—A mí, a pesar de lo que dice Hortensia, me parecen un poco verdosos. Tanto es así que de no haber visto tu nombre hubiera dicho que no eran tuyos... Qué pasiones. Tan comedido y serio siempre y ahora... lo mismo que los demás.

—Es el celibato —bromeó Octavio.

—Caray con el celibato... ¿Y qué sabes de Claudia?

—Nada, no sé nada —se encogió de hombros.

—Pues tal y como están las cosas debieras preocuparte. Yo la he escrito tres cartas y no me ha contestado.

—No escribe a nadie.

—No me digas que no ha sido una locura marcharse. Cada vez que pienso que puede caer en manos de los rusos se me pone carne de gallina.

—Yo no creo que los rusos entren nunca en Alemania... —bisbiseó Octavio con la mirada puesta en las piernas morenas de Hortensia—. Ayer mismo me decía un amigo alemán que Hitler posee armas secretas de gran capacidad destructiva y unos gases especiales que en último extremo podrían fijar al enemigo en sus fronteras y obligarle a pactar...

Hortensia y Marta se alejaron discretamente cogidas del brazo.

—Es horrible —dijo Marta—. Cada vez que oigo hablar de los gases y las armas secretas alemanas me pongo enferma.

—A mí me parece una superchería de la propaganda... ¿Tú crees que si tuvieran todo eso hubieran consentido que los aliados desembarcaran en las playas de Normandía?

—Pero son muy capaces de ponerse de acuerdo con Churchill y Roosevelt... Los capitalistas son todos iguales. A la hora de enfrentarse con el proletariado siempre se ponen de acuerdo.

Gabrielín y Conchi ya les habían visto y corrían hacia ellas dando gritos. Talavera estaba jugando en la yerba con la pequeña Genoveva, una criatura graciosa y vivaz que trepaba por encima de su padre loca de alegría. Al verlas llegar se levantó y encendió un cigarro.

—Qué, ¿venís a daros un baño?

—Yo de buena gana me lo daba, pero no tengo bañador —dijo Hortensia.

—Tampoco lo tiene Genoveva y mira lo guapa que está.

—Si me lo dices dos veces me tiro al agua. Ya sabes que no me asusta el desnudismo.

—Ni a mí tampoco...

Gabrielín y Conchi volvieron a meterse en la piscina y Marta se puso a jugar con Genoveva.

—¿Sabes que estás muy guapa? —se estiró Talavera maquinalmente el bañador de nylon blanco que marcaba con exactitud la protuberancia de sus genitales.

—Tú tampoco estás mal... si no fueras tan sinvergüenza... ¿Te has enterado de lo de Láinez?

—Sí, me han dicho que le han confirmado la «pepa».

—Tiene preparada la fuga para esta noche y me ha dicho que te pidiera el coche... —vio como se le erizaban los pelos del pecho y se le granulaba la piel áspera—. Me ha asegurado que no me lo negarías...

—No, claro que no. Por Láinez haría cualquier cosa, pero como lo agarren me busca la ruina... ¿Quién va a llevar el coche?

Yo.

Sus miradas chocaron y se estremecieron desasosegadas. Talavera le puso las manos sobre los hombros y quiso conocer todos los detalles de la fuga. Le pareció demasiado para la bella muchacha que se embebía en su ardor posesivo y espontáneamente se ofreció a acompañarla, aunque lo arriesgase todo.

—Por allí vienen Alicia y Octavio... —le advirtió Hortensia al verle excitado. Y Talavera corrió a zambullirse en la piscina. La mirada de ella le siguió hasta que le vio asomar la cabeza.

La pelota con la que jugaban Marta y la niña fue a parar a las tapias de la finca y entonces Hortensia se dio cuenta que estaba demasiado nerviosa y corrió tras ella para distanciarse de Octavio, a pesar de lo cual éste la siguió.

—Alicia es una pesada. ¿Por qué te has marchado...?

—Como estabais hablando en secreto...

—Yo no tengo secretos para ti.

—Pero te preocupa tu mujer, ¿no?



—Sí, claro, pero no por lo que tú crees... Claudia ya no me interesa, aunque si pudiera sacarla de aquel infierno lo haría con toda mi alma.

—Lo comprendo... —le cogió del brazo afectuosamente—. Anda, vamos, que nos están llamando...

Alicia reprochaba a su marido tener a la niña desnuda y andar él con aquel taparrabos indecente que se había comprado en Londres.

—No digas que la niña no está preciosa sin ningún trapo —dijo Hortensia.

—¿Verdad que sí? —desfrunció Talavera el entrecejo.

—A mí no me gusta el desnudismo. Lo considero un libertinaje... —siguió Alicia bregando con la pequeña, que se negaba a ser vestida.

Doña Genoveva, doña Rosario y Cristina habían preparado la merienda al aire libre, a la sombra de los copudos nogales de la parte trasera de la casa. Más que merienda resultó un verdadero festín por la variedad de fiambres, dulces y bebidas de todas clases.

Sin la especial versatilidad de Alicia y su tendencia a, criticar a su marido por lo que hablaba o por lo que bebía, la fiesta hubiera resultado deliciosa. Pero al final se atufó por un chiste picante que Talavera contó a Hortensia y Octavio, levantándose de la mesa con los nervios chirriantes.

—Tienes tan poco pudor que no te das cuenta que hay niños y personas mayores, y otras a las que no nos gustan esas groserías.

En realidad no tenía ninguna razón. Doña Rosario y doña Genoveva conversaban aparte al otro extremo de la mesa y los niños jugaban bastante distanciados.

—No creo que tenga ninguna importancia —dijo Octavio.

—Sólo faltaba que tú también le justifiques —se alejó Alicia ofendida.

—Está rara, ¿verdad? —miró Hortensia a Talavera.

—Yo cada día la entiendo menos.

—Son las rarezas del embarazo —habló Marta—. Además, está preocupada por lo del hermano. ¿Es verdad que se encuentra en Francia?

—Es lo que le han contado, pero yo no tengo ni puta idea. Es más, ni siquiera lo creo.

—Yo tampoco —dijo Octavio—. De hallarse en Francia hubiera escrito o se sabría algo de él.

—No hay que hacer caso —intervino de nuevo Talavera—. Se lo ha dicho Maruja muy en secreto y yo supongo que son embrollos de Ratín para hacerse el interesante.

La destemplanza de Alicia disolvió prácticamente la reunión. Octavio se levantó para ir a buscarla y Marta se puso a hablar con doña Rosario y doña Genoveva.

—Cuando vaya a llevar a la tía y a Marta, te vienes con nosotros y luego nos vamos a lo de Láinez.

—Lo he pensado mejor y no quiero arruinarte. Voy a llevar el coche de Octavio.

—¿Te lo ha ofrecido él?

—Sí.

—¿Pero sabe para lo que es?

—Más o menos... Le he dicho que a eso de la una tenía que ir a buscar a dos amigos que se encuentran en mala situación.

—Tratándose de ti hará cualquier cosa. El pobre se derrite cada vez que te mira... Claro que no es sólo él. A mí me las estás haciendo pasar moradas...

En la escalinata aparecieron Alicia y Octavio.

—No me extraña que la pobre Alicia esté tan irritada contigo... —se levantó Hortensia.

Octavio recordaría los acontecimientos de aquella noche como algo irreal. Antes de salir de Madrid ella le puso en antecedentes del proyecto sin ocultarle nada, más bien exagerando las dificultades y peligros. «Piénsalo bien. Si tienes miedo mejor es que no vengas conmigo...». «¿Quieres tú que vaya?». «Cómo no lo voy a querer. Si no quisiera no te lo hubiera dicho». «Pues entonces no hay más que hablar...». Ella se inclinó y le besó en la mejilla. La noche era una filigrana de alegría. Las estrellas en lo alto brillaban enardecidas y en la tierra los grillos cantaban su celo. El potente y anticuado descapotable de Octavio abría camino de fragancias serranas en la noche canicular. En el recodo de la carretera aparecieron las aguas espejeantes del río y ella recitó: «La luna bajó a la fragua con su polisón de nardos...» Y él siguió: «el niño la mira, mira, el niño la está mirando...». Paró el coche.

—Da gusto ver el agua, ¿verdad?

—Como que de buena gana me daba un baño.

—De noche sólo se bañan las ninfas y los faunos.

—Pues yo no quiero ser menos que ellos... —salió del coche.

El la siguió hablando a voces del peligro de los ríos. Algo miope como era, se movía con torpeza en la quebrada de cardos y zarzamoras que descendían al río. Los zapatos resbalaban en los yerbajos... Cuando llegó a la minúscula playa de pedriza, se quedó pasmado sin dar crédito a lo que veía. La visión duró el tiempo justo de zambullirse ella en el agua. Su audacia le tenía agarrado con un hálito de emoción. Siguió pendiente de las ondas y curvaturas que marcaban su estela hasta que la vio reaparecer en el centro de la poza. «¿Qué haces ahí? Ven...». Magnetizado por los senos bañados de luna empezó a desvestirse con impaciencia. La última prenda le hizo dudar, pero terminó quitándosela. Plaff... Debajo del agua se encontró con ella y reaparecieron abrazados en cascabeleo de risas. El trató de retenerla en el abrazo, pero se le escurrió y desapareció de nuevo debajo del agua. Nunca sabía dónde se encontraba. Fugitiva y sinuosa se le enroscaba en el cuerpo o le sorprendía por la espalda, para huir apenas sentía rebrotar en él el instinto de posesión... El apasionado juego se prolongó largo rato. A la salida del agua hizo lo mismo que a la entrada, se escapó ladinamente y se vistió con premura.

—¿No te parece que eres demasiado cruel? —le dijo Octavio en el coche.

—¿Por qué...? —le contempló ella con las pupilas chispeantes de picardía, mientras se recogía la melena en una cola de caballo.

—Tu libertad es una ofensa. Juegas con ella sádicamente.

—Yo sólo quería darme un baño —le besó en los labios fríos.

—El baño me lo has dado a mí...

—Si las cosas salen bien luego me marcharé contigo al hotel.

—¿De veras...? —se le deshizo el frunce del entrecejo.

Por toda respuesta Hortensia volvió a besarle.

Cenaron en un pueblo de la Sierra que celebraba ruidosamente sus fiestas. Octavio nunca se había sentido tan alocadamente juvenil. Bailaron y se divertieron despreocupadamente hasta cerca de las doce. Incluso estuvo a punto de pelearse con un jovenzuelo achispado que se empeñó en bailar con la muchacha, permitiéndose decirle que creía que era su padre. De regreso, se puso Hortensia al volante, porque él estaba demasiado inseguro y nervioso. Se adhería a ella con espíritu exaltado. Hortensia lo atribuyó a que había bebido más de la cuenta.

—¿Por qué a tu lado el mundo me parece distinto?

—Porque yo soy la verdad y la vida.

—No me gusta bromear con las palabras de Dios.

—No bromeo. Mi lema es vivir en la verdad. Por eso me gusta el juego limpio.

—¿Crees que yo no juego limpio?

—A tu manera sí, pero no a la mía.

—Sabes que si pudiera me casaría contigo.

—No digas tonterías. El matrimonio es lo que menos me interesa.

—Entonces, ¿por qué...? Ya te he dicho que podíamos irnos a vivir a cualquier parte.

—¿No te parece absurdo hablar de quimeras mientras nos estamos jugando la libertad?

—Tienes razón...—se quedó abstraído con la vista perdida en la carretera que el coche devoraba.

Al llegar al Puente de los Franceses, ella le dijo:

—Todavía estás a tiempo. Si quieres puedo llevarte al hotel o donde tú digas.

—Yo no tengo más que una palabra... ¿No pensarás que tengo miedo?

—Miedo no, claro. Pero puedes tener escrúpulos...

—Por lo menos no en el sentido que tú piensas. Sé por experiencia que la razón de Estado es con frecuencia injusta. Es más bien por ti... ¿Crees que merecen que te sacrifiques por ellos?

—Estoy segura que lo merecen y aunque no lo merecieran quizá también lo haría...

Ya no volvieron a hablar hasta parar en una bocacalle desde la que se veían los altos tapiales del antiguo colegio de Santa Rita, convertido en prisión provisional.

—Yo voy a dar una vuelta. Mientras tanto tú podías levantar la capota para llamar menos la atención.

—Prefiero acompañarte. Quiero estar seguro de que no te pasa nada.

—No seas niño... —le rozó las mejillas y los labios en un beso fugitivo—. Yo lo tengo perfectamente estudiado. Te ruego que no insistas... Hay que actuar con absoluta seguridad, sin pérdida de tiempo...

La vio alejarse con una sensación de asfixia. El corazón le golpeaba en el pecho y los pulsos le temblaban. La luna había desaparecido, pero la noche seguía siendo diáfana por la miríada de estrellas. La callejuela no podía ser más siniestra. En algún lugar cercano estaban cargando o descargando chatarra y

más lejos se percibía un chirrido estrepitoso. Del lado de la prisión surgió una voz ronca cantando un fandanguillo:

«A mi mare en la agonía,  
la mano la levanté,  
a mi mare en la agonía.  
Que Dios me mande castigo  
que no me pueda mover...  
Quiero que me entierren vivo...».

El lacerante estribillo fue interrumpido por una voz que gritó: Alerta el uno. Alerta el dos. Alerta el tres... Mientras continuaban los centinelas dando el alerta, Octavio sintió que se le ponía carne de gallina. Pensó con angustia que hubiera fracasado la tentativa. Pero antes de que sonara el último alerta, vio aparecer por otra callejuela a dos hombres y una mujer cogidos del brazo.

—Tira hacia Cuatro Caminos... —se sentó Hortensia a su lado.

—¿Todo bien?

—Ya lo ves.

—Ni se han enterado —dijo uno de los hombres que se habían sentado en la parte de atrás.

Por el espejo retrovisor los vio en mangas de camisa, despechugados. Uno de ellos era grandote y atlético. El otro era más enjuto y tenía un gesto apretado, rabiosamente saturnino. Dentro del coche se percibían las respiraciones agitadas y un olor nauseabundo que Octavio conocía muy bien, el olor a miedo, una mezcla de orines y semen que se hacía patente en los comienzos de los combates. Al llegar a la calle de Bravo Murillo se metieron por un dédalo de callejuelas estrechas y mal adoquinadas para detenerse ante una taberna que tenía el cierre medio subido. El tabernero los recibió con silenciosa efusividad, bajando el cierre inmediatamente. Luego salieron otros dos

hombres de la trastienda que abrazaron a los evadidos y estrecharon la mano de Octavio.

De los dos fugados el que llevaba la voz cantante era el de la cara saturnina, al cual llamaban Láinez. Octavio pensó que su cara no le era desconocida. Tanto Hortensia como los demás estaban pendientes de él y absorbían sus palabras secas y precisas con admiración y acatamiento. En uno de los revuelos de su mirada inquieta, clavó la vista en Octavio con desconfianza.

—¿No eres tú Pacheco de Guzmán?

—Sí, sí, a mí también me parece que te conozco, pero en este momento no recuerdo...

—Coño, tienes mala memoria. ¿No recuerdas las trifulcas que tuvimos en la primera galería de la Modelo?

—Claro que sí, ahora me acuerdo... Antonio Láinez, ¿no?

—Lo que no comprendo es como... —miró a Hortensia con el entrecejo arremolinado.

—Es amigo mío. ¿Te parece mal?

—No, no, de ninguna manera, confío plenamente en ti...

Octavio se sintió molesto y le dijo a Hortensia que se iba a marchar.

—Nos iremos los dos dentro de un momento.

Pero luego Octavio y Láinez se pusieron a recordar sus tiempos en prisión y las polémicas que sostuvieron en el patio José Antonio y algunos dirigentes del anarcosindicalismo. Cuando se despidieron cerca de las cuatro de la madrugada, Octavio le dijo que le gustaría volver a charlar con él en una situación más sosegada.

—¿Crees que se ha molestado por haberte acompañado? —dijo Octavio al tiempo que ponía en marcha el coche.

—No. Lo que pasa es que tal y como están las cosas desconfiamos de todo el mundo.

—¿A dónde quieres que vayamos?

—Al hotel... ¿No habíamos quedado en eso?

—Sí, pero no sé si es que ya me he enfriado o no estoy seguro de que me lo prometieras de buena gana.

—Si no te lo prometí entonces, te lo prometo ahora. Lo que has hecho esta noche no lo olvidaré nunca... Eres estupendo.

Ya en la habitación, mientras se desnudaban, todavía le dijo:

—¿Estás enamorada de Láinez?

—Láinez está casado y tiene dos hijos, aunque su compañera apenas si se preocupa de él.

—Ya sabes que eso no importa. En mi agenda tengo anotada una frase tuya que dice que el amor es la única libertad contra la que se estrellan los tiranos.

—Bueno, yo casi siempre estoy enamorada de alguien que sufre.

—Por eso a mí me quieres un poquitín, nada más que un poquitín.

—Yo creo que te quiero más de un poquitín... —le contempló en la más absoluta desnudez y se abrazaron parsimoniosa y dulcemente.

Al día siguiente Octavio escribió en su libro de notas: «Hortensia acaba de marcharse. Después de la conversación telefónica que ha sostenido con Talavera se ha puesto muy nerviosa y complicada. ¿Por qué sabía Talavera que estaba conmigo? ¿Quién se lo ha dicho? Su explicación es que Talavera es muy astuto y ve crecer la yerba. Como nos ha visto tan juntos esta tarde, debe habérselo figurado... Sí, tiene razón, con el deseo gritando en la sangre y las pupilas borrachas de ilusión. Soy un mal simulador. Alicia también se ha mostrado preocupada por mí. Teme que Hortensia me «cace». Con lo que daría yo por ser cazado, por tenerla segura en mis brazos para siempre. El poema de la duda subsiste. Su cuerpo se entrega gozoso, pero su alma sigue siendo inasible. Para que diga Láinez que tenemos que salvar al hombre de la coraza de hipocresía con que lo han revestido el idealismo y la religión. Quizá sea cierto que el idealismo falsea, que la espiritualidad mixtifica, pero la



naturaleza es tan frágil que cuando nos dejamos dominar por ella, como me ocurre a mí en este momento, naufragamos en el delirio de los sentidos».

La discusión con Láinez había removido en su cerebro ideas latentes sobre el problema social. Cuando él ya daba por muerto y enterrado el viejo anarcosindicalismo español, se le volvía a presentar inquietante y problemático como en sus primeros años de activismo. Despreciando su teoría, por disolvente y corrosiva de la tradición, no le ocurría lo mismo cuando se paraba a meditar en su capacidad asociativa y en su fuerza dinámica, de las que el nacionalsindicalismo, con José Antonio y Ramiro de Ledesma a la cabeza, habían decantado sus bases teóricas y místicas, con su secuela de acción directa, «dialéctica de pistolas» y desprecio por la política de zurcidos, componendas y pucherazos electorales. «Nos habéis quitado hasta la bandera», le había dicho Láinez... Aquello era como un despertar a la realidad soterrada por la guerra y los corruptores mitos imperialistas.

En días sucesivos Octavio mostró gran interés en volver a hablar con Láinez, pero Hortensia opuso ciertas dificultades. Según le dijo, la situación del evadido era muy delicada por la tenacidad con que era buscado.

—Creo que yo podría ayudarle. He hablado con algunos amigos que desempeñan cargos importantes y me han asegurado que no sería nada difícil obtener el indulto si se aviniera a colaborar en los sindicatos.

—Láinez piensa marcharse a Francia —dijo Hortensia.

—¿Con los alemanes allí? —arqueó las cejas Octavio.

—Los alemanes están sobre ascuas. Parece que el «maquis» domina grandes extensiones de montaña.

—No comprendo por qué tiene que marcharse de su patria. Digas lo que digas su puesto está aquí.

—No digas tonterías... De aquí a los luceros no hay más que una madrugada cualquiera.

—Eres tremenda. A veces me pareces tan fanática como mi mujer... No se puede hablar contigo. Te domina el espíritu revanchista. Y el caso es que en otros aspectos eres encantadora.

—Un bombón, como dice el Coronel... —se echó a reír Hortensia.

—No me digas que no es ridículo... Digas lo que digas, no estoy convencido de que Mijares sea tan inofensivo. Si le mandarás al rábano me darías una gran satisfacción.

—El tampoco te tiene mucha simpatía. Cada vez que vas por allí se pone hecho un cascarrabias...

Discutieron con cierta vehemencia. Amablemente, pero con creciente obstinación Octavio hizo lo posible por separarla del coronel Mijares. Estaba tan celoso que las buenas relaciones empezaron a avinagrarse... «Tienes que aceptarme tal y como soy», le había dicho ella. Si al menos hubiera estado seguro de que Hortensia le correspondía sinceramente... Para un hombre celoso no hay detalle sin importancia ni sonrisa sin incógnita. Creyendo que pudiera estar enamorada de algún desconocido, uno de esos amores que en la vida de las mujeres sustituye muchas veces al amor real o actúa de doblaje en su vida sentimental, espía sus pasos, observó a sus amigos y estudió sus reacciones sin encontrar más punto de referencia que Láinez. Aunque ella lo negaba y el día que le comunicó que el evadido había traspuesto la frontera pareció tranquilizada y hasta le hizo objeto de una especial ternura, en su espíritu se formó un légano de frustración que se oponía al aliento maravilloso.

El desembarco aliado en las playas de Normandía fue para él un golpe muy duro, pero lo encajó deportivamente, casi con alivio al ver que España quedaba fuera del campo de operaciones. «Los leopardos británicos y los chuchos yanquis van a saber ahora lo duro que es clavar el diente a la fortaleza europea», dijo a unos amigos que se mostraban asustados por lo que parecía un cambio irreversible en la marcha de la guerra. Pero la cosa no quedó ahí. Por aquellos días publicó un artículo en el que venía a decir que la genial estrategia alemana había llevado la zona de operaciones a un terreno en el que podía embeber holgadamente al ejército enemigo, imponiéndole una

sangría irrestañable que a la larga sería fetal para las fuerzas de desembarco. Pero sus hipótesis no sólo no se cumplieron, sino que en el transcurso de pocos días tuvo que admitir que el mando alemán había sido sorprendido y todas sus defensas del Atlántico estaban siendo machacadas concienzudamente. Las noticias de los periódicos y los boletines ingleses y norteamericanos, le hicieron enfermar. La crisis que minaba su espíritu se transformó en angustiada desazón... Claudia, Claudia, gritaba en sueños... Uno de los días que fue a ver a su hijo al colegio, Ibero le recibió enfurruñado y molesto.

—¿Por qué no vas a buscar a mamá? —le dijo sin transición, abruptamente.

—Sí, ya lo he pensado. No creas que no me preocupa. Pero desde que se marchó no he recibido ni una sola letra suya, a pesar de que yo la he escrito algunas cartas. No contesta a nadie... ni a mí, ni a tía Alicia, ni a la abuela...

—A mí sí me contesta.

—¿Sigue en el Ministerio de Propaganda?

Ibero asintió con la cabeza sin mirarle.

—Habría que hacer algo, pero no sé... —hundió los hombros y apartó la mirada de su hijo convencido de que si le seguía mirando le estallarían las lágrimas—. Si yo supiera que se venía conmigo, iba a buscarla... ¿Qué te dice a ti? Me gustaría leer las cartas que has recibido, saber a qué atenerme, lo que puedo hacer por ella.

—Mamá no quiere que te las enseñe.

—Entonces no sé, no me atrevo... Tb madre es muy orgullosa, sabes... —se humedeció los labios y se aflojó el cuello de la camisa.

—Te las voy a enseñar —se levantó Ibero decidido.

Cuando el muchacho regresó debió darse cuenta que su padre había llorado, porque depuso el gesto enfurruñado y se mostró más cariñoso.

La primera carta de Claudia le resultó irritante y penosa. Jugaba con el resentimiento y la cicatería. Sin decir nada contra él ni mencionarle, retorció

los hechos con malignidad, dando a entender que era la víctima de su caprichosa frivolidad. La segunda era un canto al poderío alemán y a los designios providenciales de Hitler. En ella ponía en guardia a su hijo para que no se dejase llevar por las debilidades del padre y las argucias de la abuela. Incluso se permitía verter algunas maliciosas insinuaciones sobre Alicia... A partir de la sexta carta, las cosas empezaban a cambiar. La fecha coincidía con la rendición de Von Paulus en Stalingrado. Por primera vez confesaba sus dudas y hablaba de él sin acrimonia. La nostalgia, los recuerdos y la añoranza de sus días felices en España predominaban sobre la guerra y la política... «No debes reprocharle a tu padre nuestra separación. La culpa fue de los dos o quizá de ninguno. La pasión nos engaña hasta el extremo de no ver lo que tenemos delante de los ojos ni distinguir lo falso de lo verdadero», le decía. Pero la que le conmovió hasta las raíces fue la última, que hacía la doceava en la clasificación de su hijo. Estaba fechada hacía poco más de una semana en Berlín y había sido escrita en diferentes momentos. Su caligrafía difícil y retorcida resultaba casi ilegible. Octavio tuvo que valerse de su hijo para descifrar algunos párrafos. Y cuando terminó de leerla, los dos estaban llorando.

—Yo no sé lo que quiere decir —se quitó las gafas para secarse las lágrimas.

—Dice que a lo peor no puede escribir ninguna carta más y que te diga que seguirá queriéndote más allá de la muerte.

—Es absurdo. No sé por qué tiene que morir... —se levantó Octavio crispado.

—¿Han entrado los rusos en Alemania?

—Sí, claro, y no deben estar muy lejos de Berlín. Pero todavía puede salir perfectamente.

—Ella dice que no quiere.

—Iré a buscarla. Ya verás si viene... —echó a andar hacia la puerta.

—Llévame contigo. Yo también quiero ir —se le abrazó Ibero.

—No es posible. Las cosas están muy difíciles... Por lo que dice tu madre el m Reich se ha convertido en el imperio del caos, viven en los refugios antiaéreos día y noche, carecen de alimentos... Es imposible. Reconócelo...

—¿Pero vas a ir tu?

—Te lo juro por mi honor. Haré todo lo que Dios me permita hacer... —se despidió de su hijo en la cancela del jardín de la residencia—. ¿Confías en mí?

—Sí, papá... —el muchacho le vio cruzar la calle y meterse en el coche sin volver la cabeza.

Desde el colegio se marchó directamente al palacio de Castillares a hablar con su madre. Tuvo que aguardar un rato, ya que estaba rezando el Rosario con la servidumbre. Su crispación y nerviosismo saltaban a la vista. Doña Mafalda le dejó hablar sin interrumpirle, pero cuando terminó movió la cabeza y abuchó las mandíbulas. Escuetamente le dijo que no podría llegar a Alemania.

—Tal vez no, pero quiero intentarlo... —insistió Octavio—. Sólo te pido que me facilites una entrevista con el embajador de Inglaterra para que me conceda un salvoconducto o un permiso especial para llegar a Suiza.

—¿Te parece bien después de haber organizado las manifestaciones para apedrearle la embajada?

—Me parece que este no es el momento de hablar de esas cosas —tragó saliva Octavio.

—Bien, puesto que estás decidido, aunque a mí me parece una solemne tontería, le llamaré por teléfono y si puede concederte lo que deseas creo que lo hará, porque es un caballero. Pero con el salvoconducto y todo vas a encontrar innumerables dificultades... Todos los caminos de Europa que conducen a Alemania están cerrados. Además, ¿quién sabe dónde está Claudia a estas horas? Y suponiendo que la encuentres, ¿podréis volver...? Es probable que los rusos entren en Berlín antes que los aliados...

La conversación con su madre robusteció su voluntad de salvar a Claudia fuera como fuera. Doña Mafalda le vio tan obstinado que le allanó el camino cerca de las autoridades aliadas para que pudiera llegar a Suiza. Con todo, el viaje no

resultó fácil. Los caminos se hallaban erizados de peligros. El odio que los nazis habían sembrado daba sus frutos crueles. La Francia jacobina se alzaba en una oleada de roja venganza.

Al llegar a Suiza se enteró que el ejército soviético cerraba su garra de hierro sobre Berlín. El destino trágico del imperio de Adolfo Hitler se estaba consumando a marchas forzadas. En Zurich se encontró con personas amigas y conocidas que daban gracias a Dios por haber escapado de las furias que se ensañaban con Alemania. Por retazos de unos y otros logró reconstruir, en parte, la vida de su mujer, asociada muy íntimamente a la del Dr. Goebbels, ya que trabajaba a su servicio inmediato. Un corresponsal español le dijo que últimamente su esposa había sido el inquisidor de los corresponsales extranjeros, especialmente de los de habla española y portuguesa. Parece que su intolerancia había alcanzado un grado de histerismo desesperado. «No nos dejaba pasar ni una», le dijo. «Cualquier alusión a las debilidades alemanas la exacerbaba».

Cuando ya estaba decidido a internarse en territorio alemán, llegó un escritor argentino de ascendencia germana que había trabajado a las órdenes inmediatas de Claudia. El hombre estaba anonadado y entontecido. No quería hablar ni saber nada de lo que estaba sucediendo. Su único deseo era regresar lo antes posible a las Pampas y embriagarse de soledad. Pero cuando le dijeron que el marido de Claudia tenía el propósito de llegar a Berlín para buscar a su mujer, respondió:

—No debe hacerlo. Claudia ha muerto.

Después Octavio consiguió entrevistarse con él y escuchó la historia de los últimos días de su mujer. Según le contó, había sido hecha prisionera por los rusos antes de que éstos llegaran a Berlín y, sin esperar a ser identificada, hizo uso de la cápsula de cianuro que todos los jefes nazis llevaban en previsión.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —le miró Octavio incrédulo.

—Fui hecho prisionero con su esposa en el mismo coche... Ella también hubiera podido escaparse, porque los rusos no tomaron medidas especiales contra nosotros ni sabían quiénes éramos. Pero Claudia estaba obsesionada

con la muerte. En los últimos días me dijo en diferentes ocasiones que no podría sobrevivir a la derrota alemana, y cuando se enteró que los tanques soviéticos estaban bombardeando la Cancillería se derrumbó literalmente...

Octavio agachó la cabeza y lloró, sin prestar atención al resto de la historia.

La duquesa de Castillares tuvo conocimiento del regreso de su hijo por los sibilinos comentarios que hacían algunos periódicos sobre un discurso pronunciado por Octavio en una reunión política celebrada en Valladolid. Las palabras quemantes cogieron a doña Mafalda de sorpresa. Para ella su hijo ya estaba de vuelta de la utopía revolucionaria. Pero de buenas a primeras se alzaba como un torbellino exigiendo la revolución nacionalsindicalista y acusando a los que estaban falseando el pensamiento de José Antonio.

Pensando que lo que se murmuraba pudiera ser un malentendido o una tergiversación de los pescadores de río revuelto, esperó impaciente la vuelta de Octavio a Madrid. Pero antes de que llegara éste, sus amigos y el correo le llevaron una docena de panfletos clandestinos con el discurso íntegro... «¿Merecía la pena haber sacrificado un millón de españoles y haber consumido el ahorro de la nación en una guerra cruenta, para restaurar cosas viejas y antipáticas?». No tuvo valor para seguir leyendo en voz alta. Lo que su hijo decía rebasaba con mucho lo peor que hubiera podido imaginar. A los estamentos más poderosos los acusaba de haber encerrado las fuerzas del espíritu en un dogmatismo levítico que paralizaba las corrientes renovadoras. El discurso, que doña Mafalda calificó de dinamita pura, terminaba diciendo: «Exigimos campo ancho para llevar a las fábricas, a las minas y a los hogares campesinos, el pan, la patria y la justicia».

—Una locura. Lo más insensato que he oído en mi vida... —resumió la duquesa de Castillares temblona y agitada por la ira—. Está loco, no me cabe duda que está mochales.

Sus aseveraciones fueron confirmadas por las personas que la rodeaban. Uno de sus contertulios se permitió decir que aquello era peor que la bazofia marxista y anarquista.

El efecto que produjo en la calle, sin embargo, fue distinto. De la noche a la mañana Octavio se hizo popular, tanto que al entrar en una dependencia sindical fue ovacionado.

Doña Mafalda se enteró puntualmente de la llegada de su hijo a Madrid, pero como pasaran las horas sin que fuera a verla ni pudiera dar con su paradero, llamó a Talavera, con quien seguía un tanto fría y desconfiada. Sin darle tiempo a saludarla le preguntó si había visto a su hijo, y el interpelado le respondió en el mismo tono que le tenía ante la vista, pues había ido a comer a su casa. La duquesa se mostró más amable y le rogó que le convenciera para que fuera a verla lo antes posible.

Dos o tres horas después Octavio se hallaba en presencia de su madre. En los dos meses que faltaba de Madrid se le habían afilado las facciones y los ojos le brillaban con humedad febril.

—Pobre hijo mío... —le estrujó doña Mafalda, palpándole y acariciándole las mejillas y los brazos—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no has venido a verme?

—No sé... —se hundió encogido en el butacón de cuero—. Me dijeron que estabas muy enfadada conmigo.

—Lo estaba y lo estoy, pero eso no tiene nada que ver. Demasiado sabes que mis enfados contigo son como las tormentas de verano.

—Estoy desesperado, mamá —se cogió la cabeza y se la apretó maquinalmente.

—Ya lo veo. Debías marcharte una temporada al campo... descansar, apartarte de los que te traen y te llevan como a un caballo de carreras.

—No podría estar tranquilo en ninguna parte. Me siento culpable de lo que está pasando en el mundo... Es horrible. Tú no te lo imaginas, no tienes idea...

—Lo que te pasa es que te encuentras enfermo... —le pasó la mano por la cabeza—. No te das cuenta de lo que haces. Todo lo que has dicho en Valladolid es peligroso y temerario. Sí, sí, te lo digo como lo pienso... La hora de vuestra revolución ha pasado. Pudisteis hacer algo al finalizar nuestra guerra, pero intentarlo ahora sería provocar una crisis de consecuencias



imprevisibles. En tanto los países sacudidos por la guerra no reconstruyan sus Estados y formen una muralla contra el comunismo, nosotros no podemos hacer ninguna concesión o reforma que soliviente los espíritus. Si queremos salvarnos no será dando rienda suelta a los demagogos, sino aniquilando los brotes de rebeldía.

—Es inútil, mamá, si no hacemos la revolución no podremos salvarnos. Tenemos que cumplir todo lo que hemos prometido... O hacemos la revolución desde arriba o la chusma nos barrerá desde abajo.

—No digas tonterías... Ya estás como tu tío con el cuento de la revolución por arriba, y ya ves de lo que le sirvió al pobre y los bienes que nos trajo. Las revoluciones nunca se hacen por arriba. En la cúspide del Estado sólo cuentan la realidad y la posibilidad...

Octavio siguió defendiendo su punto de vista, que era la opinión de la promoción falangista joseantoniana. Pero su madre era la tradición, un reducto inexpugnable que vivía en perpetua alerta contra las ofensivas revolucionarias. Flexible y diplomática, llevó la conversación al terreno que ella quiso, y cuando vio a su hijo extenuado y sin palabras, le dijo:

—¿Por qué no te marchas una temporada al campo con esa chica?

—¿Qué chica? —levantó Octavio la cabeza.

—Con esa que andabas antes de ir a Suiza... Es muy mona para pasar el rato.

—¿De qué la conoces tú?

—Hijo, si no la conociera después de los poemas que le has escrito... —exclamó doña Mafalda regocijada—. Me han dicho que la chica es muy liberal, pero aunque no lo fuera con ese fuego derretirías a las estatuas.

—Hortensia ha desaparecido de Madrid.

—¿Y eso?

—No sé... Por lo que me han dicho fueron a detenerla y se escapó por una ventana.

—¿Es roja?

—Es como todos los españoles que no estamos de acuerdo con vuestro absolutismo.

—Pues tu ándate con cuidado, porque ya se habla de desterrarte.

—Que hagan lo que quieran —se levantó Octavio—. Me da lo mismo.

—¿Te marchas ya...? Quédate a cenar conmigo —le cogió su madre del brazo—. Todavía no hemos hablado de Claudia...

—Ya te lo dije por carta. Murió. ¿Qué más quieres saber?

—No me digas que es de cristianos envenenarse con cianuro.

—Yo no lo comprendo. Me parece imposible... —la besó en las mejillas y se alejó encogido, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Piensa en lo que dices y en lo que haces...

Apenas salió Octavio, doña Mafalda entró en el despacho donde se hallaba el Padre Urquiza.

—Mi hijo está desquiciado —le dijo—. No hay más remedio que alejarle de Madrid e impedirle toda clase de relaciones políticas.

—Bien... —asintió el sacerdote—. Escribiré inmediatamente al administrador de Castrofuerte para que ponga el cortijo en condiciones de habitabilidad, por si acaso.

—Y que no le pierdan de vista. Quiero estar al tanto de todo lo que hace.

—Descuide, señora, se hará como manda...

## IV

### DIARIO DE MARTA

9 de marzo de 1945

Por primera vez he llorado de alegría mientras escuchaba por la BBC la sencilla ceremonia de la rendición del mariscal Keitel ante Zukov y los jefes aliados. El Imperio Nazi está de rodillas por fin. La pesadilla de Hitler y su legión de energúmenos se ha disipado y en el mundo vuelve a renacer la esperanza. Sólo la esperanza, porque todavía nos aprieta el silencio, un silencio hosco y frío de reptiles en acecho.

A media tarde, cuando me disponía a salir para visitar a algunos amigos y camaradas y festejar la aplastante victoria soviética, se presentó Alicia enfurruñada y descompuesta. Precisamente venía de despedir a su cuñado, Octavio Pacheco de Guzmán, que ha sido desterrado a Castrofuerte. Yo ya tenía alguna noticia por don Ricardo. Parece que el mismo Octavio se lo venía temiendo desde la huida de Hortensia, en la que se hallaba implicado de alguna manera... Alicia posee una gran facilidad para hacer montañas de cosas triviales y trivializar las montañas. Ahora dice que Hortensia es una «cualquiera» que ha explotado la honorabilidad y las buenas intenciones del coronel Mijares y de su cuñado en provecho propio. Lo que no sabe es que fue Rómulo quien la llevó hasta la frontera en su coche.

10 de mayo de 1945

Esta mañana Rómulo me mandó un hermoso ramo de claveles rojos a la editorial y luego se presentó él.

—¿Estás contenta? —se sentó ante mí con los brazos acodados en mi mesa de trabajo.

—Muy contenta y muy agradecida por tu delicadeza.

—No te lo he mandado a casa por no «mosquear» a tía Rosario.

—Has hecho bien.

—De todas las maneras no debes hacerte muchas ilusiones... Alicia me dijo anoche que estabas fuera de tus casillas.

—Quien está fuera de sus casillas es ella. Qué drama con el destierro de Octavio y la destitución del coronel Mijares.

—Bah, son papirotazos sin importancia, tirones de orejas...

—En cambio a la pobre Hortensia le ha cogido una tirria absurda. La tiene por poco menos que una furcia.

—Son chismorrerías de doña Cátula y sus hijas. No hay que hacer caso... —se encogió de hombros—. Lo que ha hecho Hortensia lo hacen muy pocas mujeres.

—Yo no quiero criticarla, y menos ahora. Pero reconocerás que también hace falta mucho estómago y muy poco pudor... De esa manera se consigue todo lo que se quiera.

—Ya sabes que yo no soy un maestro de moral... —sonrió burlón—. Quería decirte que andes con cuidado y no te dejes llevar por el optimismo de Gómez y otros ilusos. El comunismo todavía está muy lejos de los Pirineos.

—Está en Francia —le interrumpí yo con el corazón caldeado de entusiasmo.

—Pero no puede salirse de la legalidad. Las fuerzas conservadoras van a batallar duramente. En los países democráticos el conservadurismo tiene mucho arraigo y mucho prestigio. Las mismas organizaciones obreras son conservadoras cuando se trata de defender la libertad.

—Lo que pasa es que están aburguesadas.

—Lo mismo que estaréis vosotros el día que alcancéis el poder. Una clase que desplaza a otra se parece más a la desplazada que a sí misma...

Discutir de comunismo con Rómulo resulta un poco difícil por la cantidad de prejuicios que tiene contra las dictaduras. Según su teoría, las dictaduras negras preparan el camino a las rojas y ambas son funestas. Unos días atrás me decía: Las dictaduras, como las operaciones quirúrgicas, no deben prolongarse más que el tiempo indispensable para restablecer la normalidad. Un pueblo que tolera indefinidamente la dictadura, ya sea proletaria o de las otras, es un pueblo incurablemente enfermo.

Lo que más me irrita es el subjetivismo con que enjuicia el marxismo-leninismo-stalinismo. Para él no existe más teoría que su intuición y su malicia. Toda su política se reduce a un juego muy viejo, pero de positivos resultados: adula, corrompe y soborna. ¿Le durará mucho este juego...? Es evidente que su prestigio financiero ha decaído mucho. Algunas de sus más florecientes empresas han cambiado de dirección, y no por su voluntad. Aunque él nunca habla de sus fracasos y sus menguas, sospecho que está siendo duramente vapuleado. El escándalo promovido por los chanchullos de «Importaciones-Exportaciones, S. A.» le ha perjudicado mucho. Por otra parte, don Alberto, el figurón de la empresa, ha sacado a relucir su genio de canalla. No sólo ha traspasado sus propias responsabilidades a la cuenta de Talavera, sino que no se cansa de acusarle de rojo y saboteador.

25 de mayo de 1945

«Yo no sé cómo puedes vivir de esa manera. A fuerza de huir de la gente te estás atrofiando. En la casa no tienes más confidentes que las escobas, los cacharros y los libros. Llevamos casi cinco años viviendo juntas y a veces me parece que me miras como a una extraña. ¿Se puede vivir así...?» Tiene razón doña Rosario, reconozco que soy una egoísta. Vivo tan encerrada en mi mundo que las relaciones que me unen a los demás son más mecánicas que afectivas. Soy consciente de que he vaciado el mundo entrañable y lo he poblado de fantasmas. Vivo flotando en un dulce ensueño: el paraíso comunista y mi marido como un ángel pleno de fuerza justiciera. Una abstracción y un

recuerdo llenan todo mi ser. Para mí no existe más luz que la esperanza. Pasan los años y se suceden las estaciones sin alterar mi vida ni modificar mis sentimientos. Todo lo que me dejó Rodrigo al huir es lo que sigue marcando en mi mente surcos de ilusión. El consuelo de los que sufren está más allá de la realidad. Por eso todas las religiones y todos los idealismos han situado sus reinos en mundos nebulosos y vagos.

«Hija, vives en el limbo. Nunca tienes nada que contar...» Se equivoca doña Rosario, yo también tengo mi folletín. Si tuviera ganas y humor para ello, podría contarle muchas cosas desagradables... La vida me hirió profundamente en edad temprana, cuando las heridas cicatrizan fácilmente a cambio de dejar en el inconsciente residuos inhibicionistas que se prolongan hasta la tumba. Hasta los dieciséis años viví en un ambiente de magia. Tenía una madre que me adoraba y un «tío» que me concedía todos los caprichos. Pero después de la muerte súbita de tío Pedro todo se derrumbó y de la vida cómoda y regalada pasamos a la mayor penuria.

Recuerdo los años de la era republicana que fueron tan duros para mí y tan aniquiladores para mi madre, que se entregó desesperadamente a la bebida. El trabajo estaba tan mal que para obtener un empleo hacía falta casi mendigar. La crisis económica que sacudía al capitalismo y las dificultades internas de la República, desbordada por la derecha y por la izquierda, aumentaban día a día el formidable ejército de parados. Por aquellos años recorrí media docena de empleos, a cual peor retribuidos, hasta que por fin conseguí una buena colocación de secretaria en una empresa alemana de montajes. Allí fue donde conocí a Rodrigo Bejarano. Trabajaba de delineante en la sección de proyectos y era un muchacho lleno de energía y vitalidad. Yo le apreciaba mucho, pero temía sus contactos porque estaba muy mal visto por los jefes. Se le consideraba un peligroso activista sindical. Personalmente le había oído decir a uno de los jefes «que tenía que aplastarle como a una rata».

Así las cosas, la empresa aprovechó los sucesos de octubre del 34 para despedirle. No tenía más razón para tomar esta medida contra Rodrigo que con la mayoría del personal, pues de los doscientos y pico empleados sólo habíamos acudido al trabajo media docena. La injusticia era tan notoria que

produjo gran indignación. Algunos propusieron solidarizarse con Rodrigo y declarar la huelga. Yo me abstuve de opinar. Mi espíritu irresoluto condenaba por igual la injusticia de que había sido víctima Rodrigo, como la intención de mis compañeros de rebelarse contra la voluntad de nuestros jefes. Sin embargo, la huelga fue declarada. Yo me negué a participar a pesar de la coacción que sobre mí ejercieron los más exaltados. Apreciaba mucho a Rodrigo y admiraba su tesón y valentía para enfrentarse con los jefes y corregir las arbitrariedades, pero no podía arriesgar el empleo en momentos en que mi madre se hallaba gravemente enferma y no contábamos con más ingresos que mi salario.

De los veintitantos «amarillos» o «esquirolas», como nos llamaban los huelguistas, que permanecimos leales a la empresa, el quinto día sólo quedábamos tres: Francisco Javier, Carmita y yo. Francisco Javier era un alma en pena tan apocado y encogido que hasta los suspiros se le antojaban pecado. Estaba creído que vivía en la gracia de Dios y soñaba con verse en los altares bien nutrido de velas, aunque no por el martirio, pues era tan pusilánime que un día que se pinchó con la grapadora se desmayó con sus cinco sentidos. Carmita era de otra pasta, pero desestimada y puesta en entredicho por sus descarados coquetos con el director general.

Al sexto día nos entregaron unas octavillas en las que aparecían nuestros nombres en letras de molde con el remoquete de rompeshuelgas y traidores, amén de amenazarnos con represalias... Recuerdo que la octavilla me puso tan nerviosa y avergonzada que no pude hacer nada de provecho aquel día. Francisco Javier se pasó la jornada yendo y viniendo a la ventana, temeroso de un asalto a la factoría. Carmita disfrutó lo suyo tomando el pelo a Francisco Javier y burlándose de mis escrúpulos. No creía en las represalias. Pero cuando aquella noche regresábamos a nuestros domicilios, fuimos asaltados en plena calle. Al pobre Francisco Javier no pudieron hacerle nada, porque apenas se vio rodeado de huelguistas, cayó sin sentido. Pero a Carmita y a mí nos vapulearon a conciencia. Y lo peor no fueron los golpes y los tirajones de pelo de nuestras encorajinadas compañeras, sino que nos convirtieron en tiritas la ropa, nos revolcaron en un barrizal fangoso y nos rompieron los tacones de los zapatos. Algunas personas extrañas que se acercaron con la insana curiosidad

de «ver lo que pasaba», al enterarse que éramos esquirolas azuzaron a los huelguistas para que nos dieran más fuerte y nos dejaran en cueros vivos. En el último momento vi a Rodrigo abrirse camino en el círculo que nos apretaba. Entre risotadas y burlas trataron de explicarle lo que estaba a la vista: dos muchachas asustadas con los vestidos y toda la ropa interior hecha jirones. «No me gusta el sadismo», se impuso al griterío. «A Carmita no le está mal empleado. Así podrá lucir con más facilidad lo que enseña con tanto gusto a los jefes. Pero a Marta no debierais habérselo hecho...». Me miró de una manera que las lágrimas que no pudieron arrancarme las burlas y los escarnios, me las arrancó su compasión.

En la barahúnda de los que consideraban justo el escarmiento y los que querían añadir algo más, Rodrigo evitó que los ultrajes se multiplicaran. Yo ni siquiera me defendí. Creo que no dije ni una sola palabra. No hay cosa que más me moleste que hablar con gente irritada o chillona. Y cuando se disolvió el piquete, Rodrigo se quedó conmigo y me ofreció su impermeable para que me tapase.

—Te voy a acompañar a tu casa —me dijo.

Yo me dejé llevar silenciosa. Afortunadamente vivía cerca. De otra manera no hubiera podido llegar con mis piernas temblonas y los altos tacones partidos por la mitad.

Al entrar en la buhardilla donde vivía, Rodrigo hizo un gesto de sorpresa.

—¿Vives aquí?

—A lo mejor creías que vivía en un palacio —hablé apresuradamente para vencer mi propia vergüenza.

—No, claro que no, pero...

—Para ti, como para los demás, soy una señorita burguesa que trabaja por gusto...

—¿Eres tú, Martita? —preguntó mamá desde la cama—. ¿Con quién hablas?



Rodrigo dijo que éramos compañeros de trabajo y mamá le llamó desde la habitación. Como Rodrigo siempre ha sido muy desenvuelto y mamá no pecaba de vergonzosa, enhebraron rápidamente la conversación. Mamá ya se había inventado una historia muy complicada de familia venida a menos que contaba a todo el que quería escucharla. Mientras ellos hablaban yo me escurrí para cambiarme los pingajos y atusarme el pelo. Cuando pasado un buen rato me despedí de Rodrigo en la puerta, me dijo en voz baja:

—Comprendo tu necesidad de trabajar, pero yo te aconsejaría que no volvieras a la oficina hasta que se arregle el conflicto... —me cogió la mano y me la apretó afectuosamente. Luego giró sobre sus talones y le vi bajar los escalones a grandes zancadas.

28 de mayo de 1945

Esta mañana me decía don Ricardo: «Eres tan hermética que rechazas la cordialidad. Vives dentro de ti sin comunicar a nadie tus pesares. No lloras, pero tampoco ríes, y eso es lo malo. Porque Dios ha dicho que el mundo es un valle de lágrimas, pero no nos ha dicho que nos las chupemos, sino que las dejemos correr...»

Yo quisiera ser alegre y tener la sonrisa a flor de labios, pero no puedo. La verdad es que siempre he tenido este aspecto melancólico y tristón. Como dice Alicia, soy de una seriedad desconsolada. A fuerza de hablar poco y soñar mucho me he quedado sin palabras, o cuando menos, la palabra no tiene para mí el sentido descongestivo y liberatorio que tiene para la mayoría de las personas. Recuerdo que un día, después de una discusión que yo había cerrado con un paréntesis de silencio, Hortensia me arrojó esta frase de Nietzsche: «Habla y luego rómpete».

—Si uno ha de romperse, ¿para qué hablar? —repliqué yo.

—Porque la palabra es la manifestación vital de la libertad. Si uno puede pedir perdón o increpar a sus enemigos es porque todavía tiene fuerzas para seguir

luchando. Y aunque perezca, por sus palabras sabremos que no ha muerto vencido.

Hortensia es así vive con la quemazón del heroísmo y cualquier día se abrasará.

Incluso con mi hija me siento falta de ilusiones. Conchi ha crecido más influida por doña Rosario que por mí. Substraerla al afecto de la mujer que ha hecho tanto por nosotras hubiera sido ingratitud. Pero hoy me reprocho haberme desentendido de la educación de mi hija, porque en ella se han desarrollado prejuicios y simbolismos que la alejan de mí.

31 de mayo de 1945

Hoy se nos ha colado de rondón la duquesa de Castillares. Me estaba don Ricardo dictando una carta cuando de repente se abrió la puerta y vi a mi jefe que se inclinaba reverente.

—Señora...

—Hola, viejo zorro.

Discretamente observé a la Duquesa con más curiosidad que emoción. Había oído hablar tanto de ella que al verla de cerca tan sencilla no pude evitar la expectación. Salta a la vista que tiene personalidad y carácter. Su cara, más bien fea, resulta hermosa por lo vivaz y enérgica. Don Ricardo me presentó como su secretaria.

—¿Persona de confianza?

—Absoluta.

La Duquesa tomó posesión del sillón frailuno y se hizo presentar los catálogos y publicaciones de la editorial. Según manifestó, quería inspeccionar los negocios de su hijo.

—Como el pobre es tan calamidad, todos sus negocios van manga por hombro —comentó displicente—. Está comidito de deudas.

Afortunadamente la editorial es un negocio boyante. Las colecciones populares se venden muy bien, aunque a mí me parecen deleznable. Aventuras para dar y tomar, truculencias de todos los colores, rosados sueños de amor con bastante pornografía solapada y asesinatos científicos a todo pasto. Evasión, matarrealidades, como dice don Ricardo.. Infraliteratura residual y vacía muy indicada para una era de indigencia espiritual. Con estas publicaciones don Ricardo había enjugado el déficit, pero había abierto una deuda en su conciencia. La Duquesa se lo hizo observar con incisiva sagacidad.

—Esto sí que es bueno. Toda tu vida pontificando por la educación del pueblo y al final te pasas al enemigo —dijo sarcástica.

Un leve movimiento en los hombros caídos de don Ricardo y una mirada por encima de los quevedos me hicieron comprender que estaba de más y abandoné el despacho.

Cuando doña Mafalda se marchó, tras un buen rato de parloteo, don Ricardo me dijo que la Duquesa estaba muy resuelta a escribir sus memorias.

—Si se decide a escribir todo lo que sabe puede ser un libro de gran éxito. Hay pocas personas que posean tantas claves del reinado de Alfonso XIII como ella.

Yo me limité a escuchar. Don Ricardo tiene de vez en cuando algunas veleidades monárquicas. Piensa que la Monarquía puede ser una solución pacificadora. El camarada Gómez me dijo anteayer que los de la Alianza de Fuerzas Democráticas andan negociando con los generales partidarios de la restauración, y el propio Partido no descarta la Monarquía como un mal menor.

2 de junio de 1945

Hoy ha vuelto la duquesa de Castillares. Muy afectuosa conmigo, demasiado cordial y confianzuda. Cuando iba a retirarme me ha rogado que me quedase.

—¿Qué tal van sus memorias? —inquirió don Ricardo.

—Sigo escribiendo, pero no estoy segura de que merezca la pena.

—Yo creo que sí.

—¿Y usted qué opina? —se encaró conmigo.

—No sé... —respondí intimidada—. Me gustan mucho los libros de memorias. Siempre he lamentado que los españoles seamos tan poco aficionados a dejar testimonio de nuestras vivencias.

—La monarquía está falta de un libro íntimo que nos diga la verdad de los personajes que se movían entre los bastidores del trono. Y nadie mejor que usted puede hacerlo —dijo don Ricardo con los ojuelos chispeantes.

—Yo también lo pienso, ¿pero crees que es el momento oportuno...? —por primera vez vi en los ojos papujados de la Duquesa algo que se parecía a la duda.

—Políticamente, sí. Nunca la Monarquía ha despertado tantas esperanzas como ahora. Sin embargo, hay que tener en cuenta la censura... El problema difícil del escritor es que mientras escribe debe pensar en lo que le van a dejar publicar...

—No me preocupa la censura —le interrumpió doña Mafalda—. Ya sabes que yo no soy de los de «vivan las caenas» ni tampoco de los de «Viva Cartagena». Lo que me preocupa seriamente es que todavía hay muchas personas de calidad que opinan que el actual régimen es el más indicado para resistir los aires de fronda que soplan por Europa.

—Sí, ya lo sé... Los cultivadores de frutos tardíos, los que nos trajeron la República cuando Europa empezaba a ser fascista y los que nos han traído el fascismo cuando Europa vuelve a ser democrática. El caso es vivir de espaldas,

nadar contra la corriente y caminar a saltos. Razón tienen los que hablan del destino trágico de España.

—No te pongas patético, que el drama no da para tanto.

—Tiene usted razón... Mejor es que hablemos de sus memorias. ¿Por qué no me deja leer lo que tiene escrito?

La Duquesa pareció vacilar un momento. Luego extrajo del bolso de mano unas cuartillas mecanografiadas. Don Ricardo las cogió con avidez y se enfrascó en su lectura. Cuando llevaba leída media docena, levantó la vista por encima de los quevedos.

—Esto no lo ha escrito usted —dijo muy seguro.

—¿Cómo lo has adivinado? —ahuchó ella las mandíbulas y se echó a reír.

—Porque todavía despiden tufillo a incienso.

—Parece que la purga no te ha quitado los resabios anticlericales —exclamó doña Mafalda regocijada.

—Las memorias, como la confesión, deben ser un acto de sinceridad, una especie de vivisección íntima.

—Entonces, ¿crees que no valen?

—El estilo a mí no me gusta. Lo encuentro insincero y retorcido... ¿Por qué no me enseña lo que ha escrito usted?

Tengo la impresión de que la duquesa de Castillares se sintió más halagada que ofendida por la insistencia de don Ricardo en conocer el original. Pues después de algunas chacotas y desplantes, sacó un paquete de cuartillas manuscritas que don Ricardo se puso a devorar con glotonería de grafómano.

Cuando me despedí la duquesa seguía hablando con don Ricardo.

3 de junio de 1945

Hoy me ha comunicado don Ricardo que en lo sucesivo tendré que trabajar algunas horas diarias con la Duquesa.

—Me ha pedido que vayas todos los días a su palacio a pasar en limpio lo que escriba a mano o recoger taquigráficamente lo que te dicte —me miró mi jefe con expresión compungida.

—Si supiera lo poco que me agrada esa mujer...

—En el fondo no es mala, aunque ese fondo se halle tan profundo y maleado que resulta difícil descubrirlo. Lo peor es que cuando se pone testaruda y soberbia es más irreductible que una muía falsa. Su cuñado, don Juan Manuel Pacheco, la llamaba la Carpetovetónica por sus agrias destemplanzas... Tú no la llesves la contraría. Escribe lo que ella te dicte en buena gramática, pero respetando los giros coloquiales y sus metáforas, por más que puedan parecerte chabacanos o groseros.

Toda la mañana y toda la tarde las he pasado impaciente, esperando la llamada de la Duquesa. Afortunadamente para mí no llegó.

Al salir de la editorial me encaminé a ver a Alicia. Quería cambiar impresiones con ella sobre su temible ex suegra. Pues aunque no hace mucho me dijo que la había borrado de su memoria, supongo que es su sombra negra, un punto obsesivo que congela la sonrisa en sus labios cuando oye hablar de ella. La última vez que nos vimos fue a raíz de la espectacular huida de Hortensia y el destierro de Octavio Pacheco, dos acontecimientos que la afectaron mucho.

Cuando entré en Villa Gabriel el sol se tendía perezoso entre los copudos pinos y los frondosos nogales. La finca es hermosa. Tala vera quiere conservarla como un trozo de campo agreste.

Al entrar en la casa percibí un soplo de tragedia. Doña Genoveva me contó que Grabrielín y la pequeña Genoveva habían estado a punto de ahogarse en la piscina. A consecuencia de esto, Alicia había tenido que meterse en la cama enferma y su madre había llamado al tocólogo en previsión de un parto prematuro. Doña Genoveva me ha contado algunas incidencias que me han

alarmado seriamente. Parece que Alicia se encuentra muy deprimida y tiene miedo al parto.

—¿Lo sabe Rómulo? —pregunté.

—Si se preocupara más de ella no sería necesario que nadie se lo dijese...

Mientras hablábamos llegó el médico. Doña Genoveva le dijo lo que había sucedido. El médico movió la cabeza y sin más trámites pasó a reconocer a la enferma. Alicia debía sufrir mucho, pues sus facciones estaban marcadas por una tensión de angustia.

—Todavía no ha llegado la hora... —sonrió el especialista tras el examen—. ¿Es que va a dejarse dominar por los nervios?

—No puedo evitarlo —susurró Alicia.

—Pues hay que hacerlo. Debe usted preparar el camino a su hijo.

—Va a nacer muerto —cerró los ojos y apretó la boca en una expresión desesperada.

—Nacerá muerto si usted lo mata con su apatía y falta de voluntad. Y aún pueden ocurrir cosas peores...

Al despedirme, le dije a doña Genoveva:

—Mañana hablaré con Rómulo.

—¿Y qué puede hacer él? —me miró la anciana asustada.

—Preocuparse más de su mujer.

—Tal vez la mayor parte de la culpa sea de mi hija.

—De todas las maneras debe saber que la salud de Alicia es precaria.

—No creo que le interese... Me parece que soy demasiado vieja para comprender estas cosas. Ni conozco a mi hija ni sé cómo es mi yerno. Todavía no he comprendido por qué se casaron...

5 de junio de 1945

Esta mañana llamé a Rómulo por teléfono. Le dije que tenía necesidad de hablar con él y me respondió que tenía muchas cosas que hacer y le resultaba difícil pasarse por la editorial. Entonces le propuse que fuera a comer a casa de doña Rosario y sin comprometerse a nada me dijo que lo intentaría.

Terminaba de hablar con Talavera cuando me pasaron aviso de que me esperaba el coche de la Duquesa para llevarme a su palacio. Doña Mafalda me recibió con la mayor sencillez.

—Hágase usted la idea de que somos dos compañeras de trabajo —me dijo al verme tan nerviosa.

—Es usted muy amable, señora —murmuré agradecida.

Las dos horas de nuestro primer día de trabajo las hemos pasado planeando y cambiando impresiones. Hemos hablado de todo un poco, especialmente de religión y moral. Había prometido a don Ricardo no discrepar con las ideas de la Duquesa, que son el tradicionalismo que se enseña en nuestras escuelas con pretensiones de historicismo... Parece que doña Mafalda ha quedado encantada de mi preparación religiosa y educación moral.

Al despedimos me acompañó hasta el vestíbulo, donde me presentó al Padre Urgoiti, uno de los sacerdotes que la ayudan en las obras sociales de los suburbios. Su rostro anguloso y sus ojos de un color castaño brillante me han recordado a Rodrigo. Nunca me había ocurrido nada semejante. Es una impresión que todavía me tiene turbada.

Al llegar a casa me encontré con Talavera. Le pregunté que si había estado en su casa y me respondió con su habitual marrullería gallega que lo estaba pensando. Y como yo insistiera en hablarle de Alicia, me cortó rápidamente:

—Prefiero hablar de otra cosa... He venido porque creía que me ibas a decir algo de tu nuevo empleo de secretaria literaria de la duquesa de Cas tillares.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo dijo ayer ella misma.



—Todavía no puedo decirte nada de esa señora. Pero de tu casa si puedo decirte algunas cosas que te interesan.

Arrugó el ceño y me miró de reojo. Pero cuando le conté el incidente de la piscina se puso tenso, cambió de color y terminó por levantarse bruscamente.

—¿Es verdad que no les ha pasado nada?

—A los niños, no, pero Alicia se llevó un susto morrocotudo y hubo que llamar al médico.

—Déjala que sufra a ver si se humaniza —volvió a sentarse con gesto hosco.

—Pues si tu no cambias de actitud y tomas algunas medidas enérgicas para sacarla de su apatía cualquier día puede darte un disgusto gordo.

—No sé lo que quieres decir —me miró abstraído como si estuviera pensando en otra cosa.

—Lo que dice el tocólogo... que el parto será difícilísimo si no reacciona.

—Pues no sé si sabrás que a mí no me hace ni puñetero caso. Basta que yo entre en casa para que ella se esconda o se encierre con llave en su habitación.

—Mi opinión es que solamente tú puedes ayudarla.

—No veo cómo —apretó las mandíbulas.

—¿Por qué no te la llevas una temporada fuera de Madrid...? Yo creo que sería bueno para los dos, porque tú también necesitas lubricar los nervios.

—Quizá tengas razón... —con la entrada de doña Rosario cambió el rumbo de la conversación—. ¿Te trata bien la Duquesa?

—De momento no tengo queja. Hoy ha estado muy amable y campechana... casi democrática.

—Pues es una intrigantona —dijo doña Rosario—. No hace más que fomentar discordias con su rey... como si los demás no tuviéramos el nuestro y más legítimo y con más derechos que el suyo.

—¿Qué sabes del Padre Urgoiti? —pregunté a Talavera.

—Toca hierro... —se echó a reír—. Largo, más largo que el Padre Urquiza y más pidón...

Doña Rosario y Talavera se pusieron a discutir sobre las virtudes de mi nuevo conocido sin aportar nada personal que pudiera interesarme.

6 de junio de 1945

Por todas partes oigo decir: «Esto va muy bien». «Nos hallamos en el principio del fin». «Las cosas están que arden...». Y a continuación debe uno enterarse que tal personaje o cualquier emisora de radio remueve las cenizas de la guerra civil con furiosas diatribas. En cambio don Ricardo se muestra de lo más pesimista.

—La propaganda aliada os ha hecho concebir demasiadas ilusiones —me decía esta tarde comentando las declaraciones de un político francés.

—No tienen más remedio que ayudamos. ¿Cómo van a ser tan desalmados que no cumplan lo que han prometido?

—¿Y qué han prometido? —sus ojuelos brillantes reían burlones.

Yo le hice una enumeración de frases y declaraciones hechas por los dirigentes políticos de las naciones aliadas.

—Todo eso no es más que palabrería que no compromete a nada. Las naciones victoriosas tienen hoy demasiados problemas para crearse otros nuevos. Además, cualquier mediano observador puede darse cuenta que la democracia española sigue en crisis.

La teoría de don Ricardo es que mientras no surjan hombres que remonten los viejos particularismos y constituyan una fuerza de equilibrio que contenga las tendencias radicales de la extrema izquierda y la extrema derecha, se prolongará indefinidamente el actual sistema, evolucionando hacia las formas clásicas de la dictadura personalista.

9 de junio de 1945

Hoy me encontré con Talavera en el palacio de Castillares. Se hallaba con la Duquesa cuando yo llegué. Deben tener algunos negocios en común, porque estaban hablando de acciones y cotejando cifras.

—¿Cómo se encuentra Alicia? —le pregunté mientras la Duquesa hablaba por teléfono con un general muy conocido.

—Como quiere —dijo Talavera, más atento a la conversación de la Duquesa que a mis palabras.

—Si estuviera como quiere supongo que no se hallaría enferma.

—El caso es que a ella se le ha metido en la cabeza que se va a morir y para morirse tiene que enfermar previamente, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que si tú quisieras podrías evitarlo.

—El mes que viene la meteré en el coche por las buenas o por las malas y me la llevaré a Galicia.

—Me acaba de decir el general Miranda que hay en Madrid un representante de esa Unión Nacional Española que tanto alborota en Francia... —se dirigió la Duquesa a Talavera—. Necesito saber quién es y cuáles son sus propósitos.

—Procuraré enterarme.

—Y ahora váyase, que tengo mucho que hacer —le acompañó hasta la salida.

Yo preparé las cuartillas y lapiceros. Cuando la Duquesa volvió se sentó en un sillón de brocado purpúreo.

—No sabía que conocía usted a Talavera —me dijo al tiempo que sacaba del cajón la carpeta donde guardaba las notas manuscritas.

—Hace mucho tiempo que le conozco —dije yo, convencida de que la Duquesa también lo sabía.

El capítulo que me estaba redactando evocaba los tiempos en que la joven Mafalda fue presentada a la corte del rey Alfonso, un rey que, según ella,

encamaba el prototipo de hombría que hacía soñar a cuantas mujeres le trataban de cerca... Sospecho que ella no fue de las que menos debieron soñar, porque cualquier alusión a la persona del rey acercaba a sus labios palabras de profunda veneración.

Y, entre col y col, una pregunta:

—¿Sabe usted que la mujer de Talavera estuvo casada en primeras nupcias con mi hijo Alfonso, que Dios tenga en su santa gloria?

—Lo sé, pero no porque me lo haya dicho ella.

—¿Son ustedes amigas?

—Yo así la considero.

—Me han dicho que ha cambiado mucho.

—Yo siempre la he conocido lo mismo: triste, melancólica y llena de ansiedad. Pero tan abierta a la piedad y a la compasión que cualquier desgracia le hace sufrir.

—Talavera me ha dicho que está medio loca —los ojos un poco saltones de la Duquesa se me clavaron escudriñadores.

—Talavera nunca ha comprendido a su mujer ni hace nada para comprenderla.

Doña Mafalda reanudó el tema de sus memorias, pero Alicia volvió a entremezclarse en lo que me estaba redactando. No me cabe duda que la Duquesa está resentida con su ex nuera. En sus juicios hay mucha reserva y suspicacia. Por razones que ignoro, opina que el desequilibrio nervioso de Alicia responde a un problema de conciencia.

10 de junio de 1945

El Padre Urgoiti se me quedó mirando con una sonrisa ancha e inteligente.

—¿Tengo monos en la cara? —aparté la mirada un tanto molesta.

—Monos, no. Pero tiene usted algo que me interesa más que los monos... bondad, resignación —cruzó los brazos sobre el ancho tórax y ladeó la cabeza—. Me agradecería que me regalase algunas horas de su tiempo libre.

—¿Para qué? —me puse en guardia.

—Para ofrecérselas a los pobres.

En sus labios entreabiertos jugaba una sonrisa fugitiva que daba a sus facciones irregulares un gran atractivo.

El Padre Urgoiti es un gran activista social. Con el lema «cristianicemos a los cristianos» está desplegando una campaña para moralizar los suburbios de la capital y crear instituciones de protección y ayuda a los necesitados.

—Yo también soy pobre y tengo que ganarme la vida.

—No es pobre quien tiene que ganarse la vida, sino el que considera la vida una calamidad. Y a esos es a los que hay que ayudar... a los que no saben vivir o deforman el sentido de la vida.

—Creo que puedo ayudarles muy poco. La religión no es mi fuerte.

—Me conformo con que les muestre usted su camino.

—¿Mi camino? —sentí un aleteo de inquietud y desasosiego.

—Dícales su verdad... —la frente del sacerdote se pobló de arrugas, pero sus ojos siguieron brillando alegres y risueños—. Ni a Dios ni a mí nos asustan las verdades cuando señalan caminos de pureza...

En el transcurso de la conversación comenté su parecido con Rodrigo, incluso en la preocupación social por los desclasados que se alimentan de su propia miseria espiritual.

—¿Quién es su marido? Hábleme de él...

—Tal vez no le interese. Mi marido está exiliado... es comunista, sabe. Yo no sé dónde se encuentra ahora. Debe estar en la Unión Soviética.

—Siga, por favor —me apremió impaciente.

—¿Qué quiere que le diga?

—Todo lo que no se atreve a decir a los demás... Me interesa su marido.

—Ya le he dicho que es comunista.

—Una cosa que a Dios no le asusta ni a mí tampoco.

—Pero ustedes están continuamente hablando mal de los comunistas.

—Quizá porque los comunistas hablan mal de nosotros... Al fin y al cabo los curas somos hombres. Si alguien nos persigue o nos ofende, quizá no le odiamos del todo, pero tampoco le amamos. Es tan difícil ser cristiano que ni Pedro pudo ser perfecto. Sin embargo, hay una cosa cierta: Dios no ha dicho nada contra los comunistas. Si no cupieran en sus designios, ¿cómo podrían prosperar contra El...? Pero nos estamos apartando del tema. Hábleme usted de su marido. Dígame por qué me asocia a su recuerdo.

Casi no tengo conciencia de lo que dije. Fue una especie de embriaguez que no podría transcribir con fidelidad. Durante más de una hora hablé yo sola con dolorosa sinceridad, evocando todos los recuerdos que han dejado en mi vida una huella profunda. Cuando terminé, el Padre Urgoiti me dijo: «Es un romance muy hermoso. Así comprendo yo el amor... solamente que santificado por Dios».

25 de junio de 1945

Al llegar esta mañana a la oficina, don Ricardo me preguntó si sabía algo del atentado sufrido por Talavera. La pregunta me dejó perpleja.

—¿Le ha ocurrido algo? —interrumpí la perorata de don Ricardo sobre los brotes de terrorismo que empezaban a manifestarse.

—Creo que no. Talavera no es de los que se dejan matar fácilmente. Quien ha pagado el pato es Lina Alba. Parece que está herida... El paquete con la bomba

iba dirigido a él, pero fue Lina quien lo abrió y al ver de lo que se trataba lo arrojó a otra habitación y echó a correr.

—Es horrible. ¿Y quiénes pueden haber sido?

—Vete a saber...

Aunque parezca extraño la prensa no dice ni una sola palabra del atentado. Solamente en la página teatral algunos periódicos publican una gacetilla sobre la indisposición repentina de Lina Alba.

Durante la mañana he tratado inútilmente de localizar a Rómulo por teléfono. «No está». «No ha venido». «No sabemos dónde puede encontrarse...», son las desesperantes respuestas que he recibido. Preocupada hasta la ansiedad, a mediodía he hablado con Alicia.

—¿Cómo está Rómulo? —solté la pregunta sin dejarla terminar el largo repertorio de sus achaques.

—Me figuro que tan fresco como siempre. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

—Por algo será, mujer... No sé, encuentro en tu voz algo extraño. ¿Pasa algo?

—Nada, no te preocupes. Son cosas de negocios... ¿Sabes dónde podría encontrarle?

—No tengo la menor idea. Me llamó hace un rato para decirme que había decidido adelantar las vacaciones, pero ni siquiera me ha dicho al lugar que vamos...

Antes de terminar la conversación me di cuenta que Talavera había estado escuchando desde la puerta del despacho.

—¿Hablabas con la fiera corrupta?

—La fiera corrupta... Qué injusto eres.

—¿Sabe algo Alicia?

—No. Casi estuve a punto de meter la pata, pero me contuve a tiempo...  
¿Cómo ha sido?

—No quiero ni acordarme, porque me revuelve la mala leche... —agachó la cabeza—. La cosa no tiene gran importancia... una habitación destrozada, Lina con algunas lesiones sin importancia y un perrillo pequinés reventado.

—¿Y tú?

—Ya lo ves... —sacó un cigarrillo y lo encendió parsimonioso—. Venía a decirte que he alquilado una casa de campo en una aldea de Pontevedra y he pensado que os podáis venir con nosotros.

—Yo no puedo. Precisamente hace unos días le dije a don Ricardo que no tomaría las vacaciones. Por otra parte, la Duquesa no se marchará hasta mediados de julio.

—Eso se podía arreglar... —se acercó al balcón y miró a la calle por entre las ranuras de las persianas—. Tampoco a ti te vendría mal un cambio de aires.

—Seguramente, pero tendré que conformarme con los aires viciosos de Madrid... —me levanté intrigada y me acerqué al balcón desde donde se veía una recoleta placita en la que jugaban los niños—. ¿Por qué no me dices de una vez lo que quieres decirme? Desde que has entrado me tienes sobre ascuas. ¿Es que has perdido la confianza en mí?

Sus ojillos eran dos ranuras alucinadas y su cara un amasijo de tendones a flor de piel.

—Bien... —arrastró las palabras—. ¿Sabes qué Rodrigo está en España?

—No —grité.

—Sí... Incluso creo que ha estado en Madrid más de una vez. La policía le atribuye la bomba que recibí en casa de Lina, así como la oleada de «golpes económicos», actos terroristas y la infiltración de guerrilleros por los Pirineos... Ahora ya sabes lo que deseaba decirte. Si quieres te vienes con nosotros y si no te quedas. Pero si te quedas, piensa que las estupideces de tu marido puedes pagarlas tu... —se marchó sin darme tiempo a reaccionar.



27 de junio de 1945

Estoy tratando de coordinar mi pensamiento y poner en orden mis ideas. No quiero ser injusta ni dejarme dominar por sacudidas emocionales. Tengo el presentimiento de que me encuentro metida en un remolino que me arrastra a alguna parte... «Rodrigo está en España». Una frase sin importancia que a mí me tiene desvelada y tensa. ¿Será posible que habiendo estado en Madrid no haya venido a verme?, me pregunto una y otra vez. Y a continuación sigue el temor, un temor insondable que me corroe los nervios.

No me cabe duda que si Rodrigo se encuentra en Madrid es en cumplimiento de alguna misión del Partido. De otra manera no hubiera cruzado la frontera, pues debe tener alguna referencia de la suerte que han corrido la mayoría de sus colaboradores. Y eso que casi todos se sacudieron las pulgas con los ausentes, cargando tanto la cuenta de Rodrigo que, si le capturasen, tiene muy pocas posibilidades de salvarse.

Pero siendo esto lo que más me preocupa, hay otras cosas de interés secundario que me llenan de incertidumbre. El atentado contra Talavera me punza como millares de alfileres. ¿Tendrá Rodrigo algo que ver con este despliegue de terrorismo...? Me consta que es contrario a la violencia personal. Antes consideraba el atentado como una rémora del infantilismo ácrata. En los meses que precedieron a la guerra civil, le oí decir más de una vez que responder a los atentados personales con la misma táctica era tomar el rábano por las hojas. Su teoría, siempre basada en la más pura ortodoxia marxista leninista, es responder a las provocaciones individuales con movimientos de masas, bien sean huelgas o manifestaciones de protesta.

Mientras escribía entró doña Rosario para decirme que Rómulo quería saber si nos decidíamos en lo del veraneo.

—Tiene usted ganas de darse una vuelta por la tierra, ¿verdad?

—No lo sabes bien, hija mía... —suspiró—. Además, hace tanto calor en este Madrid de mis pecados... Verás, yo he pensado, y Conchi está de acuerdo conmigo, que con muy poca cosa podemos arreglamos...

Mientras doña Rosario trataba de convencerme con lisonjeros argumentos, yo pensaba en otra cosa... que sin ella y la niña estaría más desembarazada para buscar a Rodrigo.

1 de julio de 1945

Estoy segura que Talavera sabe de Rodrigo mucho más de lo que me dijo. Su manera de rehuirme le acusa. En todo el tiempo que le conozco nunca me ha tratado con la evasiva displicencia con que lo ha hecho esta tarde mientras se preparaba para la marcha. En uno de los pocos momentos que no pudo evitar mi compañía, me dijo:

—Te has empeñado en coger al toro por los cuernos.

—Quiero saber la verdad.

—La verdad es que Rodrigo se está portando como un imbécil.

—No digas eso.

—¿Quieres que todavía le dé las gracias?

—¿Estás seguro que ha sido él?

—Pregúntales a tus camaradas... —mordisqueó las palabras en tono despectivo— qué opinan de ti y de mí. Tal vez ellos te den la clave de los golpes de ciego. Y otra cosa: hay un comandante del

Segundo Bis que se interesa por ti, un tal Ratín. Yo he tratado de averiguar por qué figuras entre las personas dignas de su curiosidad, pero no he conseguido nada.

Alicia vino hacia nosotros horriblemente deformada por el embarazo. Con la cara chupada y llena de manchas, da una impresión de total agotamiento.

—Tú eres como el capitán araña. Nos embarcas a todos y tú te quedas en tierra —me dijo fatigada.

—De buena gana os acompañaría, pero no puedo —le pasé el brazo por la cintura—. Has trabajado mucho y mereces un descanso. Ya verás como el niño te lo agradece.

—Aunque no viniera, maldita la falta que hace.

Talavera fue a decir algo, pero nos miramos y apretó las mandíbulas. Muchas veces pienso que Alicia es injusta con su marido. No es la primera vez que veo a Rómulo reprimir una contestación impulsiva. Su actitud con Alicia me sorprende y me maravilla. Parece que la teme. Y, sin embargo, estoy segura que la ama.

5 de julio de 1945

El Padre Urgoiti sigue empeñado en incorporarme a sus actividades sociales. A mediodía me cogió por sorpresa y, quieras que no, me llevó a la inauguración de los comedores de una fábrica en la que trabajan doscientas mujeres. La ceremonia careció de interés. Las obreras solamente formaban el coro. Aplaudían cuando aplaudían los jefes y callaban cuando éstos guardaban silencio.

—No le ha gustado, ¿verdad? —me dijo luego el Padre Urgoiti.

—No.

—A mí tampoco.

—Cuando pienso que han estado ustedes hablando más de dos horas de cristianismo y justicia social a mujeres que abandonan a sus hijos para trabajar diez y doce horas en régimen de destajo. Y para colmo, la faena de la comida. Para ellas el rancho y para nosotros los manjares... No me diga que no es para sentir vergüenza.

—Algunos empresarios tienen ideas muy particulares sobre el cristianismo y la justicia social... Sin embargo, para ellas representa una pequeña conquista.

11 de julio de 1945

La duquesa de Castellares ha salido urgentemente para Estoril en compañía de su capellán y secretario, el retorcido Padre Urquiza, muy receloso conmigo y más con el Padre Urgoiti. Se habla de la restauración inminente de la Monarquía. El nombre de Don Juan de Borbón es tan popular que no se puede hablar con nadie sin que salte inmediatamente a la conversación. Don Ricardo, sin embargo, se muestra escéptico.

—Esto me huele a maniobra —se pasea por el despacho con las manos en los bolsillos.

—¿Entonces qué significado tiene esa reunión de jerifaltes monárquicos?

—Probablemente no sea otra cosa que una finta de la diplomacia de Deusto.

—Vaya un galimatías...

—No tanto, Martita, no tanto... Muchos observadores se han dado cuenta que siempre que surgen dificultades políticas se suscita el problema de la restauración. Muy pocos, sin embargo, saben que es un recurso psicológico para distraer a la opinión.

Luego me contó un chiste para ilustrar la moraleja:

—Dicen que un dominico fue comisionado por su comunidad para consultar con Su Santidad si se podía fumar mientras se rezaba el rosario. El Papa calificó de reprobable irreverencia la consulta de los comedones dominicos. Pero resulta que el dominico se encontró en la antesala vaticana con un jesuita vasco. Hablaron y al enterarse el dominico que el jesuita llevaba la misma comisión, le dijo: Mejor es que no se moleste su reverencia, porque el Santo Padre no quiere oír hablar del asunto. De todas las maneras no tengo más remedio que cumplir el encargo que me ha traído a Roma, respondió el jesuita. Llegado el turno de la audiencia, el vasco entró sonriendo y salió con la misma sonrisa. Qué tal, Padre... —le abordó el dominico. Todo concedido. Su Santidad considera muy piadoso rezar el rosario mientras se fuma. Pero si a mí me ha dicho que no, se mostró escandalizado el dominico. Es que no es lo mismo la estrategia que la diplomacia, le respondió el otro. Su paternidad le ha

preguntado si se puede filmar mientras se reza el rosario, y eso teológicamente es una irreverencia. Pero si le hubiera preguntado si se puede rezar el rosario mientras se fuma, la cosa cambia, porque es un acto de piedad.

14 de julio de 1945

Llevo una semana detrás del camarada Gómez sin poder localizarle. Las tres veces que he ido a su casa me han dicho que no estaba en Madrid. Pero me consta que mienten. Hoy, por cierto, tuve unas palabras un poco gruesas con su mujer. En un momento de la discusión, me dijo:

—¿Pero tú quién te has creído que eres?

—Una camarada.

—Sí, sí... —chasqueó los labios con soma—, una camarada uterina.

—¿Qué quieres decir? —la miré sofocada de vergüenza.

—Que eras camarada cuando te acostabas con Bejarano, pero ahora eres burguesa y estraperlista como el gachó que te calienta la cama.

La calumnia, por fin, se había desenmascarado. De momento me quedé sin resuello. Inepta y torpe para repeler las ofensas, cuando pude reaccionar solamente acerté a decir:

—No esperaba otra cosa de ti.

—Entonces estamos en paz... —me dio con la puerta en las narices.

—No, no estamos en paz. Los insultos y las ofensas pueden perdonarse, pero difícilmente se olvidan. Son culebras que anidan en nuestra mente y tarde o temprano arrojan su veneno.

Bebiéndome mis lágrimas me alejé de aquella casa a la que tantas veces había ido cargada de ropa y de comida para ayudar a una holgazana zafia y engreída que mientras tuvo a su marido en la cárcel se suscribió a la sopa boba de

Auxilio Social, puso a los chicos a vender tabaco en las bocas del metro y ella, muy emperejilada y lacrimosa, se dedicó a mangar a los amigos y a empinar el codo.

Abstraída y obcecada como iba, me di de bruces con dos mujeres que caminaban en dirección opuesta. El encontronazo fue tan colosal que a una de ellas le espachurré los tomates que llevaba en un cucurucho.

—A ver si otra vez toca usted la bocina a tiempo —me reprochó la víctima.

—Perdón. Iba distraída...

—Distraída es un decir... Pero calla, si es Marta.

Levanté la cabeza y reconocí a Rafaela y a su hermana Juliana.

—No os había conocido —nos besuqueamos con el alborozo de amigas que se ven muy de tarde en tarde.

Rafaela tenía la misma edad que yo y Juliana era algo más joven. Nos habíamos conocido durante la guerra en la Casa Roja de Valencia; después habíamos alternado frecuentemente en Valencia y Madrid, conservando una amistosa camaradería. Las tres pertenecíamos al gremio de «ni solteras, ni casadas, ni viudas», porque nuestros maridos se hallaban en el extranjero. Juliana se dio cuenta que había llorado.

—¿Qué te pasa? —inquirió afectuosa.

—Nada. No tiene importancia.

—No digas que no tiene importancia. El verte por aquí ya me escama un poco —insistió.

Nos hallábamos en la boca del Metro del Puente de Vallecas.

—Déjala, mujer, si no quiere decírnoslo tendrá sus razones — dijo Rafaela.

—¿Sabes algo de Rodrigo? —me miró Juliana de una manera que me hizo parpadear.

—No sé nada, pero me han dicho que ha estado en Madrid.

—No te decía yo... —exclamó Rafaela.

—¿Sabéis vosotras algo?

Las dos hermanas se miraron.

—Hemos oído campanadas, rumores... Como ahora todo el mundo hulea y cuenta chistes nunca se sabe lo que es verdad y lo que es mentira... —Rafaela me cogió del brazo—. Anda, vente a casa y te refrescas los ojos, porque pareces una Magdalena desconsolada.

Juliana y Rafaela viven en una de esas colmenas de corredores interiores que inspiraron a los zarzuelistas y saineteros los mejores cuadros de costumbrismo popular. Son casas tan densas de humanidad que tanto las penas como las alegrías tienen un sentido colectivo, porque sus habitantes viven unidos por miles de hilos invisibles que les hacen partícipes y solidarios de los azares cotidianos.

Hablando de las chismorrerías políticas que circulan por el barrio, Juliana me contó una anécdota atribuida al conde de Romanones, pero que yo la tomo como chiste... Parece que un amigo preguntó al sagaz político liberal si conocía las declaraciones que había hecho Indalecio Prieto en México. El Conde negó con la cabeza y el cuentista prosiguió: Un periodista le preguntó qué pensaban hacer los republicanos cuando volvieran a España. El político socialista respondió que como llegarían muy cansados, se echarían a dormir durante setenta y dos horas. Y el conde de Romanones exclamó alarmado: Me parece una barbaridad, porque con una tienen bastante los del Puente de Vallecas... Chiste o anécdota, el anónimo gacetillero oral que difunde lo que la pudorosa prensa calla, nos ayuda a seguir sufriendo aunque, como dice Rafaela, con tanto bulo y tanto chiste nunca sepamos lo que es verdad.

Mis dos amigas y camaradas tienen una familia tan numerosa que han tenido que implantar el racionamiento de la vivienda para evitar conflictos. Como en el cuarto no hay espacio para todas las camas que necesitan, se las han ingeniado a base de literas y catres plegables, amén de tres cestas que cuelgan del techo para los más pequeños.

He pasado una velada muy agradable, porque además de renovar mis pobres ilusiones, me han puesto al corriente de las actividades del Partido y de la Unión Nacional. Por mi parte, les conté la conversación que había escuchado unos días atrás a la duquesa de Castillares y a Talavera sobre el mismo tema.

—Creo que esa mujer es una cacica de los monárquicos, ¿no? — levantó Ramonín la cabeza del periódico que estaba leyendo.

—Es muy influyente y muy activa. Ahora se encuentra en Portugal para asistir a una reunión convocada por el conde de Barcelona. Parece que van a tratar del restablecimiento de la Monarquía...

El muchacho se sintió tan interesado que me sonsacó muy hábilmente lo poco que sabía de las andanzas de la Duquesa. Pero cuando yo intenté hacer lo mismo con respecto a mi marido, Ramonín me respondió:

—El camarada Bejarano tiene cosas más importantes que preocuparse de sentimentalismos y tonterías amorosas.

—Pero se encuentra en Madrid, ¿verdad?

—¿Y qué? —me miró fosco y desafiante.

—Es su marido, caray... —intervino Juliana— ¿Es qué tampoco va a poder preguntar una por su marido?

—No, no puede preguntar cuando está trabajando para el Partido. La revolución está por encima de los asuntos domésticos.

—Como te arree un bofetón vas a ver si puede o no puede... —dijo Rafaela—. Chica, estamos arreglados con estos mocosos que todavía no han dejado el chupete y ya quieren ser lenines y estalines...

—No hagas caso de las tonterías de mi sobrino —me consoló Juliana—. Yo creo que cuando Rodrigo pueda irá a verte.

—Lo que me duele es que todos sepáis más de mi marido que yo... —se me volvieron a soltar las lágrimas.



—Te juro que yo no sé nada y apostaría que Ramonín tampoco. Todo lo que sabemos... —se quedó indecisa—. Verás, hace unos días estuvieron escondidos aquí dos camaradas que han venido de Francia con una misión especial, y ellos fueron los que nos dijeron que Rodrigo estaba aquí...

16 de julio de 1945

Mis nervios se están derritiendo como la manteca. Me siento tan floja y distraída que me cuesta trabajo coordinar las relaciones más simples. En estos últimos días he cometido multitud de piñas y errores en cuentas y facturas. Don Ricardo me observa alarmado.

—¿En qué piensas? Parece que te estás construyendo un chalet en las estrellas...

—Lo que yo persigo no tiene forma. Quizá sólo sea un recuerdo. Tal vez ni eso... Una idea fija estereotipada en el subconsciente.

—Me parece que lo que tú tienes se llama mal de amores... —y como en aquel momento entrara el Padre Urgoiti, le dijo—: Usted, Padre, que conoce los secretos del espíritu, debiera indicar a Mar tita alguno de los intrincados caminos que conducen a la felicidad.

El Padre Urgoiti clavó su mirada en mí, se humedeció los labios y dijo con voz pausada.

—Solamente conozco un camino para alcanzar ese fin y no es nada intrincado.

—¿Cuál? —me sentí prendida en su mirada y de nuevo me recordó a mi marido en su pasión.

—Dios...

Aparté la vista del sacerdote a tiempo de ver una mueca irónica en los labios de don Ricardo.

—Yo creo que lo que Marta necesita es un novio que la lleve al baile del candil.

—Don Ricardo... —protesté con las mejillas abrasadas de calor.

—Eso es lo que se llama una felicidad baratita, ¿no?

—Quizá no se le pueda llamar felicidad. Pero reconocerá usted que una mujer joven y guapa tampoco debe vivir como si se estuviera muriendo de pena...

Sin proponérmelo me convertí en el centro de una interesantísima polémica. Después caí en la cuenta que había asistido a la vieja pugna entre la teología y el humanismo en su versión española: liberalismo y clericalismo, naturaleza y religión. Y, aunque me avergüence, debo confesar que me resultó más sugestiva la exposición del Padre Urgoiti. Don Ricardo debió observar mi inclinación por el sacerdote, porque cuando éste se fue, me dijo bromeando.

—Parece que Roma y Moscú están de acuerdo.

—Estamos de acuerdo en que no basta la confianza en sí mismo para el desarrollo total de la personalidad. El hombre necesita una disciplina que le ajuste al medio social, y las masas una fe colectiva.

—Si los mesianismos paradisiacos y los sistemas inquisitoriales no fueran tan de la mano en la historia... —mover la cabeza y me miró de una manera que me enfrió el entusiasmo.

17 de julio de 1945

Por la tarde el camarada Gómez me estaba esperando a la salida de la editorial. Como tengo la costumbre de andar con la vista gacha, distraída y ajena a lo que ocurre en la calle, pasé de largo sin darme cuenta. El me chistó y yo le devolví la mirada con cierta destemplanza.

El camarada Gómez es un desertor del andamio que durante la guerra llegó a ser jefe de brigada. Intelectualmente es un analfabeto, pero con una inteligencia vivaz y flexible a los cambios de táctica. Rodrigo le apreciaba mucho por su habilidad en el manejo de las masas. Al salir de la cárcel se las arregló para jubilarse definitivamente del oficio. Algunos camaradas le

ayudamos para que se repusiera de la anemia. Luego empezó a trapichear con varillaje de hierro y materiales de construcción. Con Talavera había hecho algunos negocios, pero salieron tarifando y desde entonces cada uno de ellos habla lo peor que puede del otro.

—¿Te dijo tu mujer que fui a verte?

—No, la Remigia no me dijo nada. Ya sabes como es... —cerró los ojos y movió la cabeza—. Me enteré por la Rafa y la Juliana.

—Pues yo a ellas no les dije nada.

—Debieron figurárselo... Anda, te voy a acompañar y de paso cambiamos impresiones...

Para entrar en conversación me contó todos los chismes y bulos que circulan por Madrid, dando por descontado que el régimen se estaba desintegrando al socaire de la propaganda exterior. Como nada de lo que me estaba diciendo me interesaba, le pregunté por mi marido y se hizo el orejas con mucha retranca para terminar diciendo me que «el camarada Bejarano se había marchado». Resignada, pero no convencida, todavía le insinué si no existiría otra mujer en la vida de Rodrigo.

—Yo creo que no. Pero de todas las maneras, cuando pasan tantos años y se pierde el roce el cariño no es lo mismo.

—Para mí sigue siendo igual... —la duda que vi en su mirada evasiva me ofendió más que las palabras calumniosas de su mujer—. ¿Lo dudas siquiera?

—No es eso, mujer... —me enseñó los dientes con una sonrisa conciliadora—. No dudo que tú le quieras así... tan apretadamente. Sin embargo, los comunistas no damos tanta importancia a las relaciones sexuales. El marxismo-leninismo-estalinismo nos enseña...

—Puedes guardarte el rollo porque me lo sé de memoria —le interrumpí exasperada.

La cara pellejosa del camarada Gómez se desinfló como una bota de vino. Probablemente percibió en mí un foco de hostilidad, porque cambió de tema.

Tras muchos rodeos y circunloquios, se refirió a lo que yo le había dicho a Ramonín sobre las pretensiones de la duquesa de Castillares en conocer a los dirigentes de Unión Nacional.

—Esa tía feudala tiene muchos reaños y mucho poder —dijo con expresión meditativa—. Nos interesa atraérnosla.

—¿Piensas hacerla comunista?

—De momento nos interesa manejarla para la propaganda.

—Te equivocas si crees que la Duquesa es de las personas que se dejan manejar.

—Todas las personas se dejan manejar cuando se las sigue la corriente y se las adula... ¿Qué quiere ella? ¿La Monarquía? Pues nosotros también la queremos.

—Yo no me atrevería...

—Pues tienes que atreverte. Te lo ordena el Partido...

Durante una fracción de segundo nos miramos cara a cara. En sus ojillos había algo obsesivo que me hizo desviar la vista. Mi espíritu ofrecía cierta resistencia a la política tortuosa del camarada Gómez. Quizá porque no soy política, solamente concibo las relaciones sinceras. No obstante, terminé considerándome muy honrada aceptando colaborar en la «diplomacia de la revolución», como definió Gómez mis futuras actividades... Todo sea por Rodrigo, por estar más cerca de él.

20 de julio de 1945

La duquesa de Castillares regresó ayer y hoy me ha llamado para decirme que continuaremos el trabajo cuando vuelva del veraneo a primeros de octubre.

—¿Tendremos Monarquía? —me atreví a preguntarle.

—El asunto es muy complicado, hija mía... —dijo con cierta melancolía—. Su Majestad el Rey Don Juan quiere serlo de todos los españoles. Pero los exiliados por una parte están obstruyendo el camino; y por otra, los monárquicos del interior se sienten más seguros a la sombra del Caudillo.

—Y mientras tanto los demás españoles sufrimos las consecuencias —exclamé yo.

—Así es. Unos pensando en sus capillas y sectas y otros en su dinero, todos se olvidan del pueblo, que será el que pague el pato.

—¿Y esa Junta de Unión Nacional que se ha formado?

—No creo que tenga gran importancia a pesar de que está haciendo mucha propaganda. Por cierto, Talavera me prometió ponerme en relación con ella y el muy tuno se ha marchado sin hacerlo.

—Creo que a usted no le costaría ningún trabajo conseguirlo.

Los ojos de doña Mafalda, abotagados y sucios de cirros hepáticos, se me clavaron penetrantes.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque hay mucha gente que confía en usted. En estos días han corrido un sinfín de bulos con respecto a su viaje a Portugal. Muchas personas daban por descontado que nos iba a traer la Monarquía.

—Qué ingenuo es el pueblo —exclamó ligeramente emocionada—. Si de mí dependiera mañana mismo tendríamos rey. Pero yo no soy más que una mujer y aquí las mujeres podemos muy poco.

La puerta se abrió bruscamente y entraron dos niños seguidos del Padre Urquiza, el capellán de la Duquesa. Eran los hijos de Octavio Pacheco y después de abrazar y besar a su abuela, el niño preguntó impaciente por su padre.

—Tú papá está fuera —le acarició su abuela.

—¿Entonces, por qué dices tú que papá está preso en su castillo? —se dirigió a su hermana con gesto ceñudo.

—Porque me lo dijo Rosalina Armendáriz, que se lo había dicho su mamá.

—No hagas caso, hijito... Esa Rosalina y su mamá deben ser dos chismosas. Tu padre se encuentra en Castrofuerte pasando una temporada de descanso.

23 de julio de 1945

Las noticias que me llegan de los veraneantes no pueden ser más venturosas. Doña Rosario rezonga de Alicia, pero al mismo tiempo me dice que ha engordado cuatro kilos, lo cual es un indicio de positiva mejoría.

Ayer por la tarde vino un señor que se presentó como amigo de los Talavera. Vino a preguntarme dónde veraneaban. Según me dijo, tiene algunos negocios con Rómulo y quería escribirle. Pero yo no sé por qué me resultó desagradable y fisgón y le dije que ignoraba la dirección. Luego me alegré, porque antes de hablar conmigo lo hizo con la portera, preguntándole por mi estado, situación, parentela y clase de vida que hacía. De haber sabido que tenía tanta curiosidad por conocerme, yo también me hubiera mostrado curiosa con él. Lo cierto es que ahora estoy intranquila y llena de temores. ¿Quién será? ¿Qué buscaba? ¿Por qué tenía tanto interés en saber si estoy casada o vivo con algún hombre...? Buscando una respuesta a mis desazonantes interrogaciones he recordado lo que me dijo Talavera sobre un comandante del Segundo Bis que tenía interés en conocerme. Bien podría ser él. Con todo subsiste la incógnita y en mi mente surge otra duda: ¿conocerán los servicios de información las actividades de Rodrigo...? Aunque Gómez me ha dicho que mi marido está completamente cambiado y viaja con nombre supuesto y pasaporte extranjero, no creo que esto sea una dificultad insuperable para identificarle.

En la carta que hace un momento escribí a doña Rosario, le pongo a Talavera unas líneas con las señas personales del individuo en cuestión, por si se tratase del comandante de quien me habló.

25 de julio de 1945

Al volver a casa me he encontrado un telegrama que dice lo siguiente: «Es el mismo. Sigue carta. Alicia».

¿Qué puede buscar en mí el servicio secreto?, me pregunto acobardada. Mis actividades políticas se han reducido hasta la fecha a mantener relaciones cordiales con algunos camaradas y colaboradores de mi marido. De éstos, la mayor parte son comunistas pasivos. Unos están agotados por el sufrimiento; otros han encontrado sus hogares desechos y dedican sus afanes a reconstruirlos. No faltan los cansados y aburridos que piensan que no merece la pena sacrificar el presente a problemáticas utopías futuras. «La vieja guardia no nos sirve», me dijo el otro día Ramonín con la avasalladora euforia de los veinte años. «El camarada Stalin la ha liquidado en la Unión Soviética y nosotros tenemos que suprimirla si queremos llegar a alguna parte».

Naturalmente no pueden tomarse en cuenta las palabras de un crío fanático y visionario. Lo peor es que el Partido está saturado de juventud y de profesionalismo revolucionario, dos elementos que la vieja guardia mira con mucha reserva.

Con estas disquisiciones me estoy desviando del centro de mis preocupaciones. En mi cerebro se cuecen demasiadas cosas a la vez... Lo que quería decir es que mi vida mecánica y rutinaria carece de interés para el servicio secreto. De todas las maneras he hablado con el camarada Gómez por si tiene algo que ver con las actividades de Rodrigo.

—Dejemos a Rodrigo a un lado... Estoy pensando en ese lagarto del Segundo Bis. ¿No tendrá algo que ver con la feudala de Castellares? —me miró desconfiado y ladino.

—No sé...

—Esa tía es una zascandila que no para. La policía lo sabe y lo más probable es que os vigile a todos los que estáis con ella...

La hipótesis no es descabellada. Efectivamente, la Duquesa se hallaba estrechamente vigilada, aunque maldito el caso que hacía. Los mismos encargados de vigilarla le enviaban copias de sus informes.

En conversaciones anteriores el camarada Gómez se había interesado por mis relaciones con el Padre Ugoiti. Unos días antes yo le había dicho que el Padre Ugoiti estaba reclutando activistas jóvenes para sus campañas en los suburbios y que contaba con abundantes recursos, probablemente facilitados por la duquesa de Castillares.

—El Partido considera que debes intensificar tus contactos con ese cura y atraerlo a Unión Nacional —me dijo en tono de ordeno y mando.

—Eso es más difícil. El Padre Ugoiti no quiere política.

—Bah, paparruchas. Todos los curas dicen lo mismo... Mañana iré a verte a la editorial un camarada ex jesuita. En lo sucesivo te relacionarás con él. Como especialista en política clerical, ya te dirá lo que tienes que hacer.

—¿Cómo se llama?

—No hace falta que sepas su nombre. Para darse a conocer te enseñaré una estampita como ésta... —me mostró una policromía del Sagrado Corazón de Jesús—. Y ahora es mejor que nos separemos. Hay allí un tipo que no me gusta nada. Desde hace un rato no nos quita el ojo... —se levantó y echó a andar.

El «tipo» que no nos quitaba el ojo era un joven de aspecto forzado. Apenas se alejó Gómez vino hacia mí y se sentó en el mismo banco.

—¿No te ha dicho nadie que eres una tía cojonuda...? —me echó una tufarada de vinagre.

—Vaya usted a dormir la mona, que buena falta le hace —me levanté tranquilizada y salí apresuradamente del jardín público.



26 de julio de 1945

Esta mañana recibía la visita «del hombre de la estampita». Como don Ricardo se encuentra en Cercedilla pasando unos días con una sobrina, hemos podido hablar con entera libertad. El ex jesuita es un hombre pulcro y elegante que unas veces parece enfermo y mortecino y otras se despierta con la vivacidad de los gatos. Me dijo que le llamase Pepe, nombre que me parece postizo, como me parecen postizos la dentadura y el pelo. Es más, ni siquiera creo que sea español. Tiene un acento raro que en ocasiones me parece catalán y otras me suena a sudamericano. Sin embargo, no me cabe duda de que es inteligente y capaz. Si se le puede clasificar de alguna manera, pertenece al tipo de revolucionario profesional que tanto me disgusta. Siempre he pensado que la gente que puede disimular sus sentimientos es porque carece de ellos. La impostura es una aberración que empieza en el cinismo y termina anestesiando la conciencia.

Cuando le dije que el Padre Urgoiti sabía que yo simpatizaba con el comunismo, hizo un gesto de desagrado.

—Esto dificulta la maniobra —se quedó pensativo.

—Al Padre Urgoiti no le interesa la política. Dice que si el comunismo existe es porque Dios quiere.

—Teológicamente la Iglesia no puede decir otra cosa, aunque políticamente sea más terrenal y práctica...

No nos hemos puesto de acuerdo con respecto a las intenciones malévolas que atribuye al Padre Urgoiti. Yo le considero bueno y buenas sus intenciones independientemente del dogma que se las inspira. No obstante, hemos convenido en presentarle a unos cuantos camaradas que desarrollen subrepticamente la política de Unión Nacional en los centros católicos.

26 de julio de 1945

La carta que acabo de recibir de Rómulo no diluye mi ansiedad. Confirma que las señas del extraño visitante coinciden con las del comandante Ratín y me pone sobre aviso contra sus incursiones informativas. «Creo que el presentarse como asociado mío ha sido un pretexto para acercarse a ti, y puedes dar por seguro que está enterado de la presencia de Rodrigo y posee abundantes referencias de sus actividades», me dice textualmente. A continuación me habla en tono jocoso del parto de Alicia. Parece que fueron de excursión a una isla y el alumbramiento se presentó tan repentinamente que dio a luz en una choza de pescadores. Afortunadamente los presentimientos de Alicia eran solamente debilidad nerviosa. En este caso la naturaleza se ha mostrado más sabia que la inteligencia.

27 de julio de 1945

Estoy tan atareada que me falta tiempo para todo. Don Ricardo dice que me estoy electrificando, y tiene razón. Tanta cita y sermón me tienen volatilizada. Yo no valgo para ir de la ceca a la meca, charlando con unos, discutiendo con otros y repitiendo a todos el cuento de la lechera... Tengo miedo, mucho miedo, un miedo atroz que me despierta por las noches con el cuerpo bañado en sudor y la mente entenebrecida de pesadillas.

El ex jesuita que, dicho de paso, es un sensualista vulgar, aficionado a los cuentos verdes y a la pornografía, me invitó anoche a cenar en un merendero de la Bombilla con el pretexto de cambiar impresiones. Las impresiones que cambiamos comiendo opíparamente lo mismo podíamos haberlas cambiado en ayunas, pues no tratamos ninguna cosa de interés. Sin embargo, cuando empezó a retozarle en el cuerpo el abundante clarete que bebió, se puso muy tierno y pegajoso, tanto que hubiera bastado la menor debilidad por mi parte para que se me declarase en toda regla. Pero antes de llegar a tal extremo le hice observar amablemente que estaba comprometida a perpetuidad.

—¿Sabes que eres una camarada bastante rara? —me escudriñó con sus ojillos relucientes de lascivia.

—¿Consideras una rareza la lealtad?

—Pues sí. Las chicas guapas no deben imponerse deberes tan absurdos. Además, si lo haces por lealtad al camarada Bejarano me parece una estupidez, porque él tiene otra compañera.

—No lo creo —protesté con la sangre helada.

—Cuando quieras puedes comprobarlo por ti misma.

—¿Cómo puedo comprobarlo?

—Si te portas bien y me prometes que no vas a dar el escándalo, cualquier día te llevaré al hotel donde se hospeda.

—Entonces, ¿sigue aquí? —traté de reprimir mi nerviosismo.

—Ahora se encuentra formando cuadros por el Norte, pero dentro de unos días tiene que volver a Madrid...

Aprovechando mi confusión el camarada Pepe intentó propasarse y tuve que pararle los pies... aunque le dejé entrever que el día que viera a mi marido con otra mujer no tendría ningún inconveniente.

29 de julio de 1945

Empecé este diario por sugerencia de don Ricardo. Un día me dijo que si me había condenado a hablar conmigo misma buscara una segunda persona en el papel y le contara lo que no me atrevía a decir a los demás. Ciertamente he comprobado que escribir lo que uno piensa o lo que uno sueña descongestiona el espíritu y nos libra de obsesiones perturbadoras. La mente, como el cuerpo, necesitan el rigor de la disciplina; con más razón la mente porque es saltarina e irresponsable. Quien sueña no piensa, pero quien escribe sus sueños no tiene más remedio que pensarlos y sujetar las acrobacias de la

imaginación al rigor de la sintaxis, con lo cual los sueños se empapan de realidad.

Al comenzar estas páginas me propuse ser sincera en todo lo que escribiera. Pero ha llegado el momento en que sin dejar de ser sincera en todo lo que digo, no puedo decirlo todo. Mi vida no me pertenece. Me encuentro totalmente comprometida y si este diario cayese en manos extrañas no quisiera perjudicar a nadie.

Es curioso que la persona que más me interesa de todas cuantas trato, sea el Padre Urgoiti. Es tan diferente, no sólo de los religiosos que conozco, sino de los hombres en general, que cada día siento más admiración por él. Ayer en una charla con los jóvenes de Tetuán, un individuo le preguntó a quiénes se puede calificar de ladrones, y el Padre respondió muy seguro y convincente: «En el juicio de Dios son ladrones todos los que roban a otro lo necesario para ellos disfrutar de los superfluo. Y conste que en el juicio de Dios lo mismo es ladrón el que subtrae los céntimos al obrero que el descuidero que mete la mano en el bolsillo de otra persona».

30 de julio de 1945

Esta tarde estaba citada con el camarada Pepe en un quiosco del paseo de la Castellana, pero en vez de presentarse él me sorprendió el camarada Gómez con su cartera debajo del brazo, gafas oscuras y un formidable bigote postizo. En su cara aceitunada había una tensión de alarma.

—No te asustes... Sólo vengo a decirte que Pepe no podrá venir, porque le andan buscando.

—¿No te sientas?

—No, me voy pitando... Tu no debes preocuparte. Hay muchas detenciones, pero camaradas muy pocos. De momento quedarás desconectada hasta nueva orden... Abur.

Yo me quedé pasmada, sin saber qué hacer al verlo marchar... El día era caliginoso, con presagios de tormenta. Debía haber descargado cerca, porque de vez en cuando soplaban turbonadas con olor a tierra caliente. Los nervios tirantes y el espíritu revuelto me incitaron a pasear sin sentido de orientación. La idea de volver a casa me asustaba. A pesar de que el camarada Gómez me había dicho que no corría peligro, su garantía no me inspiraba la menor confianza. Cuando un barco se va a pique el que se distrae es el que pierde. Aprisionada en mis sombríos pensamientos no vi al Padre Urgoiti parado en la calzada, frente al portal de mi casa. Mi sorpresa fue mayúscula. Era la primera vez que el Padre Urgoiti me visitaba en mi domicilio.

—Tenía que hablar con usted —me dijo—. Han detenido a uno de nuestros catequistas, uno de los muchachos que usted me recomendó. Se llama Juanito Abril y vive en el Puente Vallecas...

Le conocía sobradamente. Juanito era el más idóneo de los cinco comunistas que actuaban entre los catequistas del Padre Urgoiti. Tenía una regular preparación religiosa y al mismo tiempo era un marxista concienzudo. Unos días antes le había oído una charla en la que usando los tópicos más corrientes del catolicismo, expuso con lucidez una síntesis del materialismo histórico. Por cierto, recuerdo que el Padre Urgoiti hizo el siguiente comentario: «Cuando el cristianismo es interpretado por los humildes casi se siente uno revolucionario».

—¿Cree usted que si Jesucristo volviera a la tierra aprobaría nuestra organización social? —le pregunté yo.

—Cristo, Nuestro Señor, dijo ya lo que tema que decir. El nos dio el ejemplo y nos señaló el camino. Lo demás depende de nosotros y debe ser obra de nuestra libertad.

La noticia de la detención de Juanito me había dejado alelada. El Padre Urgoiti me acompañó a casa y cenó conmigo. No pude ofrecerle ningún manjar, pero como era caballo de buena boca acabó con todas mis reservas alimenticias. Mientras cenábamos me contó cómo había sucedido la detención de Juanito. Parece que fue capturado en la calle con abundante propaganda de Unión Nacional.

—Existiría alguna sospecha contra él —insinué yo.

—Me temó que sí... Era un muchacho muy preparado, muy consciente.

La actitud del sacerdote me inspiraba cierta desconfianza. Su natural cordialidad parecía reprimida. Quería decirme algo que no acertaba a plantear. Yo estaba temiendo oírle decir: «Me ha engañado usted». Pero me preguntó si me encontraba segura en aquella casa.

—No sé... ¿Por qué lo dice? —le miré a las pupilas que tanto me recordaban a mi marido.

—No quiero inmiscuirme en su vida ni quiero que me diga nada. Conozco la política porque ha destruido a mi familia... Nunca le he dicho que de ocho hermanos que éramos hoy solamente quedamos en España otra hermana religiosa y yo. De los demás, los que no han muerto viven por ahí aferrados a su rebeldía... —hizo una pausa y encendió un pitillo—. Pasado mañana se marcha mi madre a Bilbao, ¿quiere usted irse con ella?

—No.

—Nuestros amigos se encargarían de pasarla a Francia; luego yo mismo me encargaría de que lá niña se reuniese con usted.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque mi marido se encuentra en España.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabe?

—Es muy largo de contar... —ladeó la cabeza y su gesto se ensombreció—. Hace casi un año vino a verme un señor con una carta de mi hermana Petra, que es maestra. En los últimos días de la resistencia vasca se embarcó con una expedición de niños que iban a Rusia. Allí conoció a su marido. Parece que se hicieron muy amigos a causa de encontrar en su esposo algo que le recordaba a su querido curita... Sin embargo, fueron sus palabras, ¿se acuerda usted de

lo que me dijo en cierta ocasión...? Pues por aquellas palabras he conseguido identificar a su marido...

—¿Cómo no me lo ha dicho antes? —me sentí dominaba por la cólera.

—El decírselo ahora ya me resulta inoportuno... Su marido lleva una vida muy peligrosa.

—Nadie mejor que yo lo sabe.

—Y el caso es que lo hace sin optimismo. En un momento de nuestra conversación me confesó que se sentía fracasado... no me dijo precisamente fracasado, sino resquebrajado.

—Si no fuera usted quien me lo dice, dudaría de sus palabras.

—Lo comprendo... —se quedó ensimismado—. Sin embargo, la vida no es para todos igual. Su marido debe haber sufrido mucho.

—Más he sufrido yo.

—¿Lo cree de verdad?

—Estoy segura. Para mí todo ha sido adverso... ¿Se imagina lo que es vivir encerrada en un recuerdo?

—Debe ser casi igual a vivir sin ninguno, aunque más profundamente espiritual... —había terminado de beberse el café y el pitillo se le estaba apagando entre los dedos—. Me voy a marchar porque la tormenta va a estallar de un momento a otro.

—¿No le habló de mí? —inquirí llena de ansiedad.

—Sí, sí, claro que hemos hablado de usted y no hace muchos días... Su marido había sido mal informado de su conducta. Yo le dije la verdad... le dije que usted le aguardaba y que era digna de toda su estimación. ¿Sabe lo que me dijo? Que se lo figuraba, pero que ya no era posible volver la vista atrás ni quería que usted sacrificase su vida... Ella es joven y puede encontrar otro hombre que le dé lo que yo no he podido darle.

—No quiero —le interrumpí manoteando histérica.

Mis nervios estallaron al mismo tiempo que la tormenta. No recuerdo lo que hice ni lo que hablé. Me sentía demasiado angustiada. Todo lo que había soñado quedaba destruido en un instante.

31 de julio de 1945

Es inútil luchar contra la esperanza. Solapadamente nos sale al paso cada vez que intentamos destruirla. Esta mañana me dijo la muchacha que anoche le di un tremendo susto. Parece que me levanté sonámbula a eso de las dos y anduve por toda la casa llamando a Rodrigo.

—Yo no quise despertarla, porque en mi pueblo había una chica sonámbula y una noche que iba dormida a por agua a la fuente la despertaron y se murió del susto —me dijo.

Este cuento, como el de la Virgen aparecida y el fantasma del cementerio, tienen en nuestro país milagrero y supersticioso tantas versiones como pueblos y aldeas. Sin embargo, no tengo ningún motivo para suponer que la muchacha sea una visionaria.

Me cuesta trabajo creer lo que me dijo el Padre Urgoiti. Rodrigo resquebrajado es lo último que podía pensar de él. Su fe era tan robusta que parecía inextinguible. Tanto es así que muchas veces tuve que aconsejarle que moderase sus impulsos. «No debes prodigarte tanto», le decía yo. «Prodigarme es una palabra vana y ególatra cuando la revolución nos lo pide todo».

Al entrar en la oficina, don Ricardo me miró y movió la cabeza.

—Te estás quemando, Martita. Ese cura te está sacando de tus casillas.

—No lo crea —me senté en mi mesa y empecé a preparar el trabajo.

—¿Cómo que no lo crea? ¿Es que no tengo ojos en la cara para ver?

—El Padre Urgoiti es muy bueno conmigo.



—Eso es lo malo de los curas, que parecen muy buenos... y luego son hombres.

—El Padre Urgoiti es diferente. Yo le considero sinceramente creyente, con una sinceridad que le aleja de toda clase de impurezas.

—De todas las maneras no debes poner a prueba la naturaleza, porque en el noventa y nueve por ciento de los casos triunfa de las sutilezas del espíritu —carraspeó repetidamente.

1 de agosto de 1945

Me encuentro en una situación en que me daría igual que me detuvieran. Antes de vivir en esta atmósfera insidiosa de temor prefiero cien veces la cárcel.

A mediodía ha venido Juliana a decirme, de parte de Gómez, que me oculte unos días hasta que pase la «marejada».

—No veo ninguna razón para ocultarme, y viniendo del camarada Gómez menos, porque los dedos se le figuran huéspedes —le dije.

La verdad es que me horroriza andar vagabundeando de casa en casa, molestando a los camaradas y viviendo de prestado.

—De todas la maneras, ningún trabajo te cuesta esconderte unos días.

—Si hubiera hecho algo de importancia...

—Si vamos a eso, la mayoría de los que han enchiquerado tampoco han mordido a la Cibeles. Pero todos están en el «saco». No creas que se andan con remilgos... A unos porque son comunistas, a otros porque lo han sido y a los más porque pueden serlo, a todos se los llevan.

—La vida que yo hago no es para despertar sospechas.

—Bueno, chica, yo te digo lo que me han encomendado, y si mi casa no estuviera tan vista ahora mismo te venías conmigo.

—Te lo agradezco, mujer.

—No hace falta que me lo agradezcas. Tenemos la obligación de ayudarnos unos a otros...

Las noticias que me ha dado Juliana no pueden ser más alarmantes. La opinión de los dirigentes es que se trata de una operación de tanteo que abarca a todas las organizaciones clandestinas. Parece que andan despistados. Buscan e indagan como topes, horadando silenciosamente las tinieblas en «razzias» de madrugada. El mayor contingente de detenidos corresponde a Unión Nacional. Pero como el Partido anda tan mezclado, no tendría nada de particular que descubrieran alguna pista que los llevase al corazón de la organización subterránea. Según me ha dicho, a uno de los que buscan con más ahínco es a Rodrigo.

—Lo que yo no me explico es cómo han podido enterarse.

—Porque los chivatos abundan más que las ratas. Mi sobrino Ramón dice que es probable que la confidencia venga de Francia. De todas las maneras es muy difícil que echen el guante a Rodrigo. Creo que tal y como está de camuflado ni tú misma le reconocerías. Además, vive a lo grande y se relaciona muy poco con la gente del Partido.

—Cada vez lo comprendo menos.

—Chica, estas cosas no son para nosotras... Yo les oigo hablar, pero como tengo una cabeza tan vacía no se me queda nada. Sin embargo, yo creo que lo que el Partido quiere es que nadie sepa que Rodrigo es comunista. Por eso vive como un príncipe y se trata con gente de lo alto.

A mí me ocurre lo mismo que a Juliana: no comprendo nada de todo esto. Al parecer, la nueva táctica del Partido tiende a hacer proselitismo en las esferas burguesas e incluso aristocráticas.

9 de agosto de 1945

Hace exactamente ocho días que escribía la última nota. En el breve transcurso de una semana puedo decir que he muerto y he vuelto a nacer. Todo lo que me ha sucedido tiene un significado irreal y fantástico. Cuando cierro los ojos me parece una pesadilla y cuando los abro creo estar viendo una película escalofriante.

Los hechos ocurrieron de una manera anodina y rutinaria. Al llegar a mi domicilio me encontré con una carta echada por debajo de la puerta. Yo misma la recogía del suelo creyendo que se trataba de propaganda de alguna nueva compañía de seguros o de las innumerables empresas que ofrecen a precio de ganga un buen entierro y una elegante sepultura. Ni el sobre ni la carta tenían membrete. Esto ya me extrañó. Pero lo más sorprendente era el texto. Solamente decía: «Si quieres ver a tu marido vete esta noche al comedor del Hotel Paseo de nueve a diez. Un buen amigo». La nota estaba escrita a máquina en papel corriente y no aportaba más dato ni referencia. Lo primero que se me ocurrió fue lo primero que acepté, que me la mandaba Pepe, el camarada ex jesuita.

Lo que sentí al leer la carta no es para descrito. Seis años de anhelos reprimidos forjaron un minuto de angustia único, ese minuto de radical desesperación que nos acerca al suicidio o nos pone en trance de hacer cosas locas e insensatas... La muchacha me sorprendió sudando mareada y hablando sola.

—¿Se siente mal, señorita?

—No, no me pasa nada. Gracias.

Pero sí me pasaba. Era alegría y tristeza. Amor y odio. Una turbamulta de sentimientos encrespados... Rodrigo en el Hotel Paseo. Casi al alcance de la mano. ¿No era un insulto? En aquel momento no se me ocurrió pensar en su situación. Sólo pensaba en el hombre que llevo adherido a cada partícula de mi ser. Corrientemente no soy un temperamento impulsivo. Puedo reflexionar antes de hacer una cosa. Pero cuando un sentimiento se apodera de mí, lo inunda todo y todo lo avasalla.

Nunca he sentido tanto gusto en acicalarme. Por primera vez en muchos años me solté la melena, me arreglé las cejas y me maquillé con tal perfección y esmero que los ojos de la muchacha se desorbitaron al verme.

—Pero qué requeteguapa se ha puesto la señorita —exclamó—. ¿Es que va de fiesta?

—Sí, voy a cenar con mi marido.

—Ay, qué tonta. Y yo que creía que la señorita era viuda... —me miraba embobada como si hubiera descubierto repentinamente que yo también podía ser coqueta.

—Casi todas las personas que me conocen piensan lo mismo. Me veis tan sola y aburrida que creéis que llevo un sepulcro en el corazón. Pero no, querida. Tengo marido, un marido tan guapo que hay pocos hombres que se le parezcan. Se da un aire con el Padre Urgoiti.

—Pues el Padre Urgoiti es muy guapo y muy listo.

—Mi marido lo es más... —me daba cuenta que estaba diciendo tonterías, pero tenía necesidad de hablar. Me sentía como embriagada.

Cuando salí de casa eran poco más de las ocho. Como me sobraba tiempo daría un paseo por la Castellana y tomaría alguna bebida fresca que me despegara la lengua del paladar. Todos los que hayan tratado de encontrar la raíz de su vida pueden comprender mi confusión y nerviosismo. Probablemente de no tratarse de ver a Rodrigo hubiera razonado conmigo misma. Ahora me doy cuenta que una persona lúcida en mi situación, antes que otra cosa, hubiera indagado el origen de la carta. Pero a mí fue lo que menos me preocupó entonces.

Sentada en un quiosco de la Cibeles aguardé a que el reloj del Palacio de Comunicaciones marcara las nueve. El agua de cebada helada me sentó muy bien mientras estuve sorbiendo con la pajita. Pero al entrar en el hotel me hallaba más sofocada. La saliva era espesa y pegajosa como goma arábica. Me temblaban las piernas y el corazón trepidaba a la carrera. Dispuesta a sobreponerme al miedo, crucé el vestíbulo y entré directamente al comedor.

Más de la mitad de las mesas se hallaban desocupadas, predominando entre los escasos comensales los extranjeros. Desde la entrada pasee la vista por todas las caras.

—¿Puedo servir algo a la señorita? —se acercó un camarero.

—Estoy citada con unos amigos —se me ocurrió decir—. Como veo que todavía no han llegado les esperaré un rato.

—¿Desea tomar algo?

—Sí, un vermouth...

Mientras hablaba con el camarero entraron dos caballeros y se sentaron en una mesa cercana a la mía. El mayor no pasaba de los cincuenta años, pero también era el más elegante. El otro era un tipo rechoncho amazacotado de grasa. La presencia de estos dos individuos y sus miraditas, me distrajo unos segundos, tiempo suficiente para no ver la cara de un hombre vestido con un traje de seda cruda, sombrero de panamá y gafas de concha. La estatura muy bien podía coincidir con la de Rodrigo, pero era más ancho, tirando a obeso, y su andar cansino no correspondía a la enérgica zancada de mi marido. Con todo me dejó una sombra de incertidumbre.

El camarero depositó la bebida sobre la mesa. El vermouth con su rodajita de limón y el hielo flotando me despertaron una sed abrasadora. La lengua era puro estropajo y hasta la garganta me dolía... Bebía con ansiedad. Al darme cuenta que los hombres de la mesa vecina me observaban con cierto regocijo, no me atreví a tomarme todo el líquido y dejé un dedito en el vaso.

El hombre de traje de seda cruda fue a sentarse en una mesa ocupada por una hermosa mujer de tez bronceada. A él solamente podía verle de lado. Su mentón agudo era lo que más me recordaba a Rodrigo, aunque estaba deformado por la sotabarba. Una voz íntima me decía que era él. Sin embargo, el color intensamente bronceado me hizo vacilar. Rodrigo no había conseguido nunca ponerse moreno por muchos baños de sol que tomara. Su blancor parecía inmune a la pigmentación... Con el corazón saltándome en el pecho, me levanté y me dirigí a una de las ventanas que daban al jardín para observar mejor al hombre del traje de seda cruda. Qué incertidumbre... El espeso

bigote, las gafas y aquel color de negrero tropical no encajaban en mi rompecabezas fisonómico. De pronto el hombre levantó la cabeza y se me quedó mirando. Ya no tuve duda. Me dirigí a él como hipnotizada y pronuncié su nombre, aunque no sé si llegué a vocalizar las palabras, porque los dientes me castañeteaban.

—*Qu'est qu'elle dit cette femme?* —dijo la mujer con una expresión de disgusto.

—*Je ne sais pas... Les poulets nous entourent...*

Un fogonazo de luz me devolvió a la realidad. Los dos hombres de la mesa vecina estaban al alcance de la mano pendientes de mí.

—Perdóneme. Me he equivocado... —me dirigí al pasillo, pero antes de trasponer el comedor se me doblaron las piernas y caí desvanecida.

Cuando volví en mí la primera sensación fue de extrañeza. Sin embargo, me reconfortó ver a mi lado al Padre Urgoiti acompañado de un señor que me estaba auscultando. Por lo demás, la habitación era completamente desconocida. Era un cuartucho lóbrego y sucio. El aire estaba enrarecido y olía a humedad y vejez.

—Parece que se encuentra mejor, ¿eh? —dijo el hombre que me estaba auscultando.

—Estoy muy mareada... —miré al Padre Urgoiti, que me contemplaba con los brazos cruzados y un gesto de frunces y arrugas.

—¿Se encuentra en condiciones de declarar? —dijo el sacerdote afectuosamente, pero de una manera que me hizo dudar.

—No sé... Me duele horriblemente la cabeza y me siento muy cansada. ¿Dónde estoy?

—En la Dirección General de Seguridad... —sonrió el hombre que me había auscultado—. No tiene importancia. Sólo se trata de hacerle unas preguntas. Cuanto antes conteste, antes podrá volver a casa y descansar tranquila.

—Me parece que no se encuentra en condiciones de sufrir un interrogatorio — dijo el Padre Urgoiti.

—Yo no puedo evitarlo. Compréndalo, Padre...

La puerta se abrió y entró en el cuarto uno de los individuos que había sido vecino de mesa en el hotel. Cuchicheó con el que debía ser médico y luego habló con otro en la puerta.

—El médico dice que está muy débil y mareada.

—No importa. Traétela a mi despacho...

En los angustiosos minutos que siguieron vi al Padre Urgoiti tan lealmente dispuesto a salvarme que mi espíritu se fortaleció. El policía me condujo a un despacho relativamente confortable. El sacerdote quiso entrar conmigo, pero no le dejaron. Allí había dos hombres que me eran completamente desconocidos.

—Siéntese, por favor, señorita —me invitó galantemente el que estaba detrás de la mesa.

—¿Señorita o señora de Bejarano? —dijo el que estaba de pie con los dedos metidos en el cinturón de cuero.

—Señora de Bejarano.

—No debe usted inquietarse, señora... —habló el que estaba detrás de la mesa, un hombre bastante mayor—. En realidad somos amigos suyos. No tenemos nada contra usted ni debe considerarse detenida. La hemos traído aquí por el accidente que sufrió y para aclarar algunos aspectos del individuo al que se dirigió esta noche en el hotel.

Con mi trabalenguas intenté explicarles lo de la carta.

—Todo eso lo sabemos porque hemos encontrado la carta en su bolso —me interrumpió el que estaba de pie, un buen mozo de ojos grises y vidriosos— ¿Reconoce al hombre a quien se dirigió como su marido?

—No —sostuve su mirada escudriñadora.

—Pues él ha confesado que usted es su mujer —intervino el mayor.

—Me gustaría verlo otra vez... —me volvió la incertidumbre—. Hubo un momento en que le encontré cierto parecido con mi marido. Pero cuando me acerqué vi que me había equivocado.

—Sin embargo, le llamó por su nombre —dijo el de los ojos grises.

—Es posible... ¿Usted no se ha sentido nunca sugestionado por alguna persona que le recordaba a otra conocida?

—Yo soy un hombre que mira con los ojos.

—Entonces no verá usted mucho.

—¿Se va a quedar conmigo...?

El que estaba sentado se levantó y se llevó al de los ojos grises cogido del brazo hacia un extremo del despacho, de espaldas a mí. Hablaron algo que no pude entender y luego ocuparon sus puestos.

—Vuelvo a repetirle que no se encuentra detenida en este momento. Pero también quiero que sepa que depende de usted el quedarse o marcharse tranquilamente a su casa —dijo el mayor.

—¿Es usted comunista? —me preguntó el de los ojos grises.

—No.

—Pero vivía amancebada con un comunista.

—Amancebada, no. Casada por lo civil.

—Es lo mismo... ¿Dónde conoció a Rodrigo Bejarano?

Le hablé de la empresa alemana donde trabajábamos los dos y le conté algunos detalles intrascendentes comunes a la mayor parte de los enamorados. Insistí mucho en el amor, porque era el vínculo que más me unía a mi marido.



—La idea que usted tiene de su marido no se parece en nada a la que reflejan nuestros informes. Su marido fue jefe de una checa durante la guerra —dijo el que estaba sentado detrás de la mesa.

—Mi marido mandó un batallón de milicias primero y luego fue comisario político.

—Es lo mismo... Al terminar la guerra huyó a Rusia. Pero allí los negocios no le fueron tan bien como en España. Se permitió la libertad de criticar a Stalin y el zar rojo le mandó a pudrirse en los campos de concentración de Siberia...

—Eso no es verdad —le interrumpí sofocada por una horrible congoja.

Los dos hombres se miraron y soltaron una carcajada chirriante.

—Por lo que veo conoce usted muy mal a su marido —dijo el de los ojos grises—. Su marido es un criminal.

—Miente —estallé en sollozos.

—Vamos, vamos, sea razonable... —intervino el más viejo—. No estamos tratando de asustarla, ni mucho menos... Rodrigo Bejarano es un tipo desalmado y perverso que ha venido a España a hacer méritos. Probablemente usted le interesa un comino. Tenemos noticias de que se casó en Rusia, que en Francia se unió a una prójima y ahora ha venido a España con otra fulana...

Pasé un largo rato con la cabeza entre las manos llorando amargamente. Los dos hombres dejaron que me desahogara para volver luego a la carga con más brío. El de los ojos grises sacó de una cartera de mano un paquete de fotos y me mostró algunas. En todas ellas aparecía mi marido.

—Este sí es Rodrigo —dije apenas vi la primera.

—¿Y no cree usted que el hombre de esta noche puede ser el mismo desfigurado intencionadamente?

Esto me hizo comprender que ellos tampoco estaban seguros, por lo que rechacé con firmeza la sugerencia. A partir de entonces el interrogatorio se hizo más amistoso. Los dos hombres se hallaban tan desorientados como yo, a

pesar de la copiosa información gráfica que poseían, obtenida seguramente por medio de confidentes.

—¿Sabe usted que su marido está dirigiendo en España una campaña de terrorismo y sabotajes? —dijo incidentalmente el que estaba detrás de la mesa.

—No lo creo. Mi marido es enemigo del terrorismo. No se aviene con su carácter.

—¿Quizá es miedoso?

—No es que sea miedoso precisamente, aunque tampoco tenga pretensiones de héroe... Es más bien un intelectual, un hombre que piensa más que actúa.

Mientras el de los ojos grises barajaba las fotografías maquinalmente, con la destreza de un jugador, se le cayó una. No debió darse cuenta, porque siguió hablando. Yo miré la foto con discreción y entre las personas que acompañaban a mi marido reconocí a Hortensia.

Eran cerca de las cinco de la mañana cuando dieron por terminado el interrogatorio, con la advertencia de que no debía comentar con nadie lo que habíamos hablado, ni siquiera con el «cura tonto» que me estaba esperando fuera.

—La menor indiscreción por su parte, nos dará pie para detenerla —me dijo el que estaba sentado detrás de la mesa.

Yo me levanté. Las piernas me temblaban de tal manera que el de los ojos grises me cogió del brazo para sostenerme.

—¿Se siente usted mal?

—Debo tener fiebre.

—Bah, mieditis. Eso se pasa pronto.

—¿Por qué mieditis? ¿Acaso he cometido algún delito?

—Lo que hace falta es que no vuelva usted más por aquí, porque si vuelve a lo mejor se pasa unos años en chirona... —se levantó el que estaba sentado.

El de los ojos grises me sacó a la antesala cogida del brazo. Allí me esperaba el Padre Urgoiti amodorrado. El policía le dijo que me llevara a casa enseguida y llamaran a un médico, porque tenía algo en el corazón.

—¿Por qué hizo eso? —me preguntó el Padre Urgoiti ya en el taxi.

—No lo sé. Cuando recibí la carta perdí la razón.

—Se ha portado usted como una criatura. Es un milagro que no la hayan detenido.

—¿Era él?

—Creo que sí...

Nos miramos y no volvimos a pronunciar palabra hasta que me dejó en mi casa.

14 de agosto de 1945

Sin pegar los ojos me levanté a la hora habitual para ir al trabajo. Pero estando en el tocador me empezó un ligero temblor que terminó en convulsiones espasmódicas. En unos segundos se me enfrió la sangre y me desapareció la fuerza. Apenas si me dio tiempo a llegar al dormitorio, donde se me doblaron las piernas y caí al suelo. Con la ayuda de la muchacha me metí en la cama y le dije que me echase toda la ropa que encontrase a mano.

—¿Quiere la señorita que llame al médico?

Estas fueron las últimas palabras que recuerdo. Al poco rato parece que el frío se me había transformado en una fiebre de cuarenta grados. Con escasos intervalos de lucidez, he vivido cinco días de pesadillas y horrores que me han dejado con la piel y los huesos mondados. El Padre Urgoiti, que ha sido mi ángel tutelar en estos días, me dijo al verme levantada:

—¿Se encuentra con ánimos de recibir al inspector Salgado?

—Supongo que no tengo opción.

—Si no se encuentra en condiciones le digo que venga otro día, pero creo que no la interesa desairarle.

—Haga lo que le parezca mejor...

Una hora más tarde el hombre de los ojos grises se sentaba frente a mí en el gabinete. Observé que mi aspecto le afectó. Quizá había tomado por mieditis lo de la enfermedad.

—Tenía necesidad de verla, porque me siento un poco culpable de lo sucedido —me dijo con aparente sinceridad.

—La cosa ya no tiene remedio.

Hablando de mi enfermedad, salió otra vez a colación mi marido.

—Espero pescarle no tardando mucho —dijo en tono jovial.

—Como no cambie de táctica a lo mejor pesca un turista como el de la otra noche —le seguí la corriente en el mismo tono.

—Quizá la táctica sea diferente, pero el turista será el mismo.

—¿Todavía sigue pensando que ese turista tropical es mi marido?

—Es usted más ladina de lo que yo creía... —se levantó sonriente—. Con su máscara ingenua y bondadosa, nos ha engañado a todos. Pero le aconsejo no olvide que nosotros cobramos ciento por uno.

—Siento que no me crea...

—No se moleste en justificarse... —hizo un gesto de fastidio—. Si se decide a franquearse y colaborar con nosotros, llámeme a ese número —me arrojó una tarjeta de visita al sofá—. Y otra cosa, de momento no puede usted salir de Madrid.

—¿Es qué estoy detenida?

—Diga usted mejor «protegida»...

El Padre Urgoiti no me ocultó después que hay muchas probabilidades de que me vuelvan a detener. En previsión de que esto ocurra ahora mismo voy a hacer una limpieza de papeles en toda la casa. Y lo primero que saldrá de aquí será este diario. Se lo ofreceré al Padre Urgoiti como la confesión sincera de una pobre mujer que no acierta a salir de las tinieblas.

## JUAN ANTONIO DE SANDOVAL

Doña Begoña de Urzáiz, viuda de Gómez Aguirre, acogió a Juan Antonio de Sandoval con un gesto de repugnancia y cierta reserva por su aspecto desastrado, pero al verle en varias fotografías con su sobrino Pablito y enterarse que se había fugado de un campo de concentración alemán y llevaba más de un mes huyendo de la Gestapo, la viuda cambió de actitud y le mostró simpatía y conmiseración por lo que había sufrido.

—Si Pablito me hubiera hecho caso no hubiera intentado una cosa tan descabellada. ¿A quién se le ocurre...? —Se secó las lágrimas muy erguida y estirada—. Con los nazis no se puede andar jugando... Dios me libre del mal pensamiento, pero se portan como bárbaros. No tienen la menor piedad... Dos niños como quien dice. ¿Qué edad tienes?

—Veintidós años —dijo el muchacho.

—Y Pablito veintiuno... Es horrible. No tienen perdón... Anda, hijo mío, báñate y cámbiate de ropa, porque pareces un «clochard»...

Doña Begoña era viuda de un rico naviero vasco muy bien relacionada con la alta burguesía parisina y los medios católicos. Vivía en un hermoso piso cercano a los Campos Elíseos con dos criadas vascas y rodeada del mayor confort. Era mujer de muchos recursos mundanos, vivaz, con mucha «politesse» y tan flexible que en su heterogénea gama de amistades se contaban algunos altos oficiales del Cuartel General de las fuerzas alemanas de ocupación, miembros de la resistencia y distinguidas marionetas del gobierno de Vichy. En sus horas de necesidad, que no eran pocas, incluso podía contar con algunos amigos diplomáticos de la embajada española.

Después del baño y del cambio de indumentaria, doña Begoña se sintió más tranquilizada. El inquieto movimiento de sus pupilas escudriñadoras lo envolvió en una oleada de ternura.

—Había pensado mandarte con unos amigos exiliados que viven en Aubervilliers para que te repusieras en el campo, pero lo he pensado mejor... Me parece imposible que hayas podido sufrir tanto... tan ingenuo, tan niño... ¿Dices que ese colmillo que te falta te lo sacaron en vivo?

—Con unos alicates roñosos... —hundido en el sillón de terciopelo rojo parecía fascinado por la foto del Guernica que colgaba de la pared. El terror del caballo removía sus recuerdos con un dolor horadante en el cerebro, en los huesos, en cada uno de los nervios—. Creí que estaba bromeando. Le gustaba mucho oírme cantar canciones españolas... No es que cante bien, pero me gustan mucho las melodías y acompañándome con la guitarra no se me da mal.

—Entonces tu le conocías —se azuzó la curiosidad en doña Begoña.

—Sí, claro... El capitán Wagner hablaba muy bien el castellano. Hasta hace poco estuvo destinado en Madrid y yo estaba recomendado a él y lo trataba como a un amigo. Bueno, amigo... Quiero decir que no desconfiaba. Su sobrino sí desconfiaba. Pablito pensaba que no era trigo limpio... Recuerdo que unos días antes de invitarme a cenar, una patrulla alemana nos sorprendió en la isba de la Payensca. Íbamos algunas veces y la llevábamos café y comida. Pablito la quería mucho y yo también... —en sus labios cortados y reseco se insinuó una sonrisa picaresca.

—¿Era una... cualquiera?

—No, no, era la viuda de un guardabosques. El marido había muerto en los primeros días de la invasión, y ella... estaba bien y era muy cariñosa.

—Tengo entendido que las mujeres rusas son muy complacientes con los ocupantes...

—La Payensca no quería a los alemanes. Prefería a los españoles. Sabía que nosotros simpatizábamos con los rusos y Pablito le había contado que su padre era profesor en un politécnico de Moscú.

—Muy mal hecho.

—Lo que le iba a decir —tragó saliva Juan Antonio—, es que el día que nos cazaron los de la patrulla, poco después se presentó el capitán Wagner y los

regañó, porque nos habían dejado en cueros con el frío que hacía y querían llevamos así a la comandancia. Entonces fue cuando Pablito me dijo que no debía fiarme de él, que estaba seguro que los de la patrulla estaban de acuerdo con el capitán y que Wagner andaba detrás de nosotros con malas intenciones... —hizo una pausa, se humedeció los labios y contempló de nuevo la fotografía de la pared. Todas las figuras del cuadro se retorcían horrorizadas, menos la cabeza del toro—. La verdad es que yo no le creí tan... tan jorobado hasta la noche en que me invitó a cenar y después de cantar «Lili Marlén» para él, me dijo: ¿Por qué no te sacas ese colmillo...? Era un colmillo un poco saliente, sabe. Yo pensé que bromeaba y también lo tomé a chunga. Le dije que a las mujeres les gustaba mucho y que me había valido más de una conquista... Pues a mí no me gusta. Ese colmillo tiene la culpa de que seas tan falso y embustero. ¿Por qué no me dijiste el otro día que la Payensca es enlace de los guerrilleros y que la comida que la lleváis es para ellos...? No es verdad, le dije al ver que le temblaban los labios y se le habían puesto los ojos redondos y fijos como los de ese toro. Yo sólo le doy la comida por acostarme con ella... Entonces fue cuando llamó a los soldados y sacó de la mesa unos alicates oxidados. Te lo voy a sacar, pichón, verás lo fácil que te resulta luego decir la verdad... Yo le digo lo que quiera, estoy dispuesto a decírselo todo... Luego, luego. Ahora te voy a sacar el colmillo. Ya verás como estás mejor sin ese asqueroso canino, porque tú eres guapo, demasiado guapo, uno se fía de ti creyendo que eres un ángel y luego resultas un traidor, un perro rojo. A ver, abre la boca, y vosotros sujetármelo bien... —Juan Antonio se llevó maquinalmente la mano a la mandíbula y se la apretó rabiosamente al tiempo que se le dilataban las pupilas—. Y empezó a remover el colmillo sin prisa, riéndose de la cara que ponía y de mis gritos, mientras hablaba en alemán con los soldados. Todos reían...

—No sigas, por Dios... —se levantó doña Begoña restregándose las manos y haciendo muecas—. Es infame. Hay que tener entrañas de hiena para hacer una cosa así. Sólo un sádico... Se lo tengo que decir al coronel Riter para que luego no me diga que los nazis no son brutos desalmados.

—¿Quién es el coronel Riter?



—Es un amigo que desempeña un importante cargo en el Cuartel General de las tropas de ocupación. Se puede confiar en él... No puede ver a la Gestapo ni a las S.S.

—Prefiero que no le diga nada... —el muchacho se había puesto blanco y estaba temblando—. El capitán Wagner es muy influyente.

Creo que es amigo personal de Hitler y puede hacer lo que quiera... Si me volviera a coger sería peor.

—Bueno, bueno, no te excites... De momento, lo primero que vas a hacer es acostarte. Se ve que estás muy cansado y muy nervioso... —le pasó la mano por la frente y le apartó el pelo de la cara—. Cuando hayas descansado, me lo contarás todo. Vamos, ven, te voy a acompañar a la habitación... —le llevó afectuosamente cogido del brazo.

—¿Puedo acostarme tranquilo? —observó con desconfianza la pequeña y relativamente modesta habitación.

—Completamente. Por aquí no aparece la Gestapo. Todavía conservo muy buena amistad con algunos jefes alemanes. El coronel Riter pertenece a una familia de armadores de Hamburgo con los que mi marido estaba asociado... Puedes dormir tranquilo. En mi casa estás seguro...

Percibió en la habitación su olor, un olor sutil y fresco, pero se hizo el dormido. Estaba seguro que le estaba observando... No parecía tan inteligente como le había dicho el capitán Wagner. Sus alusiones al comunismo y a la Unión Soviética resbalaron indiferentes. Pablito nunca le había dicho que su tía fuera comunista. Este más bien la tenía por beata y nacionalista vasca. En la casa abundaban los símbolos religiosos. En aquella misma habitación había un enorme crucifijo y un retablo del Sagrado Corazón de Jesús con la leyenda: «Reinaré en España», y en el salón colgaba un retrato grande de Pío XII. Seguía allí pendiente de él, velando su sueño con la respiración contenida. De pronto recordó las últimas palabras del capitán Wagner: «Siempre que dudes o tengas miedo, piensa en mí. Recuerda que yo soy como el buen Dios o el mal diablo, que puedo aparecer cuando menos lo esperes...» Sintió que le aumentaba la respiración y el corazón le hormigueaba. Las vivencias de aquella noche le

asaltaron... Después de sacarle el colmillo, mandó que lo encerrasen en un calabozo inundado. El agua le llegaba a los tobillos y apenas se paraba un momento sentía el crujido de los cristales de hielo. El tiempo se diluía en siglos y la imaginación quedaba plana en aquel resplandor lechoso que entraba por el alto ventanuco enrejado y las estalactitas formadas en las paredes. En las tres horas que estuvo allí se le congeló hasta el habla. Cuando el capitán Wagner le volvió a sentar en su mesa y le ofreció un cigarrillo y puso ante sus desorbitadas pupilas una botella del mejor coñac español, balbuceaba como un niño... Qué, ¿estás dispuesto a hablar...? Te habrás convencido ya de que los Padrenuestros y las Avemarías no pueden con nosotros... Anda, toma una copa a ver si se te despega la lengua... Despacito, más despacito. ¿A que te sientes mejor ahora? Vamos a hablar como amigos... ¿Te atreves con otra copa? Eres un machote, como decís en España... ja, ja, ja... Escucha lo que te voy a decir ahora y no pierdas palabra, porque tengo muy poco tiempo de sobra. Tú y tu amigo Pablo Urzáiz formáis parte de una célula comunista que está facilitando información al enemigo y mantenéis relaciones con los exiliados españoles en Francia. Si me dices todo lo que sabes de esa célula y de los que la componen, no te pasará nada. Te doy mi palabra de hombre y caballero. Tengo interés en salvarte y no por ti. Con tu cuñado Rómulo Talavera he pasado muy buenos ratos en España y en Alemania. Conozco también a Octavio Pacheco de Guzmán desde la guerra española y, como ya sabes, se interesa por ti el capitán Ratín, un buen amigo... Me parece que te soy claro, pero como tú no lo seas conmigo y me digas todo lo que quiero saber, te sacaré otro colmillo y luego una muela y un diente... hasta que te deje una boca de vieja chocha. Y cuando hayamos terminado con la boca, empezaremos con la pellica...

—¿Estás despierto? —sintió la mano de doña Begoña en su hombro—. Llevo un rato contemplándote... ¿Has tenido malos sueños?

—Peor que malos... —sacó los brazos y tiró de la ropa hacia atrás, absorbiendo la sutil fragancia que despedía doña Begoña—. El capitán Wagner... No puedo quitármelo de la cabeza...

Doña Begoña estaba muy preocupada. Según le dijo, acababa de enterarse que aquella misma mañana un grupo de la resistencia había atentado contra el

comandante militar del Gran París cerca del Trocadero, y toda la policía de Petain y la Gestapo se habían puesto en movimiento para capturar a los terroristas. Mientras hablaba, Juan Antonio se había incorporado en la cama.

—¿Lo han matado?

—Creo que sí... a él y a todos los ocupantes del coche.

—Mejor. Un sapo menos...

—Pero están haciendo muchos registros. Hace un momento los de la Gestapo han estado en el piso de más abajo y se han llevado a un abogado francés de mucho prestigio con toda su familia... Fíjate si se les ocurre venir por aquí sin documentación y sin nada...

Juan Antonio se tiró de la cama con impúdico espontaneísmo. Doña Genoveva le contempló con una sonrisa generosa... Mientras se vestía recordó lo que le había dicho el capitán Warner sobre los rojos españoles exiliados: «Son más duros y más peligrosos que los franceses, porque tienen gran experiencia combativa y lo han perdido todo». El recuerdo de su debilidad, de la facilidad con que el capitán Wagner le había exprimido en aquella noche interminable, consiguiendo de él todo lo que pretendía, le hacía sudar... Más que escrúpulos era un malestar físico. Cada vez que pensaba en Pablito en el estómago le nacía una garra que le arañaba las paredes.

Cuando dos o tres días después Wagner le habló con gozosa fruición de la suerte que habían corrido la Páyensca, su amigo Pablito y los demás componentes de la célula, además de un grupo de guerrilleros soviéticos en el que habían descubierto a otro español, adquirió la certeza de que estaba en sus manos irremediadamente.

—Mira lo que he hecho con tu colmillo... —lo había engastado en oro y colgaba de la cadena que llevaba en el cuello—. Va a ser mi amuleto. Es un buen recuerdo y quiero conservarlo como prenda de amistad... ¿Quieres que seamos amigos? —le cogió la mano y se la estrechó efusivamente.

—Claro que sí.

—Sé que lo dices por miedo, pero no me importa. Ya te convencerás de que te aprecio de verdad. De ahora en adelante vas a trabajar conmigo en una sección especial. ¿Sabes algo de francés?

—Lo leo mejor que lo hablo.

—Es lo mismo. Vas a trabajar entre españoles... *la canaille rouge*. Son pura bazofia. La hez de España. Si alguna vez pudieran realizar sus sueños, volverían a tu patria dispuestos a consumir una gigantesca obra de venganza, y mientras tanto socavan el poder del m Reich y nutren los cuadros del «maquis» y de la resistencia. Los más peligrosos son los comunistas, porque son los que más se mueven y los que emplean técnicas más refinadas. Nuestros servicios secretos indican que en algunos departamentos franceses son los principales integrantes de las guerrillas y de los grupos terroristas, y hay que llegar a ellos para conocer sus planes y prevenir sus ataques... ¿Estás dispuesto a colaborar conmigo?

—Haré lo que usted quiera, aunque no sé si valdré para ello.

—Creo que sí... Naturalmente, tienes que aprender algunas cosas, para lo cual vas a ir a una escuela especial, y luego te lanzaremos con una aureola de víctima. Descuida, eso corre de mi cuenta... Voy a hacer de ti un tipo de película. ¿No te gustaría ser famoso?

—Claro que me gustaría.

—¿Qué es lo que quisieras ser?

—Un buen pintor.

—Los pintores no mueven el mundo. El Führer era un pintor genial y todavía son muchos los que lo ignoran.

—También me gustaría ser escritor.

—¿Para qué? ¿Para adular a los que mandan?

—Hay escritores que no adulan, que dicen la verdad por encima de todo.

—Pero esos no cuentan, porque la censura o la cárcel se encargan de ellos. El problema de nuestro tiempo no es la verdad ni la belleza, sino la fuerza... una fuerza armoniosa, perfecta, con un ideal de dominación viril sobre las razas inferiores. Hacer posible la dominación milenaria del hombre fáustico profetizado por Hitler...

El programa del capitán Wagner era demasiado complejo para asimilarle en una sola charla. En días sucesivos le dedicó muchas horas, dándole a leer informes y esquemas de las organizaciones de exiliados españoles que operaban clandestinamente en Francia. Fue entonces cuando le habló de la tía de Pablito como una especie de genio maléfico a la que había que vigilar de cerca. Según le dijo, contaba con la protección de altos jefes alemanes y las autoridades dependientes del gobierno de Vichy, aunque él sospechaba que era uno de los elementos clave del comunismo.

Hasta que no se convenció de que podía realizar la misión para la que le había elegido, no le envió a la escuela especial en la que sería adiestrado por expertos en las técnicas del comunismo. Allí pasó tres meses enclaustrado con medio centenar de tipos herméticos y resbaladizos que desconfiaban unos de otros. La mayoría eran antiguos comunistas desdoblados por la Gestapo. Ninguno de ellos usaba su nombre propio y cada uno tenía la obligación de crearse una nueva personalidad en relación con el cometido que iba a desempeñar. Durante el tiempo que pasó en la escuela recibió muchas veces la visita del capitán Wagner. Se preocupaba tanto y tan afectuosamente de sus necesidades y hasta de sus caprichos que llegó a olvidarse de su anterior crueldad.

Las órdenes que le dio al iniciar su aventura fueron explícitas y terminantes. En ningún caso podría relacionarse con su familia ni con sus antiguos amigos y conocidos. A todos los efectos se le daba como desaparecido en la unidad a la que pertenecía. Indirectamente se hallaría protegido por la Gestapo, S.S. y contraespionaje alemán, pero solamente podría recurrir a estos servicios en caso de extremo peligro. Mientras esto no ocurriese debía operar en solitario, ganándose la confianza de los comunistas y procediendo en todos sus actos como si lo fuera de verdad. Su única misión era informar directamente a

Wagner de los movimientos y proyectos subversivos de sus compatriotas exiliados contra las tropas alemanas de ocupación.

Mientras se vestía, doña Begoña le siguió paso a paso en cada una de sus operaciones. Para sí pensaba que el muchacho era un poco desvergonzado, pero no le pareció mal. Luego le llevó al gabinete del «Guernica», donde una sirvienta mayor que hablaba en vascuence con su señora les sirvió la merienda.

—¿Has estado alguna vez en París? —le preguntó doña Begoña.

—Cuando tenía nueve o diez años estuve con mi padre... Tenía muchas ganas de conocerlo bien, pero así... con los nazis...

—París siempre es París —sonrió doña Begoña—. Los alemanes no han podido con su «esprit», con su «charme». Dicen que Hitler está furioso con París, porque sus más brutos generales al llegar aquí son devorados por la cultura y el humanismo que rebosa la ciudad.

Doña Begoña era muy diferente del retrato que le había hecho de ella el capitán Wagner. No sólo no era una arpía vasca, sino que poseía una sensibilidad excepcional. Vivía al día la problemática del arte con un conocimiento poco común, conocía las últimas novedades literarias y filosóficas, la música era su «hobby» y estaba al tanto de lo que se representaba en los teatros y en las salas de proyección.

Después de la merienda, Juan Antonio insinuó su deseo de dar un paseo.

—¿No tienes miedo?

—Tendré que empezar a quitármelo —le ofreció el muchacho su más candorosa sonrisa.

—¿Qué documentación tienes?

—Un salvoconducto alemán falsificado... —sacó el documento de la cartera y se lo mostró—. Me lo hizo un español en el campo de concentración de Wilna.

—Muy bueno, sí, sí... De todas las maneras tendrás que hacerte con algún otro documento de trabajo. No creo que sea difícil. Hay muchos españoles metidos

en la organización Todt y en las compañías de trabajo de Vichy. Ya veremos...  
¿Quieres que te acompañe yo?

—Mejor sería. Pero quizá tenga usted que hacer.

—No, no... Casi todas las tardes salgo a dar un paseo. Espera un momento...

El primer encuentro de Juan Antonio con la ciudad del Sena en aquel crepúsculo veraniego le produjo una rara excitación. A pesar de la guerra y de la presencia militar alemana, el rico colorido de la ciudad y la sensación de libertad que se respiraba en ella, en relación con lo que había conocido anteriormente, le impregnaron de euforia y admiración.

No pasarían muchos días sin que Juan Antonio comprendiera que la viuda de Gómez Aguirre se movía en una sociedad compleja y misteriosa. Por debajo de la ejemplar vida burguesa que aparecía en la superficie, discurrían otras corrientes más dinámicas. Aunque sus más asiduos visitantes eran intelectuales, artistas y moderados políticos exiliados con nombres muy conocidos, también recibía visitas de enigmáticos personajes españoles y extranjeros herméticos y desconfiados.

Doña Begoña se acostumbró a presentar a Juan Antonio como sobrino a sus heterogéneas amistades y éste correspondía con el tratamiento de tía. Se sabía su adobada historia mejor que él mismo y la contaba con un hálito de emoción que erizaba la carne de sus interlocutores. Y luego siempre salía a relucir aquello... «tan niño, tan ingenuo».

Por recomendación de su protectora, Juan Antonio empezó a trabajar en un taller de artes plásticas en el que además de fabricar «souvenirs» en loza y figuras de terracota para los alemanes, se conspiraba y se preparaban bocetos de propaganda antinazi. El propietario del taller era francés, pero sus colaboradores formaban un equipo cosmopolita.

Desde el primer momento hizo muy buenas migas con una chica rumana a la que sus compañeros llamaban Lenina. Se entendían difícilmente en francés, porque ella también hacía poco tiempo que había llegado a París huyendo de la persecución semita en su tierra. Pero entre el poco francés que los dos sabían y el pintoresco castellano ladino que ella conservaba de su madre

sefardita, podían comunicárselo todo, incluso el desesperado fanatismo y la rabiosa desolación de aquella muchacha que había visto aniquilada a su familia.

Con Lenina de compañera, unas veces vestida de mujer y otras disfrazada de hombre, empezó a descubrir el verdadero palpitar de París en sus canciones, en sus sátiras, en su aguda mordacidad contra los ocupantes y en las ondas de terrorismo creciente. Los nombres del «Coronel Fabien» y de un armenio llamado Manouchian marcaban su ritmo emocional.

Una de las tardes que deambulaban por Montpamasse, Lenina se detuvo a hablar en ruso con un individuo muy atildado. Juan Antonio se distanció discretamente, pero cuando ella le hizo una seña para presentárselo, el hombre le saludó en un español castizo y zumbón.

—Me ha dicho Lenina que eres del «foro» —sonreía jovial.

—¿Tu también lo eres?

—Sólo a medias... Por nostalgia. Soy cubano, pero en Madrid he pasado mis mejores años. Vamos a tomar algo... —les invitó a entrar en un bar.

Aunque hablaron de cosas superficiales, más bien de urbanismo y de la entrada de los nacionalistas en la capital, pasaron un rato agradable y quedaron en volver a verse para charlar con más amplitud. El hombre sentía una gran curiosidad por saber lo que había pasado en España después de la guerra y los cambios operados en Madrid. Sin embargo, transcurriría más de un mes antes de que volvieran a encontrarse... precisamente en casa de doña Begoña, rodeado de las máximas atenciones de su protectora.

—¿Os conocíais ya? —pareció sorprendida doña Begoña.

—Me lo presentó una camarada rumana, pero no sabía que era tu sobrino... Por cierto, me parece que quedamos citados para vernos en La Coupole, ¿no?

—Sí. Lenina y yo estuvimos allí.

—Lo siento. Tuve que salir precipitadamente de París... —se quedó abstraído un momento y luego se dirigió a doña Begoña—. Ha sido un viaje lleno de



incidentes y contrariedades. Por lo menos en dos ocasiones he tenido la seguridad de que los agentes «golistas» me seguían. No te puedes imaginar la cantidad de vueltas que he tenido que dar para despistarlos.

—Los partidarios del «General» se están poniendo muy pesados

—dijo la viuda—. Los dedos se les figuran huéspedes. Toman más precauciones con nosotros que contra los nazis y colaboracionistas.

—No son tontos. Saben lo que se les viene encima... Bueno, ¿y tú qué te cuentas? ¿Tienes ganas de volver a ver la Cibeles?

Juan Antonio sonrió con un gesto ambiguo.

—No creas que le tira mucho —dijo doña Begoña—. Con lo que el pobre ha sufrido...

—París es muy bonito, pero hay que pensar en España.

—Me parece que es lo que a todos nos preocupa —asintió el muchacho.

—A todos no... —mover la cabeza Rodríguez con la mirada fija en Juan Antonio—. La mayoría de los españoles pensamos más en nuestras pequeñas rencillas y en nuestros mezquinos rencores que en la patria. No son pocos los que ya tienen la cuenta hecha y preparada la factura, ¿pero a quién se la van a pasar?

—Creo que en los departamentos de los Pirineos la mayoría de los «maquis» son nuestros y tienen muchas armas —dijo Juan Antonio.

—Nuestros... ¿de quién? —las pupilas del hombre le contemplaban con dureza, pero en sus labios fluía una sonrisa.

—Comunistas, claro es... —parpadeó el muchacho.

—Hay muchos españoles, es cierto; y muchas armas, pero reina el mayor individualismo. Cada cual anda por su lado y hace lo que puede y piensa como le da la gana... Realmente son estupendos. Golpean a los nazis con eficacia y mantienen a los «vichistas» en jaque, pero les falta coordinación y conciencia política con respecto a España.

La conversación se prolongó hasta pasada la media noche en un ambiente de camaradería y fraternidad. El hombre que le habían presentado como cubano era tan español que le ardían las palabras al hablar de España.

Juan Antonio pensaba para sí que tenía mucha suerte, que todo le estaba saliendo a pedir de boca. El capitán Wagner, que era su pesadilla, aquel dolor que se le ponía en la boca del estómago y le cortaba hasta la respiración, casi se había disipado. Llevaba tres meses en París y sólo había recibido dos comunicaciones suyas, pidiéndole ampliación de detalles sobre algunas de las personas que figuraban en sus informes. Por lo demás, el giro le llegaba puntualmente a la lista de correos... Se sentía dichoso. Doña Begoña estaba tan encariñada con él que sólo veía por sus ojos. La única sombra eran los celos que sentía por Lenina. La tenía por una «furia endemoniada», un virago. Ni siquiera reconocía a la judía rumana talento artístico, aunque Juan Antonio la consideraba genial.

A finales de noviembre de 1943 recibió una comunicación para que se presentara en un apartamento de la Avenida Víctor Hugo a las siete de la tarde. La clave era de Wagner, pero la comunicación estaba firmada por un francés, un tal Burguin. Esto le hizo sospechar que pudiera tratarse de alguno de los centros misteriosos de la Gestapo. Pero no. Se trataba de un domicilio particular. La mujer que le recibió hablaba el francés con un acento correoso. Inmediatamente le hizo pasar a una habitación donde se hallaba el capitán Wagner vestido de paisano.

—Vaya, has sido puntual... —le observó de arriba a abajo con un gesto displicente en sus labios delgados. Las pupilas de vidrio azulenco giraron en sus órbitas—. ¿Qué tal? Veo que sigues tan guapo...

—Estoy bien, mi capitán.

—Comandante. Ya me han ascendido... Siéntate y ponte cómodo. No es necesario que estés ahí como un poste... —cruzó las piernas y se retrepó en el butacón con las manos metidas en la cazadora de ante—. No creas que estoy contento contigo. Me has defraudado... ¿De qué te sirve ese aire angelical, si no sabes sacar partido de él?

—Es difícil, no crea... Yo hago todo lo que puedo.

—Sí, sí, muchos chismes pero poco grano. Sin embargo, en tu último informe hay dos cosas que me interesan... —sacó del bolsillo interior de la cazadora un papel y leyó unos segundos con los labios plegados—. En primer lugar quiero que me digas todo lo que sepas del coronel Riter.

—No sé más que lo que le decía... —paladeó el muchacho la saliva y se mordisqueó las uñas—. Yo no le conozco. Fue doña Begoña quien le dijo a Rodríguez que pertenecía a una organización clandestina que no estaba de acuerdo con Hitler.

Wagner soltó una risa áspera y masticó algunas palabras en alemán. Luego sacó una agenda y anotó en ella algo.

—¿Qué opinión te merece la vieja?

—Es muy seria y a mí me trata muy bien.

—¿También...? —el gesto y el movimiento de sus brazos encandilaron las mejillas del muchacho—. Me lo figuraba. La defiendes mucho en tus informes.

—Le digo la verdad... No es lo que usted creía. Tiene alguna simpatía por los comunistas y por la Unión Soviética, pero ella sigue siendo nacionalista vasca por encima de todo.

—¿Y Rodríguez?

—Rodríguez... —se quedó indeciso con la boca abierta—. Yo creo que sí es comunista, pero tampoco puedo asegurarlo. El se hace pasar por socialista.

—Le voy a mandar detener para identificarle... —sacó una pitillera de oro y le ofreció un cigarro de marca inglesa—. ¿Qué te pasa que tiembles?

—Es que si le detienen me va a poner a mí al descubierto...

—No tengas miedo. Ahora es cuando más me interesas... Sólo se trata de saber quién es. Por lo que tú me has dicho y otros informes más fidedignos que los tuyos, supongo que Rodríguez ha sido enviado por la Unión Soviética con una misión importante. ¿Cuál es...? —miró el reloj de pulsera y se

levantó—. Mientras yo llamo por teléfono, me vas a escribir en una cuartilla sus características personales, puntos de referencia y domicilios que más frecuente, ropa que usa y cuantos detalles sirvan para identificarle. Una copia de lo que escribas se la voy a mandar a tu amigo, el capitán Ratín, que también tiene mucho interés en saber el personaje que encubre Rodríguez... En ese cajón de la biblioteca tienes papel y lapiceros.

Nervioso, con la rebeldía crispándole el estómago, sacó una cuartilla del cajón y la puso sobre la mesa. No le resultó fácil empezar... Mientras pensaba lo que iba a escribir, oyó voces alteradas en alemán y se acercó a la puerta con cierta cautela. De los gritos de Wagner por teléfono sólo pudo descifrar algunas palabrotas y blasfemias... Con la lengua pegada al paladar y una extraña sensación de mareo, volvió a la mesa. «No puedo entregar a Rodríguez», se dijo con rabia. Y empezó a escribir con la pluma de capuchón de oro que le había regalado unos días antes doña Begoña. Los datos personales los alteró concienzudamente, así como la descripción de la ropa que vestía. En cuanto a los domicilios y puntos de referencia, dio el nombre del hotel, donde tenía alquilada una habitación en la que no dormía casi nunca, y el café La Rotonde, de Montparnasse... Wagner volvió y le tocó con la rodilla en la espalda. Juan Antonio siguió escribiendo.

—¿Qué tal vas?

—Estoy terminando... —levantó la cabeza ladeada y se encontró con las pupilas del otro fijas en el papel.

—Supongo que todo lo que estás escribiendo es verdad. No quiero fallos.

—Yo he puesto lo que sé. Pero no crea que Rodríguez es tonto ni se fía de nadie.

—Me lo figuro... —volvió a sentarse con el ceño fruncido y la boca agarrotada en un cucurucho. Juan Antonio le alargó la cuartilla escrita en letra grande y desigual. El la cogió displicente y se puso a leerla. Hizo algunas observaciones sobre el color de los ojos y la forma de la nariz. No le parecía suficiente decir que tenía la nariz grande y los ojos oscuros. Con las explicaciones que el muchacho le dio, añadió algunas anotaciones en la cuartilla y se la guardó—.

Esto será suficiente para identificarle y tú no le pierdas de vista. Me interesa que te ganes su confianza... ¿Has ingresado ya en el Partido?

—Todavía no, pero me consideran comunista.

—Está bien. Puedes marcharte... —le señaló la puerta.

Juan Antonio no se lo hizo repetir. Antes de salir de la habitación se volvió para decirle adiós y le vio con los ojos fijos en él.

Aquella noche la Gestapo organizaría en París una de las mayores y más espectaculares redadas conocidas. Juan Antonio y Lenina estuvieron a punto de ser detenidos en un café de Montparnasse. Se salvaron por el instinto de ella. Le bastó ver detenerse un coche alemán en la acera de enfrente para que le cogiera de la mano y se lo llevara sin más explicaciones por la puerta que el establecimiento tenía en una calle lateral. Lenina poseía un sentido intuitivo de las tácticas nazis. Ella decía que los olfateaba a distancia y era verdad. Cuando iban por la calle hablaba muy poco y los ojos se le agrandaban. Incluso la pequeña nariz respingona parece que se le dilataba.

La noche era brumosa y húmeda. Sobre París se extendía un techo de nubarrones ocre y cirros plomizos... Juan Antonio quería acercarse a La Rotonde a ver si veía a Rodríguez, pero Lenina trató de hacerle desistir. Para desviar su atención empezó a contarle detalles de la detención de su amiga Marie, cuyo nombre real era Rebeca. Sin decirlo abiertamente estaba preocupada. Podía decir algo de ellos, más bien de Juan Antonio, al que no tenía ninguna simpatía desde el día que discutió con Jaime, un anarquista catalán que vivía con ella. A Mane le habían encontrado en el liceo donde trabajaba de profesora dos pistolas y algunas bombas.

—Ya me figuraba yo que estaban metidos en el terrorismo —dijo Juan Antonio.

—Tienes que tomar alguna precaución... No debías ir a dormir a casa de Begoña. Marie y Jaime saben que vives allí.

—¿Y por qué van a decir algo de mí? No creo que por discutir y manifestar que los anarquistas son unos irresponsables que todo lo arreglan con bombas y pistolas...

—Todavía no te he dicho que Marie dejó de hablarme, porque Jaime le dijo que tú eras un señorito y un camuflado...

Le costó trabajo convencer a Lenina de que tenían que volver sobre sus pasos para ver si los de la Gestapo habían asaltado La Rotonde. Se puso tan obstinado que ella no volvió a hablarle hasta que vio por sí mismo el establecimiento cerrado y dos camiones militares en la puerta. La comprobación le puso muy nervioso.

—¿Tenías alguna cita con Rodríguez?

—No. Hace varios días que no le veo, pero como suele ir a ese café...

Por el camino la muchacha le convenció para que se fuera con ella al estudio de un pintor húngaro que se había puesto de moda haciendo retratos a los jefes alemanes.

—¿Te acuestas con él...?

Lenina no le respondió hasta que cruzaron la calle y dieron esquinazo a una pareja de gendarmes. Entonces le contó que al húngaro no le gustaban las mujeres. Sospechaba más o menos que trabajaba para los ingleses, pero no estaba segura de nada que se refiriese a él, excepto que odiaba a los nazis.

—El no vive allí. Tiene otro estudio y un apartamento en Montmartre.

—Tendría que llamar a doña Begoña para que no se asuste.

—Déjate de llamar a nadie. Cuando hay peligro lo único importante es ponerse fuera de él... —le soltó el brazo y pasó el suyo por la cintura, oprimiéndole con los dedos en los riñones—. Si te pasara algo quisiera estar a tu lado, sin separarme de ti... A veces pienso que eres demasiado frágil y que podrían romperte sin más que tocarte. Puedes creer que tengo más miedo por ti que por mí...

Buscando las calles menos transitadas llegaron al Boulevard Saint Jacques, donde se hallaba el estudio. Cruzaron varios patios interiores y treparon por una escalera de madera muy empinada. Lenina se movía en la espesa oscuridad sin hacer ruido. Ni siquiera al entrar en la buhardilla maloliente le permitió que encendiera una cerilla hasta cerrar bien las ventanas. Luego encendió una lámpara amortiguada por una pantalla y preparó el camastro.

—Joder, no me digas que esto no es nauseabundo.

—Menos nauseabundo que los campos de concentración y los hornos crematorios —dijo ella en voz queda, ayudándole a desvestirse.

—¿Pero es verdad eso de los hornos crematorios?

—Tan verdad que no quiero oír hablar de ellos...

Era la primera vez que pasaba toda la noche con ella y se sintió devorado en su ardor. Por la mañana pensó que debía ser todo el horror que llevaba encima lo que le hacía tan glotona de caricias, tan vibrante en el placer... Se habían acostado medio vestidos por si tenían que salir huyendo por los tejados, pero se despertaron en cueros, metidos entre mantas correosas de mugre. Ella fue la primera en tirarse de la cama. Tenía un cuerpo aniñado y huesudo de adolescente hambriento. Sus caderas eran completamente lisas y los senos apenas si sobresalían en sus formas huidas y angulosas.

—No hago más que pensar en Marie —se apartó de la luz grisácea de la ventana y empezó a ponerse las bragas de espaldas a él.

—Y yo en Rodríguez... ¿Quieres creer que esta noche he soñado que le atrapaban los de la Gestapo?

—No es tan fácil. Rodríguez tiene muchos medios para escurrir el bulto. No es lo mismo que Marie o nosotros.

—Pero como lo enganchen, fíjate... Yo lo sentiría porque le aprecio mucho. Es una de las personas más capaces que conozco y tiene planes muy buenos... Tengo que ir enseguida a casa.

—Antes llama por teléfono... —se acercó a él, le contempló en la más completa desnudez y le besó con dulzura en diferentes partes del cuerpo.

—No seas tonta, con doña Begoña no se meten. Tiene mucha mano con los alemanes.

—Demasiada. No sé cómo estás tan tranquilo en esa casa.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no me fiaría de ella... además de que es muy burguesa y sólo trata con gente importante. Descuida que haga algo como no se trate de una personalidad o de un dirigente...

Juan Antonio pensó que era injusta, pero no se lo dijo por no discutir. Estaba demasiado embelesado en sus caricias. Pero cuando le vio erecto, se despegó de él y empezó a ponerse prendas.

—¿Me dejas así...? —intentó Juan Antonio volcarla en la cama, sin conseguirlo.

—Todavía quéjate... Ningún hombre ha conseguido de mí tanto como tú. Me has dejado hecha unos zorros... Hale, vístete y vámonos, que tengo prisa.

Con la misma cautela que entraron por la noche salieron por la mañana. Ya en la calle, Lenina le dijo que se fijara bien, por si tenía que volver, y le ofreció una llave de la buhardilla.

—¿Es que no vas a ir al taller? —inquirió Juan Antonio.

—Yo no. Tengo que preocuparme de Marie. No puedo dejarla sola. Cuando nos escapamos del tren que nos conducía al campo de concentración juramos no apartarnos nunca y ayudarnos en todo... ¿Qué vas a hacer tú?

—Llamar a casa... Yo tampoco estoy tranquilo. Pero antes podíamos tomar algo.

—Yo no quiero tomar nada, y mejor es que vayamos cada uno por nuestra parte...

Despreocupado rápidamente de la menuda figura que cruzaba la plaza Denfert Rochereau, torció por el Boulevard Raspail y entró en el primer café que



encontró. Pidió al mozo una ficha y café con leche. Mientras marcaba el número empezaron a castañetearle los dientes... Sí, soy yo... No, no me pasa nada. Pero hubo peligro. Por eso no fui... ¿Que ha estado un comandante de las...? Alto, con los ojos redondos de búho y cara de palo... Sí, sí, es probable que sea él. Las señas coinciden... ¿Qué sabes de Rodríguez...? Me alegro... No, no creo que a ti te pase nada... Iré a verle inmediatamente... No, mejor es que no nos veamos ahora... Yo también pienso en ti. Si supieras dónde he dormido esta noche. Todavía me huelo a chotuno... A Lenina no la he visto. Debe andar por ahí. Estuvieron en su habitación y a Marie y a Jaime... No te preocupes por mí. Te tendré al tanto... Agur..., colgó el teléfono, sacó un cigarro y lo encendió con ansiedad.

El camarero le había puesto ya la taza de recuelo humeante, que bebió con verdadera fruición. Dos clientes hablaban con uno de los mozos del mostrador del acto de terrorismo del día anterior. Los patriotas habían volado un autobús repleto de oficiales y soldados alemanes en la Porte d'Italie. Juan Antonio pagó el servicio y salió del establecimiento.

Estaba en un henil disfrazado de campesino. De momento no le conoció con aquellos bigotazos lacios, los lentes de metal blanco y la áspera barba entreverada de canas. Parecía mucho más viejo.

—¿Qué pasa por ahí? —le contempló sonriente, recostado sobre una alpaca de heno.

—Está que chuta... —se echó a reír Juan Antonio—. He tenido que dar muchas vueltas para llegar aquí. Dicen que todas las entradas y salidas han sido tomadas y las patrullas piden la documentación. En el Arco del Triunfo los gendarmes tenían un montón de detenidos.

—Toma, ¿quieres fumar...? —Le alargó la petaca y el librito de papel—. Menouchian los está volviendo locos, aunque no sé hasta dónde esos procedimientos son eficaces... ¿Qué te pasó anoche?

Juan Antonio le contó lo sucedido en el café de Montpamasse y el miedo que había pasado por él, pensando que pudiera hallarse en La Rotonde.

—Gracias... —le echó el brazo por el hombro y se lo llevó hacia un ventanuco desde donde se dominaba la entrada de la granja—. Te lo agradezco de veras... aunque a veces pienso que si no fueras tan amoroso serías más eficaz. Lenina, Begoña... ¿no te parece que es demasiado? Las mujeres despechadas son muy jodidas.

—Que si lo son, dímelo a mí...

—¿Por qué no te entregas a la causa en cuerpo y alma y te dejas de líos con mujeres? No quiero decir que no te acuestes con la que te parezca, pero sin compromiso... Para un revolucionario lo más importante es la revolución y si no puede sacrificarlo todo al fin primordial, no puede llamarse revolucionario...

Se hallaba a gusto con Rodríguez. Su manera de ser flexible y duro al mismo tiempo, y su estilo personal antidogmático y humorístico le cautivaban porque inspiraba confianza y seguridad... Entre pitillo y pitillo, Rodríguez le habló de la marcha de la guerra. Según le dijo, la Unión Soviética había deshilachado la poderosa musculatura nazi en Stalingrado y de un momento a otro se produciría el desembarco anglonorteamericano en Francia... La guerra no debe preocuparnos. Los nazis van a recibir multiplicados los golpes que ellos nos han asestado en estos años pasados. Pero si la guerra está resuelta, no ocurre lo mismo con la revolución... Churchill ya está cochineando y Roosevelt, aunque con más honestidad, también cerdea con los capitalistas. Mi objetivo es pensar fundamentalmente en España, coordinar los grupos españoles que operan en la resistencia y en el «maquis» y organizar el instrumento político que nos permita llevar la lucha a nuestra patria.

—Me parece estupendo. Yo creo que es lo que más necesitamos.

—¿Puedo contar contigo?

—Completamente.

—¿Desde cuando?

—Desde ahora mismo.

—Gracias... —le palmeó afectuosamente en la espalda. Luego abrió el ventanuco e hizo una seña con la mano. De una ventana de la granja le respondieron con otra seña—. Es para que nos traigan la comida.

Rodríguez le habló de salir a dar una vuelta después de comer, pero luego empezó a lloviznar y la neblina se hizo tan espesa que desistió. Hasta que se presentó el camión de carga en que harían el viaje, estuvieron charlando de las cosas de España, de los nuevos intelectuales franceses que soterradamente nutrían a la resistencia con su vigorosa rebeldía y de las coartadas para el caso de que fueran sorprendidos por la policía, los gendarmes o la Gestapo... En aquella tarde Juan Antonio aprendió más que en los tres meses que había pasado con los manipuladores del capitán Wagner.

Aquel largo invierno lo pasó en los departamentos pirenaicos, de un lado para otro, sin residencia fija. Rodríguez operaba oculto en una «ferme» de la campiña de Grenoble, desde donde la Junta Suprema de Unión Nacional impartía órdenes y se mantenía en contacto con los principales núcleos del «maquis» y los grupos ambulantes de la resistencia. Era una vida tan agitada y tensa que no le dejaba pensar. Generalmente no dormía dos veces en el mismo sitio. Rodeaba los pueblos y las ciudades donde se habían refugiado los alemanes y las fuerzas de Vichy ejercían su control. Por aquellos días participó en frecuentes escaramuzas entre las guerrillas y las fuerzas de ocupación, así como en la destrucción, sabotajes a la industria y a los ferrocarriles, liberación de prisioneros... Hasta ser herido en los alrededores de Foix, desplegó una actividad incansable que mereció frecuentes elogios de los jefes del «maquis» y del mando clandestino de las Fuerzas Francesas del Interior.

Todavía cojeando del tiro que había recibido en una pierna, fue enviado a una granja de la campiña de Toulouse para asistir a un cursillo de instructores políticos. Allí volvió a encontrarse con Rodríguez. Según le dijo, había estado dos veces a punto de ser capturado por la Gestapo, una en Montauban y otra en Perpignan... «Me vienen pisando los talones, pero confío que antes les pisaremos nosotros a ellos el pescuezo». Por primera vez Rodríguez se le presentó como comunista y en función de dirigente. Parecía más seguro y poseído de cierto mesianismo. Su idea era convertir la victoria contra el nazismo en el comienzo de la revolución mundial.

La mayoría de los cursillistas eran muchachos jóvenes que se habían distinguido en el «maquis» y en los grupos de la resistencia. Pero también había una muchacha, Juanita, que acababa de llegar de España. Era la hija de un dirigente fusilado. Aunque tenía una inteligencia mediocre y asimilaba mal las lecciones de los profesores, se lo perdonaban todo, incluso que fuera chismosa, entrometida y zizañera. Contaba cosas de España inverosímiles. De creerla a ella bastaría con que asomaran dos docenas de guerrilleros por los Pirineos para que los que habían ganado la guerra en duros combates, se amilanaran y echasen a correr como liebres. A Juan Antonio le profesaba verdadera antipatía por ser el predilecto de Rodríguez. Le llamaba «niño bitongo» y no perdía ocasión de hacerle objeto de su envidiosa malignidad.

Sin embargo, una noche que tuvieron que huir al campo, porque los alemanes estaban rastreando las granjas de los alrededores, Juanita se le agregó y no se apartó de él. Y cuando se pasó la alarma y regresaron a la granja, se le metió en la cama con el pretexto de que no podía aguantar el frío.

—Te advierto que yo no soy marica como tú dices.

—A mí me da lo mismo que lo seas que no, porque no tengo prejuicios sexuales...

Juanita se le arrebuja entre las piernas y empezó a hablarle del camarada Rodríguez... «Tú le tienes casi por un Lenin y no es para tanto. Para mí es un desviacionista, un socialdemócrata. ¿Sabes que en la Unión Soviética fue acusado de nacionalismo burgués...? Yo le conozco muy bien. Su verdadero nombre es Rodrigo Bejarano... Hace tiempo que quería decirte que no te fíes mucho del camarada

Rodríguez. Aunque sabe mucho de marxismo y es muy astuto, ha estado en un campo de concentración de la Unión Soviética por calificar de tortuosa la política del camarada Stalin y criticar el pacto germanosoviético... Oye, ¿sabes que tienes poco calor...? Juan Antonio no la prestaba atención. Engurruñado en la cama, procuraba evitar su contacto. Quería dormirse. Pero ella no le dejaba con la charla y el manoseo. Cansado de aquel juego que le mantenía enardecido, el muchacho hizo algo que a Juanita le molestó y le dio un bofetón y se tiró de la cama, llamándole guarro y sinvergüenza... El resto de la noche y

algunas horas del día durmió sin preocuparse de lo sucedido. Pero después de las clases, el camarada Rodríguez le dijo que se quedase en el establo que hacía de aula.

—¿Qué te pasó anoche con la camarada Juanita? —le interrogó con una gravedad desusada.

Juan Antonio se puso muy colorado y agachó la cabeza, dándole una explicación incoherente de lo sucedido.

—¿Pero es verdad que quisiste violarla?

—Yo no sé... Estaba medio dormido... Te juro que no quise hacerla nada. Ni siquiera me gusta. Pero se puso tan pesada y tanto tocarme y acercarse a mí... Como anda diciendo que soy marica y que tú eres un traidor y que todos somos unos guarros que sólo pensamos en el triquitraque...

Rodríguez se volvió de espaldas para que Juan Antonio no viese la risa que pugnaba por estallarle.

—Bueno... —le habló ladeado, sin mirarle—, creo que no necesito decirte que esas cosas resultan feas y desagradables... La camarada Juanita quiere que se trate tu conducta en una reunión del Partido. Lo más probable es que no pase nada, porque todos la conocemos y sabemos del pie que cojea... —hizo una pausa y se acarició la carnosa sotabarba—. Es una camarada excelente, pero con un complejo sexual raro. Tiene muchos prejuicios sobre la virginidad y al mismo tiempo es de una sensualidad atroz. Por otra parte, no me gusta que los conflictos subjetivos envenenen las discusiones. No se puede perder tiempo en cuestiones privadas... He pensado que tú mismo, con un poco de amabilidad y galantería, podías hacer las paces con ella y evitamos líos y follones.

—Si no fuera tan furiosa, yo le pediría perdón.

—Mira, yo no había pensado en eso, pero tal vez dé buenos resultados. Los reprimidos sexuales fluctúan entre el puritanismo y el libertinaje. Son gente morbosa que da mucha importancia al aspecto formal de las relaciones intersexuales y poseen una teoría perfecta para establecer jerarquías morales

y diferenciar lo bueno de lo malo. Naturalmente, ellos siempre tienen razón porque juegan inocentemente, como dice Juanita. Así que si no tienes inconveniente en sacrificar tu amor propio, espero que nuestra virtuosa doncella te perdone con mucho gusto.

Juan Antonio se comprometió a hacerlo. Para estas cosas era mucho más hábil de lo que se podía suponer. El arrepentimiento y las pamplinas formaban parte de sus mejores recursos. Llegado el caso se aniñaba de tal manera y empleaba trucos tan sensitivos que los corazones más empedernidos le tomaban en serio y se reblandecían de cordialidad... Con Juanita no necesitó sacar a relucir sus mejores argumentos. Bastó con que le hablase mal de Rodríguez para que ella le perdonase de muy buena gana y se prestase a declarar que había interpretado mal sus intenciones.

En los últimos días que pasaron juntos, hasta la terminación del cursillo, Juan Antonio se dejó guiar por Juanita sin dejarse arrebatar por los juegos y sondeos eróticos de la muchacha. La bailaba el agua, aceptó su lenguaje de recelos y suspicacias, se empapó de su estalinismo a ultranza y de sus fobias trotsquistas, pero sin olvidarse de sus venenosas dobleces.

Mientras el poderío nazi se resquebrajaba lentamente bajo los continuos choques y la permanente actividad de la resistencia francesa, las guerrillas españolas que cubrían la vertiente norte de los Pirineos acrecentaban su fuerza y ensanchaban su base de operaciones con vistas a prolongar la lucha en su patria.

Juan Antonio se movía en todas las direcciones de Francia, llevando mensajes, instrucciones y propaganda a los miles de españoles que en el campo o en las ciudades, en los batallones de fortificaciones alemanes que estaban levantando la «Muralla del Atlántico» o en las compañías de trabajo «vichistas», se agrupaban contra las fuerzas de ocupación. En diferentes ocasiones fue detenido por la Gendarmería o la Gestapo, pero nunca pasó más de ocho días en prisión. La sombra del comandante Wagner se hallaba a su lado sin hacerse presente. Esta facilidad que tenía para evadirse de las sutiles trampas del enemigo aumentó su prestigio de tal manera que en los medios de la resistencia se le consideraba invulnerable. Nadie se paraba a pensar en

los engranajes rotos por la Gestapo o en las personas que iban a perderse en las prisiones francesas o en los campos de concentración alemanes. Sus relaciones eran muy amplias entre los exiliados españoles de todas las ideologías y con los patriotas franceses. En todas partes era bien visto y agasajado. Se le tenía por un héroe ingenuo y candoroso que triunfaba de todas las dificultades gracias a su capacidad de seducción.

A los dos meses de separarse de Juanita se la volvió a encontrar herida y enferma en una cueva de los Pirineos. Al parecer, había sido alcanzada por la metralla en el vientre y en una pierna en una escaramuza con la guarnición alemana de Foix.

—Debías llevártela a la retaguardia —le dijo el jefe de la guerrilla, un joven aragonés brusco y montaraz.

—No puedo. Lo tengo prohibido... Además, sería un estorbo, porque parece que está bastante fastidiada.

—Más es lo que nos fastidia a los demás con sus puñeteras chinchorrerías. Collons, con la moza... Se ha creído que es una Juana de Arco comunista y sólo piensa en su doncellez, como si al mundo le importase un huevo si es virgen o está jodida.

—La conozco bien... —se echó a reír Juan Antonio. Y seguidamente le contó lo que le había sucedido a él y las torturas que le hizo pasar hasta que se separaron.

—Así comprendo que no quieras llevártela...

Sin embargo, en las horas que pasó en el campamento fue la misma Juana quien le convenció para que la sacara de allí. Realmente estaba enferma. Se le había desinflado la cara apeponada, renqueaba de una pierna y su piel y sus ojos tenían color icterico.

—Di a los camaradas de Toulouse de mi parte que la metan en una hornacina o la pongan en una peana —le dijo al jefe de la guerrilla al despedirse.

—Inmoral, libertino... —le gritó Juanita—. Ya les diré yo que tu guerrilla es un prostíbulo... que pensáis más en el triquitraque que en la causa.

Pero Juanita no llegaría a Toulouse. La Gestapo la capturó en un pueblo mientras Juan Antonio iba a entrevistarse con un grupo de exiliados que trabajaban de leñadores y carboneros en un bosque inmediato.

Quince días después se encontraba con el camarada Rodríguez en una reunión de cuadros. Tenía el aspecto bastante cambiado. Su pelo de un castaño muy oscuro se había metamorfoseado en rubio, el bigotazo era una línea sutil en el labio superior y el color pálido parecía tostado por el ardiente sol de los trópicos. Terminada la reunión, Rodríguez le echó el brazo por el hombro y lo llevó con él.

—¿Cómo ha sido lo de Juanita? —le preguntó después de cambiar impresiones sobre la marcha de los acontecimientos políticos y militares.

—No tengo la menor idea. Como no podía andar mucho, la dejé en un bar de confianza mientras yo iba a entrevistarme con los leñadores, y cuando volví el bar estaba ocupado por los alemanes. Naturalmente, no me paré en hacer averiguaciones.

—Hiciste bien, aunque dada tu misión no debiste cargar con ella... Algunos camaradas están un poco recelosos contigo. Como ocurrió lo de marras, se pasan de suspicaces.

Las explicaciones que le dio Juan Antonio parecieron tranquilizarle. Luego Rodríguez le invitó a tomar café en su habitación. El mismo lo preparó en una cafetera de alcohol.

—Es madrileño... —exclamó Juan Antonio al ver la envoltura del paquete.

—De los mismos cafetales foreños —se echó a reír Rodríguez.

—¿Has estado allí?

—Sí... He pasado unos días en la ciudad encantada.

—¿Qué te ha parecido?

—Madrid es para mí algo más que una ciudad, es la nostalgia permanente de la patria...«un dolor y un placer.



—Tiene que haber cambiado mucho.

—Para un madrileño, Madrid nunca cambia. Se renueva simplemente. Como ha dicho Gómez de la Sema, hasta la Telefónica, que cuando fue construida era tan detestablemente yanqui, ahora parece castiza y garbosa como cualquier modistilla. Sin embargo, no creas que aquello es jauja... Se vive mal, se trabaja mucho y la vivienda es un problema angustioso que hacina a familias enteras en una habitación.

La cafetera exprés empezó a soltar burbujas que seguidamente se transformaron en dos chorrillos espesos y fragantes.

—¿Crees que en España ocurrirá algo? —le preguntó Juan Antonio.

—Desde dentro es muy difícil... —sacó un paquete de tabaco también español y le ofreció un cigarro—. El movimiento popular está castrado y los políticos profesionales que no están con el régimen, confían que los militares les saquen las castañas del fuego. El eterno retomo de los pronunciamientos... ayer por la República y ahora por la Monarquía. Un cachondeo para dejar al pueblo fuera de juego. Pero esta vez pueden equivocarse. El triunfo de la Unión Soviética afectará a todos los países y el nuestro no va a ser una excepción.

—Hace un momento tú decías en la reunión que nuestro pueblo estaba muy cansado y había sufrido mucho.

—Pero tenemos que sacudirlo hasta que se levante... —chasqueó la lengua—. Está muy rico, ¿verdad?

—Riquísimo. Hacía mucho que no tomaba un café como éste...

Siguieron charlando hasta que terminaron de beber y fumar y cuando Juan Antonio ya se marchaba, Rodríguez le preguntó desde la puerta:

—¿Qué tal golpeas la máquina?

—Regular.

—Es que tengo que preparar unos informes y necesito una persona de confianza.

—Si sirvo, estoy a tu disposición.

—Mañana hablaremos. Ahora vamos a dormir, que estoy muy cansado...

Pero el sueño de aquella noche iba a ser una pesadilla. La conversación con Rodríguez le había desvelado de tal manera que dos horas después todavía no había conseguido dormirse. Su mente retenía la magia lírica de un Madrid remoto... Alumbrado por una vela se puso a escribir frenético. Las estrofas le salían redondas, cuajadas de sentimiento. Pensaba en su madre. La veía frágil, sensitiva... En esto oyó el ruido de un motor. Instintivamente apagó la vela y abrió la ventana que daba sobre un porche. La noche era húmeda y neblinosa. En la oscuridad percibió un parpadeo de faros y luego otro. La llegada de cualquier vehículo debía producir alarma en la casa. Las medidas de seguridad en este aspecto eran muy severas. Los alemanes habían registrado varias veces la granja, pero nunca encontraron nada de importancia. Nervioso, se asomó a la escalera y llamó a la mujer que hacía la imaginaria, pero en vista de que nadie contestaba empezó a gritar: La Gestapo, la Gestapo... Sin perder un momento se dirigió a la habitación de Rodríguez y le zarandeó bruscamente. «Tenemos a la Gestapo encima... Ponte los zapatos y coge la ropa deprisa». Rodríguez obedeció maquinalmente. El muchacho le ayudó a calzarse y tiró de él hacia la ventana que daba al huerto. Mientras se descolgaban, oyeron golpear el portón con las culatas de los fusiles. Rodríguez terminó de vestirse escondido en los yerbazales del huerto.

—No me explico... —murmuró en voz baja—. ¿Cómo ha sido?

—No lo sé. Debe haberse dormido la vieja Guyot... Yo grité y di la voz de alarma antes de ir a buscarte.

Entre los gritos y las voces indiscernibles de los alemanes, se oyeron algunos tiros de pistola y ráfagas de metralleta.

—Como descubran la cueva van a hacer una carnicería —dijo Rodríguez.

—Por eso yo no me fío de las cuevas. Me jode encerrarme debajo tierra.

Los tiros sueltos y las ráfagas de metralleta se prolongaron un buen rato. Luego se produjo una formidable explosión y de las ventanas de la granja

empezaron a salir columnas de humo y lenguas llameantes. Al poco rato ardía por los cuatro costados.

Ateridos de frío y empapados de humedad, aguantaron agazapados. No se oía ni se veía a nadie. Los asaltantes debían haberse marchado tras el incendio que borraba las huellas de la bestialidad.

—Tendremos que salir de aquí antes de que se haga de día —dijo Rodríguez.

—¿Y si queda alguien?

—Lo peor es que los nazis hayan dejado alguna patrulla de vigilancia.

—No lo creo. De todas las maneras, voy a echar un vistazo... — se dirigió encorvado hacia las humeantes ruinas de la granja.

A la brumosa luz del amanecer, Juan Antonio contempló los muñones calcinados de lo que había sido una hermosa casa de labor y eventual refugio de patriotas y conspiradores. La patética visión le hizo tiritar... Aquella granja había sido para él un hogar. Los Guyot, sus propietarios, le habían acogido siempre hospitalariamente. Conocía a los tres hijos varones que luchaban en el «maquis» y al padre, internado en un campo de concentración alemán a raíz de un atentado ocurrido en la ciudad.

Cuando volvió al lado de Rodríguez, las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Qué pasa?

—Nada... —se enjugó los ojos con la bocamanga de la cazadora—. No queda nadie. Debieron hacerse fuertes en la cueva y los han volado.

—Lo que no me explico es cómo descubrieron la trampa de la cueva. Sospecho que hay algún confidente entre nosotros.

—Los alemanes saben que en casi todas las granjas hay cuevas... —le castañetearon los dientes.

—Puede ser... —movió la cabeza preocupado—. La afición de la vieja Guyot al aguardiente no me ha gustado nunca. Los descuidos en estos casos son

fatales... En fin, vámonos antes de que aclare más. Iremos separados y nos reuniremos en casa del Manchego...

La destrucción de la granja Guyot deshilachó la versátil conciencia de Juan Antonio. Recordó que en su último informe decía que estaban refugiados allí dos pilotos ingleses y un militar francés de alta graduación evadido de los campos de concentración alemanes. Para castigarse tuvo una reacción de virtuosismo infantil. En el informe que envió al comandante Wagner, comentó rabioso aquella absurda «razzia» que pudo haberle costado la vida. «Si me hubiera metido en la bodega, como hizo la mayoría, a esta fecha sería cadáver; y por no hacerlo, ahora resulto sospechoso». Finalizaba el informe de la siguiente manera: «Mi situación es bastante delicada. Como le digo más arriba, tengo la impresión de que sospechan de mí. Por otra parte, estoy cansado de esta doble vida tan contraria a mis sentimientos de honradez y lealtad. Quiero que usted comprenda que esto no puede prolongarse indefinidamente. Por eso le ruego que acepte mi dimisión».

Después de entregar el informe en la estafeta especial, se sintió tranquilo y respiró satisfecho. Ahora podría trabajar con Rodríguez lealmente. De momento pasaría con él una temporada en Grenoble ayudándole a crear la plataforma política de cara a España y luego regresaría a París para dedicarse por entero al dibujo y la pintura... Ni un solo momento pensó en la reacción del comandante Wagner. Pero la víspera de salir para Grenoble a reunirse con Rodríguez, le llamaron a la relojería donde entregaba los informes y se encontró con Wagner en persona acompañado de un hombre bajo y rechoncho. En la penumbra de la trastienda sintió que se le helaba la sangre.

—No esperabas volver a encontrarme, ¿verdad? —su voz rasposa tenía un acento burlón.

—Sí que esperaba... —tropezó con la mirada pegadiza del hombre rechoncho—. Yo también quería hablar con usted. Ya le decía en mi último informe...

—En tu último informe no decías más que tonterías —le cortó bruscamente.

—Es que yo...

—Tú eres un imbécil, un cretino... Hasta ahora no has hecho otra cosa que ganar dinero y llevarte la vida padre.

—Le he dicho todo lo que sabía.

—Me has dicho lo que te ha dado la gana.

—Es que yo no valgo para eso... —en su creciente nerviosismo volvió a encontrarse con la mirada del hombre rechoncho. Tenía una cara mofletuda y apacible.

—Como valer no vales ni para tomar por el culo. Eres un pobre narciso corrompido por los mimos. Pero yo haré que valgas... —le cogió de la cazadora y le zarandeó—. Te voy a estrujar como a un limón... ¿Te acuerdas del asqueroso colmillo? Pues no te voy a dejar ni un diente...

E hombre rechoncho se interpuso entre los dos con una sonrisa afectuosa.

—Vamos, Joaquín, no hay que sacar las cosas de quicio... —hablaba un castellano suave, ligeramente ceceante—. ¿No me conoces tú?

—No sé, no recuerdo... —le contempló Juan Antonio con las pupilas desorbitadas.

—Es el comandante Ratín —dijo Wagner—. Si no fuera por él a estas fechas estarías con un metro de tierra encima.

—Bueno, yo no hice más que recomendártelo. Me lo pidió Maruja Mijares, una antigua novia tuya, ¿no?

—Es la hija de mi padrino, el coronel Mijares...

La situación cambió radicalmente. El comandante Ratín empezó a hablarle de su familia. Conocía al dedillo la historia de su padre, y según le dijo era muy amigo de su cuñado y a su hermana la veía con frecuencia.

—Por cierto, Alicia no anda nada bien. Maruja dice que los embarazos le están arruinando la salud... Talavera es un garañón. ¿Sabes que le llaman el «Sultán de Madrid»?

—No merece la pena que te molestes con tantas explicaciones... —volvió a acercarse el comandante Wagner mordisqueando un cigarro puro—. Los comunistas le han corrompido.

—¿Es verdad que te has dejado embaucar por los rojos...? ¿Qué te han ofrecido, un ministerio o una alcaldía?

—No me han ofrecido nada ni yo soy rojo.

—Es lo que yo le decía a Joaquín, no puede ser que se haya hecho rojo con lo que hicieron con su padre y con su familia. Claro que también tiene un mal ejemplo, una mancha negra... Alfonso Pacheco.

—Mi cuñado Alfonso fue un canalla.

—¿Ves como no es rojo...? —Se volvió con aire triunfal hacia Wagner—. Por cierto, quería preguntarte si conoces a Rodrigo Bejarano... —un aire maternal endulzaba las facciones mofletudas de su interlocutor.

—Rodrigo Bejarano —repitió con un escalofrío en la médula.

—¿No irás a decirme que no le conoces?

Wagner fue a decir algo, pero Ratín le contuvo con un gesto amable.

—No sé... He oído hablar de él, pero no le conozco personalmente.

—Bejarano es un pájaro de cuentas que se las sabe todas, y lo que mejor sabe es cambiar de nombres y despistar. Mira esta foto a ver si te recuerda a alguien... —sacó de la cartera de mano la primera página del periódico «Ahora» en la que Rodrigo Bejarano aparecía vestido con el uniforme de comisario político del ejército popular.

—No sé... se da un aire con el camarada Rodríguez, pero yo no me atrevería a asegurar que sea él.

—Ten en cuenta que debe tener seis años más que en la fotografía.

—Puede ser, pero no estoy seguro.

—Si te pones en ese plan me parece que no vamos a ser amigos. Ya comprenderás que no podemos andar jugando a los acertijos... Bejarano no es un tipo cualquiera. Hace poco ha estado en España y es casi seguro que vuelva. Por eso necesito alguna foto suya reciente y saber lo que hace aquí y lo que proyecta en nuestro país... Es un asunto nuestro, un favor particular que te pido yo con absoluta independencia de los compromisos que tienes con Wagner.

—Ese tipo también me interesa a mí. Lo sabe de sobra...

Ratín cogió a Wagner del brazo y se lo llevó a un extremo de la trastienda. Allí estuvieron hablando en voz baja y luego Wagner salió de la habitación.

—Le he convencido para que nos deje hablar un momento a solas. Creo que entre compatriotas nos entenderemos mejor, ¿no te parece?

—Seguramente... —desvió Juan Antonio la vista de la mirada pegajosa de su interlocutor.

—Gracias a Dios, España no ha entrado en la guerra y eso nos permite contemplar el futuro con cierta tranquilidad... a condición de que conservemos la paz y el orden. Y eso no podremos hacerlo si no controlamos los movimientos de los exiliados y vigilamos las infiltraciones comunistas... ¿qué opinas?

—Lo mismo que usted.

—Entonces no tienes más remedio que ayudamos a identificar a Rodrigo Bejarano.

—¿Para que se lo diga a la Gestapo?

—La Gestapo no sabrá nada, descuida. Es un asunto que nos concierne a nosotros...

En la conversación de más de una hora que tuvieron, Ratín le dijo que estaba convencido de que los alemanes tenían la guerra perdida y que esto se debía a las estupideces del Führer, al que calificó de resentido, inepto, incapaz de someterse a la voluntad del ejército, y fiarse de los servicios de seguridad,

manejados por políticos fanatizados. Juan Antonio se mostró de acuerdo en todo y se comprometió a tenerle al tanto de lo que le interesaba.

—¿Ves como no es lo que tú pensabas...? —le palmeó luego a Wagner en la espalda—. Ya te decía yo que era un buen chico... Puedes confiar en él.

—Mejor es así, porque de lo contrario fíjate el trabajo que me hubiera costado mandarle a Alemania o entregar sus informes a los comunistas... —le giraron los ojos en las órbitas con voluptuosidad.

La conversación se prolongó todavía un buen rato. Wagner le hizo repasar sobre un mapa de la región los principales centros de los «maquis» y los campos de aterrizaje de los aviones que abastecían de armamento y munición los focos de la resistencia. Y cuando se despidieron, el comandante Ratín le abrazó como si fueran entrañables amigos.

El lugar no podía ser más agradable y ameno. Vivían en un cabaña cerca de una serrería mecánica en la que trabajaba medio centenar de obreros polacos y españoles. El refugio se alzaba en el lugar más agreste. Solamente se podía llegar a él a pie y había que pasar forzosamente por la serrería. Por otra parte, los trabajadores eran antinazis furibundos, el encargado pertenecía al Partido y el propietario se encontraba entre los patriotas que financiaban la resistencia. La vida allí resultaba agradable y sencilla y la comida era abundante en relación con la penuria de las ciudades. Pero el trabajo tampoco era pequeño. Frecuentemente trabajaban doce y catorce horas, hasta que Rodríguez sentía su cerebro exhausto y los nervios agotados. Entonces salían a dar una vuelta por el bosque o se reunían con los obreros de la serrería, a los que Rodríguez hablaba de la libertad y la democracia. En estas charlas nunca se pronunciaba la palabra comunismo ni aparecía la política partidista. Es más, a Juan Antonio le había dicho que se hiciera pasar por estudiante republicano, ya que entre los españoles predominaban los anarcosindicalistas y entre los polacos los católicos y socialistas.

El informe que Rodríguez estaba escribiendo era muy extenso y trataba de las condiciones políticas de España, de las facciones que operaban clandestinamente en el interior y de la situación de los partidos y organizaciones del exilio. En general se mostraba escéptico con respecto a las



demás organizaciones, a las que acusaba tanto a las del interior como a las del exilio de un «anticomunismo elemental» difícil de superar. Sin embargo, se mostraba exageradamente optimista en el desarrollo y extensión de Unión Nacional, a la que atribuía un papel decisivo en las próximas jornadas.

Un día Rodríguez fue llamado a la serrería. Cuando volvió lo hizo en compañía de dos españoles, uno que pertenecía a la dirección de Grenoble y otro que acababa de salir clandestinamente de España. Rodríguez se los presentó a Juan Antonio como viejos amigos y camaradas. Tenían muchos recuerdos comunes y hablaron con descuidada versatilidad.

El fugitivo de España había estado escondido entre cuatro paredes desde el final de la guerra. En su piel delgada, de un color amarillento sucio, se transparentaban los huesos, y su mirada abstraída, casi alienada, dejaba traslucir un mundo de sufrimientos insoportables... Hablaron de camaradas y amigos en un lenguaje incomprensiblemente espectral. El último gesto, la frase lapidaria rumiada para la eternidad. Y también de los que sobrevivían y flotaban muertos en su cobardía o aislados en la claudicación. Y de pronto, entre la cháchara saltarina de los que murieron o de los que se rompieron en el yunque de la represión, una pregunta que estrangula la sonrisa en los labios de Rodríguez: «¿Viste a Marta cuando estuviste en Madrid?» «No, no quise verla». Y el fugitivo añade: «Hiciste bien. Talavera la ha protegido mucho. Creo que vive con él y ya sabes quién es Talavera... una cloaca». Rodríguez cierra los ojos y el otro cambia de conversación.

Pasado aquel breve período de tranquilidad, Rodríguez le dijo que le iba a enviar a París para que se incorporase a una sección especial que estaba preparando material de propaganda con vistas al levantamiento de la capital.

—Parece que no te agrada —dijo al ver el gesto de Juan Antonio.

—Preferiría seguir contigo... Aprendo más y me siento a gusto.

—Yo también, pero el Partido considera que eres más útil en la propaganda.

—¿No será Begoña?

—No, ahora no. Incluso yo te aconsejaría que no te enredases con ella.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—De momento voy a intentar concentrar la mayor cantidad de hombres y armas en los Pirineos... las relaciones con el interior, y tantas cosas más que no sé si alguna me saldrá bien —sonrió evasivo.

—Creo que no debieras volver a entrar en España —se mordió Juan Antonio los labios con expresión patética.

—¿Por qué? —en las pupilas de Rodríguez se produjo un revuelo de inquietud.

—Demasiado lo sabes... Cualquiera día te cazarán.

—Lo mismo pueden cazarme aquí.

—Es distinto. Aquí eres un Rodríguez más.

—España es lo único que me interesa... —habló lentamente mirándose las uñas—. Aquí me siento un vagabundo, un apátrida, pero cada vez que cruzo la frontera me renuevo... Aunque me acusen de patrioter y sentimental, te aseguro que cuando entro en España es cuando verdaderamente me siento comunista.

—De todas las maneras, no debieras ir.

—Cada cual tenemos que cumplir con nuestro deber sirviendo incondicionalmente al Partido... —Rodríguez le despidió con un abrazo fraternal y le besó en las mejillas.

Llegó a París en plena primavera. La atmósfera radiante predisponía al optimismo. Se masticaba el desembarco aliado. Todo el mundo hablaba de él sin saber concretamente cómo se produciría. Sin embargo, la ciudad del Sena se preparaba para recuperar la iniciativa en el combate. En cada parisiense y en los millares de extranjeros que compartían su pan y sus sufrimientos, no había más pensamiento que la liberación... romper el poderío nazi. Pero las provincias no se quedaban atrás. Francia entera se disponía a sacudirse el yugo.

En principio Juan Antonio volvió a París con disgusto, porque se había acostumbrado a la vida azarosa y errátil de enlace. Pero al encontrarse de

nuevo con Lenina y conocer a sus compañeros de trabajo, renacieron en él las ilusiones artísticas. El cerebro genial de aquella empresa era la menuda judía rumana. Con sus formas andróginas y su cara fea de pómulos huesudos y ojos mongólicos, poseía un dinamismo avasallador y una personalidad cautivadora.

Lenina no tenía domicilio fijo. Desde la detención de su amiga Marie vivía circuida por la Gestapo en un anillo asfixiante. Cada dos por tres descubrían alguno de sus domicilios accidentales y se llevaban a todos los que encontraban en ellos. Juan Antonio quiso unirse a ella, pero la muchacha se opuso con el pretexto de que se defendía mejor sola.

Sus relaciones con doña Begoña eran más tortuosas. La viuda de Gómez Aguirre no le perdonaba que fuera Lenina quien le hubiera llevado a París ni que trabajase con ella. Incluso le contó un montón de chismes malintencionados... No estaba segura que Lenina no tuviera algo que ver con la detención del grupo terrorista de Manouchian y del fusilamiento de Marie.

—No lo creo —dijo Juan Antonio sin atreverse a llevar abiertamente la contraria a doña Begoña.

—Eres tan ingenuo y estás tan dominado por ese idolillo exótico que cualquier día tendrás un disgusto gordo... Dile que te cuente quién preparó la fuga de Jaime. Desde que se escapó, pocos días después de marcharte tú, hasta que lo detuvieron hace un par de meses, ha estado liada con él.

Luego Lenina le contó la versión verdadera sin ocultar que se habían acostado juntos.

—No tenía más remedio... —le dijo sin darle importancia—. Estaba como loco por lo de Marie y no sabía dónde ir.

—Pero siendo anarquista y viviendo con tu amiga...

—Era un camarada de lucha... —se encogió de hombros—. Para mí no hay más que camaradas de lucha... Estuvo escondido en el estudio del húngaro. Y le llevaba comida y pasaba la noche con él. Su fotografía la tenían todos los de la Gestapo y la policía...

Ella era así. Cualquier intromisión en su libertad o en su furor antinazi le molestaba. Según le dijo, todos los días pensaba que aquel sería el último y vivía con una pasión de condenada... «Sólo cuando termine todo esto podremos pensar en nosotros. Ahora no nos pertenecemos».

—Yo te pertenezco completamente.

—¿Y Begoña?

—Bah, no creo que vayas a tener celos de Begoña.

—Yo no tengo celos, pero tú tampoco tienes que tenerlos.

—Te lo prometo...

Con doña Begoña las cosas eran distintas. Bastó que faltara dos noches seguidas para que le recibiera con los labios plegados y un hosco repertorio de monosílabos displicentes. Forrada en su orgullo no quería dar aj entender su despecho, pero el muchacho se sentía tan molesto que la víspera del desembarco aliado en Normandía, le dijo que se iba a marchar a vivir a otra parte.

—¿Ya habéis decidido ayuntaros? —matizó el sarcasmo con frío desprecio.

—No, no hemos decidido nada. Lo hago por ti. Estoy cansado de que me pongas mala cara.

—¿Y crees que yo me voy a tragar ese huesecito?

—Te estoy diciendo la pura verdad, pero si no quieres tragarte el huesecito me da lo mismo...

La indiferencia de Juan Antonio hizo perder los estribos a la viuda de Gómez Aguirre. Fuera de sí, con los ojos saltándole en las órbitas, le echó en cara todos los favores que le debía... sus desvelos, sus sacrificios, su maternal ansiedad.

—¿Has terminado ya? —levantó la cabeza después de escuchar la mezquina contabilización de lo que ella llamaba su «generosidad».

—Todavía no... ¿Dónde está el álbum de Goya que había en la librería?

—Me lo he llevado al taller.

—Para Lenina, ¿verdad?

Juan Antonio asintió con la cabeza.

—¿Ves como sólo piensas en ese idolillo negro? No sé que ves en ella que no tengan otras mujeres.

—Veo el talento, la generosidad y un espíritu de abnegación que la sitúa por encima de tus intrigas.

—Menudo talento y menuda generosidad. Si me dijeras que es una desvergonzada, una zorra...

—Algo menos que tú... Bien está que te hagas pasar por un modelo para quien no te conozca, pero yo sé que eres más vicioso que Lenina.

El desbordamiento y la furia se mezclaron históricamente en las palabras y en los gestos. Nunca hubiera creído que aquella mujer tan segura en el buen tono, pudiera perder el autocontrol y pronunciar palabras que le hacían crispase al escucharlas en otras personas.

Juan Antonio se levantó. Estaba muy pálido y se sentía humillado, pero ni una sola vez abrió la boca para protestar o llevarle la contraria.

—Voy a recoger mis cosas... —se dirigió hacia la puerta cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—De aquí no sacas nada. Recuerda que viniste sin camisa.

—Bien, no me importa... Se lo diré a los camaradas del Partido.

—Mejor. Así podré yo también decirles algunas cosas... El otro día precisamente encontré en las costuras de tu cazadora una nota con los nombres de los camaradas franceses que fueron detenidos por la Gestapo la semana pasada.

Juan Antonio sintió que los pies se le agarraban a la alfombra. Mentalmente trató de recordar lo que decía la nota. La confusión le hizo temblar... Se trataba de cinco individuos que habían atentado contra un alto jefe alemán.

—No sabía que me espiabas... —cambió de tono y de humor—. No me preocupa lo de la nota. Tengo la conciencia tranquila. Lo que me duele es que dudes de mí, que me creas capaz... —la voz empezó a quebrarse en trémolos—. Después de todo si me voy es por ti, por dejarte tranquila.

—¿Por dejarme tranquila a mí te marchas con ella?

—Yo no quiero marcharme. Con nadie estoy mejor que contigo. Pero como te has vuelto tan exigente... de si voy o no voy, de si me acuesto o me levanto...

—Me he puesto así porque eres un egoistazo que sólo vas a lo que te conviene.

—Pues si te digo la verdad, sé que Lenina no me conviene, pero la admiro, me gusta trabajar con ella.

—Y acostarte, que cada noche que pasas con esa lagartija vienes que no hay por donde cogerte.

—Bah, el acostarme es lo de menos, te lo juro... Demasiado sé que es fea y no vale nada como mujer...

Sus marrullerías sentimentales empezaron a hacer efecto en el pachucho corazón de la viuda. Doña Begoña se avino a discutir el asunto con más tranquilidad y entre zalamerías, mimos y arrumacos Juan Antonio empezó a desnudarse y vio como las pupilas de la mujer se abrillantaban y enternecían en fogosas oleadas de pasión. La viuda poseía un sentido de la contemplación casi morboso. Alguna vez le había dicho que era tan bello como el adolescente del cuadro de «Laocoonte y sus hijos» pintado por El Greco. Y en esto y en olfatearle y enredar sus dedos en las vedijas del sexo, parecía incansable.

Juan Antonio sabía que estaba bailando en la cuerda floja. La insinuación de doña Begoña sobre la nota encontrada en su cazadora quedó flotando entre los dos. El muchacho llegó incluso a pensar que doña Begoña había descubierto su doble personalidad por medio del coronel Riter... Esta situación le inquietaba de tal manera que más de una vez pensó abandonarlo todo y regresar a España. En uno de los informes se lo dejaba entrever al comandante Wagner. Se consideraba «quemado», sostenido únicamente por la pasión de la

viuda de Gómez Aguirre, pero convencido de que aquello no podía prolongarse indefinidamente.

Dos o tres días después del atentado contra Hitler, doña Begoña le dijo que el coronel Riter había sido detenido junto con otros jefes y oficiales alemanes que formaban parte de la conspiración para liquidar al Führer y negociar la paz con los aliados. La viuda estaba muy preocupada. Un miedo sutil la enervaba. Le habló de marcharse a Suiza. Juan Antonio le hizo comprender que no podían desatender las instrucciones del Partido de contribuir con todas sus fuerzas al levantamiento preparado para contrarrestar la pasividad aconsejada por los «golistas» y reaccionarios.

Como no se pusieron de acuerdo y Juan Antonio tenía prisa, quedaron en discutirlo aquella noche. Pero no tuvieron necesidad de ello, porque a las dos de la tarde la Gestapo irrumpía en el domicilio de doña Begoña y se la llevaba detenida con un militar republicano español y un dirigente de la resistencia francesa que se hallaban en aquel momento en su casa.

La cosa no paró ahí. Una hora después de la detención de doña Begoña, antes de que Juan Antonio hubiera podido enterarse, la Gestapo asaltaba el estudio clandestino donde trabajaba éste con Lenina y media docena más de personas y era detenido con todo el equipo.

Entre los prisioneros de Fresnes se vivía una atmósfera de delirio en la que se mezclaban por igual la exaltación patriótica y el terror. Se sabía que los alemanes tenían el propósito de evacuar a los prisioneros o exterminarlos antes de la llegada de las fuerzas aliadas, pero los más se acurrucaban en un optimismo esperanzados.. Los alemanes ya no podían hacer nada ni la resistencia se lo permitiría. Con todo, se hablaba de listas y de trenes preparados.

Por las comunicaciones interiores Juan Antonio supo que Lenina había estado unos días en el departamento de mujeres de la prisión, pero luego la sacaron a diligencias y ya no regresó. Doña Begoña ni siquiera llegó a ingresar. Lo más que pudo averiguar es que seguía detenida en el cuartel general de la Gestapo. Su principal preocupación, sin embargo, era el comandante Wagner. El «mal diablo» parecía haberse muerto. No daba señales de vida.

Así llegó aquel 15 de agosto tórrido e infernal. Todo hacía suponer que de un momento a otro les llegaría la liberación. Se hablaba ya de choques en París y para el día siguiente se anunciaba la huelga general, pero lo que llegó fue la deportación a los campos de concentración alemanes. Las S.S. le habían seleccionado con los elementos más peligrosos de la resistencia que se hallaban en las prisiones de París. Ya estaba convencido de que Wagner había muerto y sus lazos con él estaban rotos, cuando le vio en la estación de Pantin pendiente del tren de mercancías dispuesto para la evacuación de los presos. Sintió el frío poder de sus pupilas vidriosas fijas en él y vio como le señalaba al corpulento oficial de las S.S. que le acompañaba. Lo que ocurrió después casi se lo imaginaba... El oficial le sacó del vagón poco menos que a puñetazos, gritándole en francés y alemán que le iba a aplastar, que era un cerdo repugnante, un asesino. La escena fue montada con tan brutal realismo que el mismo Juan Antonio no las tuvo todas consigo hasta que se encontró en el coche del comandante Wagner y vio a éste sonriente.

—No dirás que no te he preparado una buena coartada.

—Menuda... El cabrón ese casi me rompe las narices.

—Así podrás subir un poco más alto...

Parecía imposible que pudiera sentirse optimista a la vista de lo que se avecinaba, pero nunca le vio más satisfecho y seguro. Antes que nada le dijo que había sido ascendido a teniente coronel y que en parte se lo debía a él por los últimos servicios. Aprovechando el tono de camaradería que dio a la conversación, Juan Antonio se mostró preocupado por la suerte de las armas alemanas.

—No digas tonterías. El III Reich nunca ha sido más fuerte que ahora. De un momento a otro vas a ver saltar a los perros ingleses y a sus lacayos americanos. El Führer ha liquidado a sus enemigos interiores, a los traidores que se agazapaban en el alto mando y en los estados mayores... Hasta es posible que tomen París, pero sus victorias no les van a durar mucho. Ya verás, ya verás... —habló como un beodo de cohetes intercontinentales, de aviones invulnerables, de explosivos atómicos, de gases bacteriológicos y de un plan minuciosamente calculado para acabar con todos los enemigos de Alemania.



Juan Antonio pensó en algunos momentos de la larga conversación que tuvieron en el coche y continuaron en el lujoso apartamento de la avenida de Víctor Hugo, que el teniente coronel Wagner bromeaba o se había vuelto loco. Sin embargo, en todo lo demás se mostró tan realista y agudo que resultaba desconcertante.

Los días siguientes fueron un alocado ir y venir por París. Incorporado a los grupos que tenían por objetivo impedir que los alemanes destruyesen los puentes del Sena y convirtiesen la ciudad en una «lección de arqueología», como le había dicho Wagner, participó activamente en los primeros encuentros de la resistencia con los ocupantes hasta desencadenar la huelga insurreccional que hizo imposible los planes de destrucción ordenados por Hitler.

Pero Juan Antonio no veía con sus ojos la liberación de París. El 19 de agosto resultó gravemente herido en el encuentro con una columna alemana que avanzaba sobre la Prefectura de Policía y fue conducido al hospital con un riego de metralla en todo el cuerpo que le iba a retener en cama cerca de tres meses.

Al ser dado de alta hizo algunas averiguaciones para conocer el paradero de doña Begoña y Lenina. Pero lo más que pudo saber es que la viuda de Gómez Aguirre se quedó en las manos de sus torturadores y Lenina había sido deportada a Alemania en una de las últimas expediciones que salieron del campo de concentración de Drancy.

En París no había nada que hacer. El general De Gaulle estaba desmontando con paciente habilidad los arietes revolucionarios y reconstruyendo la legalidad anterior a la ocupación alemana. Para nadie era un secreto que su principal objetivo era mantener a los comunistas a raya y hacer imposible cualquier tentativa de asalto al poder.

Para los españoles, la situación era distinta. La lucha en el «maquis» y en la resistencia les había proporcionado gran cantidad de armas que no estaban dispuestos a entregar sin volverlas a medir con los compatriotas que les habían derrotado en 1939. Era un secreto a voces que, en los departamentos de los

Pirineos, la Agrupación de Guerrilleros y Unión Nacional estaban concentrando hombres y armas para continuar la lucha en España.

Todavía convaleciente y con un brazo en cabestrillo, Juan Antonio se presentó en Toulouse a finales de noviembre. Allí fue recibido como un héroe. Rodríguez le presentó en varios actos públicos, haciéndole contar sus peripecias y aventuras desde que fue detenido por el capitán Wagner durante el sitio de Leningrado. Sus intervenciones públicas tuvieron gran éxito. Usando el nombre de Toni San se hizo muy popular en aquellos días efervescentes. Con Rodríguez o con otros camaradas visitó los campamentos del Ariège, del Alto Garona y del Aude y habló a los miles de españoles agrupados en batallones y brigadas que se preparaban para entrar por el Valle de Arán... Dado el entusiasmo que reinaba entre los que iban a intervenir, todo parecía posible. Sin embargo, la operación no resultaba tan clara para los militares profesionales y para algunos dirigentes políticos. En una reunión de mandos se puso en evidencia que con aquella decena de millares de hombres armados desigualmente con el material capturado a los alemanes, lo más que se podía llevar a cabo era una incursión de proporciones limitadas, pero rápidamente fueron acallados por los que confiaban en el levantamiento interior. Rodríguez, más cauto, habló de establecer una cabeza de puente para crear una base de soberanía republicana y, dejó entrever, que logrado este objetivo se contaría con la ayuda militar de las grandes potencias.

A pesar del entusiasmo, la operación resultó un fracaso. Se inició la incursión en un mal momento. La nieve y la lluvia dificultaron los movimientos. Pero lo peor fue que en la vertiente Sur de los Pirineos no les esperaba un pueblo irredento dispuesto a sumarse a los invasores, sino un ejército aguerrido, muy superior en número y armas, que estaba avisado de sus intenciones y en los primeros encuentros dispersó a la guerrilla sin grandes dificultades. Las escaramuzas duraron diez días. Los que no habían sido muertos o capturados, volvieron a sus bases de partida hambrientos, quejándose de que habían sido abandonados...

El enemigo seguía siendo fuerte y duro. No se dejaba sorprender tan fácilmente.

Al final de un mitin en el que Toni San había cosechado muchos aplausos con aquel nervioso tartamudeo que provocaba risas y lágrimas, se le acercó una muchacha.

—¿No te acuerdas de mí?

—No, no... espera, me parece que sí... —se le dilataron las aletas de la nariz y se mordió los labios.

—No tiene nada de particular que no te acuerdes, porque me he teñido el pelo de negro y sólo nos vimos una o dos veces en el despacho de tu padrino, el coronel Mijares... —hablaba rápida y voluble, con un movimiento de pestañas que daba a sus ojos un tono cambiante—. Me llamo Hortensia.

—Pues no recuerdo... no sé... —se le enfrió la sonrisa.

—También conozco a tu madre y a tu hermana. Si supieran que vives serían muy felices.

En esto se acercó Rodríguez y Juan Antonio se lo presentó a la muchacha con su nombre verdadero y un balbuceo temblón.

—¿Camarada? —la miró Rodrigo Bejarano de reojo sin prestarla interés.

—No. Yo soy libertaria... Me escapé de la policía y llevo aquí muy poco tiempo. Por cierto, también conozco a Marta, tu compañera... —las facciones de Bejarano se tensaron y se puso a hablar con otras personas—. Parece que no le ha sentado bien que le recuerde a su mujer.

—Es que aquí no se puede hablar. Si te parece nos veremos otro día...

—Como quieras... —estrechó la mano que le tendía Juan Antonio—. Voy a escribir a tu familia diciéndola que vives.

—Mejor es que no lo hagas hasta que hablemos más detenidamente. Ya sabes que mi madre está muy delicada del corazón...

Precipitadamente se dieron las direcciones y se despidieron para tranquilidad de Juan Antonio, que durante la breve conversación había estado atemorizado

por la idea de que a Hortensia se le ocurriese mencionar el nombre de su cuñado en presencia de Rodrigo Bejarano.

Hortensia vivía algo distante de la ciudad en una pequeña granja que una viuda francesa había cedido en explotación a dos familias madrileñas. En la granja reinaba la mayor tolerancia. Los padres

y los hijos convivían y trabajaban en un ambiente de alegre camaradería. La casa estaba abierta a todos y de su abundancia se beneficiaban los españoles vagabundos y trashumantes a quienes las resacas políticas de su patria arrojaban a la hospitalaria ciudad del Garona.

Uno de los que más frecuentaban la granja era Láinez. Desde la llegada de Hortensia se presentaba allí con el más mínimo pretexto. Tenía fama de amargado e intratable. No quería intervenir en nada y se mostraba muy escéptico en cuanto a los programas redentores de los grupos y camarillas políticas que bullían en Toulouse.

—Yo no sé por qué vienes tanto por aquí si no te interesa nada y todo lo que se hace te parece estúpido —le dijo un día Hortensia de mal humor.

—Demasiado sabes que vengo por ti... —depuso el gesto hosco y se le deshizo el frunce sarcástico de los labios—. Lo demás no me interesa... de momento.

—Si tienes el amor tan desatado lo que debes hacer es preocuparte de tu mujer y de tus hijos.

—¿Para qué...? ¿Has olvidado ya lo que te dijo Elena cuando fuiste a verla de mi parte?

—Tampoco hay que hacer mucho caso de las palabras.

—No son palabras. Bien sabes que no me dejo cocer en retórica. Si así fuera andaría por ahí dando gritos para aumentar la confusión y el desconcierto... Si mal no recuerdo te dijo que los hijos eran suyos, que le había costado mucho trabajo criarlos y que no estaba dispuesta a que yo los hiciera unos desgraciados con mis ideas.

—Eso más bien lo dijo su padre... Claro que ella tampoco tenía mucho interés. De todas las formas, yo creo que debías intentar traértela aquí. Sin la influencia de la familia es probable que ella sea distinta.

—No pienso hacer semejante idiotez.

—Pues conmigo pierdes el tiempo, porque yo no quiero ataduras amorosas... Mi vida no me pertenece.

—Tonterías románticas... —se le arremolinaron las cejas—. No me río porque lo dices tú y te considero muy capaz de hacer lo que dices, pero la frase merece figurar en el catálogo de las aberraciones idealistas.

Las discusiones se prolongaban interminables sin ponerse de acuerdo. Láinez estaba desmoralizado. Las raras veces que se levantaba en las asambleas y reuniones de su organización era para escarnecer a los que se abrigaban en la pureza de los principios para soslayar la realidad.

Los días pasaban en impotente palabrería. Los mítines y las asambleas se sucedían interminables. En Madrid se había formado la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Los exiliados en México estaban reconstruyendo las errátiles Cortes de la República para continuar la legalidad constitucional de 1931. Los comunistas seguían aferrados a su Junta de Unión Nacional. Los nacionalistas vascos y catalanes se movían con intenciones secesionistas. Y los viejos políticos intrigaban en las cancillerías aliadas para obtener medidas de bloqueo y platónicas resoluciones condenatorias.

Juan Antonio prometió visitar a Hortensia, pero debió olvidarlo. Sus ocupaciones eran tantas que no las podía atender. El exhibicionismo le acaparaba por entero. Los técnicos propagandísticos habían descubierto que era un reclamo formidable para atraer público. Bastaba anunciarle en un mitin para que el local se llenase de mujeres ansiosas de contemplar al joven adonis glorificado. No era buen orador, pero cuando se le acababa el disco improvisaba chistes y anécdotas que hacían reír.

A los pocos días de la rendición de Alemania volvieron a encontrarse en el homenaje a los héroes de la Resistencia. Juan Antonio se hizo el despistado, pero Hortensia consiguió apartarle del grupo donde estaba.

—Todavía te estoy esperando —le dijo con retintín irónico.

—No creas que no me he acordado de ti, pero tengo tantas cosas que hacer...

—¿Y te gusta hacer todas esas cosas?

—Pues no. Sinceramente, ya estoy harto de cotorrear.

Al terminar el acto se fueron juntos. Juan Antonio la invitó a tomar un aperitivo y Hortensia le invitó a comer en la granja. Allí le mostró unas cuantas fotografías tomadas en la finca de Carabanchel. Al muchacho le entró hipo y se le saltaron las lágrimas.

—Mira, aquí están la mujer y la hija de Rodrigo Bejarano. Las recogió tu cuñado al terminar la guerra y se ha portado muy bien con ellas.

—Ahora recuerdo que las he visto en casa de Rómulo... —se quedó el muchacho pensativo—. ¿Es verdad que mi cuñado está liado con ella?

—¿Quién te ha dicho eso? —se echó a reír Hortensia.

—Se lo han dicho a Rodrigo.

—Qué miserables. Di que es mentira. Díselo de mi parte... Marta no piensa más que en su marido. Tu hermana la llama «la hechizada» porque no sueña con otra cosa. ¿Me prometes que se lo dirás a Bejarano?

—No puedo decírselo. Si se enterase que soy cuñado de Talavera no me miraría bien.

—Me parece absurdo. ¿Qué tienes tu que ver con tu cuñado?

—Es que dicen que Rómulo fue a la Unión Soviética con la Gestapo a organizar un grupo de espías y saboteadores entre los españoles. Parece que Rodrigo las pasó mal por él.

—Tengo entendido que tu cuñado no llegó a verlo.

—No llegó a verlo porque Rodrigo estaba castigado en un campo de trabajo. Pero le dejó una nota escrita para que se relacionase con él por medio de los espías alemanes.

—Yo creo que es mentira, aunque si te digo la verdad tampoco me extrañaría, porque a tu cuñado le va muy bien el juego de andar con unos y con otros...

Por la tarde se fueron a corretear por el campo y bien entrada la noche todavía seguían recitando poesías y cantando canciones españolas a la luz de las estrellas.

A partir de entonces empezaron a verse con cierta frecuencia, unas veces en Toulouse y otras en la granja. Generalmente hablaban más de poesía, literatura y pintura que de política. Por parte de Juan Antonio había una permanente insinuación amorosa que la muchacha no rechazaba por completo, pero tampoco alentaba... Le gustaba su compañía. Hablaba a gusto con él y hasta recibía con cierta complacencia sus felinas insinuaciones eróticas. Pero no podía librarse de ciertas reservas, recordando lo que había oído contar de él al coronel Mijares y a su familia.

Por Juan Antonio se enteró Hortensia que Rodrigo Bejarano se hallaba de nuevo en España. En los medios políticos de Toulouse se le criticaba mucho por la precipitada incursión del Valle de Arán.

—¿Le dijiste algo de su mujer?

—Lo intenté pero no quiso escucharme... —mintió—. Creo que tiene otra mujer en la Unión Soviética y aquí ya sabes que anda con Olga, la cubana.

Juan Antonio estaba preocupado y decaído. Hortensia trató de alegrarle con la conversación y las bromas, pero no consiguió verle reír espontáneamente en toda la tarde.

—A ti te pasa algo —le dijo en uno de sus frecuentes silencios—. Me parece que no te va eso de ir de la ceca a la meca repitiendo discos.

—Claro que no me va... Al principio me gustaba, pero repetir siempre lo mismo aburre al más pintado. Me estoy convirtiendo en un payaso. A veces me río yo mismo de las tonterías que hago para que me aplaudan...

—Pues entonces estudia o haz algo de provecho... ¿Por qué no vuelves a París a completar los estudios de pintura?

—No me interesa nada... —se dio media vuelta y quedó de costado, pegado a ella con la mejilla en la palma de la mano—. ¿Te vas a enfadar si te digo una cosa?

—Depende... —se apartó ella al sentir la opresiva dureza en el muslo.

—Me gustaría vivir contigo... No te lo he dicho nunca, pero me gustas una barbaridad.

—Vaya, me lo estaba temiendo con tanto desperezarte y comer yerba... —se sentó y le contempló con desconfianza.

—¿No eres tú partidaria del amor libre?

—Del amor libre sí, pero no del aquí te pillo y aquí te mato.

—Yo creía que te gustaba... Precisamente quería decirte... escucha, no te vayas...

—Si quieres que te escuche, abróchate.

Juan Antonio se levantó encogido y echó a andar. Hortensia le vio cruzar el arroyo y bajar bordeando el seto de espinos que cercaba la finca. Una vez que desapareció de la vista, volvió a tumbarse en la hierba boca abajo y estuvo llorando.

Al salir de la finca el muchacho se encaminó hacia la ribera y buscó un lugar solitario para volver a tumbarse. El sol iba ya muy bajo, pero todavía calentaba lo suficiente para hacerle sudar... Estaba muy cansado. En toda la noche había podido pegar el ojo con la obsesión de Juanita. Según le dijeron había regresado del campo de concentración nazi hecha un guiñapo, sin una pierna, desdentada y medio calva. La misma persona que le informó de su llegada, le dijo que Juanita hablaba muy mal de él. También le dijo que estaba medio loca y que no se le podía hacer caso... Pero él no estaba tan seguro. Lo único que se le ocurría después del fracaso con Hortensia era acercarse solapadamente hacia la frontera española. Sabía que Juanita no podía aportar ninguna prueba contra él. La denuncia la hizo por teléfono a la comandancia alemana sin dar siquiera su nombre, pero al pensar en todo aquello y recordar cada uno de los detalles, le enervaba de tal manera que le quitaba las ganas de defenderse.



Pensando en su fracaso con Hortensia y en lo que podía depararle el encuentro con Juanita, vio desaparecer el sol en un resplandor vinoso que se fue apagando lentamente en una gama de morados y violáceos. Parsimoniosamente se levantó, se puso la camisa y echó a andar por la ribera del río.

Al entrar en la ciudad, completamente de noche, todavía fluctuaba en su espíritu irresoluto la idea de regresar a España o volverse a París. Como la ciudad estaba infectada de exiliados españoles y últimamente se había hecho tan popular, evitó las calles más concurridas. Pero antes de llegar a la casa donde vivía se oyó llamar por su nombre... Toni, Toni... Su primera intención fue echar a correr, pero no lo hizo. Cuando los dos camaradas que le llamaban se acercaron a él estaba temblando.

—¿Dónde te has metido? —le increpó abruptamente uno de ellos.

—Por ahí —hizo un gesto vago.

—Llevamos buscándote toda la tarde —dijo el otro—. Pedro quiere verte...

Caminando entre los dos camaradas que hablaban de cosas sin importancia, entró en el local de la Resistencia con la cabeza dándole vueltas y una sensación de mareo. Los pasillos y el salón estaban atestados de gente. Algunas personas le saludaron, pero los más le volvieron la espalda o le observaron con animadversión. Los que le acompañaban le metieron en una habitación grande y destartalada en la que una docena de personas rodeaban a una mujer sentada de espaldas a la puerta. Al entrar Juan Antonio volvió la cabeza y se le quedó mirando a través de unas gafas oscuras... Traidor, hijo puta, le arrojó un salivazo que se le quedó pegado a la pechera de la camisa. El muchacho se quedó rígido. Jamás hubiera reconocido en aquel esperpento de fez horriblemente envejecida a la gordezuela muchacha que un año atrás había entregado a la Gestapo... No esperabas que volviera para desenmascararte, ¿verdad?, le dijo uno de los reunidos. ¿Desenmascararme...?, repitió Juan Antonio en un hilo de voz... Juanita se levantó apoyada en su muleta y antes de que nadie pudiera evitarlo se abalanzó sobre el encogido muchacho. Ambos rodaron por el suelo. La que se consideraba otra Juana de Arco por la única virtud de su doncellerz, débil y

lisiada, pero con los nervios electrizados de odio, clavó sus uñas como garras de cernícalo, buscándole afanosamente los ojos... Dejarla que lo mate. Tiene derecho a matarlo como a un perro..., decían los más. Pero no todos pensaban igual. Pedro consiguió imponerse con su autoridad y obligó a que la separaran. Cuando Juan Antonio se levantó en medio de un griterío polémico, los arañazos de la cara le escocían como quemaduras y el párpado del ojo izquierdo le sangraba desgarrado.

—La situación es muy difícil —le dijo Pedro una vez restablecido el orden—, pero estoy dispuesto a que se haga justicia por encima de todo... La camarada Juanita te acusa de confidente de la Gestapo, lo cual tendrá que probar, porque yo no estoy convencido ni mucho menos. Pero hay otras cosas que me hacen suponer que pueda tener razón... —sacó de la mesa una bolsa de lona y volcó en el tablero un paquete de dólares en billetes, algunas alhajas de valor, las medallas que le puso su madre en el pecho el día que se incorporó a la División Azul y dos cuadernos de poesías—. ¿Es tuyo todo esto?

Juan Antonio agachó la cabeza sin responder.

—Es un fascista, un traidor... —gritó Juanita—. Nos ha estado engañando a todos y la culpa la tiene el camarada Bejarano.

—Te prohíbo que mezcles al camarada Bejarano en este asunto.

—Es la pura verdad. Sólo él tiene la culpa.

—Qué mala lengua tienes... ¿Vas a decir que el camarada Bejarano también es confidente de la Gestapo?

—A mí no me extrañaría nada que lo fuera —dijo un hombre de pelo blanco—. Los desviacionistas son capaces de todo.

—Ni a mí tampoco... —añadió otro—. Ya veis lo que pasó en el Valle de Arán. Los muchachos fueron cazados como conejos. El enemigo lo sabía todo.

—Así no podemos discutir ni hacer justicia... —mover Pedro la cabeza—. Para que se empapen los calumniadores, les voy a decir que el camarada Bejarano ha sido detenido en Asturias... ¿Qué decís ahora?

Juan Antonio se encontró con la mirada de Pedro fija en él.

—¿Lo sabías tú?

—No sabía nada... —se le formaron dos gordas lágrimas.

La noticia de la detención de Bejarano y la reacción sentimental de Juan Antonio modificaron la situación. Pedro aprovechó la tensa emoción de los reunidos para hacer una propuesta que fue aceptada por la mayoría a pesar de las protestas de Juanita. La propuesta consistía en nombrar una comisión de tres camaradas que esclareciesen las acusaciones vertidas contra Juan Antonio y averiguase la procedencia de los objetos que le habían encontrado en su domicilio.

Una vez nombrada la comisión, Pedro ordenó a los demás que abandonaran la habitación. Juanita quiso quedarse, pero tampoco se lo consintió.

A las seis de la mañana, Benito, uno de los habitantes de la granja, encontró el cuerpo de Juan Antonio pegado al seto de espinos sin conocimiento y con la ropa empapada de sangre y lodo. Inmediatamente llamó a Hortensia, que todavía estaba durmiendo.

—Me parece que a ese chaval comunista que viene a verte se lo han cargado —le dijo—. Está en el seto, junto al arroyo, hecho una criba.

De momento no comprendió, pero se tiró de la cama, se echó una bata por encima y salió corriendo seguida por Benito. El aspecto que ofrecía Juan Antonio no podía ser más impresionante. Las ropas las tenía desgarradas, la boca abierta y el pelo color castaño adherido a las sienes y a la frente.

—¿Está muerto? —miró la muchacha a Benito.

—Creo que no, pero lo que sí es evidente es que han intentado asesinarle. ¿Le conocías tu bien...?

—Yo conozco a la familia. Ya te he dicho que es cuñado de Rómulo Talavera. Vamos a llevarlo a casa...

Entre los dos le cogieron con el mayor cuidado y le trasladaron a la vivienda. Antes de meterlo en la cama de Hortensia, le quitaron la ropa embarrizada y le

lavarón el cuerpo lleno de moraduras y magullones. Las heridas no parecían demasiado graves. Tenía cuatro orificios de bala en el cuerpo y el cuero cabelludo desgarrado. Con los medicamentos caseros le desinfectaron las heridas y le hicieron la primera cura sin que el muchacho recobrará el conocimiento.

—Tendremos que dar parte o decírselo a los comunistas, porque a mí esto no me gusta —dijo Benito.

—De momento no vamos a dar parte a nadie hasta que sepamos la verdad. Yo voy a ir a buscar al Dr. Andrade a Toulouse y cuando le haya curado y sepamos a qué atenemos, ya veremos...

Aunque Benito no estaba convencido de que lo que proponía Hortensia fuera lo mejor, aceptó su punto de vista y se ofreció a llevarla a la ciudad en la vieja furgoneta de la granja.

El Dr. Andrade era un médico anarquista, muy amigo del padre de Hortensia, que trabajaba de guarda en una fábrica y en sus horas libres atendía a los exiliados más pobres. Llegaron a la fábrica cuando se disponía a marcharse y no dudó ni un solo momento en acompañarles. Su diagnóstico no ofrecía dudas: se trataba de un atentado con todas las consecuencias. «Erraron el tiro en la nuca», dijo. «Y no es el primero. En el Garona han aparecido varios cadáveres con las mismas características. Algunos amigos dicen que son las sierpes de la Gestapo, que todavía siguen coleando. Pero yo más bien creo que lo que colea es la sucia política».

Mientras el herido se debatía febril y llamaba a su madre con la ansiedad de un niño muerto de miedo, a la granja llegaron rumores de que Juan Antonio había sido confidente de la Gestapo. Hortensia se negó a dar crédito a la especie y discutió con sus compañeros, que eran partidarios de entregarle a las autoridades. Sin embargo, no las tenía todas consigo. Juan Antonio le inspiraba más simpatía que confianza. Con todo, le defendió obstinadamente hasta que un día apareció limpio de fiebre y le puso en antecedentes de su situación y de lo que se decía de él. «Es mentira...», se echó a llorar. Y poco a poco, deshilvanadamente, le contó una historia muy complicada. Hortensia le escuchó con enorme interés. Encontraba muchos fallos y lagunas en su relato,

pero no quiso fatigarle con preguntas. La versión de Juan Antonio giraba en tomo al despecho de Juanita y sus prejuicios virginales.

—Después de lo sucedido te va a resultar muy difícil vivir aquí... —le dijo preocupada—. Si el comité de la Resistencia descubriera que vives, tal vez ni yo misma podría salvarte. Además, reconocerás que eso de los dólares y las alhajas es bastante feo.

El muchacho agachó la cabeza, se mordió los labios y empezó a llorar de nuevo.

—Los dólares me los dio un piloto americano y las alhajas son de una camarera española que detuvieron en París —dijo inseguro y tartajante.

—Prefiero que no me cuentes ninguna mentira.

—Te juro que es verdad... ¿Por quién quieres que te lo jure?

—No necesitas hacerme ningún juramento. Te voy a ayudar por tu familia... Como supongo que para la semana que viene te encontrarás ya en condiciones de andar, yo misma te dejaré dentro de España.

—¿Es que vas a volver? —la miró perplejo.

—Sí... Los españoles tenemos que luchar allí, no aquí.

—Pero te van a detener...

—Ya procuraré yo librarme —salió de la habitación.

Luego, cuando habló con Láinez de su propósito de llevar a Juan Antonio con ellos y meterlo clandestinamente en España, éste se opuso y le hizo comprender los riesgos que corrían.

—Podemos hacer que llegue a la frontera por sí mismo sin que tú hagas de niñera.

—¿Y si le pasa algo?

—No te preocupes. Por lo que me has contado, me parece bastante más astuto que tú... Déjalo de mi cuenta, que yo lo arreglaré. Y antes de que nos

lancemos a la Sierra quiero darte un consejo: el sentimentalismo y la compasión no sirven para nada en la guerra. Para llevar a cabo lo que quieres, tienes que extirpar radicalmente tus preciosos sentimientos maternalistas y dejar de considerar a los que pueden ser padres como si fueran niños.

## VI

### LA NORIA

A finales de septiembre regresaba la familia Talavera a Madrid con un aire de gitanería dichosa. Era un día abrupto de remolinos de polvo y cargazón eléctrica en la atmósfera. Sobre la ciudad pesaba la irritante tormenta de verano. Nada más llegar a la finca doña Rosario llamó por teléfono a Marta y don Ricardo le dijo que ésta se hallaba evacuando una consulta con la policía. La alarma cundió rápidamente entre los recién llegados. Pasado un rato volvió a llamar Talavera y Alicia vio como su marido fruncía el ceño.

—¿Ocurre algo?

—Puede que sí, aunque don Ricardo no sabe nada. Dice que se la llevaron a las once de la mañana para consultarle algo.

—¿Crees qué...?

—Ya sabes que yo siempre creo lo peor... —miró el reloj de pulsera que marcaba las cinco y cuarto—. Son muchas horas de consulta... Voy a dar una vuelta a ver si me entero de algo. Procura retener a tía Rosario y a Conchi hasta que yo vuelva.

En la editorial se encontró a don Ricardo y al Padre Urgoiti haciendo cábalas. Los dos se hallaban desconcertados, y don Ricardo con mucho miedo. Ninguno de ellos sabía nada en concreto y los dos daban por seguro que volvería enseguida, tal y como había dicho el agente que fue a buscarla.

Más desconfiado, Talavera hizo averiguaciones por su cuenta. Como tenía en la policía muchos amigos de sus tiempos de «quintacolumnista» y secretario del coronel Mijares, no le costó ningún trabajo informarse. Uno de los más dinámicos inspectores de la brigada social, le dijo que aunque Marta tenía

algunas cosas pendientes de la guerra y sospechas de participar en actividades subversivas, no se le había detenido por nada de eso.

—La Brigada no tiene nada que ver. Debe tratarse de un asunto especial —hizo un gesto evasivo el inspector.

—¿Quién lleva los asuntos especiales?

—No puedo decírtelo. Mejor dicho, no lo sé ni creo que lo sepa nadie más que el jefe. Lo que sí sé es que anda por medio Ratín.

—¿Tal vez asunto de espionaje? —Insistió Talavera.

—El marido de esa mujer es un gerifalte rojo, ¿no?

—Yo le conocí de comisario político durante la guerra.

—Pues no me hagas caso, pero tengo la idea de que lo han colocado en la cuenca minera de Asturias.

Talavera volvió a su casa preocupado. A doña Rosario le dijo que no tenía importancia, pero con Alicia se mostró menos optimista. Al hablar de Ratín su mujer le interrumpió.

—¿No será el novio de Maruja?

—El es muy amigo de Mijares, pero no sabía que fuera el novio de Maruja.

—Pues creo que se casan a finales de noviembre.

—Después de tanto elegir al final se ha quedado con lo peor.

—No digas. Es muy simpático y muy inteligente.

—Por lo que veo le conoces muy bien... —fluctuó en los labios de Talavera el sarcasmo.

—Muy bien es un decir tuyo. Le conozco simplemente... Me parece que he hablado dos o tres veces con él. Por cierto, unos días antes de marcharnos me dijo que cualquier día me daría una sorpresa.

—A lo mejor es que piensa librarte de mí.



—¿Por qué dices eso?

—Porque no se cansa de repetir que tiene ganas de meterme mano... aunque como no sea en la bragueta.

—Mira que eres sucio, hijo. No se puede hablar contigo sin que digas alguna grosería... —Talavera se levantó y dio algunos paseos con el gesto ensombrecido—. ¿Qué te parece si fuera yo a verle?

—Tú verás... —se frotó violentamente la nariz—. Preferiría que no te mezclases en estas cosas.

—Marta también es amiga mía.

—Haz lo que quieras... Yo voy a llevar a casa a doña Rosario y a Conchi. Quizá vuelva tarde...

La mañana del día siguiente Alicia la dedicó al visiteo. No vio a su marido en todo el día, pero por la noche le acogió muy contenta y parlanchina.

—¿Qué tal el coronel Cascarrabias?

—A él no le vi porque está en el Escorial con su hija Andrea. Pero estuve con doña Cátula, que ha estado muy malita del hígado, y hablé con Maruja y su novio... Pablo me trató con mucha amabilidad y me dijo que no me preocupase por Marta, que no le pasará nada.

—A pesar de su amabilidad, no me fío ni un pelo.

—No sé por qué. A mí me parece sincero... Me ha dicho que él también aprecia a Marta y que la han detenido por su bien, porque su marido es un criminal muy peligroso. Por cierto, cuando yo le dije que la opinión que Marta tenía de su marido no era ésa, me respondió: Pregúntaselo a Talavera, al que no hace mucho intentó matar... —le miró fijamente a las pupilas con calor y emoción—. ¿Es verdad?

—No es verdad... Por lo menos no es verdad que fuera Rodrigo.

—Pero atentaron contra ti...

—Vamos a dejarlo, porque terminaré por volverme majareta.

—¿Ves como soy la última en enterarme de lo que te pasa...?

Talavera se levantó para atender al teléfono y cuando regresó se las arregló para cambiar de conversación.

Alicia no quiso hablar con su marido ni con su madre de los secreteos que había tenido con Maruja Mijares, pero ya estaba casi segura de que la sorpresa prometida por Pablo Ratín antes de las vacaciones se refería a su hermano.

Cuando años atrás les comunicaron la desaparición de Juan Antonio, doña Genoveva quedó como aielada. Durante unos meses estuvo sumida en una especie de marasmo cerebral que tanto a su hija como a su yerno les hizo temer que no volviera a recuperar la lucidez. Lentamente, sin embargo, fue restableciéndose. Pero la razón total pareció recuperarla el día que tuvo conciencia de que su hija iba de riguroso luto. Y cuando le dijo que era por su hermano, doña Genoveva la obligó a quitárselo, porque «estaba segura de que Juan Antonio no había muerto».

Alicia no dio gran importancia a las palabras de su madre, tanto más por las extrañas alucinaciones religiosas que aducía. Últimamente se había hecho tan crudamente realista y escéptica en cuestiones de fe que desconfiaba de todo lo que no encajase en su razonamiento. Pero cuando comentó con Rómulo la reacción de su madre, éste le dijo:

—Yo también estoy seguro que tu hermano no ha muerto. Me parece que te lo dije cuando te pusiste de luto.

—A ver si va a resultar que tú, que no crees en nada que sobresalga de tus narices, también vas a creer en supersticiones y sueños.

—Pues sí. Ya sabes que mi abuela gitana era algo meiga y me pronosticó algunas cosas que se han cumplido al pie de la letra. Además, yo creo que los sueños son tan míos como lo que pienso o lo que siento. En cuanto a los sueños de tu madre, no sé... Puede que sea un presentimiento. Ya sabes lo que te dijo Claudia...

—Lo que me dijo Claudia fue una mentira piadosa.

—Yo estoy convencido que te dijo menos de lo que sabía.

Alicia hizo caso omiso de las palabras de su marido. Se trataba de suposiciones tan vagas y sin fundamento como los sueños de su madre. Pero cuando el día anterior Maruja Mijares le pidió una fotografía de toda la familia, volvió a recordar lo sucedido con su madre y las suposiciones de su marido.

—¿Para qué quieres la foto? —se mostró recelosa.

—No seas curiosona. Te prometo que no es para nada malo —sonrió enigmática la muchacha.

—Ya me lo figuro, aunque es un capricho bastante raro.

—No es un capricho. Ya lo verás... De buena gana te lo diría, pero he prometido guardar el secreto.

—¿Tiene algo que ver con Juan Antonio?

—Hija, que cansina te pones. Tú dame la foto, que verás como no te pesa.

Alicia llevaba en el bolso unas cuantas de las que se habían hecho en el veraneo y se las ofreció para que escogiera una. Maruja las estuvo viendo con minuciosidad, hizo algunos comentarios jocosos sobre el «impudor» de Talavera y eligió la que mejor se veía a doña Genoveva. Alicia quiso saber más, pero fue inútil. Contagiada del lenguaje sibilino de su novio, le pronosticó que pronto recibiría una sorpresa si la prometía no decir nada a Talavera.

—Con tanto misterio me estás poniendo carne de gallina. ¿Por qué no se lo voy a decir a mi marido?

—Es que Pablo no comulga con Rómulo, sabes. Te lo digo porque sé que a ti te da lo mismo.

—Aunque me dé lo mismo, no comprendo la razón de esa antipatía, porque me parece que se conocen muy poco.

—Pablo conoce a todo el mundo y sabe del pie que cojea cada uno. Es un lince... —puso los ojos en blanco y se mordió los labios—. Papá dice que llegará muy lejos.

—Por lo que veo estás muy enamorada.

—No es que esté muy enamorada. Ya ves que es un retaquito... Juan Antonio me gustaba mucho más. Tiene más aquél y es mucho más guapo, pero Pablo posee muy buenas cualidades y es un caballero.

—Yo creía que te casabas por amor —ironizó Alicia sus palabras.

—Eso ya no se estila, rica. La gente con pesquis dice que casarse por amor es un fracaso. Ya ves, menuda la hago si llego a casarme con Juan Antonio.

—Mi pobre hermano tuvo pocas oportunidades.

—No digas... Es que es un mariposón y le tiran mucho las cosas feas y libertinas. Mira, más que le quiero yo no le quiere nadie, pero comprendo que para marido no sirve. Con él no se puede tener una posición.

—Tu sabes algo de mi hermano... —la voz de Alicia enronqueció de congoja.

—No sé nada, de verdad, no sé nada...

—No te creo. Me estás engañando.

—Lo único que puedo decirte... No, no puedo decirte nada... —empezó a hacer pucheros—. Pablo no me lo perdonaría.

—¿Pero vive? Dime que vive y me marcharé feliz.

—No puedo. De verdad, no me atosigues...

Todo estaba peor, mucho peor que cuando se fue. El relajamiento que había impuesto a sus empresas y los cambios efectuados para capear el temporal, no mejoraron su situación... El diagnóstico de Matilla era asaz pesimista: te van a estrangular. Pacheco de Almeida no lo consideraba tan grave, pero a condición de que Talavera se pusiera al paio.

—¿Por qué no te retiras de la escena una temporada? —le dijo a la vista de las dificultades acumuladas.

—Porque me gusta ser protagonista. No valgo para verlas venir... Me parió mi madre con ganas de pelea y no quiero darles a mis enemigos una victoria fácil.

—El caso es que tus enemigos son cada vez más. Te salen como los hongos en primavera... ¿Qué te ha pasado hoy con ese personaje en el que tanto confiabas?

—Que me ha dado con la puerta en las narices... —mordió el cigarro puro y escupió la punta con rabia.

De momento no aceptó el plan de Pacheco de Almeida, que era renunciar a la dirección de la empresa de construcciones, su más fuerte reducto económico y también el más vulnerable por el volumen de sus negocios y la política de créditos.

Por experiencia sabía que los hombres de paja se adaptan fácilmente a la personalidad del que los manda, pero no siempre son consecuentes en la lealtad. El ejemplo más reciente lo tenía en don Alberto, el director gerente de «Importaciones-Exportaciones, S.A.». Durante los años boyantes había sido un perfecto receptor que repetía sus palabras en un lenguaje suave, delicado y políglota, pues muchas veces las traducía en cuatro idiomas. Pero cuando llegó la crisis, en su babel mental se produjo la confusión y habló más de la cuenta. A consecuencia de ello le procesaron y le metieron en la cárcel. Para sacarle bajo fianza tuvo que gastarse un dineral. Pero ya en libertad y con muchas posibilidades de empolvar el expediente, le dio por sacar las cosas de quicio y hacerse una aureola de víctima. Cansado Talavera de oír los chismorreos de su antiguo socio, un día le agarró del pescuezo y le dijo que le iba a estrangular. Don Alberto le pidió perdón y le prometió no reincidir en sus intrigas de chantajista. Pero a su regreso del veraneo se encontró con una situación tan enredada que, incluso, podía determinar su procesamiento.

Le tenía citado a las once, pero no llegó hasta la una. Talavera mordía el tercer puro con rabia. Sin embargo, al percibir la onda de lavanda y ver los dientes simétricos de don Alberto, pareció fluidificarse y hasta le correspondió con una sonrisa socarrona. El atildado hombrecillo se excusó ampliamente de su tardanza.

—Es lo mismo... —le cortó Talavera sin poder reprimir la impaciencia—. Me ha jodido usted la mañana, pero ya no tiene remedio. Siéntese, por favor...

Quiero ver si nos ponemos de acuerdo por última vez y salimos de este marasmo.

—Ya sabe que estoy siempre a su disposición —se ajustó don Alberto las gafas de patillas de oro sin dejar de mostrar su dentadura.

—Yo le rogaría que fuéramos sinceros y tratásemos el asunto con la mayor claridad. Si me dijese lo que pretende podríamos ir al grano y evitar divagaciones.

—Yo no pretendo nada que sea ilícito. Créame que no quiero perjudicarlo... La ley, por encima de todo la ley y mi conciencia.

—Ya que es usted tan escrupuloso, ¿por qué no se confiesa con el cura en vez de ir por ahí contando chismes para fastidiarme?

—Honradamente, debe reconocer que no se ha portado bien conmigo.

—¿Va a decirme ahora que no he cumplido todo lo que habíamos convenido?

—Bueno, no se trata de lo convenido, aunque en este sentido también debo decirle que usted se ha reservado la parte del león.

—Me he reservado la parte que me correspondía.

—Sí, sí, naturalmente, pero no ateniéndose a la ley.

—¿No le parece absurdo hablar de leyes cuando le puse a usted al frente de la empresa por su habilidad para conculcarlas?

—Por supuesto, por supuesto, pero ahora se trata de mis intereses... y hasta de mi honor, porque reconocerá usted que mi honor también está en juego.

—Bien... —arrastró Talavera las palabras—. Mi único deseo es llegar a un acuerdo y acabar con las chinchorrerías. Con tiramos piedras el uno al otro no vamos a ganar ninguno.

—Ajajá... Me parece muy bien. Eso es precisamente lo que yo quiero...

Cuando se produjo la quiebra de la empresa, Talavera y don Alberto convinieron en que este último cargaría con las responsabilidades formales y

jurídicas y el primero con todos los gastos y responsabilidades pecuniarias, más una respetable indemnización que recibiría el segundo al final del proceso. Pero don Alberto poseía una rara facilidad para devorar dinero. En el tiempo que llevaba en libertad bajo fianza no sólo había seguido recibiendo el sueldo que disfrutaba como director gerente, sino que también se había comido la indemnización convenida para el final. Un día le pedía un anticipo para montar un negocio; otro era para salir de un apuro familiar o pagar deudas del juego. Talavera sabía que todo lo que cogía lo enterraba en su misteriosa cloaca de vicios y refinamientos. Pero como le interesaba mucho tenerlo contento, pasaba por alto los subterfugios y triquiñuelas. No obstante, el día antes de marcharse de veraneo se negó a darle una importante cantidad de dinero, por lo cual don Alberto se vengó en su ausencia.

—Bueno, dígame lo que quiere y acabemos de una vez.

—¿Le parece bien tres milloncejos? —sonrió melifluo don Alberto.

—¿Incluyendo el millón y pico que lleva gastado?

—No, no, eso lo dejamos a fondo perdido...

El puño de Talavera hizo crujir el macizo nogal de la mesa y su blasfemia levantó a don Alberto de la silla.

—Usted es un imbécil, un cretino. Por ese dinero compro a todos los jueces habidos y por haber...

Cuando se quiso dar cuenta, el hombrecillo había desaparecido. Luego se lamentó de todo lo que había dicho, pues a don Alberto le faltó tiempo para ir a descargarse de insultos ante el juez que instruía el sumario.

Alicia y su marido raramente hablaban de cuestiones económicas y administrativas. Desde que se casaron había traspasado la administración doméstica a su madre, la cual se entendía a las mil maravillas con Rómulo. En cuanto al convenio entre la cerámica y la empresa de construcciones, nunca lo habían tratado directamente entre ellos.

A la muerte de doña Ana, ocurrida hacía unos meses, Alicia se convirtió en la propietaria de la fábrica con la obligación testamentaria de indemnizar a los

familiares de su segundo marido. Unidas estas cargas a las deudas contraídas para la reconstrucción de la fábrica, sumaban una cantidad muy respetable. Alicia había cumplido con regularidad todas sus obligaciones y según sus cálculos en dos años más terminaría por independizarse.

Unos meses atrás, Talavera le entregó la documentación de un depósito de dólares que había hecho en un banco suizo. El depósito figuraba a su nombre, pero ella solamente podía disponer del dinero en determinadas circunstancias, condicionadas a la desaparición o interdicción civil de su marido, con la particularidad de que no podría extraer nada más que lo necesario para gastos de alimentación y educación de sus hijos, hasta la mayoría de edad de Gabrielín en que podrían disponer del total siempre que ambos estuvieran de acuerdo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Alicia extrañada.

—Quiero prevenir lo imprevisible.

—¿No será porque te sobra dinero?

—Tal vez... —se encogió Rómulo de hombros. Pero cualquiera que sea tu opinión, te aconsejo que guardes los documentos en lugar seguro y no se lo digas a nadie... Puede que sea una rareza mía o un exceso de previsión, pero si me pasa algo a mí no quiero que vosotros os quedéis al sereno.

—¿Y qué te puede pasar? —en sus pupilas se produjo la alarma.

—Quién sabe... En los tiempos que corremos nadie está seguro. Por otra parte, nuestra pobre peseta cada vez se encuentra más enferma.

—Es verdad. Cada día vale menos. Yo no sé adónde vamos a llegar como no paren las máquinas de hacer billetes.

—Lo terrible es que si las parasen sería peor todavía...

Alicia guardó el documento sin darle mayor importancia. Aunque amaba apasionadamente el dinero y en la fábrica afinaba todo lo que podía, por un raro complejo psicológico nunca había considerado el dinero de su marido como propio.



La noticia del cese de Rómulo como director general de la empresa de construcciones le llegó de una manera solapada, y cuando se lo preguntó a él su respuesta fue ambigua y desgana. Estaba jugando con el pequeño Romulín y siguió jugando sin mirarla. Convencida de que no le sacaría más, habló con Pacheco de Almeida y éste le dijo que se trataba de un cambio de táctica para evitar la obstrucción sistemática que se le hacía a su marido en algunos organismos.

—¿Y conseguirá algo de esa manera? —inquirió con ansiedad.

—Tu marido tiene mucha confianza en mi talento diplomático.

—De todas las maneras, no comprendo por qué le hacen ahora esa obstrucción —se le quedó mirando sin atreverse a manifestar las dudas que sentía.

—La cosa es muy sencilla. Rómulo es un lince para los negocios, pero en política no pasa de incauto... En el fondo es un sentimental con añoranzas republicanas.

—Supongo que a mi marido le interesa tanto la República como el infierno.

—No lo creas, preciosa. Talavera oculta mucho sus sentimientos, pero más o menos tarde se le ve el plumero... A todos los jefecillos que salían de las prisiones les ha ido buscando un enchufito en sus empresas, y así ha ocurrido lo que ayer me decía un alto personaje, que «Nuevas Construcciones, S.A.» es un nido de rojos.

—Me parece que los rojos tienen el mismo derecho a trabajar que los demás, ¿no? —dijo Alicia molesta por el tono burlón de aquel hombre al que había conocido navegando con todos los regímenes políticos con la misma manga ancha.

—Por supuesto. Nadie les niega ese derecho y menos que nadie, yo. Pero con cierto tacto. Especialmente en los cargos directivos hay que evitarlo... No se puede desafiar a los que mandan. Tú crees que un Matilla, con lo conocido que es, puede ocupar uno de los cargos más importantes de la empresa... Y así en

todo lo demás... Ya sabes cual es mi lema: una de cal, otra de arena, y hoy por ti y mañana por mí, pero sin dar la cara... a la chita callando es mejor.

Unos días después de la conversación con Pacheco de Almeida, fue su madre quien le hizo sentirse alarmada. Al parecer, Rómulo se estaba rezagando en el pago de las cuentas más importantes y doña Genoveva sospechaba que tenía dificultades. Alicia sugirió la posibilidad de que se hubiera olvidado, pero doña Genoveva rechazó la idea de su hija... «Para mí es que anda mal de dinero, porque a los que han hecho los arreglos de la casa, tampoco les ha pagado», dijo la anciana.

Aquella noche se quedó en vela. Pasada la una oyó el claxon del coche de su marido llamando al jardinero para que le abriese la cancela. Conociendo su costumbre de entrar en la habitación de los niños antes de acostarse, le esperó allí. Gabrielín y Genoveva dormían profundamente, pero el pequeño Rómulo jugaba espabilado en el regazo de su madre.

La noche otoñal era tibia, más bien calurosa. El balcón estaba abierto de par en par y la luz de la luna lo clareaba todo. Le sintió acercarse por sus pisadas en el crujiente entarimado y le oyó abrir sigilosamente la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te has acostado?

—Me ha despertado el niño. Debe dolerle la tripita...

Talavera se lo quitó de los brazos y empezó a hacerle momos. Estaba borracho. Lo vio en las ranuras chispeantes de sus ojos y lo olfateó en el aliento cuando cogió al niño y le rozó la cara.

—Vete a dormir si quieres. Yo no tengo sueño.

—Ni yo tampoco.

—Es extraño porque duermes más que las marmotas. Todas las noches, cuando me asomo a tu habitación, te veo «sobando».

—Naturalmente, me acuesto para dormir... —se asomó al balcón. En el parque los gatos maullaban rabiosos.

—Vaya una zarabanda que se traen... —hizo Talavera un guiño picaresco.

—Hijo, qué imaginación.

—A ver si crees que están jugando a las tabas.

—Estarán jugando a lo que quieran... Anda, dame al niño, que lo voy a meter en la cama...

Contra todo lo previsto, le entregó al niño sin rechistar, besó a los otros dos que dormían y se dirigió a su habitación. Cuando después de dormir al pequeño entró en el dormitorio de su marido, éste siguió respirando fuerte sin darse por enterado. Durante un momento le estuvo observando con emoción contenida... Dormía de costado, con los puños pegados a la barbilla y una pierna colgando fuera de la cama. Con mucho cuidado le echó la sábana por encima y salió de la habitación. Después volvió a la suya y se acostó. Los rabiosos maullidos de los gatos se prolongaron hasta el alba.

Por la mañana se levantó más tarde que de costumbre. Cuando entró en el comedor su marido estaba terminando de desayunar.

—Buenos días.

—Hola. Creí que ya te habías marchado —la contempló Talavera.

—Esta noche he dormido muy mal.

—¿Te pasa algo?

—A mí no... Quería decirte que tengo en la cuenta corriente más de treinta mil duros.

—¿A qué viene eso?

—Te lo digo por si los necesitas.

—Esa cantidad no me saca de apuros... —habló masticando—. Necesito mucho más.

—Puedes vender mis joyas, los abrigos de pieles... todo... —le estallaron las lágrimas.

—Vaya, mujer... —se bebió de un trago el café que quedaba en la taza para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. Todavía no estoy tan ahogado, pero te lo agradezco como si estuviera en las últimas... Hay algunas dificultades. Me dan palos por todas partes, pero tengo buenas espaldas... ¿No desayunas?

—No tengo ganas de tomar nada. Me voy enseguida a la fábrica.

—Bah... —le pasó la mano por la cara y la estrechó con fuerza entre los brazos—. Me has puesto la nuez al revés... Hale, vámonos...

La carta llegó en el correo de la fábrica y la leyó sin aliento, poseída de una emoción que la hizo toser, reír y llorar al mismo tiempo. De momento se quedó desconcertada sin poder identificar a la persona que la escribía... «Supongo que tu hermano os habrá contado muchas cosas de mí. Hemos pasado juntos algunos ratos agradables. Incluso al final él pareció un poco afectado de lirismo sentimental. Le conocí por el asombroso parecido que tiene contigo. Es tal y como me lo describías, muy guapo, muy cariñoso, pero errátil, voluble y con las raíces a flor de piel. Su debilidad de carácter y su imaginación desbordada neutralizan todo lo bueno que podía esperarse de él. Un amigo mío que Rómulo conoce bastante, dice que es un «saltimbanqui poético». A pesar de todo, yo me encariñé mucho con él. Y ahora te diré una cosa para nosotras dos solitas. Conocí al marido de Marta y hablé con él en compañía de tu hermano. Es un hombre que intelectualmente vale mucho, pero tiene el corazón vacío para su mujer. Me gustaría saber algo de nuestro amigo Octavio. Por aquí corren rumores de que ha sido desterrado. No me extrañaría nada, aunque me resisto a creerlo...» Se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho. Luego volvió a coger la carta para ver dónde estaba fechada, pero no tenía ninguna referencia. El matasellos, sin embargo, era de Málaga.

Poseída de un nerviosismo irascible, a media mañana pidió un taxi y se dirigió al domicilio de la familia de Hortensia. En la casa se encontró al abuelo ciego y a una de las hermanas. La recibieron muy bien, pero los informes que tenían de Hortensia eran muy vagos. Suponían que había entrado clandestinamente,

pero no sabían dónde se encontraba. Alicia les contó lo que Hortensia le decía en relación con su hermano.

— Sí, a nosotros también nos dijo algo de eso... —parpadeó aturdida Liana—. Su hermano es comunista, ¿no?

—Antes no lo era. Salió de España con la División Azul.

—¿Se llama Juan Antonio?

—Sí.

—Es el mismo —dijo el abuelo.

—Voy a ver si encuentro la carta —se levantó la muchachita y pasó a otra habitación.

—Seguramente la habrán roto, porque como nos registran la casa cada dos por tres mi nieto no quiere que haya papeles...

Liana regresó con las manos vacías y Alicia se despidió con la misma impaciencia con que había llegado. No obstante, les dejó una tarjeta con el número del teléfono por si se enteraban de algo con respecto a su hermano.

Talavera estaba revisando su presupuesto de despilfarros. A Pacheco de Almeida le había dado plenos poderes para sanear política y administrativamente la empresa constructora. El primero en salir de ella fue el ex coronel Matilla y media docena más de jefes del ejército republicano, seguidos de otras personas más o menos conocidas por su significación política o sindical. Por su parte, también empezó a aligerarse de compromisos sentimentales. En tomo suyo pululaban unas cuantas mujeres, algunas de las cuales habían sido capricho de un día. Una tras otra las fue desglosando de su presupuesto de gastos, hasta llegar a Lina Alba. La vedette no se hallaba en su mejor momento. El abuso de los raspados y el zumo de limón para mantener la línea habían quebrantado su salud. Talavera vaciló mucho antes de abordar aquel capítulo. La asiduidad había creado entre ellos vínculos muy fuertes.

La primera vez que le insinuó que en lo sucesivo no podría costear sus gastos, Lina reaccionó con un desplante.

—Cuando quieras puedes marcharle. Ya sabes que hay cola esperando.

—Me alegro —se envolvió Talavera en el humo del habano.

—¿Es que tienes a la vista alguna ganga de pasodoble?

—Es mucho peor... —se levantó desganado—. Empiezo a sentirme viejo y fracasado.

—No me hagas reír, que se me afloja la liga.

—Es completamente cierto. Además, mi situación financiera es detestable. Todos los negocios me salen mal.

—No me hables de dinero, porque nos enfadamos de verdad... ¿Te he pedido yo alguna vez algo?

—No, es verdad que no me lo has pedido, pero lo necesitas... —Talavera hizo un repaso mental de lo que le había costado Lina en la última temporada. Ella no lo sabía, pero para que el empresario no la retirase del cartel había tenido que sufragar muchos gastos.

—Lo que pasa es que te has cansado de mí.

—Y de mí... Estoy cansado de los dos.

—Pues, chico, vete a freír espárragos. No creas que me voy a morir de pena ni me va a dar un soponcio...

Lina conservó su papel orgulloso y altanero hasta que Talavera se despidió. Pero apenas traspuso éste la puerta rugió como una pantera, se mordió las manos y desgarró las livianas prendas que llevaba encima.

No era la primera vez que Talavera la dejaba y volvía. Sus peleas eran frecuentes... Después del berrinche se puso a cantar, marcó desnuda ante el espejo unos pasos del número que estaba ensayando y se echó a reír gozosa, convencida y segura de que no podría pasarse sin ella.

Al llegar a la oficina Talavera se encontró a su mujer sentada en su alto sillón de cuero repujado. Sin cambiar apenas palabras Alicia le entregó la carta de Hortensia. Talavera la leyó con la misma avidez.

—Yo esperaba algo peor que eso —dijo al terminar la lectura.

—¿Peor...? —le contempló desolada. La lectura de la carta le llenó la frente de arrugas y le agarrotó los músculos faciales—. Empiezo a creer que tenías razón cuando me dijiste que Pablo Ratín le estaba explotando. Ahora me explico lo de la sorpresa y la foto... Voy a llamar inmediatamente a Maruja.

—No llamarás a nadie ni harás nada —le quitó su marido el teléfono de la mano—. Si lo que dice Hortensia en la carta es verdad, y yo no lo dudo, tu hermano aparecerá de un momento a otro.

—Pero yo no puedo esperar así. Reconócelo... Tengo que hacer algo...

—De todas las formas, Maruja no te va a decir nada y Ratín menos. Querrá saber cómo te has enterado y empezará a husmear sobre Hortensia... Todo esto es muy complicado. No podemos hacer nada antes de que aparezca tu hermano y sepamos a qué atenemos...

Le costó trabajo convencerla, porque Alicia confiaba en la caballerosidad de Pablo Ratín.

—Son las dos y media y tengo un hambre de lobo... ¿Qué te parece si fuéramos a comer a un restaurante?

—A mí me estarán esperando en casa.

—Llama por teléfono y vamos a cualquier parte.

—¿Por qué no podemos ir a casa?

—Es que a las cuatro tengo citado aquí a Vázquez Ortigueira.

—¿Hay alguna novedad?

—Pchis... —hizo un gesto ambiguo—. Las cosas cada vez se ponen peor. Voy a tener que cortar por lo sano... Anda, llama a casa...

Talavera la llevó a comer a un bodegón muy concurrido por los turistas. Durante la comida la puso en antecedentes de su verdadera situación y de las probabilidades que tenía de ser detenido. Vázquez Ortigueira estaba librando

una verdadera batalla con su enorme prestigio de abogado y ex ministro, pero no le había dado ninguna garantía de sacarle indemne.

En el transcurso de la conversación salió a relucir otra vez la carta de Hortensia y lo que ésta decía de Marta y su marido.

—Fíjate, la pobre, después de esperar tantos años...

—La política hace muchas víctimas. Por eso a mí cada vez me parece más repugnante... Lo peor es que ella, sin comerlo ni beber lo, también va a salir pringada por las tonterías de su marido.

—Pablo me prometió la última vez que hablé con él que no le pasaría nada.

—Por Ratín nunca sabrás la verdad. Todavía no te has convencido de que su amabilidad contigo no es desinteresada. Creo que lo que intenta es ponerte enfrente de mí... Escucha, no te excites. Ratín opina que nosotros no nos llevamos bien y sabe que una mujer despechada o celosa es una confidente de primer orden... A mí no hay quien me quite de la cabeza que está buscando tu colaboración para hundirme.

—¿Tú lo crees...? —le contempló perpleja—. En qué cabeza cabe. Por mucho que te odiase, no podría perjudicarte sin que yo sufriese las consecuencias y las salpicaduras alcanzasen a nuestros hijos. Si lo ha pensado de verdad, se va a llevar un chasco... —sus pupilas de un verdor profundo se le quedaron adheridas—. ¿De dónde ha sacado ese hombre que yo te odio?

—Quizá de las habladurías de los Mijares y hasta las de tu hermano, porque ahora tengo la seguridad de que sabe más de lo que nos imaginamos...

Siguieron hablando en un tono de franca confianza hasta las cuatro menos cinco en que Talavera llamó al camarero y pagó la cuenta. Luego, ya en la calle, le dijo:

—Estoy pensando que te vas a venir conmigo a la reunión con Vázquez Ortigueira. Desde hace días me viene dando vueltas en la cabeza una idea que quiero consultarle... Se trata de ponerlo todo a tu nombre para yo poder luchar con más libertad. ¿Qué te parece?



—No sé... —se agarró a su brazo para cruzar la Gran Vía—. Por mí puedes hacer lo que quieras... Con tal de que no se salgan con la suya de vemos arruinados, estoy dispuesta a cualquier cosa...

Después de aquella reunión la vida de Alicia sufrió una brusca mutación. Por obra y gracia de los chanchullos jurídicos, de la noche a la mañana la cerámica se había convertido en acreedora de «Nuevas Construcciones, S.A.» y su propietaria en la principal accionista. El efecto de la resolución de su marido, de acuerdo con el sinuoso plan de Vázquez Ortigueira, despertó en ella las ambiciones soterradas. En pocos días las personas más allegadas observaron sutiles cambios en su carácter.

Doña Genoveva, que había visto con cierto agrado las limitaciones que la desgracia imponía al carácter dominante de su hija, se sentía profundamente preocupada. La única garantía era que Alicia parecía completamente identificada con su marido. Con todo, un día le dijo a su yerno:

—¿No te parece que la estás dando demasiados fueros?

—Es necesario, abuela... —pasó Talavera el brazo por los menudos hombros de doña Genoveva.

—Te advierto que Alicia es muy ambiciosa. Si tú le das manga ancha, rebasará todas las medidas.

—Bueno, tendremos que aguantar sus ventoleras de ordeno y mando... —se echó a reír.

El problema para Alicia era mucho más complejo. Cuando conoció la situación real de su marido, sintió miedo. Talavera había levantado un rascacielos sin cimientos y al faltarle la base de los créditos se tambaleaba. Según su propia confesión, llevaba una temporada haciendo de equilibrista. Todo el dinero que cogía resultaba insuficiente para tapar los boquetes. Pero lo peor de todo era aquel maldito proceso y los embrollos de su antiguo socio.

Aconsejado por su abogado y guiado por su certero instinto de luchador nato, Talavera fue poniendo inostensiblemente los bienes más saneados a nombre de su mujer. Para ello se valió de sus mejores mañas, cambiando fechas,

modificando situaciones y adulterando todo lo que podía ser adulterado sin perder las apariencias de legalidad. Y así ocurrió que cuando el juzgado dictó auto de detención contra él y la justicia se dispuso a embargar sus bienes, Rómulo Talavera pudo darse la satisfacción de ofrecer a los que se frotaban las manos más deudas e hipotecas que dinero activo.

A raíz de la detención de Talavera, por Madrid corrieron rumores de que Alicia se había separado de su fracasado marido. El hecho en sí parecía verosímil, pues su mujer no fue ni una sola vez a verle en el mes y pico que estuvo en prisión. Incluso la cuantiosa fianza para salir en libertad no fue depositada por ella, sino por Luisa la Emperadora, que a la sazón dirigía una red de lujosos establecimientos nocturnos.

Uno de los primeros en felicitar a Alicia por su noble y heroica resolución, fue Pablo Ratín.

—Era un deber —dijo ella con estudiado patetismo—. Habíamos llegado a una situación intolerable.

—De todas las maneras, espero que no sea un deber penoso.

—La única pena es el escándalo. Yo no sé por qué se ha dado tanta importancia a una cosa tan corriente en nuestros días.

—Talavera había llegado demasiado alto con recursos demasiado bajos.

—Y la envidia no se lo perdona, ¿verdad...? —por el gesto que vio en Ratín se dio cuenta que había perdido el disimulo, y añadió: —No es que quiera justificar a Rómulo, pero me parece poco cristiano que se ensañen con él cuando son tantos los que practican el mismo sistema.

—El abuso siempre trae estas cosas.

—Lo malo es que no sea para todos los que abusan... Por cierto, todavía no me ha dicho usted nada de Marta.

—Yo creí que solamente era amiga de su marido —sonrió malicioso.

—Es una buena persona.

—Pero es comunista.

—¿Tanta importancia tiene el ser una cosa u otra?

—Depende de la sociedad a que uno pertenezca y del lugar que uno ocupe en esa sociedad.

—Casi tiene usted las mismas ideas que Rómulo.

—¿No me estará ofendiendo? —se echó a reír Ratín.

—Reconozca que el bien en sí le preocupa muy poco.

—El bien es lo nuestro.

—La ley del embudo, vaya.

—La ley del más fuerte. Créame, no existe otra ley. Lo demás son paparruchas de moralistas...

La conversación a veces parecía un florilegio galante o un duelo irónico, pero sin perder el tono amable. La fina diplomacia de los Sandoval se manifestaba en Alicia con una riqueza de matices que desconcertaba a maestros de la astucia y el disimulo como Ratín.

Siguieron hablando de generalidades sin descubrirse ninguno de los dos. Al despedirse, Ratín la invitó a cenar una noche con él.

—De momento no me parece prudente —dijo Alicia a sus palabras un aire insinuante—. Hay que dar tiempo a que se aplaquen las murmuraciones. No me gusta que la gente se fije en mí.

—Eso es imposible. Es usted demasiado interesante para pasar desapercibida —los ojos redondos de Ratín brillaban húmedos y pegajosos.

—Se lo diré a Maruja —le amenazó ella sonriente.

—Por Dios, no se le vaya a ocurrir... —besó la mano que Alicia le tendía—. Naturalmente, espero que vaya usted a nuestra boda.

—Por supuesto, no faltaba más...

Alicia y Rómulo se veían con mucha frecuencia en la clínica que Eduardo tenía en el Paseo de Extremadura. Este les había cedido una habitación muy alegre con vistas a la Casa de Campo. Las horas que estaban juntos se pasaban rápidamente hablando de la marcha de los negocios y comentando las puerilidades de los pequeños. Talavera orientaba a su mujer y en muchos casos la sacaba de apuros facilitándole el dinero que necesitaba. Pero con frecuencia también surgían conflictos y problemas de otra naturaleza... Alicia se mostraba cada día más exigente y deseosa de su compañía. Sin poderlo remediar, algunas veces le estallaban los celos.

—¿Quién es esa Luisa la Emperaora?

—Ya te he dicho que es una antigua amiga que conocí siendo legionario en Marruecos.

—¿Pero es amiga solamente?

—¿Qué otra cosa quieres que sea...? Para mi gusto ya es un poquitín vieja. Debe tener más de cuarenta años bien trabajados. Y un poquitín gorda. Casi como una vaca... Y bastante más fea que tú.

—No creas que me convences tan fácilmente... ¿Por qué fue ella la que depositó los dos millones de pesetas de tu fianza?

—Me parece que habíamos convenido que no serías tú...

—Pero ni siquiera me hablaste de ello. Además, Conchi me dijo el otro día que la mayoría de las noches no vas a dormir a casa de doña Rosario.

—Ella qué sabe... Naturalmente que algunas noches no voy a dormir, pero no es por lo que tú te imaginas... Entre Luisa y yo no hay más que amistad y negocios. Yo le ayudé a ella cuando tenía necesidad y ella me ayuda ahora a mí.

—Te advierto que como yo me entere... No sé si sabrás que yo también tengo pretendientes y enamorados... Pablo, sin ir más lejos, no hace más que perseguirme.

—¿Y tú te dejas perseguir?

—Yo le sigo la corriente como tú me has dicho.

—Seguirle la corriente es dominarle siempre y mantenerle a una distancia respetuosa... Que no se propase, que no se tome demasiada confianza, que no penetre en tu vida ni descubra tus intenciones. Jugar a la trapisonda como juega él... ¿Te ha dicho algo de tu hermano?

—Ni una palabra. Por más que le asedio a preguntas, no suelta prenda.

—Ahí tienes en lo que consiste su amor.

—¿Sabes que a veces me parece que sospecha que tú y yo estamos de acuerdo?

—No me extrañaría nada, porque no es sólo él quien lo sospecha. Lo que hace falta es no dar pie para que nos lo demuestren... Yo me voy a marchar unos días fuera. Tal vez quince o más... depende. Pero no debes preocuparte... Me han ofrecido en Tánger un negocio que puede dar perras.

—¿No será contrabando? —le miró ella alarmada.

—No, no quiero líos con la justicia ni me conviene ahora —dijo sin ninguna convicción.

—¿Sabes que estoy otra vez embarazada?

—Es un contratiempo... —la miró intensamente a las pupilas.

—No quería decírtelo por no darte un disgusto.

—Bueno, no lo queríamos ninguno de los dos, pero qué le vamos a hacer... — juntó su cara a la de ella y la besó en el cuello y en los pechos—. Espero que antes de que venga el rapaz habremos puesto fin a la comedia.

—Pero si me dejas ahora, no sé qué va a ser de mí... —se echó a llorar.

—No te dejes, querida. Voy a buscar el dinero que necesitamos...

—La besó repetidamente en el vientre y en los senos—. Ya verás, dentro de poco podremos reírnos de todo el mundo... Por cierto, anteayer me dijo

Vázquez Ortigueira que te estás revelando como un ave de rapiña, con un sentido perfecto de la propiedad.

—Defiendo lo nuestro con uñas y dientes. ¿Es eso parecerse a un ave de rapiña?

—Casi, casi... —se echó a reír Talavera—. Para los moralistas las aves de rapiña son malas y perversas porque se comen a los tiernos corderos y a las inocentes palomas. Pero yo no las considero peores que los propios moralistas. Sin duda responden a su naturaleza y practican su moralidad de aves de rapiña...

Alicia empezó a sentir de nuevo la fuerza de su presencia, aquel olor que la embriagaba y despertaba todos los poros de su sensualidad. Pasivamente le contempló erecto y le recibió con ansiedad. Había tardado en comprender que necesitaba su fuerza y su cariño para seguir luchando.

Castrofuerte era un villorrio arrimado a las ruinas del viejo castillo que daba nombre y fama al lugar. El actual poblacho de labriegos, pastores y carboneros había sido en siglos pasados un enclave estratégico del reino moro de Granada, ganado más tarde por las avanzadillas de Castilla. Durante siglos su mole pétrea fue una continua amenaza para las diferentes banderías políticas y religiosas que se disputaban el predominio peninsular. Al abrigo de sus poderosos baluartes medró la familia de los Guzmán. Ambiciosos y batallones no perdieron la ocasión de incrementar sus feudos y ensanchar sus dominios, guerreando unas veces con los moros, defraudando otras a los cristianos y no pocas engordando a expensas de la Corona o de las familias rivales. El poderío de los Guzmán llegó a tanto, que un rey temeroso abatió las almenas de Castrofuerte y arruinó los castillos y fortalezas de su propiedad que enfeudaban las tierras más ricas de la reconquista y amenazaban el mismo corazón del reino.

Desde entonces la rica villa había ido decayendo hasta convertirse en aquel nido de cazadores furtivos, carboneros y modestísimos labriegos, todos ellos cansados y aburridos, mirando con envidia las feraces tierras y los espesos bosques de la casa ducal de Castillares.

Con la República la inmensa finca fue expropiada por la ley de reforma agraria, parcelando una parte de la misma en provecho de los campesinos más pobres de la comarca. Con esta tímida medida, en Castrofuerte se produjo una efímera oleada de vitalidad que se convirtió en verdadero arrebató tras las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular. El peonaje ácrata creyó que había llegado la hora del colectivismo y, pocos meses antes de comenzar la guerra civil, ocupó masivamente la finca y roturó las tierras. Pero aquello que pareció un sueño se convirtió pronto en pesadilla. Pues apenas sonaron los primeros disparos, don Pantaleón, más conocido por el sobrenombre de tío Pujitos, cerró el puño sobre la heredad de Castellares, que él administraba en nombre de la Duquesa, y los colonos y colectivistas que no se acogieron a la franquía de la sierra, dejaron rastros de sangre en los mismos surcos que habían regado con su sudor.

De esta manera, Castrofuerte había venido a ser el lugarejo semi despoblado y ruinoso que acogió con reserva a Octavio Pacheco de Guzmán. Sin embargo, dio muy poco que hablar. Desdeñó el palacio de la villa por el cortijo de La Loma y durante mucho tiempo sólo se pudo decir de él que leía y escribía con absoluta indiferencia de lo que pasaba en su contorno... Sus libros y las montañas de periódicos y revistas que le llegaban a diario eran sus únicos amigos.

Los tres primeros meses los pasó encerrado en sí mismo. La orden de destierro la transformó en voluntaria prisión. Las autoridades de la localidad y la provincia que fueron a cumplimentarle tuvieron que marcharse sin verle, y lo mismo les ocurrió a los amigos y conocidos políticos de más o menos fuste que se acercaron al cortijo de La Loma.

A juzgar por las cartas de don Pantaleón a la Duquesa, la vida de su hijo no podía ser más monótona y regular. Se acostaba temprano, se levantaba tarde y paseaba poco, sin salir nunca del recinto tapiado del cortijo. En cambio, leía mucho y escribía más. El administrador sospechaba que estaba atacado de hipocondría o sufría de mal de ojo, ya que no hablaba con nadie ni quería saber nada del mundo.

Poco a poco, sin embargo, fue despertando a una sensación de bienestar. El lugar era agreste y sano, los paisajes variados y amenos y el clima seco y templado. Sus nervios se rehicieron sin otra medicina que la despreocupación de los problemas obsesivamente agobiantes y la vida sencilla que hacía.

Naturalmente, no le faltaba de nada. Su madre había dado orden al administrador para que estuviera atento a las necesidades de su hijo, incluso en el aspecto amoroso. Pues aunque Octavio era el elemento «abstracto» de la familia, cuando se le despertaba el celo tenía la sangre rijosa de su linaje. Con estas órdenes, don Pantaleón rodeó a su amo de todo lo que podía hacerle el destierro grato y amable. Para que no le faltase la incitante golosina, puso a su servicio personal dos mozas estallantes de salud y picardía.

—El señorito pué contar con ellas pa too lo que se le antoje. No tié más que desir que le calienten la cama y se la pondrán como una castañita asá —le dijo a los pocos días de su llegada.

De momento Octavio no caló la intención del tío Pujitos, pero cuando empezó a darse cuenta de las miradas sofocantes de Candela y Dolores y las vio zascandilear en torno suyo, haciendo gangas y monerías para llamar su atención, le dijo al administrador que se las quitase de la vista.

—¿Es que las mositas no se portan con desensia? —se irguió el tío Pujitos.

—Puede que sean decentes, yo no digo que no. Pero se portan como si tuvieran ganas de dejar de serlo.

Luego Candela y Dolores se dejaron decir que el señorito Octavio era un avefría y un «mingahelá» que no tenía más que miraditas y suspiros para la señoritinga de la foto colocada en su mesa de trabajo, «una raspa sin na que tocar».

Octavio empezó a mostrar cierto interés por un porquerizo. Mejor dicho, el interés se lo despertaron Basilio, el aperador de La Loma, y el tío Pujitos, un día que hablaban de él como sospechoso de andar en relaciones con los «bandoleros» de la sierra.



—Er comandante der puesto me ha dicho que le vigiles y le ates corto —decía el tío Pujitos al aperador.

—Cuarquiera le ata un gargo a ese niño. Pué sí que er mosito no es astuto y escurrió... Que le vigile er si quiere, que a mí no me dan un gorpe por la esparda por meterme en camisas de onse varas.

—¿Quién es ese individuo? —intervino Octavio en la conversación.

—Naide como quien dise, el último mono de la casa —dijo el aperador.

—Es er que va con la piara de cochinos —añadió el tío Pujitos.

—¿Pero hay algún motivo serio para sospechar de él? —inquirió Octavio.

—Como haber motivo, no lo hay. Er mosito se porta bien y cumple con lo suyo como er mejor. Too son sospechas de los siviles —dijo Basilio.

—Y tien sospechas con fundamento —levantó la voz carrasposa el administrador—. Juaniyo es hijo der Jabato, que dio mucho que hablar por aquí cuando la reforma agraria y la revolusión.

—No creo que eso tenga importancia... ¿qué es del padre?

—Der padre no se ha güerto a saber. Unos disen que murió en la sona roja y otros que fue casao en la sierra como una alimaña.

—¿Y la madre? —volvió a preguntar Octavio.

—La madre también murió —dijo Basilio—. No tié más familia que Perico er carbonero y argo que le toca a mi mujer.

—Ahí te escuese... —chispearon los ojos de don Pantaleón—. Por eso le justificas tanto.

—Yo no le justifico ni tengo por qué. Si hay que despedirle, se le despide y san serenín der monte...

—¿Por qué se le va a despedir si cumple con su deber? —las pupilas de Octavio se clavaron en el administrador.

—Es por er señorito... Er comandante der puesto dise que hoy más que nunca hay que vigilar y tener el ojo bien abierto no sea que a usté le vaya a ocurrir algo...

—Bah, tonterías. Ya le he dicho al jefe del puesto que por mí no tiene que tomar ninguna medida especial, y a ustedes les digo lo mismo.

Fue a partir de entonces cuando Octavio empezó a fijarse en Juanillo el Jabato y a buscar su trato. Frecuentemente se hacía el encontradizo con él para tirarle de la lengua y profundizar en sus sentimientos. El muchacho tenía pocas palabras, pero no era arisco. Octavio observó que Juanillo amaba apasionadamente a los caballos. Siempre que tenía alguna oportunidad de relacionarse con los nobles animales, no la desaprovechaba. Más de una vez le vio encaramarse como un gato a su grupa y correrlos a pelo. Pero una vez que el administrador le sorprendió, echó una formidable bronca al yegüero y a Juanillo le puso morado a retortijones y pellizcos... «Er día que te güerva a ver resabiando a los sementales, vas a salir de aquí a vergajaso limpio», le dijo. Octavio presenció la escena encorajinado, pero sin intervenir. El respeto jerárquico formaba parte sustancial de su forma de ser. Pero cuando desapareció don Pantaleón llamó al muchacho.

—¿Te gustan mucho los caballos? —le dijo en tono afectuoso.

—Más que na, es lo que más me gusta, señorito...

—Ya te he dicho que no quiero que me llames señorito. Es una palabra que en Andalucía me repugna. Llámame don Octavio o señor Pacheco. El señoritismo como condición es deleznable sinónimo de parasitismo.

—Es que usté es er señorito... —le contemplaron asombrados los ojos del porquerizo, sin olvidar que en el cortijo se decía de él que estaba majareta.

—Yo soy igual que tu. Dios nos ha hecho a todos iguales... La única diferencia es que mientras tú engordas cerdos para mi alimentación, yo escribo libros para que tú los leas.

—Si supiera leer me gustaría una jartá...

—Pues vas a aprender, no te preocupes. Mañana mismo empezarás a ir a la escuela.

—Es que ya soy mu ganso... —rebrillaron inquietas sus pupilas pardas.

—¿Cuántos años tienes? —se echó a reír Octavio.

—Quinse y medio.

—Pues fíjate, yo voy a cumplir cuarenta y ahora estoy aprendiendo el árabe.

Después de la conversación con el muchacho, Octavio llamó a don Pantaleón y le dio orden de mandar a Juanillo a la escuela y en las horas que le quedasen libres destinarle al cuidado de los caballos. El administrador le hizo algunas observaciones sobre economía y los inconvenientes que tenía enseñar letras a los criados.

—Si quié usted que roben tiempo ar trabajo y conspiren contra los amos, no tié cosa mejor que haser...

—Eso es cosa mía, don Pantaleón... —le cortó la perorata Octavio—. En lo sucesivo Juanillo quedará a mi servicio.

—No tié usted más que mandar, pero no orvie que la sierra está cuajá de granujas y reberdes.

Aquella misma noche el administrador escribió una larga carta a la Duquesa diciéndole que el señorito estaba revolucionando a la servidumbre.

A primeros de octubre llegó su madre con Ibero y Germana, que habían pasado un mes en Estoril cerca de la familia real española. Ibero había estirado mucho y se mostraba delicado e inapetente. Doña Mafalda también se quejaba del hígado y de los riñones, achacándolo a los enredos políticos que la habían impedido hacer su temporada de balneario. Germana, en cambio, tenía un aspecto magnífico.

Doña Mafalda había aleccionado a sus nietos para que no comentasen con su padre lo que habían visto y oído en Portugal. Pero bastó una simple alusión de Octavio a los cabildeos de un famoso político para que su madre se desbordase en agrias recriminaciones.

—Pues no quieren los muy sinvergüenzas volver a pactar con los rojos — exclamó furiosa.

—La idea de los consejeros de don Juan no me parece tan desacertada. Yo también considero que ha llegado el momento de sacrificarlo todo a la unidad de España. Necesitamos un programa de tolerancia y reconstrucción moral.

—Más unidad que tenemos hoy, no vamos a tener nunca.

—Sí, ya lo sé, mamá... Como tópico no está mal. Pero la verdad es que en el exilio hay cientos de miles de españoles que viven cargados de rencor y no son pocos los que aquí se sienten extraños, marginados de la sociedad o lanzados a la violencia por nuestras serranías... No es esta clase de unidad la que yo deseo. Quiero que los españoles nos sintamos hermanos y nos respetemos en la libertad.

—Tú quieres lo imposible... —se llevó las manos a los riñones y su cara de rasgos fuertes se contrajo en un gesto de dolor—. Ya te veo con el liberalismo regeneracionista de tu tío auestas. Pero eso ha pasado, hijito. La monarquía solamente puede ser restaurada por los mismos que ganaron la guerra. Lo demás es sembrar la confusión para que los rojos vuelvan a meter baza.

—Te estás haciendo una cavernícola tremenda, mamá.

—Y a mucha honra. No creas que me molestan las palabras necias. De las cavernas de Asturias salieron nuestros antepasados para levantar ese castillo que no han podido borrar ni la envidia ni la fuerza.

—Pero de eso hace nueve siglos.

—Pues me parece que podemos aguardar otros nueve para cambiar de opinión.

En la semana que doña Mafalda pasó en Castrofuerte, hecho insólito que no ocurría desde que en vida de su marido se organizaban las grandes cacerías a las que asistían los reyes con su legión de cortesanos, se hizo muy visible en las actividades sociales de la comarca. En compañía de don Pantaleón visitó sus extensas propiedades, hizo algunas ostentosas obras de caridad en presencia de las autoridades locales, recibió memoriales a barullo poniendo en evidencia

las injusticias cometidas por su administrador, que fueron a parar invariablemente al cesto de los papeles tras una ligerísima lectura, y dejó a su paso un rastro de vagas promesas y grandes proyectos futuros... Pero cuando su hijo le habló luego de poner en práctica algunas de sus promesas, doña Mafalda se echó a reír: «Qué tontito eres, hijo mío. Las promesas siempre son promesas... ¿Cuándo te vas a convencer de que la política es más sugestiva en lo que promete que en lo que realiza?»

Después de la marcha de su madre y de sus hijos, Octavio empezó a hacer una vida más libre y expansiva, pero sin salirse de la demarcación del destierro. En compañía de Juanillo visitó los pueblos cercanos y recorrió a caballo los abruptos paisajes de la serranía. El muchacho estaba al tanto de lo que pasaba en la comarca y le tenía al corriente de los menudos sucesos de la vida pueblerina.

Desde su llegada, don Pantaleón le había predispuesto contra el Párroco como único enemigo de temer «por sus ideas políticas y sus costumbres relajadas». Según el administrador, don Rosendo era poco menos que el demonio del lugar. Se le conocían barraganías, empinaba el codo y las metáforas que empleaba en sus sermones eran irrespetuosas con los «amos». Pero un día don Rosendo se le metió en el despacho con los rosetones de sus mejillas congestionadas.

—Tengo entendido que no quiere saber nada de mí, pero tampoco ignoro que respeta a Dios y ama a los hombres. Y en nombre del Creador y de sus criaturas me he tomado la libertad de venir a interrumpir su trabajo... —se quedó con las manos cruzadas sobre el abultado vientre y un aire resuelto en su mirada.

—Me parece muy bien... —se levantó Octavio impresionado por las palabras del sacerdote—. No seré yo quien rechace el mensaje de tales señores... Hable, Padre, estoy a su disposición...

El Párroco le contó con detallada precisión la larga historia de miserias y penalidades de sus feligreses. Castrofuerte no tenía más riqueza que sus bosques en los que pastaban grandes piaras de cerdos. Con excepción de los sembrados que se veían en las pedregosas laderas del pueblo y los huertos de

la vega, todo lo demás, hasta donde la vista se perdía cansada, era patrimonio de la casa ducal de Castellares.

—¿Es justo, señor? —finalizó el sacerdote su relato con gesto de tácita reprobación.

—No, no lo es... —asintió el descendiente de los señores de Castrofuerte—. Pero le advierto que yo no puedo evitar que las cosas sean injustas.

—No obstante, podría ser más benévolo con los que roban un puñado de bellotas a sus cerdos o apañan un haz de leña en sus bosques para encender el hogar.

—No sé lo que quiere usted decir... —el azul cobarde de sus ojos, siempre entornados y abstraídos, se tomó sombrío.

—¿No sabe usted que raro es el día que algún vecino del pueblo es apaleado por coger leña o bellotas?

—Es la primera noticia que tengo, pero le prometo que me informaré... No obstante, sería mucho mejor que lo pusiera usted en conocimiento de mi madre.

—En los años que llevo de párroco habré enviado veintitantos informes a la señora duquesa y todavía estoy esperando que se digne contestarme. Prefiere atenerse a las chismorrerías de Pantaleón y entenderse con Su Ilustrísima... —sus labios bosquejaron un rictus amargo—. Si por la señora duquesa fuera, hace tiempo que yo no estaría aquí. Pero ocurre que Castrofuerte es el último lugar de la diócesis.

—Lo siento, créame, pero yo puedo hacer muy poco... Por lo que se desprende de sus palabras, me parece que poco más o menos los dos estamos desterrados.

—Así es... Luego dice su madre que yo soy un mal pastor, que la mayoría de mis feligreses tienen la fe minada y no hacen caso del culto. Sin duda es verdad. Pero lo que yo digo es que si tuvieran la fe que mueve montañas, las cosas serían distintas... y Castrofuerte también.

Octavio habló luego con Juanillo y éste le corroboró y le amplió las palabras del Párroco. Incluso le llevó a ver a la tía Blasa, una viejuca encenizada a la que habían puesto las «partes mollaras» negras de verdugones.

A la vista de las pruebas recogidas, Octavio llamó al administrador y le dijo que el sistema de castigos vejatorios que empleaba debía cesar inmediatamente.

—¿Vejasiones y castigos dise er señorito...? Yo me atengo a las instrusiones de mi ama, la señora duquesa.

—¿Le ha dicho mi madre que trasquile, azote y unza en la noria a los que cogen leña o bellotas?

—El ama no tié que desir na porque toa la vía se ha hecho lo mismo. Lo hisieron mi agüelo, mi padre y ahora lo hago yo... La pro piedá es sagrá y a los que no quieran reconocerlo hay que darles varapalo. Si no lo hisiéramos como Dios manda, en vez de engordar cochinos y carbonear los bosques, la chusma se comería las bellotas y los horgasanes se calentarían en güeñas fogatas.

—Si la cosa es tan grave, en vez de convertirse usted en un tiranuelo feudal, ¿por qué no encomienda la vigilancia a la guardia civil?

—Quité ustedé, hombre... Hase dos años lo probamos y salimos perdiendo, porque los siviles comen, beben y hay que endiñarles parné.

—Es natural. Pero lo que en ellos es moralmente lícito, en usted no lo es. Lo que usted hace es tomarse la justicia por su mano.

Duro y retorcido, el tío Pujitos resistió impermeable los consejos de Octavio sin llevarle expresamente la contraria, pero afirmando que se atenía a lo mandado por la Duquesa en cuanto a «los pescozones, el varapalo y la noria».

El invierno en Castrofuerte, sin ser duro, tenía bruscas alternativas que hinchaban los arroyuelos y cuajaban de nieve las crestas de la serranía. Octavio, como buen ciudadano, sentía horror por el fango y los tremedales del valle. Apenas si salía del cortijo, pero estudiaba y escribía con febril lucidez.

Por aquellos días envió a su madre un acabado proyecto para parcelar las fértiles tierras de la comarca y crear una cooperativa de crédito agrícola para

mejorar los cultivos. También a sus amigos políticos de Madrid les envió un amplio estudio para regenerar el campo andaluz y desfeudalizar las grandes propiedades, transformándolas en empresas agrícolas industrializadas. Su madre le respondió ladinamente que encontraba el proyecto muy interesante, pero sin comprometerse a nada. Los amigos fueron más explícitos. Incluso publicaron parte de su estudio en la prensa falangista con apostillas y comentarios elogiosos.

A consecuencia de esto surgió un libro que actualizaba las ideas reformadoras de Joaquín Costa, Senador Gómez y los teóricos del sindicalismo ácrata tan arraigados en el campo andaluz. El libro se titulaba «Reforma agraria, colonización y cooperativismo». Escrito con un criterio moderado y constructivo, y prologado por el discurso pronunciado por José Antonio en el Congreso de los diputados con motivo de la discusión de la Ley de Reforma Agraria, el libro no encontró ninguna dificultad para salir a la luz pública. Pero apenas surgieron los primeros comentarios polémicos, desapareció de las librerías. Octavio tardó en enterarse de ello. Nadie se atrevió a decirle que su libro había sido considerado por los señores de la tierra como un manifiesto subversivo y que en un cortijo sevillano se había hecho un auto de fe con él en presencia de varios terratenientes entre los que se encontraban algunos parientes suyos. Sin embargo, el obispo de la diócesis le felicitó en carta personal «por haber tenido el valor de dar un recio aldabonazo cristiano».

Pasadas las navidades se presentó en el cortijo de Las Lomas Rómulo Talavera. Era un día encapotado que había intentado nevar varias veces, quedándose en una llovizna pertinaz que celaba el paisaje de tristeza. Octavio había escrito en su libro de notas: «Hoy es uno de esos días en que el alma tiritita y el hombre no acierta a comprender el misterio de su soledad». Pero la llegada de Talavera con su humorismo socarrón y su alegre vitalidad, le hicieron cambiar de talante.

—En usted todo resulta paradójico... —le invitó a sentarse en torno al fuego de la chimenea—. Yo ya le daba por finiquitado. Mi madre me dijo que había desaparecido usted de Madrid sin dejar rastro y de Alicia no sé casi nada. Me escribió una carta absurda en la que me decía que se iban a separar ustedes o algo así.



—Sí, eso es lo que ha ocurrido, aunque no creo que la separación sea definitiva... Se me echaron encima como lobos hambrientos. Unos me acusaban de rojo, otros de fascista y yo me escurrí por el foro en espera de que se les pase el berrinche.

—Muy bien hecho... Yo no hubiera podido proceder así, pero reconozco que es lo mejor. Bueno, ¿y ahora qué hace?

—De momento, vivo en Tánger.

—¿Pero es cierto que le han arruinado?

—Casi, casi... ¿Y usted?

—Aquí me tiene... en el ostracismo.

—El ostracismo no parece que esté mal... —paseó la mirada por el salón adornado con trofeos de caza, una espléndida panoplia con armas antiguas y muebles y bargueños de nogal tallado—. En Málaga, donde he pasado unos días de negocios, se habla mucho de usted y de su último libro. Incluso circula clandestinamente una carta suya...

—¿Una carta mía? —Se le dilataron las pupilas—. No tengo idea.

—Espere un momento. Me parece que la tengo aquí... —se levantó y buscó en la cartera negra de cuero que había dejado sobre la mesa—. Los falangistas están soliviantados con su destierro... —le entregó un folio de papel áspero impreso en multicopista.

Octavio cogió el papel y leyó en voz alta: «No creas que estoy resentido por mi destierro. Por lo menos me ha servido para profundizar en la realidad social de nuestra Patria y refrescar mis raíces. Ahora me doy cuenta que necesitaba someterme a un proceso de revisión crítica, porque el ajetreo intelectual no sólo limita los horizontes, sino que embota los sentidos impidiéndoles percibir la realidad en sus profundas dimensiones humanas. Por eso no me extraña que los grandes políticos fallen en la cumbre del poder ni me sorprende que los pensadores se despisten y tomen el rábano por las hojas. El espíritu tiende a la confusión. Un supuesto falso puede crear todo un sistema de falsedades, de tal manera que trastueque los valores históricos y lo anecdótico y accidental lo

convierta en factor determinante. Algo de eso nos está ocurriendo a nosotros. En nuestro afán por superar la crisis de la era republicana hemos llegado tan lejos que nos estamos encerrando en claves míticas. Y mientras tanto, la revolución nacional sigue pendiente. Como buen observador te darás cuenta que el mundo está cambiando radicalmente. La era del socialismo se encuentra a la vista. Las antorchas de la revolución incendian la tierra. Es inútil que echemos la culpa a Rusia y pongamos el comunismo de espantapájaros. Sin duda son dos elementos dinámicos que actúan en la conciencia de nuestro tiempo, pero no son decisivos por sí mismos. Lo decisivo siguen siendo las fuerzas nacionales a condición de que no se queden rezagadas en las transformaciones que nos vienen impuestas por la historia... Hay que gritar a todo pulmón que el nacionalsindicalismo no es un anticuerpo, como pretenden nuestros reaccionarios, sino un cuerpo vivo y operante inserto en la fenomenología socialista. Y más importante todavía es cerrar el paso a los que brujulean en el «yanquismo». América debe seguir siendo nuestro Norte, pero la América de nuestra lengua y de nuestro espíritu. Lo otro sería claudicar ante el más acendrado enemigo del hispanismo. Personalmente, lo considero una traición a nuestro destino en lo universal...»

—Eso que dice usted de los yanquis es lo que ha levantado más ronchones —le interrumpió Talavera.

—Quizá haya sido una torpeza dar la carta a la publicidad... — siguió Octavio leyendo hasta el final con el ceño fruncido—. Yo no la escribí con esa intención y comprendo que el momento es inoportuno.

—Yo no creo que los yanquis sean tan malos. Si le digo la verdad, son los únicos que me inspiran cierta confianza.

—A mí, no. Los yanquis me recuerdan Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la rapacidad desplegada en Méjico. Pero por si esto fuera poco, el imperialismo del dólar está depauperando económicamente a los países de Iberoamérica.

—A pesar de lo que usted dice, son los únicos que pueden ayudarnos en este momento...

Discutieron amistosamente hasta la hora de la cena sin ponerse de acuerdo. Picoteando en un tema y otro salió a relucir Hortensia. Octavio le dijo que había recibido una carta suya que le tenía desconcertado.

—Me da la impresión de que ha vuelto a España.

—No me extrañaría nada —asintió Talavera—. Es más, conociéndola bien en sus arrebatos idealistas, no tendría nada de particular que anduviese por la sierra.

—¿Lo cree de verdad?

—Casi estoy seguro y lo siento... Digan lo que digan los exaltados no hay ambiente para las guerrillas. La gente está cansada de violencia. En el fondo nadie está de acuerdo con lo que tenemos, pero volver la vista atrás con todo lo pasado arruga el ombligo al más bragado.

—No creo que cometa semejante tontería —mover la cabeza Octavio—. El fanatismo no puede ofuscarla hasta ese extremo... Además, es una chica frágil y delicada... No, de ninguna manera, no puedo imaginármela recitando poesías y trepando por los riscos como un marimacho.

Talavera pensó que él se la imaginaba muy bien, pero se guardó de decírselo a Octavio. Precisamente hacía escasamente quince días se la había encontrado con Láinez de Algeciras. Dadas las circunstancias en que se vieron, pudieron hablar muy poco, pero lo suficiente para saber que andaba ya por las trochas de la serranía organizando la guerrilla.

Hasta después de la cena, Talavera no le expuso el objeto solapado de su visita. En realidad tenía necesidad de dinero y pensó que Octavio Pacheco de Guzmán podía facilitárselo. Sin embargo, lo expuso con tantos remilgos y escrúpulos que Octavio creyó que se refería a los préstamos que le hizo para la revista «Europa» por cuenta de la embajada alemana.

—Aquello es mejor darlo ya por cancelado —dijo Talavera.

—De ninguna manera. ¿Por qué vamos a darlo por cancelado...? Como lo llevó usted con Claudia en este momento no me acordaba... Sería mejor que hablase con don Ricardo, porque yo no recuerdo la cantidad.

—El caso es que me urge medio millón de pesetas para una partida de cera virgen que he comprado y en este momento no puedo volver a Madrid... Preferiría que me hiciese usted un préstamo y aquello lo diésemos por liquidado. Para mí ya lo estaba...

Octavio no quiso escuchar las explicaciones de Talavera y sin pensarlo más le extendió un cheque por la cantidad pedida y le dijo que daría órdenes a don Ricardo para que le liquidase el resto de la cuenta.

—Me fastidiaría crearle algún problema... —vaciló Talavera en tomar el talón que le ofrecía.

—No sea usted puntilloso, hombre... Le aseguro que tengo más dinero que he tenido nunca. Como siga así, me bastarán unos años de destierro para ser más rico que Creso.

—No creo que el destierro dure mucho.

—Le advierto que no me importa. Me encuentro aquí muy a gusto.

—Mejor estaría en el gobierno.

—¿Lo cree de veras? —los finos labios de Octavio dibujaron una sonrisa irónica.

—Completamente... En Marruecos se habla insistentemente de un gobierno falangista para afrontar la difícil situación internacional.

—Le advierto que si alguna vez entro en el gobierno, lo cual cada día se me antoja más problemático, meteré en cintura a los capitalistas. Hay mucho que hacer para moralizar la función del capital.

—¿Se ha pasado usted al enemigo? —sonrió Talavera humorístico.

—De ninguna manera. Pero por la misma razón que considero una estulticia bárbara reprocharle a un hombre su dinero, creo que conviene preguntarle cómo lo ha ganado y de qué manera lo emplea.

—Mejor es que no lo intente si quiere evitar una verdadera revolución de proporciones descomunales —se levantó Talavera.

—¿Pero se va a marchar a esta hora?

—No tengo más remedio.

—En fin, no le insisto... —acompañó a Talavera hasta el zaguán—. Quisiera pedirle un favor. ¿Le importaría mandarme un recado si se entera del paradero de Hortensia?

—De ninguna manera.

—Me preocupa enormemente que pueda estar aquí.

—Realmente es tan audaz que nunca sabe uno lo que puede hacer.

—Es maravillosa. Me gusta porque es tan genuinamente española como locamente idealista.

—Que es decir dos veces española y una docena de veces loca... —se echó a reír Talavera—. Lo peor de Hortensia es que tiene ventoleras de heroísmo en la cabeza.

—¿Y eso es lo peor?

—Por lo menos muy peligroso... —se volvieron a estrechar la mano y un criado le acompañó con farol y paraguas hasta el coche.

En aquellos días cabalgaban por la serranía andaluza bandidos y guerrilleros. Los primeros medraban en la hosquedad del paisaje huyendo de la justicia; los segundos habían buscado protección en sus defensas naturales para levantar el pendón de la rebeldía. Y todos ellos quemaban la tierra que les daba amparo... De los bandoleros, el más famoso era el Perniles, un mozo agrio y solitario que de tarde en tarde secuestraba al hijo de un cortijero o ricachón pueblerino para cobrarle el rescate y exigía tributos en especie a los labriegos más modestos. El tal Perniles era un personaje obstinado y sinuoso que se conformaba con vivir y escamotear su cuerpo a la justicia. Su popularidad era triste y sombría como sus hechos. Luego estaba la partida de Lauro, un anarquista de la comarca que tras la derrota del ejército popular, en el que alcanzó la categoría de comandante de batallón, en vez de rendirse, pretendió acogerse a la franquicia de la sierra. Durante años Lauro se había mantenido a

la defensiva, recibiendo en su partida a los fugitivos políticos. Su táctica no era combatir, sino ganar tiempo. Vivía del terreno que pisaba, pero sin latrocinios ni depredaciones importantes. Incluso con la guardia civil que le perseguía, rehusaba el enfrentamiento y las emboscadas.

Pero últimamente las cosas habían cambiado. Lauro se mostraba mucho más agresivo y peleón y su partida era cada día más numerosa. Aunque lo que más impresionaba la imaginación de la gente no era el mismo Lauro, muy conocido y solamente estimado por los peones y braceros, sino la mujer que le acompañaba y que daba a su partida empuje de novedad y fantasía. La llamaban la Libertaria y se contaban de ella cosas peregrinas y fantásticas.

En Castrofuerte cundió la alarma. Empezaron a correr papelitos clandestinos y ardientes proclamas de guerra. En las puertas de algunas casas del pueblo aparecieron cruces pintadas con tiza. Don Pantaleón se vanagloriaba de que le habían puesto tres y una calavera de propina, pero al decírselo a Octavio le castañeteaban los dientes y en sus ojuelos de raposa brillaba el pánico.

—No es na. Son chifladuras de cuatro majaretas que quieren sacar tajá de río regüelto.

—¿Pero qué dicen los papelitos? —le contempló Octavio más impresionado por el miedo que reflejaba que por lo que le había dicho.

—Qué van a desir, pue lo de siempre... que si los verdugos der pueblo, que si los fasistas, que si los que chupamos er sudor de los probes... Monsergas y paparruchas. A mí me disen que me busque una buena guita.

—Sinceramente, no me gusta nada de todo eso... —movió Octavio la cabeza—. Observo en la gente una actitud rara, excitada, como si esperaran un milagro o algo por el estilo.

—Es lo que yo le he dicho al nuevo comandante der puesto, un teniente muy cabal y enérgico, que lo primerito que tie que haser es meter en la cársel a la agüela Candiles... Pue no anda disiendo la mu renegá que esa Libertaria es la Virgen der Ensinar que viene a haser justicia.

—No hay que hacer caso de las habladurías... —carraspeó Octavio—. ¿Qué puede hacer la abuela Candiles, paralítica y ciega como está?

—Es mu requetemala y con eso de que cura a los probes y es adivina y endemoniá, tie su aquél, no vaya usté a creer.

—Me parece mucho más importante contener la desbandada que se está produciendo entre los cortijeros y personas acomodadas. Eso desmoraliza mucho más que las supersticiones de una pobre vieja.

—Er teniente Domíngues me ha dicho que va a meter en sintura a los de la espantá, pero cuarquiera les echa ya un gargo... A toos los que tien argo que perder les han salido sabañones incurables y anginas canserosas...

Dos o tres días después le visitaba el teniente Domínguez en persona para testimoniarle su respeto y transmitirle un mensaje verbal del gobernador de la provincia, según el cual quedaba autorizado para fijar su residencia en Málaga o Ronda.

—De momento, voy a seguir aquí —le dijo Octavio.

—¿No tiene usted miedo a los bandoleros?

—No creo que se atrevan con el cortijo de La Loma dada su excelente posición estratégica.

—Sin duda es una posición inmejorable. Pero, ¿confía usted en el personal del cortijo?

—Hasta ahora no tengo motivos para desconfiar.

—Don Pantaleón no está tan seguro. Sospecha que algunas personas, especialmente los jóvenes, pudieran estar en connivencia con los bandoleros.

—Los juicios del administrador hay que aceptarlos con bastante reserva, porque en el fondo es un poco insidioso y malintencionado.

—Estamos de acuerdo —asintió con gesto grave el oficial de la Benemérita—. No crea que me voy a dejar guiar por él, como han hecho otros. Tengo por norma oír a todo el mundo, pero hacer estrictamente lo que manda la ley.

Mientras yo esté en Castrofuerte los caciques no tienen nada que hacer... Les conozco bien. Mucho hay que temer de los bandoleros, pero para mí son peores quienes llamándose personas de orden corrompen la justicia.

—Me alegro que piense usted así.

—Con todo, me preocupa su situación... —sonrió campechano—. Los bandoleros se han hecho fuertes en esta comarca y su vida pudiera correr algún peligro... si no desde fuera, porque el cortijo es bastante sólido y hasta podría resistir un asedio, sí desde dentro por deslealtad de los peones.

—Me parece que exagera usted... ¿Qué interés puedo tener yo para los bandoleros?

—Bueno, usted es un hombre bastante popular y sobradamente conocido. En mis primeros tanteos he comprobado que la gente le respeta y el pueblo le mira con simpatía. Pero yo no me fío de nadie... Por otra parte, ya no se trata de bandoleros comunes y vulgares como el Perniles o Lauro. Esa Libertaria parece que tiene talento político y cuenta con organizaciones clandestinas y espías en toda la región...

—La Virgen del Encinar, como dice la abuela Candiles —se echó a reír Octavio.

—Otros dicen que es la famosa Libertaria de Casas Viejas.

—Recuerdo aquel suceso porque fui personalmente a comprobar lo ocurrido para sacar partido de la torpeza de Azaña... Evidentemente, la orden que dio al capitán Rojas de «los tiros a la barriga» y los excesos de la fuerza pública incendiando la choza del Seisdedos, el abuelo de la Libertaria, fueron un acto de brutalidad.

—A mí todo eso me parecen mitos y leyendas —hizo un gesto displicente el oficial.

—Seguramente, pero mucho cuidado con desdeñarlo, porque los mitos y leyendas son los estímulos más virulentos del alma popular...

En el transcurso de la conversación el teniente Domínguez le mostró los famosos «papelitos» que habían sembrado la alarma entre los cortijeros y



hacendados, y algunos periódicos clandestinos y boletines de información que recogían noticias difundidas por la prensa extranjera sobre las actividades de la guerrillas en aquella región.

—Pero todo esto es mentira, ¿no? —en el rostro de Octavio se manifestó la perplejidad.

—Exactamente mentira, no; más bien exagerado... Es cierto que han asaltado algunos cortijos y han causado bajas a la fuerza pública, pero no en la cuantía que dicen... —se levantó el teniente Domínguez—. Aunque la situación no es grave, ni mucho menos, le aconsejo que piense en el cambio de residencia.

Octavio le prometió que lo haría y le acompañó hasta la salida del recinto del cortijo.

La homilía dominical de don Rosendo dejó un rastro de comentarios contradictorios entre los feligreses. Tanto hablar de la ira de Dios y de su justicia con parábolas inquietantes, removi6 lo que estaba en la mente de todos: el atentado sufrido por el tío Pujitos el día anterior, las cruces en las puertas de las personas significadas, los «papelitos» y el aire de asonada que bajaba de la serranía y arrastraba a los mozos tras el señuelo de la Libertaria.

El teniente Domínguez pidió a Octavio su opinión sobre el sermón a la salida de la misa, y éste le dijo:

—Ha sido un buen sermón, pero quizá demasiado ofuscante.

—Ofuscante y con muy mala leche... ¿Quién le mandará meterse en lo que no le importa? Convendría que le diera usted un toque de atención, porque si se lo doy yo a lo mejor resulta campanazo, y la verdad es que no quiero topar con la iglesia.

—Ni yo tampoco... Por lo demás, no me parecen mal las alusiones que ha hecho a la ira divina. Todos debemos temerla.

—Sí, sí, yo soy católico como el que más, pero a la hora de cumplir con mi deber no tengo más remedio que cumplirlo.

—Sin duda ninguna. Pero él también cumple con su deber advirtiéndole los peligros que implica el exceso de autoridad.

En la vetusta plazuela de la parroquia, cerrada por edificios de maciza sillería y estrechas callejuelas empedradas de guijos puntiagudos, lo mismo que la plaza, se habían ido formando grupos que comentaban el extraño sermón. Las personas principales hablaban en el atrio y la gañanería y peonaje de los cortijos en torno al barroco abrevadero circular en el que chorreaban cinco caños de agua. La plazuela tenía aspecto de patio de armas de fortaleza medieval y más de una vez lo había sido.

Acompañado del teniente Domínguez y seguido de cerca por Basilio y Juanillo, Octavio se encaramó por el cuestudo callejón del Bastardo, donde vivía don Pantaleón en un feo caserón de piedra con ventanucos cerrados por gruesos barrotes. En su frontis campeaban las armas de los Guzmán y el yugo y las flechas de la Reconquista. Su sombrío aspecto exterior, degradado por el tiempo y la incuria, una vez dentro cambiaba de fisonomía. Las blancas paredes enjalbegadas, los sólidos muebles antiguos y el lujo de los objetos de cobre, cuadros de motivos religiosos y piezas de loza de diferentes estilos y colores, hacían la estancia acogedora y plácida.

Don Pantaleón vivía con su hermana Basilisa, un sobrino que le ayudaba en la administración de la casa de Castellares, dos criadas y un hortelano que cuidaba del hermoso huerto en el que se cultivaban las hortalizas del tiempo y una gran variedad de frutas selectas, sin que faltasen los naranjos y limoneros.

El tío Pujitos recibió a Octavio y el comandante del puesto con grandes demostraciones de gratitud. El hombre estaba tan retorcido y quebrado de color como siempre. Inmediatamente espantó a la hermana y al sobrino.

—Si no ha sido na. No tenía usted que haberse molestado en venir a verme... — hacía aspavientos con la cabeza ladeada y un temblor de arrugas en el buidoméntón—. Me reselé enseguida que había gato enserrao.

—¿Pero llegaron a disparar contra usted? —preguntó Octavio.

—Digo, un chorreón de tiros. No me acertaron por verdadera chiripa. Un verdadero milagro... ¿Los ha casao usted ya? —se dirigió en tono seco al teniente Domínguez.

—Perico el molinero dice que él no vio a nadie por los alrededores y estoy por creerle.

—¿Cómo va a creerle, hombre de Dios...? Creerle a él sería pensar que yo miento o dar pie pa que er pueblo siga con el cuento de la bruja Candiles... que si son los espíritus y las ánimas der purgatorio los que me persiguen... Yo digo que fueron tiros, disparos, vaya... y lo que yo digo va a misa.

—El caso es que las parejas de vigilancia no han observado ningún movimiento de los bandoleros por los alrededores del molino ni siquiera del pueblo.

—Yo no digo que Perico lo haya hecho por su cuenta. ¿Pero quién dise que no se lo ha encomendao a sus muchachos, que son dos ve naos que cuando pasan por mi vera me atraviesan con la mirá...?

—También he comprobado ese detalle. A la hora que usted dice que intentaron volarle la cabeza en el Peñasco del Molino, Zoilo y Pepillo se hallaban en el Servicio Comarcal del Trigo cargando cereal.

—Eso es una coaitá. No me convense, señor comandante... Hay que dar más leña, apretar bien los tornillos hasta que crujan los huesos... ya verá usted si hablan, digo, y hasta cantan.

—Tampoco se pueden llevar las cosas hasta ese extremo —dijo Octavio, respondiendo a la mirada del comandante del puesto—. El teniente Domínguez sabe mejor que usted lo que tiene que hacer.

—Lo que yo digo es que aquí la gente siempre ha andao derecha como velas y ahora too son amenazas y malos ojos. Ya no se conforman con meter papelitos por debajo de las puertas y pintar cruses y calaveras con tisa, sino que echan calaveras de verdad por las bardas der huerto.

Octavio y el teniente se miraron.

—Yo no tengo noticias de que haya ocurrido nada semejante —dijo el oficial de la Benemérita.

—Pues las va a tener ahora mismito... —su color verdoso negreaba congestionado—. Basilisa, Ramón, dónde os metéis... mardita sea.

—Estoy aquí, tío... —se oyó una voz alfeñicada en el huerto.

—Ahí no, aquí es donde ties que estar pa lo que se me antoje a mí... Trae inmediatamente las calaveras pa que las vean estos señores... —se volvió hacia Octavio con el gesto encorajinado—. Ahora mismito acabo de escribir a mi ama, la señora duquesa, disiéndole lo que pasa aquí y cómo levantan la cabeza los reberdes, pa que regüerva en Madrid o en Pekín lo que haya que regorver, y nos manden personas de autoridad con agayas pa haser una escabechina.

—¿No cree usted que exagera, don Pantaleón?

—No exagero ni una chispita así... —hizo crujir la uña contra los dientes.

—Si es usted veraz, no puede decir que aquí pasan cosas de importancia... —dijo el teniente Domínguez con energía—. Reconozco que en la comarca reina una atmósfera insana, expectante, pero no más de lo que ocurre en otros lugares... No se puede proceder a lo loco. Don Octavio está de acuerdo conmigo en que no hay motivos para salirse de la más estricta legalidad...

Ramón pidió permiso para entrar. Era un muchacho alto y delgado con cara de niño.

—¿Dónde lo pongo?

—Ahí mismo, ensima de la mesa... —levantó la tapa de la caja de madera y sacó dos calaveras mondas y bruñidas por el agua y la tierra, cada una con un papelito con nombre y apellidos. El papelito decía: «El no se olvida ni la Libertaria tampoco». —¿Es esto legal o es sacrilegio puro...? Sacar a los muertos de las tumbas pa regorverle a uno las entrañas.

—Parece una broma de mal gusto —dijo Octavio.

—Una broma de mar gusto, ¿eh...? —le chirrió la risa a don Pantaleón—. Dirá usted de una mala follá macabra.

El teniente Domínguez se levantó y estuvo observando las calaveras con minuciosidad.

—Me las voy a llevar —dijo con el ceño fruncido.

—Sí, hombre, las tenía guardás pa usted, a ver si se le quema la sangre y explota. Y de paso, le pido por favor que se las enseñe a don Rosendo pa que se empape de la intensión de los humirdes, que tanto defiende... Por sierto, me han dicho que er sermonsito de hoy también tenía miga.

—¿Conocía usted a los hombres de las calaveras? —inquirió Octavio.

—¿Y quién no los conose, si eran más famosos que Garibaldi...? Ellos fueron los que organizaron la tremolina revolucionaria der comunismo libertario. Se apoderaron de too por la tremenda y metieron las yuntas y araron y sembraron las fincas. Pero el trigo y la sebá nos lo comimos nosotros... También ellos se creían los dueños de la sierra y mandaban papelillos y amenazas hasta que a mí se me inflaron las narices y salí en su busca, y los traje amarraos como lobos para dar escarmiento a los granujas... que es lo que hay que haser ahora con esa Libertaria que ha sacao de sus casillas a toa la canalla.

—La Libertaria todavía no ha aparecido en la demarcación de Castrofuerte —dijo el teniente Domínguez.

—¿Y esas calaveras y los papelitos han caído der sielo?

—La caligrafía y la ortografía, por lo menos, no son de la Libertaria. Esto se ha cocido aquí, en el pueblo, y vamos a descubrir al culpable o a los culpables.

—A ver si es verdad, hombre, que descubre usted algo...

—¿Por qué sabe usted que la caligrafía no es de la Libertaria? —preguntó Octavio.

—Perqué he visto algunas cartas y escritos suyos y escribe con mucha corrección. Incluso hay ciertos indicios de que es universitaria.

—Una sorra y na más que una sorra degeneré es la paya... ¿Cuándo se ha visto que las hembras desentes trisquen por la sierra? Eso es pa hombres de pelo en pecho y con la sangre mu negra.

—Yo me voy a marchar... —se levantó Octavio—. Me alegro, don Pantaleón, de que no haya sido nada.

—Muchas gracias, don Octavio... —le acompañó por el corredor—. Luego, al atardeser, iré a dar una vuelta por el cortijo.

—Mejor sería que no anduviese usted por el campo hasta que se aclare lo sucedido.

—Eso se arregla enseguidita. Si er teniente quiere acabar verdaderamente con los reberdes y los encubridores, quitando a veinte o treinta inominaos de enmedio se arregla too...

Octavio le miró de reajo y salió a la calle, donde le esperaban Basilio y Juanillo con la tartana en la puerta.

En los dentados picachos de la serranía, en las frondas de los bosques, en los regatos que bajaban mordisqueando las rocas y haciendo ramblas, en los ríos que se hinchaban torrenciales y corrían ruidosos por los tajos, así como en las chozas de los carboneros y en los ricos cortijos, no se hablaba de otra cosa. La Libertaría acaparaba la atención de todos. Era como el viento: llegaba a todas partes y se colaba por los intersticios de las puertas de los ricos y de los pobres insuflando leyendas y sembrando cizañas de amor y de odio.

Octavio estaba perplejo con todo lo que se decía de aquella mujer. Un día que ponderaba su eficacia propagandística, el teniente le dijo con humor receloso que parecía extraño que la Libertaría no hubiese hecho ninguna visita al cortijo de La Loma.

—Sí, parece extraño —admitió Octavio distraído—. Quizá le dé miedo... Al fin y al cabo es el cortijo más fuerte y puede suponer que hay armas.

—No creo que sean esos temores los que la detengan. Más bien me inclino a pensar que no lo hace por simpatía.

—¿Por simpatía a quién? —se puso Octavio serio.

—A usted no, naturalmente. Bueno estaría... Más bien al personal. Don Pantaleón opina que no es del cortijo de La Loma de donde recibe menos ayuda.

—Mejor es que no hablemos de don Pantaleón, porque es de los de piensa mal y acertarás.

—Pero es el único que colabora abiertamente con la fuerza pública.

—Yo más bien creo que lo que hace es extorsionar a la fuerza pública... ¿Qué pasó con lo de las calaveras? Molestó usted a medio pueblo por instigación suya, ocho o diez muchachos se echaron a la sierra por miedo a lo que parecía una represión indiscriminada, y luego resultó que el de las calaveras era su propio sobrino... Le digo la verdad, si por mí fuera don Pantaleón ya no estaba aquí. Pero mi madre vive enamoriscada de los caciques. No puede pasarse sin ellos. Es su sistema.

—Teóricamente tiene usted razón. Si por mí fuera no quedaba un terrateniente ni un cacique, pero eso no depende de nosotros... Mi padre también es un modestísimo aparcerero. Por desgracia conozco la servidumbre del campo y el poder de los señores de la tierra. Pero ahora se trata de acabar con los bandoleros y tenemos que ser duros con los que los ayudan por simpatía o por miedo... Precisamente quería comunicarle que me voy a llevar a dos personas del cortijo, al tío Ruperto y a otro que se llama Baldomero.

—¿Y eso? —arqueó Octavio las cejas con desconfianza.

—Es un caso muy complicado. Se lo contaré después, cuando hayamos hecho la investigación.

—Bien. Si no hay más remedio... —agachó la cabeza—. Lo único que le pido es que sea benévolo con ellos y no les fuerce.

—Yo siempre soy benévolo con los inocentes...

Desde la ventana de su despacho, Octavio vio al aperador con una pareja de guardias a caballo y los dos detenidos. El tío Ruperto era un vejete sarmentoso

de pelo blanco y Baldomero algo más joven y rechonchete, pero también más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Apenas desaparecieron los civiles con los detenidos esposados, llamó a Basilio, pero el aperador no pudo aclararle nada.

—Los siviles disen que si son espías de la Libertaria.

—¿Y ellos no dicen nada?

—Qué van a desir. Llevan er surullo en er cuerpo, pero no suer tan prenda. Ya sabe usted, que si son infundios, que si las personas que nos quieren mal. Er tío Ruperto es duro y bragao, pero de Bardomero yo no me fiaría tanto.

—Lo que me extraña es que los hayan detenido sólo por ser espías de la Libertaria.

—Y a mí también... En er pueblo disen que si ha desaparecido er Niño de los Tufos y que si la Encama, su novia, anda en trato con los siviles... Too es mu feo y mu susio. Hasta que no se sepa la verdad mejor es darse un punto en la muy y achantar er mirlo.

Luego Juanillo le contó una historia aberrante, casi inverosímil, pero que resultó cierta. Según le dijo, en el pueblo se contaba que el Niño de los Tufos actuaba de correveidile de los guerrilleros y confidente del teniente ¡Domínguez por medio de la Encama, la cual había hecho sus cuentas de matrimonio con el dinero que ofrecían por la entrega de la Libertaria. Pero algo de esto debió traslucirse y el Niño de los Tufos no volvió a dar señales de vida. Durante algún tiempo se pensó que lo hubieran liquidado los de la sierra, pero dos días antes una pareja de vigilancia había descubierto algunas prendas suyas en el Sotillo de La Loma y, hablando con unos y con otros, averiguaron que el día de su desaparición estuvo allí con el tío Ruperto y Baldomero.

Al día siguiente se enteró que los acusados se habían declarado culpables de la muerte del Niño de los Tufos y que el cadáver de éste había sido desenterrado en las tierras del cortijo.

Las cosas se ponían cada vez peor. La temprana primavera andaluza estaba cargada de conjuras y temores. Octavio pensó más de una vez en cambiar de



residencia, huir de aquel lugar paradisíaco en el que habían hecho su aparición la hosquedad y el recelo... Ya no se podía hablar con nadie. Basilio se le escabullía y Juanillo se mostraba evasivo. El mismo teniente, con el que antes pasaba sus buenos ratos cambiando impresiones, rara vez le visitaba y cuando se veían los domingos en la misa le trataba con distanciamiento, sin darle pie para juzgar sus actos o desaprobando sus medidas. De no hallarse tan encariñado con el libro que estaba escribiendo sobre su antepasado, don Alonso de Guzmán y Rezóla, primer señor de Castrofuerte, medio moro, medio cristiano, casado con una infanta leonesa por la ley de Cristo y con cincuenta concubinas por la de Mahoma, ya se hubiera marchado del cortijo de La Loma, pues el destierro ya le había sido levantado y sus amigos políticos le urgían para que regresara a la capital. Pero tenía gran interés en fijar la personalidad de aquel cántabro feroz y magnánimo que todavía hincaba sus raíces en la intrahistoria de la comarca y las leyendas le conferían virtudes sobrenaturales poco ejemplares.

Estaba en su despacho escribiendo cuando Basilio entró demudado para decirle que la Libertaria se hallaba en Castrofuerte con toda su partida. La sorpresa fue tanta que Octavio se levantó perplejo y dio una vuelta por el despacho con la mano en el mentón y el ceño fruncido... El aperador le apremiaba para que le autorizase a armar al personal del cortijo.

—El remedio puede ser peor que la enfermedad... —cabeceó Octavio indeciso—. ¿Podemos contar con la gente?

—Si usted lo manda, dispararán contra quien sea —afirmó Basilio.

—Bien. Haga lo que quiera. Pero mucho cuidado. No quiero oír un solo tiro si no nos atacan. La orden de fuego la daré yo... —sacó del cajón de la mesa una pistola del nueve largo y se la metió en el bolsillo.

—Se hará lo que usted mande... —desapareció el aperador.

Era un atardecer suave y agradable con fragancias de jara y tomillo. El sol caminaba hacia el ocaso en un fulgor llameante. Las esquilas del ganado que volvía de los pastizales tintineaban alegres.

Desde la torreta mudéjar del cortijo se veía el pueblo arracimado en las faldas del castillo.

Con las últimas campanadas del Ángelus se oyeron unos disparos sueltos de fusil y luego se hizo el silencio. Usando unos potentes prismáticos que le había regalado un mariscal del m Reich trató de visualizar lo que pasaba en el pueblo, pero no vio nada que llamase la atención. Todo parecía tranquilo. Mentalmente situó a los posibles contendientes con criterio táctico... Las renegridas torres románicas de la iglesia, el antiguo palacio de Castellares, el ayuntamiento, el convento de San Juan, la casacuarterel de la Guardia Civil. Piedra sobre piedra con perennidad de siglos. ¿Qué podía hacer la Libertaria en un lugar así, defendido por una guarnición fuerte y un jefe resuelto como el teniente Domínguez...?

—Debe ser una farsa alarma —dijo Basilio a sus espaldas.

—De cualquier manera, no creo que ocurra nada. Sería una locura. Castrofuerte se defiende con media docena de hombres.

—Lo malo es que disen que er teniente ha salió con er grueso de la fuerza a otros menesteres...

Antes de que terminase de hablar se oyeron tres disparos sueltos seguidos de varias descargas de fusil y ráfagas de metralletas... Intermitentemente se repitieron los disparos, ráfagas y descargas que duraron más de media hora. Luego cesaron por completo. En la total quietud del anochecer había algo suspenso que desazonaba a Octavio y Basilio, el cual no hacía más que subir y bajar de la torreta al recinto tapiado. Entre dos luces, con las tinieblas flotando en una claridad luminosa, Basilio percibió el trote de caballos que machacaban la tierra. «Deben ser los si viles», dijo Basilio... Efectivamente, poco después aparecía la vanguardia de la Benemérita en el estrecho valle.

—¿Será posible que el teniente Domínguez se haya dejado sorprender? —exclamó Octavio.

—Digo, que si se ha dejado... Disen que si le habían dao er chi vataso de que la Libertaria iba a caer sobre las Corralisas...

Cuando bajaron de la torreta ya no se veía casi nada y todo parecía en calma. La gente armada por Basilio andaba de chufas y chungueo. Don Pujitos por aquí, el tío Pujitos por allá entre sátiras y recochineo malicioso... Octavio dijo al aperador que les diese de beber y mandase a alguien al pueblo a informarse de lo sucedido. Pero en esto llegó Juanillo, que volvía de las clases de don Rosendo, y contó algo tan peliculero y exaltado que Octavio le interrumpió en tono zumbón:

—¿Quieres decir que la Libertaria ha entrado en el pueblo para darse un garbeo y comprarse una peineta?

—Yo no sé... —se mordió el muchacho los labios con patética gravedad—. Se ha llevao a los presos.

—¿Lo has visto tú? —le preguntó Basilio.

—Yo no lo he visto, porque don Rosendo nos ha enserrao en la sacristía.

—Entonces no has visto na —dijo otro de los que le rodeaban.

—Si he visto, pero no me da la gana desirlo, porque er sargento me ha dicho que como le dé a la singüeso me la va a poner de adorno en el cogote.

—¿Y no han trincao ar tío Pujitos? —preguntó otro.

—No sé na, ea... —se escurrió del corrillo.

Luego le dijo a Octavio que habían asaltado la casa del administrador y la alcaldía, pero que a don Pantaleón no lo habían encontrado y el Párroco había hablado con la Libertaria para que no se llevase al alcalde.

Las risas y las lágrimas se le mezclaron en la emoción.

—No te esperaba, de verdad... Me has cogido de cualquier manera —se pasó la mano por el pelo.

—Estabas llorando... —la retuvo Octavio entre sus brazos.

—No era nada —sonrió ella.

—Yb creí que... He oído tantas cosas lisonjeras de ti. La verdad es que estás muy guapa.

—No me digas... —se encandilaron sus pálidas mejillas—. Si las penas y el trabajo envejecieran, debiera ser una Matusalén.

—¿Y Rómulo?

—Vete a saber... Creo que sigue en Tánger.

—¿Lo crees solamente? —escudriñó Octavio en sus pupilas.

—Ya sabes que con Rómulo no se pueden atar cabos... Sé que está en Tánger y que se encuentra bien, pero yo estoy sola con los críos, los negocios, y por si esto fuera poco mi hermanito, que después de hacer el papel de héroe ahora se está recreando en el de parásito.

—Es verdad, no te he preguntado por Juan Antonio... Me han hablado de una historia prodigiosa.

—Yo cada vez creo menos en los prodigios... Pero siéntate, hombre. ¿Quieres tomar algo?

—De momento, no. Tengo el estómago estragado de tantos bebitrajos.

—¿Vas a quedarte en Madrid?

—De ninguna manera. Me encuentro muy a gusto en Castrofuerte. Allí por lo menos puedo escribir tranquilo sin los zarandeos de la política y sin sufrir por el castronismo que aquí se respira.

—¿Ves a Hortensia?

—No, no se deja ver. Pero todos, hasta las piedras, hablan de ella.

—Cualquier día la matarán.

—Sus partidarios creen que no es mortal.

—No me digas que no es una loca.

—¿Y quiénes son los cuerdos...?

Mientras hablaban de intrigas políticas internas y de las hostilidades desatadas por los exiliados del exterior, regresó doña Genoveva con Gabrielín. Octavio le retuvo un rato entre sus brazos.

—Voy a hablar con mi madre para que se preocupe del niño —le dijo a Alicia.

—¿Y eso? —parpadeó ella con desasosiego.

—Porque sí, porque me parece que Gabrielín tiene más cualidades para lo que ella quiere... Ya sabes que todo su afán es fabricar un caudillo militar en la familia. No se conforma con que seamos medianamente inteligentes y medianamente honrados. Quiere un gran duque que sea portaestandarte de la Corona. Al pobre Ibero lo tiene agotado con tantas responsabilidades y obligaciones. En el colegio me han dicho que está un poco delicado. Sus pulmones, su cerebro y hasta sus huesos se resienten del destino abrumador que le quiere imponer mi madre. Tanto es así que he pensado llevármelo una temporada conmigo para que viva en libertad con los chicos de su edad.

—¿Y quieres que la entregue a mi hijo para que haga de él un tragavirotes inflado de soberbia?

—Es que debe preocuparse de su porvenir.

—De su porvenir me preocupo yo que soy su madre... ¿Por qué crees que estoy luchando como una fiera?

—Lo comprendo. Pero, en fin de cuentas, Gabrielín es el heredero de mi hermano Alfonso.

—Si te digo la verdad, no quiero deber nada a tu madre. Cuando tenía necesidad de ella me cerró las puertas. Compréndelo... Al niño no le hace falta que le proteja nadie.

—Bien, como quieras. No le diré nada, aunque estoy seguro que si conociese a Gabrielín se enamoraría de él por lo fuerte y vivo que es...

—¿Te marchas ya? Podías quedarte a comer con nosotros.

—No puedo. Me están esperando mamá y los niños.

—Pero volverás antes de marcharte...

—No, supongo que no... ¿Cómo va el proceso de Rómulo?

—Es un lío que me tiene desesperada. El abogado dice que todo está arreglado, que se resolverá de un momento a otro, pero luego siempre surge alguna dificultad... que si no es el momento oportuno, que si fulano o perengano pueden perjudicarlo... Algo de locura.

Alicia le llevó al parque, donde se encontraban los niños y su madre, y luego siguió hablando con él hasta la cancela.

Cuando regresó a la casa, Juan Antonio la estaba esperando fumando un cigarrillo.

—¿Todavía estás aquí? Yo creía que ya te habías marchado —habló enfurruñada, sin mirarle.

—¿Quieres que me vaya con la cara? —se echó a reír él.

—Quiero que me dejes en paz, que vivas tu vida como dices, pero que la vivas por tu cuenta.

—No creo que pienses dar un disgusto a mamá... ¿Qué son para ti mil duros?

—Mucho más que para ti, porque tengo que trabajarlos.

—Bah, tonterías... —dio una larga chupada y guiñó el ojo izquierdo en cuyo párpado le había quedado una gruesa cicatriz a consecuencia del uñetazo de Juanita—. Ya sabes que no me convencen tus filosofías burguesas. Con mil duritos me largo y te dejo en paz.

—Pero son los últimos... —chirrió la voz de Alicia.

—Bueno, si te pones tan tonta no quiero llevarte la contraria.

—Te juro que no te doy ni cinco más.

—Si supieras lo que te afea ese gesto... —intentó acercarse a ella, pero su hermana le rechazó—. ¿Qué te ha dicho el cretino de Octavio?

—Bastante más cretino eres tú.

—Me gusta más que me llames parásito —se echó a reír.

—¿Has estado escuchando?

—A lo mejor crees que me interesan vuestras tonterías... Hale, dame el dinero que me voy... Mamá está con la mosca detrás de la oreja. Se ha asomado dos veces.

—Si mamá supiera del pie que cojeas... —se marchó para volver al poco rato con un fajo de billetes—. Aquí lo tienes y adminístralo bien porque es el último dinero que te doy...

Cada día tenía menos aguante para los subterfugios de su hermano. Su alegría cinismo y su cruel desenfado la irritaban como ninguna otra cosa... Al principio, cuando volvió, trató por todos los medios a su alcance de orientarle y fijarlo en una actividad definida. Incluso le ofreció la dirección de la cerámica, pero Juan Antonio le dijo que no tenía ganas de tragar polvo y pelear con patanes y mostrencos. Prefirió coger el dinero de la herencia de su tía y entregarse a la vida muelle de paseante en corte. Entonces tenía muchos proyectos artísticos con los que pensaba ganar millones. La casa estaba llena de bocetos y lienzos embadurnados sin terminar. Con el pretexto de preparar material para organizar una exposición, se gastó el dinero sin terminar nada, y continuaron las socaliñas y los préstamos a cuenta de su talento artístico, hasta que un día se cansó y le dijo que no le daría un céntimo más mientras no le viese trabajando y con el propósito de organizar su vida de una manera o de otra.

—Si te pones en ese plan, yo también voy a tener que empezar a cantarte las cuarenta, no creas que me chupo el dedo.

—¿Qué cuarenta me vas a cantar a mí?

—Bueno, a ti no porque eres mi hermana y, además de que te quiero, respeto mucho a la familia. Pero se las puedo cantar a tu marido, que es bastante más cerdo y más vicioso que yo.

—¿Y qué sabes tú de mi marido?

—Sé lo suficiente para meterlo en la cárcel y llevarlo al paredón... —y sin perder su sonrisa angelical, añadió—. En Francia me he enterado de muchas cosas... ¿Sabes que durante la guerra estuvo en una cheka y que todo el dinero que tiene es robado?

Alicia se quedó suspensa, con un grito contenido en la garganta. No estaba segura de que lo que su hermano decía fuera verdad, pero entraba dentro de lo posible.

—Debiera darte vergüenza decir eso —le gritó histérica, con náuseas en la boca del estómago y el niño brincándole en el vientre.

—Yo no quiero decirlo. Eres tú quien me obliga... ¿Por qué te pones tan tonta con el dinero?

—No te daré más, no quiero que te conviertas en un rufián... —se levantó descompuesta. El niño la estrujaba los intestinos.

—Me da lo mismo... —se encogió de hombros—. Si tú no me lo das, conozco a quien me dará todo lo que le pida cuando le diga lo que sé de Rómulo y le facilite pruebas para hundirle...

Los dolores eran tan horribles que no podía mantenerse en pie. Juan Antonio mismo tuvo que sujetarla hasta llegar al dormitorio. Pocos minutos después nacería una niña que recibió el nombre de Ana en recuerdo de su tía.

En el tiempo que Talavera llevaba separado de su familia no había tenido residencia fija. Oficialmente figuraba en una empresa de fletes y transportes marítimos con sede en Málaga, pero su radio de acción se extendía por toda la costa sur de España y los principales puertos del Mediterráneo con frecuentes arribadas a Tánger, su verdadera base de operaciones.

Conocedor del contrabando, sabía que no podía hacerse visible en los centros de tráfico ni repetir dos veces la misma operación sin arriesgarlo todo. Tánger era entonces una ciudad que reventaba de riqueza y de placeres. En su resaca humana se mezclaban especuladores y aventureros de todos los países que se hacían una guerra sin cuartel. Pero lo más difícil de soslayar era la tupida red de espías y confidentes montada por las naciones afectadas por el fraudulento



mercado libre. Estas ejercían una guardia tan cerrada sobre los vendedores y compradores en gran escala que sólo una mínima parte de las mercancías que salían de Tánger en barcas de pesca, lujosos yates y lanchas rápidas conseguía sortear la vigilancia de los guardacostas y los servicios de tierra o de puerto en los que los carabineros contaban con la colaboración de los contrabandistas fracasados.

De vuelta de uno de sus misteriosos viajes por las costas de Francia y de Italia, Talavera se encontró con una carta de Eduardo en la que le comunicaba el parto prematuro de Alicia y su mal estado de salud. La carta, que llegaba a sus manos con más de un mes de retraso, le llenó de preocupación. Más que lo que le decía, fue su estilo seco y gruñón, poco habitual en el médico, el que le hizo ponerse en camino inmediatamente.

Cuando llegó, Eduardo estaba en la consulta y le recibió su mujer vestida con la bata de enfermera. Las primeras informaciones que le facilitó no eran tan pesimistas como las que se deducían de la carta de su marido. Según le dijo, la niña estaba muy bien y Alicia «como siempre». La mujer tuvo que abandonarle urgida por los timbrazos de su marido y Talavera se quedó un buen rato solo con la botella de coñac sobre la mesita. Cuando entró el médico lo encontró envuelto en el humo del habano y la copa en la mano.

—Me estaba quedando dormido... —se levantó parsimoniosamente para abrazarle—. ¿Qué pasa?

—Eso digo yo... Si te descuidas llegas a la boda de la criatura o al entierro de tu mujer.

—No he podido venir antes. Me entregaron tu carta anoche en Tánger y ya lo ves... Me parece que no se puede correr más.

Eduardo le habló de sutiles desequilibrios nerviosos, de estados depresivos y de peligrosos desórdenes emocionales sin concretar nada en particular.

—No creo que eso tenga tanta importancia. Ya sabes que los cambios de ventolera de Alicia son frecuentes —dijo Talavera.

—Pero no convenientes... La niña nació medio asfixiada.

—No sé los problemas que puede tener, porque mis informes sobre los negocios no pueden ser mejores.

—Pero los negocios no son todo. Quizá para ti sí, que no puedes vivir como no sea espoleado por el riesgo y la aventura. Pero ella es de condición distinta —dijo Eduardo con desabridéz.

—Mientras no sepa de lo que se trata, no puedo intentar el remedio —se encogió Talavera de hombros.

—Sin meterme en lo que no me importa, yo creo que la causa fundamental es el hermano.

—¿Qué vida hace ese pájaro? —se llevó la copa a los labios con el ceño fruncido.

—Las noticias que yo tengo son pésimas. Casas de juego, salas de fiestas y puterías de todas clases.

—Pues que lo eche de casa.

—Es su hermano.

—Es un zángano.

—Quizá sea algo peor... María estuvo hace unos quince días a ver a Marta y le dijo que tu cuñado tenía la culpa de todo lo que les había pasado a ella y a Rodrigo.

Talavera arrojó su taco más grosero y blasfemo y se levantó crispado. Con todos los músculos de la cara retorcidos en una carátula de violencia, se despidió del médico.

Desde la clínica se dirigió al colegio donde estudiaba Gabrielín y le esperó a la salida. No era la primera vez que lo hacía. El colegio estaba muy cerca de la finca. Bastó un silbido para que el chaval reconociese a su padre y echase a correr. Una vez dentro del coche, le palpó satisfecho las carnes apretadas. En la cabeza le encontró un chichón del tamaño de una ciruela pequeña. Cariñosamente trató de averiguar quién le había agredido, pero no consiguió sacarle nada.

—Bueno, dime cómo están mamá, los niños y la abuelita.

—Romulín está rabioso con los dientes, Genoveva es una tonta y la niña que ha tenido mamá es muy colorada y llora mucho.

—¿Y mamá?

—Mamá tiene pena y llora mucho porque tú no vienes a casa —agachó la cabeza enfurruñado.

—Mamá sabe que yo no puede ir a casa todavía.

—Pues como no vengas, ya verás...

Talavera observó el gesto de su hijo y cambió de táctica.

—¿Qué hace el tío Juan Antonio?

—No hace nada. Es un cabrito... —lo dijo con rabia.

—¿Regaña con mamá?

—No quiero decírtelo porque te vas a enfadar.

—Si no me lo dices no volveré más a verte.

El pequeño dudó un momento y luego se abrazó a su padre.

—El tío pega a mamá... —se echó a llorar.

—Vamos, no hay que llorar... —se le arremolinaron las cejas y entre dientes masticó una blasfemia—. Los hombres no lloran. ¿No me ves a mí...?

—El tío dice a mamá que tú eres un bandido y un rojo y que te mete en la cárcel si mamá no le da dinero.

—Y mamá se lo da, ¿verdad? —sacó el pañuelo y le limpió las lágrimas y los mocos.

—Mamá no quiere que te lleven a la cárcel...

Según le contó, la noche anterior hubo una de las frecuentes grescas entre los dos hermanos. A consecuencia de ella, el pequeño salió mal parado con el chichón y a doña Genoveva le dio un ataque al corazón.

Cuando Talavera se despidió de su hijo le obligó a prometerle que no diría a nadie que había estado con él. Desde allí se marchó al bufete de Vázquez Ortigueira y mantuvo con éste una larga entrevista. En principio el famoso abogado y político se mostró cauto y sagaz. Consideraba que la táctica seguida de ganar tiempo y quitar virulencia y actualidad al asunto, era la mejor. Pero a la vista de la impaciencia de Talavera y de su tentadora oferta, se comprometió a tantear el terreno.

—No le prometo nada, pero le doy mi palabra de honor de que voy a volcar toda mi influencia para conseguir lo que desea.

—¿Tardaremos mucho en conocer los resultados? —se levantó Talavera.

—Pongamos ocho o diez días.

—Es que yo tengo que volver a marcharme.

—Sería mejor que estuviera aquí... Ya sabe que estas cosas siempre están sujetas a reajustes imponderables.

—Confío en usted... Dentro de ocho días le llamaré por teléfono desde donde me encuentre.

—De acuerdo... —se estrecharon las manos—. Si hubiera algo antes le pondría un telegrama a su dirección de Málaga.

Cinco días después se recibía en las oficinas de Transportes Marítimos un telegrama que decía textualmente: «Todo arreglado satisfactoriamente». Pero él no se enteró hasta dos días más tarde en que regresó de Casablanca. Inmediatamente se puso en comunicación con Vázquez Ortigueira y éste le confirmó una situación mucho más optimista de lo que podía imaginar... Nunca había pensado en un sobreseimiento, pero eso era precisamente lo que le dijo su abogado, repitiéndoselo tres veces seguidas para que no le cupiese duda.

Cuando al día siguiente, en un lujoso chalé de Tánger propiedad de un multimillonario francés, habló a sus socios de liquidar el tinglado que habían levantado en un año de paciente trabajo, éstos creyeron que se había vuelto loco. El negocio estaba en pleno auge y hasta entonces sólo habían tenido un fracaso importante con una lancha rápida cargada de tabaco rubio y artículos de lujo que tuvieron que abandonar en alta mar. «El contrabando es como un juego de azar. Si uno no sabe retirarse en el momento oportuno, siempre pierde», les dijo Talavera... Los otros discutieron, pero no hubo manera de hacerle desistir de su propósito de liquidar su participación en la sociedad constituida por un francés, un italiano y un judío tangerino. Talavera se encargó personalmente de cancelar las ramificaciones españolas que él mismo había creado.

Hallándose de paso en un hotel de Algeciras vio a Maruja Mijares y se hizo el distraído. Enfrente empezaban a encenderse las luces de Gibraltar. El mar bullía en ondulaciones aceradas... Lo último que podía desear en aquel momento era encontrarse con Pablo Ratín. Por el rabillo del ojo siguió los movimientos de la muchacha con intenciones de desaparecer al menor descuido. Aprovechando un momento en que la vio entretenida con las macetas de la balaustrada, se levantó de espaldas.

—Rómulo...

—Vaya, esto sí que es una sorpresa.

—Desde la terraza me pareciste tú por la cabeza y los hombros, pero no estaba segura... Te encuentro más delgado.

—Tú, en cambio, cada día estás más guapa. Parece que el matrimonio te sienta bien.

—No me digas... —puso los ojos en blanco y se abanicó con las pestañas trabadas de rímel—. El matrimonio no le sienta bien a nadie y eso que yo tengo un marido del que no puedo quejarme.

—Ya se ve... —se echó a reír—. ¿Dónde lo has dejado?

—Vete a saber. Cuando yo salí de Madrid hace quince días estaba en San Sebastián, pero luego he recibido cartas tuyas de Barcelona y Oviedo. El pobre no para... Y tú, ¿qué es de tu vida?

—Mi vida es un erial, flor que toco se deshoja...

—Chico, no te va el romanticismo y menos Bécquer, con lo delicado que es... En Madrid se han dicho tantas cosas de ti que una no sabe a qué carta quedarse.

—Me extraña, teniendo un marido tan bien informado...

—Hijo, Pablo no me cuenta sus cosas. Da mucha importancia a sus misterios.

—Si quieres tomamos algo —le indicó una mesa vacía.

—¿No te marchabas?

—Bueno, tenía que hacer unas cosas, pero no tengo prisa... sobre todo estando contigo.

—Me confundes con tu galantería... —se dejó llevar cogida del brazo a una mesa entoldada de palmeras—. Para que luego digan en Madrid que entras a la cosaca.

—No sabía que en Madrid se preocuparan tanto de mí. Y eso de entrar a la cosaca me huele a invención de tu marido...

La noche era calurosa y pesada. La resaca del mar y la fragancia del jardín se mezclaban en una atmósfera especialmente excitante. Maruja le contó que regresaba de Ceuta, donde había dejado a sus padres.

—Fuimos a ver a mi hermano Enrique, que ha estado muy grave, y papá y mamá se han quedado allí. A papá le ha dado ahora la ventolera de que quiere morirse en Marruecos, aunque no creas que está para morirse ni mucho menos.

—Los viejos tienen rarezas.

—Desde que el pobre se enamoró de aquella rojaza que tenía de secretaria no ha levantado cabeza.

—Es natural. El amor a esa edad es un manjar demasiado fuerte.

—Yo no sé cómo hay personas que se enamoran así.

—Porque tienen corazón.

—No me digas, ¿entonces los demás tenemos una alcachofa?

—Tal vez no hemos encontrado la emisora que transmite en nuestra onda.

—Chico, pues si tú no la has encontrado... —se echó a reír con los ojos ahuevados brillantes de picardía.

—Yo sí creo que la he encontrado.

—¿Y se puede saber quién es? —Maruja se ahuecó las hombreras del escotado vestido con una expresión de sofoco.

—Mi mujer —dijo Talavera parsimoniosamente, absorbiendo la expectación de ella.

—Huy, me dejas de una pieza, te lo juro... —se acodó sobre el velador, dejando ver el sonrosado canal y los pujantes senos desligados del vestido—. Después de regañar y separaros, ahora resulta que estás enamorado de Alicia... ja, ja, ja... No me lo creo, de verdad. Por más que me lo jures, me cuesta trabajo...

Talavera no insistió. Empezaba a interesarle más el ardoroso juego de sus miradas, sus movimientos voluptuosos, el cruzar y descruzar las piernas, las risas intempestivas y jocundas. Era un clamor, una ofrenda.

—Los chavales me tiran mucho... —se retrepó en la butaca de mimbre y se distanció en la mesa para que ella pudiera observar que su incitación no le era indiferente.

—Eso ya es otra cosa... Los hijos tiran mucho.

—¿Lo sabes por experiencia...? —se encontraron sus miradas pegajosas y encandiladas—. Gustándote tanto los niños supongo que te has casado para tenerlos, ¿no?

—Las mujeres nos casamos en primer lugar para tener una posición... ¿Di crees que Alicia se casó contigo porque tienes buen tipo y eres un seductor? Se casó contigo por el dinero.

—Yo creo que también se casó por otras cosas...

—¿Sí...? Ja, ja, ja... Me estoy dando cuenta que tienes unos ojos chiquirritines, pero muy bonitos. Son de color miel, ¿no?

—Son del color que tú quieras...

Maruja pensaba salir aquella misma noche para Córdoba y visitar a su hermana Mariblanca en el convento, pero Talavera la convenció para que le acompañase al día siguiente en coche, ya que tenía que hacer algunas cosas en Algeciras. Entre bromas picantes y galanterías se levantaron para continuar el encandilado coloquio en el bar del hotel y luego en el comedor, donde cenaron juntos y continuaron pegadizos hasta que Maruja habló de retirarse a su habitación y él la acompañó.

La primera noticia de la muerte de doña Genoveva se la dio Vázquez Ortigueira, que también fue la primera persona que vio en Madrid tras dejar a Maruja.

—Nos ha tenido a todos preocupados —le dijo el abogado—. Hemos hablado con Málaga y Tánger y en ninguna parte sabían nada de usted... Su esposa está deshecha. Si no ha llamado aquí una docena de veces no ha llamado ninguna... Claro, yo le dije que no había ningún inconveniente.

—Es que tenía muchas cosas pendientes en Algeciras y Córdoba.

—Pues vaya usted a su casa, porque el entierro es a las cinco... De lo suyo no se preocupe. Todo está resuelto y no tiene por qué temer a nadie... —le acompañó hasta la puerta de salida.

Alrededor de las cuatro entraba en su casa. Los numerosos amigos de la familia que atestaban el salón grande presenciaron una escena que no tardaría en ser pasto de la murmuración. Se había hablado tanto de las desavenencias conyugales y de la desaparición de Talavera que al ver a Alicia arrojarle en los brazos de su marido, se produjo un silencio cortante. Pablo Ratín presenció la



escena con la boca apretada en mordaza. Pero el más afectado de todos fue Juan Antonio. Estaba llorando compungido junto al ataúd de su madre y al ver a su cuñado las lágrimas se le secaron en los ojos... «Si tu cuñado supiera lo que estás haciendo con tu hermana, te mataría con mucha razón, porque tú nos estás matando a todos con tus vicios», le había dicho su madre tres días antes al sorprenderlo abriendo con una ganzúa el mueble en el que Alicia guardaba las joyas y los objetos de valor. Y allí estaba su cuñado con la mirada clavada en él... Alicia sintió la presión de las miradas concentradas en su marido y se lo llevó del salón con el pretexto de que tenía que cambiarse de ropa.

—Qué más da. La ropa es lo que tiene menos importancia en este momento — protestó Talavera.

—¿No te das cuenta que vas despechugado como si vinieras de una romería...? Tienes que ponerte un traje oscuro...

Talavera la siguió dócilmente y cuando llegaron a la habitación se tiró sobre la cama. Murmuró que estaba muy cansado y durante unos minutos permaneció con la cabeza hundida en la almohada. Alicia le dejó que descargara la intensa emoción que le hacía gemir y cuando le pareció que se había tranquilizado le cogió la cabeza y le besó conmovida.

—¿Cómo fue lo de tu madre? —inquirió con voz enronquecida.

—La pobre se quedó encogida como un pajarito. No dijo ni una palabra... — sacó un traje azul marino del armario y una camisa blanca que colocó sobre la cama.

—¿No tuvo algo que ver tu hermano?

—Prefiero no hablar de él ahora... —le ayudó a desvestirse azuzada por el nerviosismo.

Talavera la dejó hacer. Se sentía envuelto en una oleada de ternura. Algo que nunca había conocido en Alicia... Le olfateaba ansiosa, parecía descubrirle en plena desnudez, y cariñosamente le hizo que se metiera en la ducha. Todo

parecía nuevo, gozoso y aquiescente. Al fin encontraba lo que siempre había buscado en la mujer que durante años le había rechazado.

De vuelta al salón, Talavera observó que su cuñado había desaparecido. Matilla y Pacheco de Almeida se acercaron a darle el pésame y a continuación lo hicieron las demás personas que se encontraban allí, incluido Pablo Ratín. Mientras tanto los mozos de la funeraria cerraban el ataúd... Ni en la comitiva que acompañó el cadáver hasta la Sacramental de San Isidro ni a la hora de despedir el duelo se hallaba presente Juan Antonio.

Al margen de la vida política, Octavio se entregaba a sus actividades intelectuales con tesón y fervor. Sus monografías biográficas y sus ensayos y análisis históricos gozaban de un elevado prestigio. A su retiro de Castrofuerte llegaban continuamente amigos y admiradores que le estimulaban en su trabajo. Al fin había encontrado su punto de sazón en «remover los menudillos de la historia», como él solía decir. Su último libro «Vida y milagros de don Alonso de Guzmán» había sido muy bien acogido por la crítica y el público culto. No así por su madre, que lo consideraba una afrenta familiar... Doña Mafalda sabía de sobra que su antepasado no había sido ningún santo. Buena prueba de ello es que se las vio y se las deseó con Roma, que le excomulgó, y con el rey, al que hizo frente y obligó por la fuerza a reconocer la obra de su rapacidad. Pero consideraba indigno que su hijo desenterrase viejos cronicones y pleitos para justificar las leyendas y romances que había inspirado aquel gran tragón de tierras y haciendas moriscas, cristianas y judías.

Al comienzo del otoño se presentó en el cortijo de La Loma Juan Antonio de Sandoval. Según le dijo a Octavio, iba de paso para Granada y había hecho una escapada para saludarle. El escritor le acogió con su proverbial hospitalidad y le trató como si fuera de la familia. Las andanzas de Juan Antonio por las alcantarillas de la picaresca le eran completamente desconocidas. Sólo tenía vagas referencias de sus «aventuras heroicas». Hablaron de Alicia y los niños, a quienes Juan Antonio no había vuelto a ver desde la muerte de la madre. Con respecto a su cuñado, se mostró más reticente y crítico. Lo mejor que decía de él es que era «un rojo con mucha potra».

—Bueno, ¿y qué haces ahora? —le interrumpió Octavio su relato de agravios contra Talavera.

—Pinto... Hace un mes expuse en Barcelona. Pero ahora no hago nada. Estoy un poco fastidiado.

—Ya me he dado cuenta que no tienes buen aspecto...

Hablando de su mala salud, de los tres balazos que tenía en el cuerpo y de sus sufrimientos en los campos de batalla del Este, consiguió que Octavio le invitase a quedarse en el cortijo.

—El lugar es espléndido y tiene paisajes de maravilla. Me voy a quedar unos días a ver si recupero la inspiración.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, aunque yo no te voy a poder atender, porque estoy liado con un estudio histórico que quiero entregar a la editorial antes de las pascuas.

—No te preocupes por mí. Yo campeo muy bien solo...

Juan Antonio encontró en Castrofuerte muchos motivos de interés artístico y otros que no tenían ninguna relación con el arte. Desde el primer momento trató de ganarse la confianza de Juanillo, lo cual le resultó facilísimo. Bastó que le mostrara un certificado de prisión reciente, sin decirle que había estado preso por estafó, y se declarase amigo y ferviente admirador de la Libertaria, para que el muchacho se tragase todo lo que quiso decirle e incluso aceptase de buena fe su intención de incorporarse a la guerrilla.

—Pa mí que la Libertaria no quíe más gente —le dijo el chaval.

—A mí sí me quiere. Me conoce muy bien de Madrid y Toulouse. Siempre hemos luchado juntos. Ya verás cuando me vea...

Con todo, el muchacho fue dándole largas, sin atreverse a llevarle al escondrijo de la famosa guerrillera. Fue precisamente después de una noche de juerga en un prostíbulo de Ronda cuando Juanillo se decidió a conducirlo donde suponía que estaba la partida... El moriles, la Tetúa y las bromas punzantes de Juan Antonio le descubrieron de repente su hombría con un ramalazo de fanfarria y

vanidad. No lo pensó siquiera. Desviándose del camino de Castrofuerte, le llevó por vericuetos y trochas perdidas hasta desembocar en una garganta estrecha por la que difícilmente podía moverse un caballo. En un recodo del abrupto camino les dieron el alto sin que ellos vieran a nadie. Juanillo se identificó como el Jabato de Castrofuerte que iba acompañado de un amigo de la Libertaria... Un hombre de mediana edad asomó la cabeza entre el caos de pedruscos apuntándoles con un mosquetón. Casi al mismo tiempo se asomó la Libertaria a una especie de balconcillo de piedra. Al reconocer a Juanillo ordenó al centinela que se hiciera cargo de los caballos y dejara pasar a los jinetes. Sólo cuando estuvieron en su presencia reconoció a Juan Antonio de Sandoval. Tras saludarle con bastante sequedad y preguntarle por su familia, se llevó a Juanillo aparte y le reprendió por la imprudencia que había cometido.

—Me dijo que era muy amigo tuyo —se justificó el Jabato.

—En la guerra no hay amigos. Sólo hay leales.

—El dise que es de los nuestros y tiene un papel de la cársel.

—Tal vez lo sea, pero cuando os marchéis procura despistarle.

—Quié quearse contigo.

—No se quedará porque le falta temperamento para luchar...

La conversación que tuvo con Juan Antonio fue muy variada, pero insustancial. En la hora que pasaron juntos, evocando recuerdos y comentando la vida en Toulouse, el hermano de Alicia no consiguió reavivar el encanto que dos años atrás produjera en Hortensia.

—Me gustaría luchar contigo —le dijo en un momento de la conversación.

—Es imposible —sonrió la Libertaria—. Andamos muy mal de armas y munición... Precisamente Láinez se encuentra en Tánger a ver si consigue algún armamento y una emisora, porque este verano casi nos han destrozado.

—Me parece que yo también podría proporcionarte algunas armas. Conozco a un maestro armero que me ha ofrecido mosquetones y pistolas reparadas y todas las balas que quiera.

La Libertaría le contempló indecisa. La oferta era demasiado tentadora. La guerrilla se encontraba prácticamente inmovilizada por falta de munición. Le pidió detalles del maestro armero y ocurrió que Lauro le conocía, porque en otras ocasiones le había facilitado armamento por medio de un contrabandista.

—Bien, en ese caso podías comunicarme por medio de Juanillo las armas y munición que puede entregarnos y el precio.

—Prefiero tratar directamente contigo. Es mejor... Juanillo está muy visto por la guardia civil. Si no lo han detenido ya es por Octavio. A mí, en cambio, no me conoce nadie, y tengo mucha más experiencia que él en estas cosas...

Al final de la conversación terminaron concertados para relacionarse directamente. Y cuando se despidieron parecían los mejores amigos. Juanillo mismo quedó sorprendido del cambio operado en la guerrillera.

A primeras horas de la mañana empezaron a circular rumores en el cortijo de que la partida de la Libertaría había sido aniquilada en una emboscada. A Octavio se lo dijo la mujer del aperador mientras le servía el desayuno, pero no prestó atención. La misma noticia había circulado muchas veces, quedándose después en la crónica de una escaramuza.

Engolfado en sus problemas intelectuales pasó la mañana encerrado en su despacho. Tenía dada orden de que no le molestaran mientras escribía. Al terminar la jomada que dedicaba sistemáticamente a la escritura, se levantó y se asomó a la ventana que daba al patio. En un corrillo se hallaban don Pantaleón, Basilio y el teniente Domínguez hablando. Hacía tiempo que el teniente y el tío Pujitos no eran asiduos del cortijo de La Loma... El rumor se le hizo patente al observar que los peones cuchicheaban recelosos y las mujeres se agrupaban en corrillos. En esto se abrió la puerta y entró la mujer del aperador haciéndose revoltijos en el delantal.

—Van a llevarse a Juaniyo —dijo con voz quebrada.

—¿Quién se lo va a llevar?

—Los civiles... er teniente Domínguez.

—Pues no se saldrá con la suya... —casi gritó Octavio—, Hace mucho que viene detrás del muchacho. Parece que la tiene tomada con él...

Bajó las escaleras corriendo y se dirigió a donde estaba el teniente. La cólera le temblaba en los labios. Don Pantaleón agachó la cabeza y Basilio, que parecía descompuesto, se apartó. El teniente Domínguez, sin embargo, le recibió sonriente y altanero.

—¿Se puede saber lo que pasa? —le increpó con dureza.

—Pasa lo que tenía que pasar... que ya hemos acabado con la Libertaria y ahora vamos a acabar con todos sus cómplices —dijo el teniente.

—En el cortijo de La Loma no hay cómplices de nadie.

—Lamento llevarle la contraria, como en otras ocasiones, pero es aquí precisamente donde los bandoleros tienen sus mejores colaboradores.

—¿No estará usted viendo visiones, teniente Domínguez?

—Por lo pronto puedo demostrarle con pruebas que Juanillo el Jabato es espía y enlace de la Libertaria. Pero, además, cuando le tenga en mi poder creo que podré demostrarle algunas cosas más. Porque no es él sólo quien desde aquí dificulta a la autoridad...

Mientras Octavio y el comandante del puesto discutían en tono alterado, un guardia se acercó a decirle que Juanillo no se hallaba en el cortijo. La noticia provocó en el teniente Domínguez un arrebató de autoridad:

—Búsquelo inmediatamente. Aunque alguien le haya dado el chivatazo no puede estar muy lejos... Busquen, remuevan, no se quede ahí como un pasmarote...

—Ya le dije mi teniente que debía estar con el señorito Juan Antonio, porque yo no lo he visto en toda la mañana —dijo Basilio.

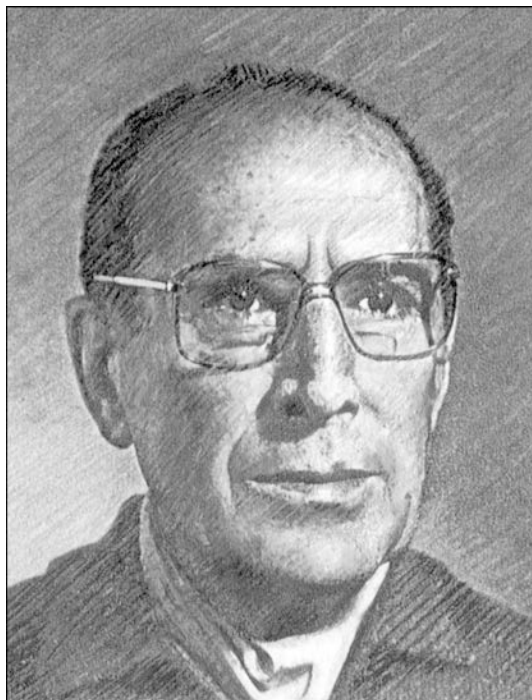
—No puede ser. Es imposible. Rastreen los alrededores... —ordenó al guardia—. Antes de que anochezca lo quiero vivo...

El teniente Domínguez interrogó personalmente a los peones y mujeres del cortijo, llegando a la conclusión de que el muchacho había desaparecido a eso de las ocho de la mañana, cuando empezaron a correr los rumores de que la Libertaria había sido sorprendida al amanecer en una cortijada cercana. Luego Basilio le comunicó que en la armería del cortijo faltaba un rifle y un revólver y en las cuadras un caballo.

—Pues sí que la hemos hecho güeña —comentó don Pantaleón sarcástico—. De seguro que ya tenemos otro bandolero, y no será de los que se dejan trincar vivos... Si sale con las agayas del padre, y pa mí que tié un buen par de pelotas, nos va a dar guerra.

—No será mucha. Un chaval solo no puede hacer nada por muy bragao que sea —dijo el teniente—. Además, creo que anda enchulao con una fulana de Ronda.

Al día siguiente un cabrero encontró el cadáver de Juan Antonio en un bosquecillo de alcornoques que trepaba por la ladera del cortijo. Con una sola bala le habían atravesado el corazón. Nadie abrigaba la menor duda de que el autor del disparo había sido Juanillo el Jabato.



### **Acerca del autor:**

GREGORIO GALLEGO nació en Madrid en el seno de una familia modesta de campesinos emigrados a la capital. Desde muy joven se sintió atraído por la literatura. A los 17 años empezó a colaborar en periódicos y revistas libertarios, a los 19 formaba parte de la redacción de «Juventud Libre» y a los 20 del diario «Castilla Libre». Durante la guerra civil formó parte de la primera Junta de Defensa de Madrid, fue oficial del Ejército Popular y combatió en los frentes de Madrid, Guadalajara y Teruel. Tras la derrota del ejército republicano, conoció numerosos campos de concentración, cárceles y penales. Al recuperar la libertad en 1963, reanudó sus actividades literarias trabajando para diversas editoriales. En 1965 obtuvo el Premio Guipúzcoa con su novela *El hachazo*, prohibida por la censura y editada en México. En España ha publicado *La maraña* (1966), *La otra vertiente*, Premio Ciudad de Irún 1972, *Los Caínes* (1973), el libro de memorias *Madrid, corazón que se desangra...* (1976) y las biografías Kennedy, Goya, Benjamín Franklin y Cristóbal Colón. En 1983 obtuvo el Premio Asturias de novela con *Ardiente verano*. También colabora con artículos y cuentos en diversas publicaciones de España y



América Latina. Con Libertarias/Prodhufi ha publicado *Hombres en la cárcel*, *Márgara* (Crónica de la clandestinidad) y *Fuga de Pasiones*.

*El festín de los buitres* es el último volumen de la trilogía *La España convulsa*. Gallego con su acostumbrada brillantez y sobriedad desarrolla una serie de aguafuertes estremecedores que ponen al descubierto los primeros años de la posguerra española con el ascenso irresistible de especuladores y oportunistas, esa especie de buitres carroñeros que acuden con prontitud al festín de las derrotas con absoluto desprecio a los vencidos y marginados.